

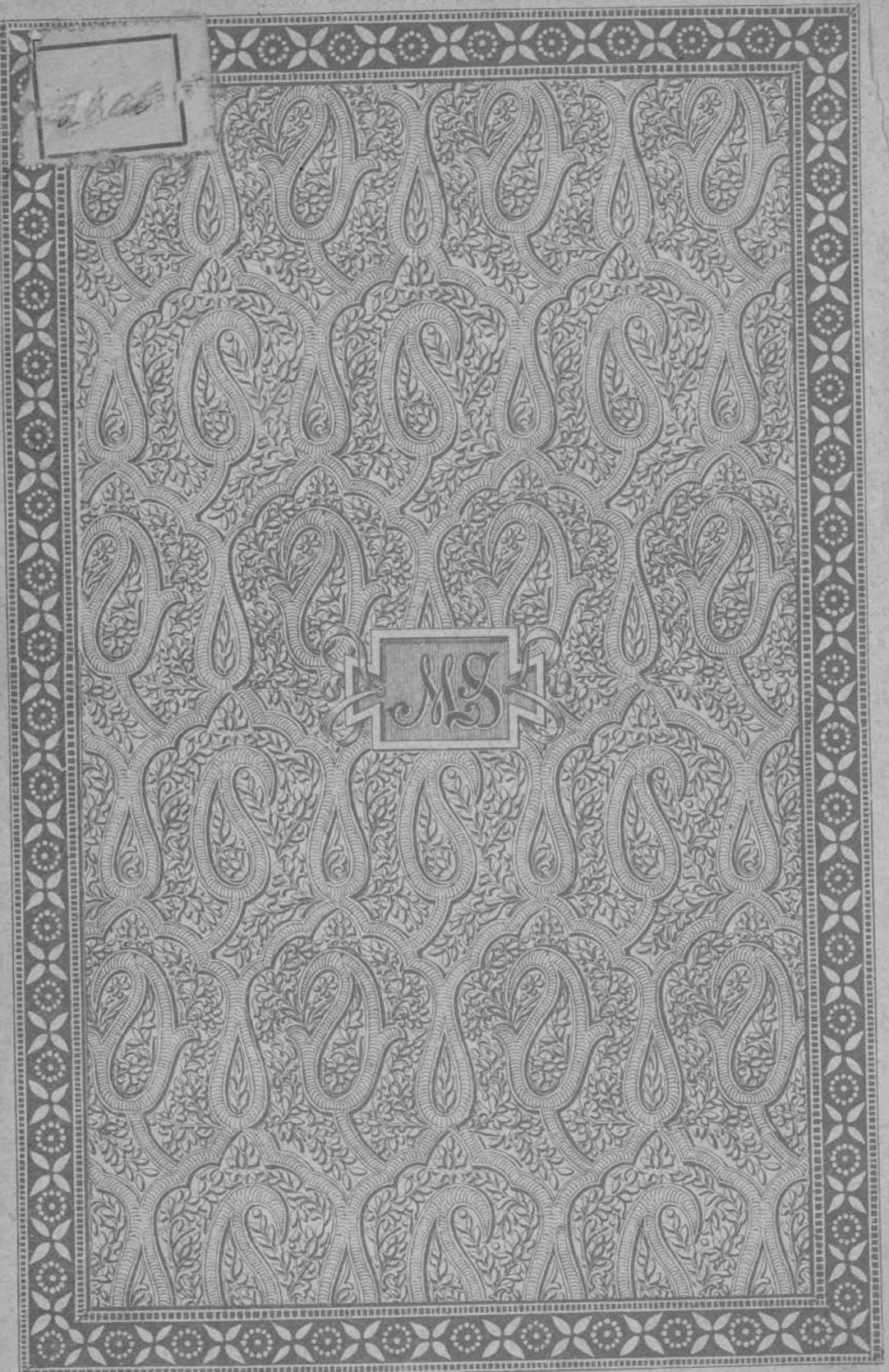
LAS
CIVILIZACIONES
DE LA INDIA

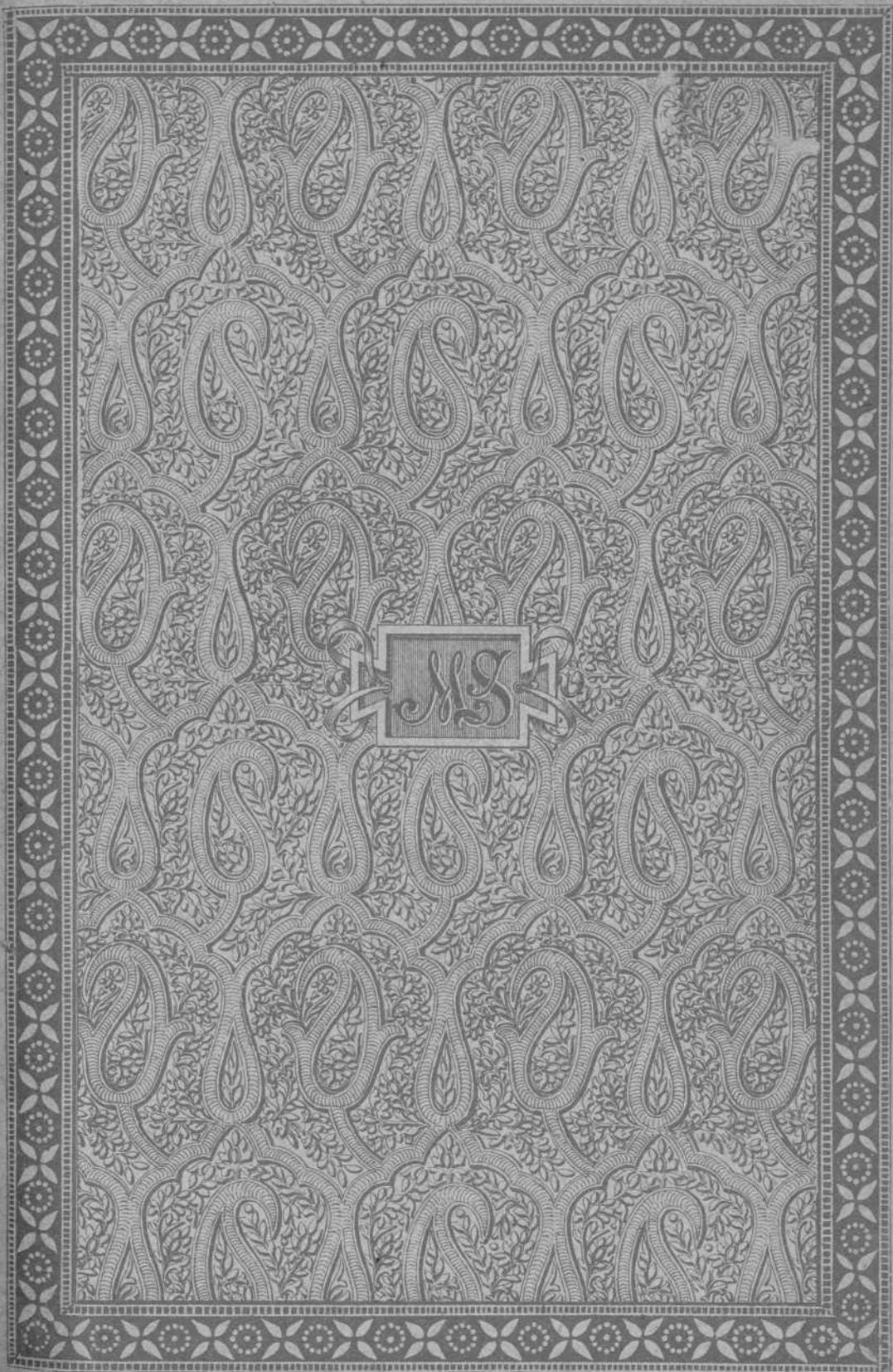


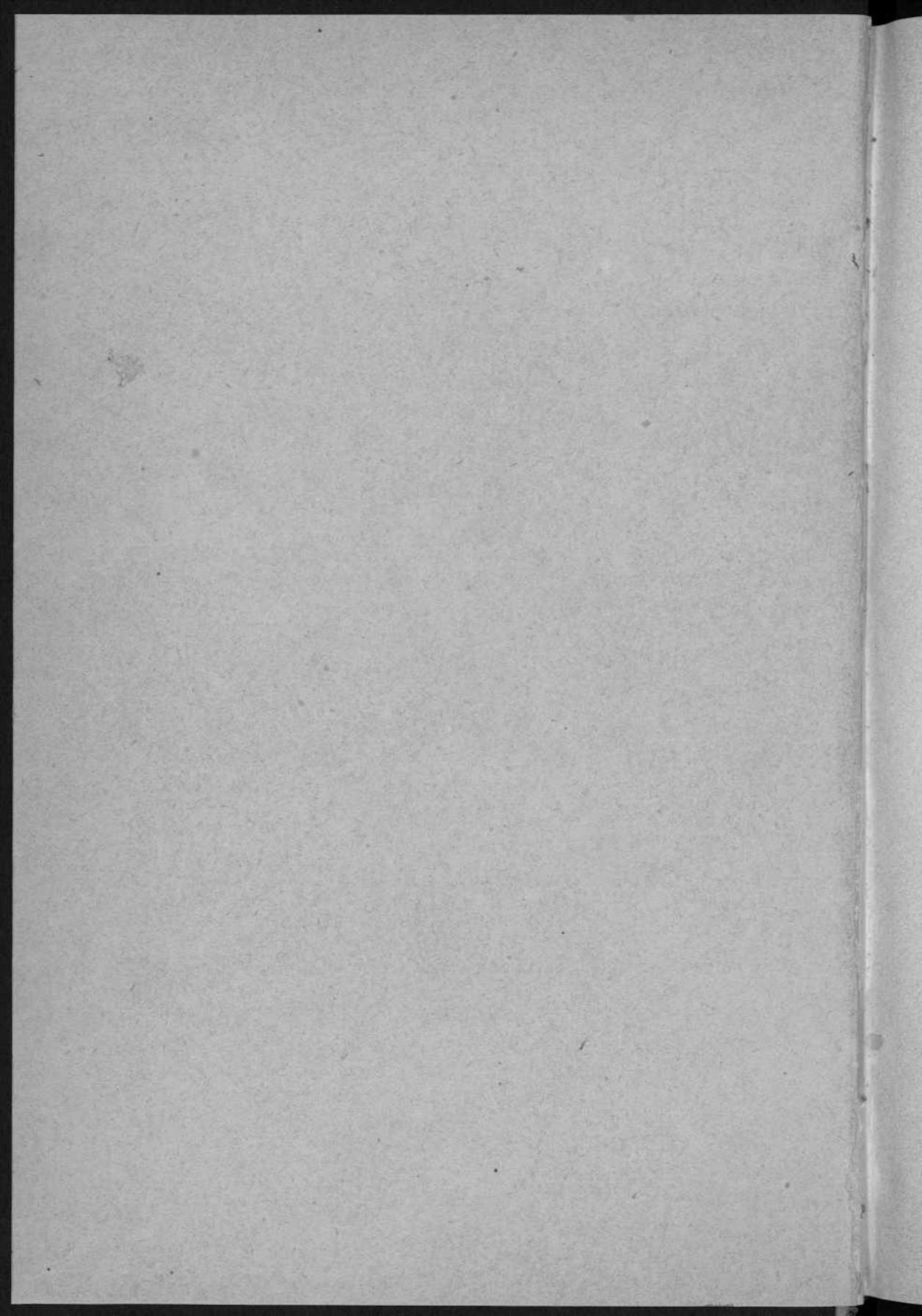
ERARDÒ

2305

MS



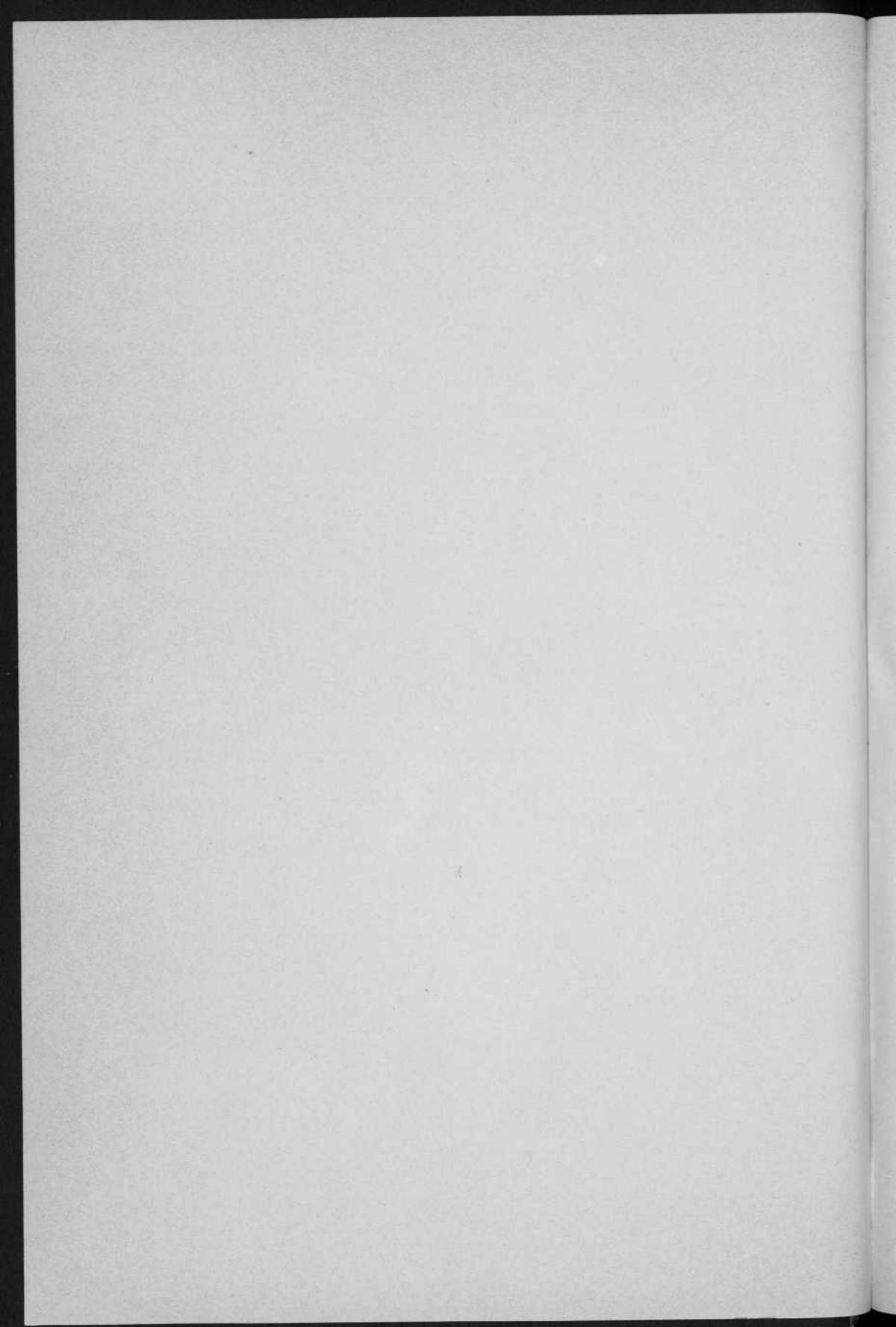




~~10.023~~

X

17470



LAS CIVILIZACIONES

DE LA INDIA





LAS CIVILIZACIONES
DE LA INDIA

FOR

GUSTAVO LE BON

TRADUCIDA POR FRANCISCO PÍ Y ARSUAGA

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO II

B.P. BURGOS
N.R. _____
N.T. 778402
C.B. _____
20326
(7)

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1901

DE LA UNIÓN

DE LA UNIÓN

DE LA UNIÓN

ES PROPIEDAD

DE LA UNIÓN

DE LA UNIÓN

DE LA UNIÓN

DE LA UNIÓN



LAS OBRAS
DE LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

CAPITULO I

LA LITERATURA Y LAS LENGUAS DE LA INDIA

1.º — VALOR DE LAS ANTIGUAS PRODUCCIONES LITERARIAS
DE LA INDIA

La India ha producido mucho y ha llegado hasta nosotros un considerable número de sus obras.

Cuando hace apenas un siglo el estudio del sánscrito permitió á algunos europeos levantar el velo que ocultaba una literatura hasta entonces desconocida, se creyó que un mundo de cosas maravillosas y nuevas iba á salir de las tinieblas de aquel pasado misterioso. Se creyó sobre todo que se había descubierto el origen de todas las civilizaciones y de todas las religiones humanas, y que remontando hasta las verdaderas tradiciones de nuestra raza, iba á encontrarse la edad de oro perdida, y con ella el secreto de nuestros destinos.

Este entusiasmo decreció pronto. Se reconoció, por interesantes que pareciesen la vida y las ideas de los antiguos pueblos de la India, que esos pueblos habían, como nosotros, planteado muchos

grandes problemas, pero no resuelto ninguno. No era de las márgenes del Ganges de donde nos vendría la última palabra destinada á satisfacer para siempre nuestras almas. La apasionada curiosidad que había despertado la afición á los primeros estudios de los libros indos dejó bien pronto su puesto á la indiferencia.

No haremos en este capítulo el estudio de las producciones literarias de la India por su valor filosófico ni por el de los documentos que puedan proporcionarnos para la historia y la pintura de las costumbres; lo haremos sólo desde el punto de vista puramente literario.

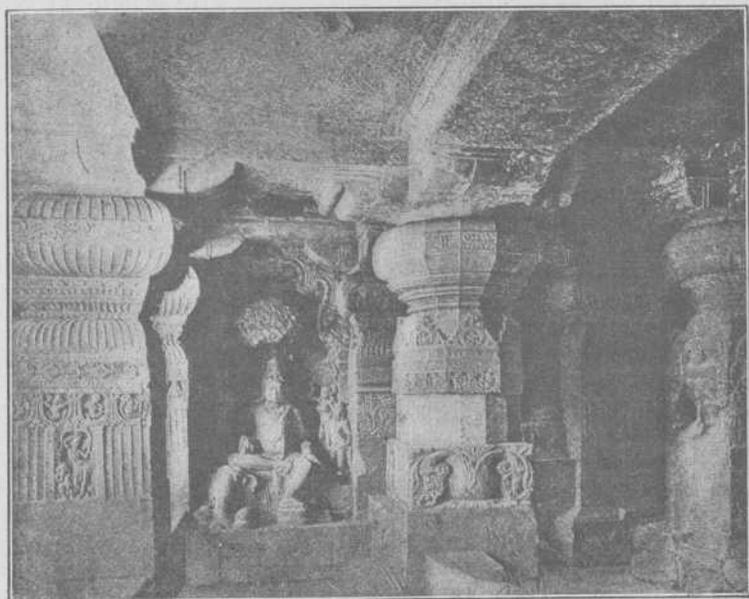
A este respecto también su importancia fué en un principio exagerada en gran manera. No se tenía escrúpulo de poner esas producciones por encima de los modelos de Grecia y Roma. No obstante, algunas de las cualidades que admiramos en los escritos de la antigüedad clásica debían hacernos casi repugnante la lectura de los libros indos. El orden, la claridad, la medida, la armonía, la sobriedad elegante y perfecta que campean en las obras de los poetas y de los prosistas griegos y romanos, nos han hecho exigentes; nuestro escepticismo moderno ha aumentado nuestro horror á la exageración y á lo maravilloso, y para lectores de tal clase resulta poco menos que imposible admirar las producciones gigantescas, interminables, desordenadas, llenas de lo sobrenatural, que nos ha legado la antigüedad inda.

Sin embargo, en medio de esa intemperancia, de ese desbordamiento de la imaginación, de esas exageraciones prodigiosas, la sencilla realidad, el sentimiento puro y sincero, el juego de las pasiones, la imagen del alma ó la de la naturaleza aparecen á veces con una vivacidad y una frescura maravillosas. Compararía de buen grado la literatura inda á un río cuyo limo acarrearía un corto número de lentejuelas de oro. Es preciso con frecuencia reunir varios metros cúbicos de cieno para extraer algunas partículas del precioso metal.

En los extractos que vamos á ofrecer al lector no le presentaremos sino lentejuelas de oro. Pero si dedujese que todas las

producciones de la India son tan elevadas, si olvidara que encierran un enorme montón de cosas pesadas y difusas, se engañaría tanto como si imaginase que el río de que hablábamos hace un momento no acarrea sino lentejuelas de oro.

No es preciso, por otra parte, considerar este capítulo consagrado á la literatura de la India sino como una simple indicación



ELLORA. — Interior de un templo subterráneo

(*Altura desde el suelo, al techo, 2^m,60.*)

de las obras más conocidas. El lector que quiera formarse una opinión sólidamente fundada deberá remitirse á las obras mismas de que le damos aquí extractos y que están en su mayor parte traducidas al inglés ó al francés. Si no es indianista de profesión, y por consecuencia condenado por oficio á la admiración obligada de todo lo que tiene un origen sánscrito, dudo que sienta sincero ni vivo entusiasmo en la lectura de las producciones indas. Deducirá, sin duda, como nosotros, que, adaptadas perfectamente á cerebros indos, y muy notables seguramente

para ellos, puesto que las admiran desde hace siglos, son por sus defectos de composición, sus exageraciones, su interminable extensión, su ausencia completa de lógica, la falta de encadenamiento entre sus diversas partes, poco menos que ilegibles para europeos.

Nos limitaremos en los párrafos siguientes á analizar muy sumariamente las obras literarias más célebres de la India y á dar de ellas algunos breves extractos.

Para dar alguna claridad á un asunto tan lato, hemos clasificado esas obras literarias bajo los títulos siguientes: *Himnos y poesías religiosas, Epopeyas, Fábulas y apólogos, Teatro, Obras diversas.*

2.º — HIMNOS Y POESÍAS RELIGIOSAS

Aparte de las grandes epopeyas que estudiaremos en otro párrafo, la literatura védica propiamente dicha se compone sobre todo de himnos y de tratados religiosos conocidos con el nombre de *Vedas*.

Hemos tenido ya ocasión de extendernos largamente sobre los himnos védicos; hemos citado varios pasajes é indicado las tendencias generales. A pesar de la indudable belleza de un corto número de ellos, participamos de la opinión del sabio Colebrooke, quien, después de haberse hecho iniciar por los brahmanes de Benarés en el conocimiento de los *Vedas* y de haber tenido la paciencia de leerlos en totalidad, declara «que lo que contienen no vale la pena que el lector se toma para leerlo, ni sobre todo la de una traducción.» Le satisface, sin embargo, que esos libros sagrados sean conocidos en Europa; proporcionan, como hemos observado, desde el punto de vista de la historia de la civilización, datos preciosos. Son los únicos documentos que nos quedan de una época que sería sin ellos ignorada. Podría objetarse, es verdad, que, desde ese punto de vista, todo lo que puede extraerse de utilidad de los *Vedas* es fácil de condensar en algunas páginas.

La literatura védica no se compone únicamente, como se sabe, del *Rig Veda*; comprende himnos, sentencias, tratados (*sutras*). Hemos dicho ya que se trata de obras lentamente elaboradas y que era verdaderamente pueril buscar en ellas, con ciertos autores, «libres efusiones del corazón, serenas contemplaciones de la naturaleza, instintivos impulsos hacia el ideal.»

Comenzados quizá mil años antes de Jesucristo, los libros védicos fueron continuados durante muchos siglos y reformados, sin duda, muchas veces. Hasta el día en que fueron fijados por la escritura puede comparárselos á una enciclopedia colectiva que los editores alteraban y completaban á cada edición, asegurándose nuevos colaboradores.

La literatura védica lleva claramente, por otra parte, el sello de su larga incubación: las obras que la componen no forman un conjunto homogéneo. Hay en él, lejos de la poesía de ciertos himnos, las lacónicas máximas de los *sutras*, en que los autores parecen haber tenido presente esta regla de un escritor indo: «un autor debe alegrarse tanto de economizar la mitad de una vocal breve como de ver nacer un hijo.» En general, por lo demás, los indos abusan poco de esta regla, y no es la concisión, sino la difusión extrema, su defecto.

Las mil y pico de plegarias contenidas en el *Rig Veda* son lo más importante de los *Vedas* desde el punto de vista literario. Una mitad aproximadamente está consagrada á Indra, el dios del cielo, y á Agni, el dios del fuego; la otra á las divinidades más diversas: el sol, la naturaleza, las nubes, etc. He citado algunos extractos de esos himnos y me limitaré á mencionar ahora aquí algunos de los más notables, siempre repitiendo lo que ya he dicho más arriba, que no es de ningún modo por tales extractos por los que puede tenerse la pretensión de juzgar del valor literario de obras tan considerables. Para no limitarnos únicamente á los pasajes de los *Vedas*, añadiremos un himno á Brahma, del poeta Kalidasa, que se supone que vivió hacia el siglo vi de nuestra era, y un himno sánscrito, tomados de manuscritos búdicos del Nepal publicados por M. Hodgson. Este último no ha-

bía sido aún traducido al francés. Tiene un carácter majestuoso, bíblico, muy raro, por otra parte, en los escritos búdicos, los cuales son generalmente de una difusión extrema y de una lectura particularmente insípida.

HIMNO VÉDICO Á INDRA

«El dios que nació primero; el que, justamente honrado, ha embellecido con sus obras á los otros dioses; aquél cuya fuerza y grandeza infinitas hacen temblar al cielo y á la tierra, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios que ha consolidado la tierra vacilante; que ha descargado las tempestuosas nubes, que ha agrandado la llanura de los aires, que ha fortalecido los cielos, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios por quien viven todos los seres, que ha rechazado sus cobardes adversarios á tenebrosas grutas, que se apodera de sus despojos como un cazador de su presa, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios que solicita la plegaria, la plegaria del rico ó del pobre, á quien se dirigen el sacerdote en sus invocaciones y el poeta en sus cantos, ese dios de faz sublime que acepta nuestros dones, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios á quien pertenecen los corceles, las fértiles campiñas, las terneras, las ciudades, los carros llenos de riqueza; el que ha producido el sol y la aurora, el que dirige las aguas, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios por quien los pueblos obtienen la victoria, que los guerreros cuando combaten llaman en su socorro, que ha sido el modelo del universo, que anima los seres inanimados, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios que no emplea su poder sino para herir sin cesar á los malvados y á los ímpíos, que no perdona jamás á la insolencia desdeñosa, que inmola los monstruos, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios ante el cual se inclinan con veneración el cielo y la tierra, aquél á cuya presencia tiemblan las montañas, el que arma con el rayo su mano terrible, ese dios, pueblos, es Indra.

»El dios que acoge las libaciones, las ofrendas, los himnos, las plegarias, el que protege á los mortales piadosos, el que se regocija con nuestros sacrificios y nuestros regalos, ese dios, pueblos, es Indra.»

HIMNO VÉDICO Á LA AURORA

«Brillante intérprete de las santas palabras, la aurora ostenta todos sus adornos para abrirnos las puertas del día; iluminando el universo, nos muestra todos los tesoros; ella ha despertado todos los seres. Con su potente mano invita á moverse al mundo dormido; impulsa al hombre á gozar la alegría, á cumplir los ritos sagrados, á trabajar por su fortuna. Las tinieblas nos impiden ver; ella nos permite mirar á lo lejos. Revélase esta hija del cielo favorable á nosotros, resplandeciente, cubierta con su manto de luz, dueña de todos los tesoros que encierra la tierra. Ella reanima con su claridad todo lo que existe; ella resucita todo lo muerto. Después, ¿cuándo viene á visitarnos? La que nos alumbra ahora no hace más que imitar á las que ya han lucido para nosotros y á anticiparse á las que lucirán aún; llega á nosotros tan brillante como las otras. Ya no existen los humanos que en otro tiempo vieron centellear la aurora como centellea hoy; hoy nos toca á nosotros verla; morirán también los que verán más tarde la aurora matinal... Al abrigo de la vejez y de la muerte avanza la aurora desplegando todos sus esplendores; inunda las playas del cielo. Divinidad de la luz, disipa la siniestra obscuridad. En lo alto de su magnífico carro, conducido por corceles de roja piel, viene á regenerar la naturaleza. Levantaos; un nuevo espíritu comienza á animarnos, la sombra se aleja, se aproxima el día, la aurora ha abierto el camino que ha de seguir el sol; marchemos hacia la luz, hacia la vida.»

HIMNO VÉDICO AL SOL

«Ved aquí cómo á la vista del mundo entero anuncian los rayos de la luz al dios que todo lo sabe, al sol. Delante de ese sol que viene á alumbrarlo todo desaparecen las estrellas como ladrones, al mismo tiempo que las sombras nocturnas. Centelleantes como el fuego, saludan sus rayos á las criaturas todas. Tú pasas, tú te muestras á los ojos de todos los seres, tú produces la luz, ¡oh sol!, y llenas de tu esplendor los aires; tú te levantas ante la multitud de dioses, delante de los hombres, delante del cielo, para que cada uno te vea y te admire. ¡Oh dios que purifica y que alivia!, de esa misma luz con que cubres la tierra cargada de hombres, inunda los cielos y el aire inmenso, creando las noches y los días y contemplando todo lo que vive. Siete caballos de piel leonada tiran del carro que te conduce, radiante sol. Dios que todo lo mira, tu hermosa cabellera está coronada de rayos... Y nosotros, después de la marcha de las tinieblas, volviendo á ver una luz más bella cada día, venimos á prosternarnos ante el que brilla entre todos los dioses y que es el más deslumbrador de todos los astros.»

EL ALMA SUPREMA (HIMNO VÉDICO)

«Antes nada existía, ni el ser, ni la nada, ni el mundo, ni el cielo, ni el éter. ¿Dónde estaba, pues, lo que envuelve todas las cosas, el receptáculo del agua, el espacio del aire? Entonces ni muerte, ni inmortalidad, ni noche, ni día. El Ser único respiraba sin inspirar nada, absorto en su propio pensamiento; no había nada fuera de él. Las tinieblas estaban envueltas en otras tinieblas; el agua no tenía ningún brillo: todo estaba confundido en él. Reposaba el Ser en su propia vida. En fin, por la fuerza de su voluntad se produjo el universo. Se formó en su espíritu un deseo, primera semilla de todo. Así lo han proclamado los sabios, meditando con su corazón y su inteligencia; su mirada

ha penetrado lo alto, lo bajo, todo, porque llevaban en sí gérmenes fecundos de grandes pensamientos. La esencia del Ser supremo sobrevivirá á todos, como á todo ha precedido. Pero ¿quién conoce exactamente esos misterios? ¿Quién puede revelarlos? ¿De dónde vienen estos seres y este universo? Los dioses



ELLORA. — Templo monolítico de Kailasa (1)

han nacido porque él ha querido, él los ha hecho nacer. Pero ¿quién sabrá de dónde ha salido él mismo, de dónde ha surgido esta creación inmensa?..»

(1) Es el templo de Kailasa el más célebre de la India y ha sido estudiado por varias generaciones de arqueólogos; por esto juzgamos inútil medirlo, suponiendo que encontraríamos sus dimensiones en varias obras. Desgraciadamente, cuando á nuestra vuelta de la India las hemos buscado en los libros, hemos visto que difieren considerablemente de un autor á otro y no hemos podido, por consecuencia, utilizarlas. Las dimensiones de monumentos que figuran en esta obra han sido obtenidas con los métodos é instrumentos nuevos que he-

HIMNO Á BRAHMA POR KALIDASA

«Honor á ti, divinidad de triple forma, que antes de la creación no tenías sino una naturaleza única y que después te has dividido en tres personas para mejor manifestar tus tres cualidades principales: el poder, la inteligencia y la bondad. Principio increado, tu semilla se ha repartido sobre las aguas, y todos los objetos móviles é inmóviles han nacido: se te celebra como el autor de todas las cosas. Revelando tu grandeza bajo tres aspectos, tú eres la sola causa posible de formación, de durabilidad y de ruina. El elemento femenino y el elemento masculino son los dos principios constitutivos de tu naturaleza, y de ahí ha venido la propagación sucesiva de todos los seres. Tú has dividido el tiempo en día y noche; tu sueño ó tu vigilia produce la extinción ó el renacimiento de las criaturas. Tú, que no tienes origen ni fin, eres el fin y el origen del mundo; tú existías antes de la creación y nadie existía antes de ti; tú no conoces amo, tú eres el amo universal. Tú te conoces á ti mismo, tú te creas por tí mismo, tú te abismas en tí mismo. Tú eres el padre de los padres, el dios de los dioses, el autor y el objeto de la ciencia, el contemplador y el fin de la contemplación.»

HIMNO BÚDICO Á ADI-BUDA

«1. Al principio no había nada, todo era vacío, los cinco elementos no existían. Entonces Adi-Buda, el immaculado, se reveló bajo la forma de llama ó de luz.

»2. Él en quien están los tres *gunas*, que es el Maha-Murti y el Visvarupa (forma de todas las cosas), se manifestó: él es el gran Buda, que existe por sí mismo, el Adinatha, el Mahesivara.

mos descrito en un libro especial (*Les levers photographiques*). Estos instrumentos dan las dimensiones con un error de algunas centésimas. Estas medidas obtenidas automáticamente evitan enteramente las faltas de lectura y de cálculo que producen los métodos clásicos, no utilizables por otra parte para todos los monumentos rodeados de construcciones que dificultan la medición de su base.

»3. Todas las existencias encerradas en los tres mundos tienen su causa en él y es él también quien las hace subsistir. Por él y de su profunda meditación ha surgido el universo.

»4. Existe por sí mismo, es el Isivara, el compuesto de todas las perfecciones, el infinito, que no tiene ni miembros, ni pasiones. Todas las cosas son su imagen, y no obstante, él no tiene imagen alguna; es la forma de todas las cosas, y no obstante no tiene forma.

»5. No puede ser subdividido, no tiene figura visible, es la fuente de su propia fuerza, el dolor no puede alcanzarle; es eterno en su naturaleza, pero no es eterno en sus manifestaciones. Yo me prosterno ante él.

»6. Adi-Buda no tiene principio. Es perfecto, esencialmente puro, es la esencia de la sabiduría y de la verdad absoluta. Sonda el pasado y sus palabras son inmutables.

»7. Nadie le es semejante. Está presente en todas partes. Es terrible para los malvados como un león hambriento lo es para el tímido gamo...

»11. Las delicias de Adi-Buda consisten en hacer felices á todas las criaturas sensibles; ama tiernamente á los que le sirven. Su majestad llena los corazones de miedo y de respeto. Es el consolador de los atormentados.

»12. Posee las diez virtudes y las da á los que le honran; reina sobre las diez regiones del cielo; es el señor del universo. Llena con su presencia toda la extensión de los cielos...

»15. Es el creador de todos los Budas y de los Bodisatwas que quiere. Con la ayuda de Prajna ó Dharma (*uno de los personajes de la trinidad búdica*) ha creado el mundo. Él mismo no ha tenido creador. Es el autor de la virtud. Él hace que todo vuelva á la nada.»

3.º — GRANDES EPOPEYAS INDAS

El *Mahabharata*. — La gigantesca epopeya del *Mahabharata* es una de las obras más voluminosas de la India antigua y has-

ta del mundo. Contiene doscientos quince mil versos, mientras que la *Iliada* tiene sólo quince mil, la *Odisea* doce mil y la *Eneida* diez mil. Equivale á quince volúmenes ordinarios de quinientas páginas.

El *Mahabharata* se compone de un núcleo primitivo al que se han hecho sucesivamente fuera de tiempo adiciones numerosas. Esta vasta epopeya es la obra de los siglos y no la de un solo hombre. Un millar de años al menos se han pasado entre las concepciones del texto primitivo y las últimas alteraciones. No podría ser fijada su edad exacta; pero es dudoso que las partes más modernas sean posteriores al siglo III de nuestra era.

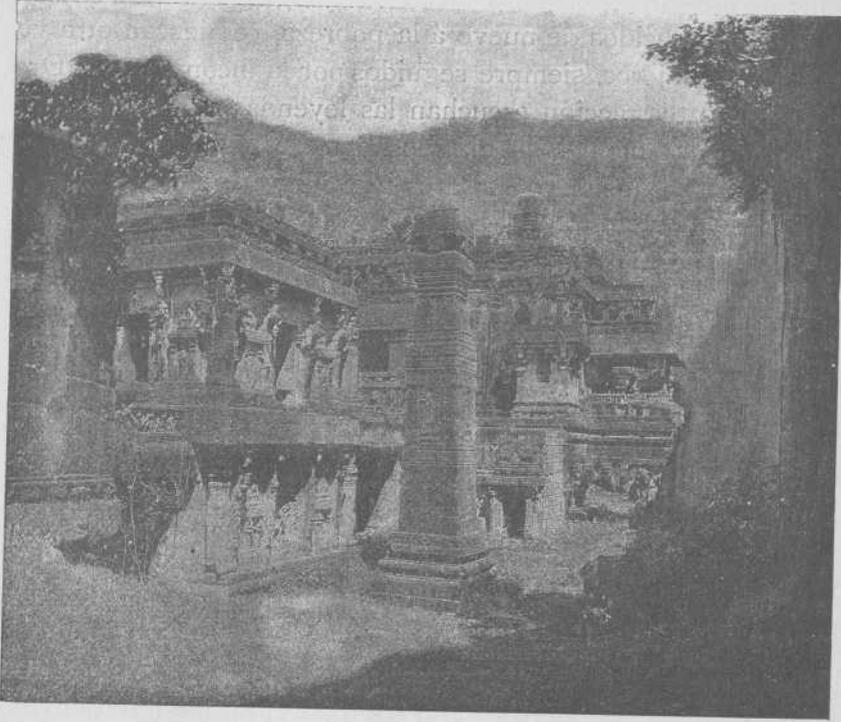
El *Mahabharata* tiene gran importancia á los ojos de los indos. Se ha dicho de él que habiendo sido puestos ante los dioses reunidos los cuatro *Vedas* en el platillo de una balanza y el *Mahabharata* en el otro, reconocieron los dioses que el último ganaba á los primeros; se asegura igualmente que son borrados todos los pecados del que lee sólo una parte del gran poema. De hecho, el *Mahabharata* es para los indos tan sagrado como la *Biblia* para los cristianos y el *Corán* para los musulmanes. Suponen, por otra parte, los indos que el libro ha sido compuesto en el cielo y regalado por los dioses á los hombres.

El título de *Mahabharata* ó gran Bharata es una abreviación de «gran historia de la raza Bharatá;» es el relato de la lucha entre los pandavas y los kuravas, ramas rivales de la dinastía lunar de los bharatides, establecida en la antigua ciudad de Hastinapura, cerca de Delhi.

El poema comienza por invocaciones, prólogos, genealogías y continúa con un relato entremezclado de interminables digresiones, amplificaciones y repeticiones de una lectura horriblemente pesada para un europeo. Relatos accesorios y leyendas se hallan mezcladas sin que parezca que los autores hayan tenido el menor cuidado de relacionar entre sí todas las partes de este mosaico.

El asunto principal del relato es la lucha de cinco hijos de Pandu — los pandavas — contra los cien hijos de Dhritarashtra —

los kuravas. Semejantes al Hércules y al Teseo de la tradición helénica, á los caballeros errantes de la Edad media, los pandavas recorren proscritos la India, la libran de los monstruos que la infestaban y realizan toda suerte de fabulosas hazañas. Luchan contra los rakchasas, esos demonios de los bosques de la



ELLORA. — El Kailasa. (Vista tomada desde otro punto que la anterior.)

mitología inda, que devoran á los hombres, saben tomar todas las formas y atraviesan á voluntad los aires. Uno de los pandavas, el gigantesco Bhimasena, «de grandes brazos y vientre de lobo,» es el más terrible de los cinco hermanos; él extermina á los rakchasas varones, seduce á sus hijas por su belleza y gana los premios en todos los torneos de caballería.

Uno de los cinco hermanos conquista contra numerosos rivales la bella Dropadi, hija del rey Dropada, armando un arco que

nadie podía doblar. Los dioses salen, como de costumbre, de su residencia celeste para asistir á la lucha. Los cinco hermanos inseparables se casan colectivamente con su bella conquista — prueba, de pasada, de la antigüedad de la poliandria en la India.

Elevados así al poder, caen pronto los cinco hermanos por culpa de uno de ellos que pierde en el juego sus riquezas y sus palacios. Reducidos de nuevo á la pobreza, comienzan otra vez su vida de viajeros, siempre seguidos por la incomparable Droupadi. Como distracción escuchan las leyendas milagrosas, pero interminables, que les cuentan los anacoretas ó los genios que encuentran. Audición de relatos maravillosos, luchas terribles, tal es su vida. Uno de los cinco hermanos, Ardjuna, provoca á combate al mismo dios Siva, convertido en cazador; es vencido, pero esta derrota es bien excusable si se considera que se entregaba á la lucha después de varios meses de un régimen consistente en nutrirse de aire y de hojas secas, sosteniéndose derecho, con los brazos levantados y el cuerpo reposando solamente sobre el dedo gordo del pie. Ya se sabe que en las ideas indas tales austeridades pueden conducir al asceta á ocupar en el cielo el lugar de un dios. Así no sin inquietud ve la asamblea de los dioses dedicarse á los hombres á penitencias severísimas. Para entretener sus ocios, Ardjuna, el mismo que combatió á Siva, hizo, como el héroe del Dante, un viaje al cielo; el gigantesco Bhimasena — el hombre de largos brazos, de vientre de lobo — lucha en dialéctica con un reptil sobrenatural, que le ha envuelto y que, como la Esfinge de Edipo, no le suelta sino á condición de que resuelva sus enigmas.

Gracias á sus armas mágicas, los cinco héroes no retroceden ante las más formidables hazañas. Ellos solos deshacen un ejército que venía á atacar á un rey á cuyo servicio se habían puesto ocultándole sus nombres.

No se encuentran, por otra parte, en el *Mahabharata* sino aventuras heroicas: es muy metafísico: el sexto libro, entre otros, contiene largas disertaciones religiosas. Se ve allí á Krishna, encarnación de Vishnu, enseñar á uno de los cinco hermanos, el

valiente Ardjuna, que él es también una encarnación de Vishnu, el ser supremo; le hace al mismo tiempo, en lo más culminante de una batalla, un largo discurso sobre la vanidad de las cosas terrestres, el destino de las criaturas, sus transmigraciones sucesivas hasta la absorción en el seno de Brahma, la necesidad de destruir el deseo, y otras teorías bastante parecidas á las ideas búdicas.

Esas demostraciones metafísicas no evitan, por lo demás, las estocadas de maestro. Aunque uno de los pandavas sea la encarnación misma de Vishnu, no triunfa de sus enemigos los kuravas sino después de una formidable batalla que dura diez y ocho días. Definitivamente vencedores, los pandavas pueden, en fin, reinar en paz. Cuando sienten llegada su última hora, se dirigen — siempre seguidos de su esposa colectiva, la admirable Dropadi — sobre el Himalaya, donde mueren sucesivamente, pero para elevarse inmediatamente á la residencia de los dioses inmortales. Se comprende entonces que no era únicamente uno de los pandavas encarnación de Vishnu. No sólo los cuatro hermanos, sino aun sus enemigos los kuravas, eran también encarnaciones de diversas divinidades.

Tal es, muy rápidamente indicado, el asunto de esta interminable epopeya. Se lo ha calificado justamente de aristocrático y de sacerdotal, pues no se trata en él sino de dioses, de sacerdotes y de reyes. Ni siquiera se menciona en él al pueblo, al artesano, al comerciante, etc. Este inmenso poema contiene varios pasajes notables que pueden ser comparados á los más bellos de los poemas homéricos. Su moral es bastante elevada y muy superior seguramente á las de la *Iliada* y de la *Odisea*, pero sus defectos son muy visibles para que su lectura pueda interesar á un europeo. Nos transporta ese poema á una humanidad desaparecida en que la manera de pensar, de sentir y de razonar difiere enteramente de la nuestra. Presenta todo un mundo de concepciones fantásticas, propias, sin duda, á admirar á la humanidad en su infancia, pero que el hombre moderno no comprende tampoco.

Terminaremos esta sumarisima exposici3n con algunos trozos del *Mahabharata* escogidos entre aquellos en que se manifiesta la menor intemperancia de imaginaci3n.

DESCENSO DE YUDHICHTHIRA Á LOS INFIERNOS

«Yudhichthira, desde el fondo del empíreo, seguía con rápido paso al mensajero celeste. ¡Qué siniestro descenso! ¡Qué horroroso viaje! Aquello era el refugio de las almas culpables, envuelto por sombrías tinieblas, cubierto por una vegetaci3n impura, exhalando el olor pestilente del pecado, de la carne y de la sangre. Eran lugares llenos de miles de cadáveres, sembrados de osamentas y de cabelleras, infestados de gusanos y de insectos, de donde brotaban devorantes llamas, donde se cernían cuervos, buitres y otros monstruos alados que se arrojaban sobre las montañas de cuerpos mutilados y privados de pies y de manos.

»En medio de esos cadáveres y de ese olor fétido, iba el rey, los cabellos erizados de terror y desolada el alma. Ante él un río infranqueable deslizaba sus ondas ardientes y un bosque de cuchillos agitaba sus aceradas ramas; rocas de hierro, cubas llenas de leche y de aceite hirviendo, mortíferos zarzales ofrecían más de un suplicio para los perversos. Turbado por esos miasmas funestos, Yudhichthira iba á retroceder cuando estas palabras lastimeras se elevaron de los abismos de la noche: «¡Ay de mí! Monarca ilustre y justiciero, detente un instante á consolar nuestras penas. A tu alrededor ondea como un céfiro delicioso; es el perfume de tu alma piadosa; él nos devuelve la calma, esa calma esperada largo tiempo. Quédate aquí, potente hijo de Bharata, quédate, pues en tu presencia cesamos de sufrir.» Vivamente conmovido por estos lamentos, el héroe suspira; no le era posible distinguir en su expresi3n dolorosa esas voces queridas y oídas tan frecuentemente.

»Al fin las reconoce, y de pronto iluminado, consternado, acusando á la justicia divina, agitándose en el seno de esa atmósfera asfixiante, grita á su mensajero: «Ve, remonta hacia aquéllos

cuyas órdenes cumples; en cuanto á mí, renuncio á volver; los que amo están aquí: viviré cerca de ellos, y viéndome sufrirán menos.» Oyendo el guía estas palabras, vuelve al palacio de Indra y explica al amo de los dioses la voluntad del descendiente de Bharata. Después que Yudhichthira hubo estado algún tiempo en la región de los castigos, Indra, Yama y todas las demás divinidades descendieron al abismo infernal. En seguida la luz emanada de tantas virtudes reunidas disipó las tinieblas, y cesaron las torturas de los perversos. No más río inflamado, bosque espinoso, lagos de fuego, rocas de bronce; no más cadáveres horribles; un viento dulce y embalsamado se levanta sobre las huellas de los dioses; el infierno fué iluminado por el radiante brillar de los cielos.»

VISITA DE ARDJUNA AL PARAÍSO DE INDRA

«Después de haber dado su adiós á la montaña, Ardjuna, radiante de alegría, se unió á la caravana divina que se remontaba á través de los aires; así llegado á esas regiones que son inaccesibles á los hijos de la tierra, encontró miríadas de centelleantes carros. No están iluminados ni por el sol, ni por la luna, ni por ninguna llama; sus cuerpos bronceados brillan por su propia luz; demasiado lejanos para que midamos su grandeza, parecen á nuestras miradas sólo pálidas lámparas. Pero el héroe, libre de lazos terrestres, pudo admirar de cerca su deslumbrante esplendor, su sublime armonía. Pasaron ante él por centenares los reyes justos, los verdaderos sabios, las víctimas de la guerra, los solitarios que han conquistado el cielo. Vió, en fin, la residencia deliciosa de los santos y de los penitentes, sembrada de flores de matices delidados, de las que se exhala, levantado por la brisa, el perfume de las más dulces virtudes. Vió la floresta Modana, donde los coros de ninfas se esparcen á la sombra de arbustos siempre verdes: abrigo reservado á los corazones fieles, lugar en que jamás penetraron los que desconocen el arrepentimiento, los que olvidan las ofrendas, los que huyen cobardemen-

te del campo de batalla, os que dejan de hacer los sacrificios y ayunos, ó de recitar los *Vedas*; empíreo que no contemplaron jamás los que no frecuentan apenas los lugares sagrados, los que desdeñan las abluciones y las limosnas, los impíos, los profanadores del culto, los que se embriagan, los comilones, los adúlteros. Era preciso atravesar esta radiante selva, llena de divina melodía, para entrar en la ciudad de Indra, donde millares de animados carros se lanzaban ó se paraban ante él, donde las alabanzas eran repetidas por la voz de los cantores y de las ninfas, mientras que un encantador céfiro les inundaba de olores embalsamados. Allí las divinidades y los bienaventurados acogieron con alegría á este guerrero de atléticos brazos; saludado por sus bendiciones mezcladas al son de los instrumentos celestes, á los sonos de los caracoles y de los platillos, siguió el estrellado camino, el luminoso sendero de los soles; rodeado de genios del cielo, de la tierra y del aire, de lo escogido de los bracmanes y de los reyes, llegó coimado de honores á presencia del soberano de los dioses.»

El *Ramayana*. — El *Ramayana* es en importancia el compañero del *Mahabharata*; estas dos epopeyas forman con los *Vedas* las tres producciones principales de la literatura sánscrita.

Aunque anterior, sin duda, en muchos siglos á nuestra era, el *Ramayana* es de fecha un poco más reciente que el *Mahabharata* y presenta así menos interpolaciones. Sólo tiene cuarenta y ocho mil versos y es, por consecuencia, cuatro veces más corto que este último. Según los indos tiene por autor á Vishnu.

El *Ramayana* es el relato de los combates que sostiene Rama para reconquistar la bella Sita, su esposa, que le ha robado el demonio Ravana, rey de los rakchasas, genios maléficos que habitan la isla de Lanka (Ceylán).

Lo mismo que uno de los héroes del *Mahabharata*, Rama es un dios hecho hombre, una encarnación de Vishnu. Tiene por auxiliares en sus luchas á los monos y los buitres. Los sucesos, como en el *Mahabharata*, ocurren en un mundo fantástico. El

sentido general del poema parece ser una lucha entre el príncipe del bien y el del mal. Las aventuras que en él se desarrollan tienen por punto de partida las persecuciones que el feroz Ravana hacía sufrir á los sacerdotes, y los obstáculos que ponía á los sacrificios. Los dioses irritados celebran un consejo y deciden que uno de ellos se encarne para salvar á los hombres. Por orden de Brahma, Vishnu, una de las personas de la trinidad inda, se dedica á esa tarea y nace bajo la forma del héroe Rama. Su padre, que ignora su origen, le destierra por instigación de una de sus mujeres. Para obedecer á la orden paterna, Rama va á esconderse en el bosque con su bella esposa Sita. La selva de Dandaka, que escoge por retiro, está poblada de genios y de monstruos fantásticos. La ogra Surpanakha, hermana de Ravana, rey de los rakchasas, se enamora del buen Rama, y estorbándole Sita, intenta devorarla; pero la ogra es rechazada por Rama y su compañero Lakshmana, que le corta la nariz y las orejas. Deseosa de vengarse, Surpanakha vuelve con catorce mil demonios, que Rama, gracias á sus flechas mágicas, obliga á huir. Furiosa por esta derrota, la ogra vuela hacia Ceylán y solicita la ayuda de su hermano Ravana, «el rey de las diez caras y los veinte brazos,» para robar á Sita. A fin de satisfacer su deseo, el rey atraviesa los aires sobre un carro encantado é intenta apoderarse de Sita por astucia, con el concurso de un amigo que se transforma en gacela y arrastra á Rama fuera de su casa. Roba entonces á Sita, transformándose él mismo en anacoreta, y se la lleva en su carro mágico. El rey de los pájaros, el buitro Djatayucha, amigo de Rama, se esfuerza por detenerle; pero después de una lucha formidable, en la cual



ELLORA. — Figura de arte brahmánico, del techo de la gopura en el Kailasa

Ravana es muy maltratado, el buitre es muerto; el raptor continúa su marcha y conduce su conquista á su palacio, donde intenta en vano seducirla.

Gracias al mono Hanumán, Rama descubre la residencia de Sita, y con la ayuda del rey Sugriva y de un ejército de monos y de osos, parte para reconquistarla y sitia á Lanka, capital de Ravana. El asalto es terrible: destrozan montañas y bosques para echárselos á la cabeza. Rama sostiene una lucha formidable contra el hermano de Ravana, que cayendo vencido, aplasta por su sola caída dos mil monos. Rama mismo acaba por ser herido. El rey de los osos sabe afortunadamente que existen sobre el monte Kelasa plantas mágicas que pueden curar á los héroes y encarga á Hanumán que se las procure. Para no perder tiempo en buscarlas, el bravo mono desgaja la montaña y se la lleva sobre la espalda; el príncipe es entonces curado, los guerreros resucitados, y naturalmente la batalla vuelve á comenzar. Finalmente Ravana es muerto por una flecha mágica que Brahma había dado á Rama, y los dioses inmortales aplauden la victoria que devuelve Sita á su esposo. Prueba ella, atravesando las llamas de una hoguera, que no ha pertenecido á Ravana, é Indra descubre entonces á Rama que es una encarnación de Vishnu. El héroe monta con Sita en un carro mágico y vuelve á Adjodhya, su capital, donde reina once mil años.

Se notará que todos los héroes de estas epopeyas son generalmente encarnaciones de divinidades, armados de poderes sobrenaturales y de armas mágicas que hacen sus hazañas tan fáciles como poco peligrosas. La lógica inda no se preocupaba de estas sutilezas: no insistiremos más en ello y terminaremos con algunos trozos del poema.

EL DESCENSO DEL GANGA

«Estando subido sobre la cima del Himalaya, Mahewara, dirigiendo la palabra al río que rueda en los aires, dijo al Ganga: «¡Desciende!»

»Abrió en todas direcciones la vasta gavilla de su *djata*, formando una cuenca ancha de muchos *jodjanas* y semejante á la caverna de una montaña. Entonces, cayendo de los cielos, el Ganga, ese río divino, precipitó sus olas con gran impetuosidad sobre la cabeza de Siva, infinito en su esplendor. El Ganga, turbulento, inmenso, rápido, erró sobre la cabeza del gran dios el tiempo que necesita el año para describir su revolución. En seguida, para obtener la libertad del Ganga, Bhagiratha trabajó de nuevo para merecer el favor de Mahadeva, el inmortal esposo de Umá. Entonces, cediendo á su ruego, Siva puso en libertad las aguas del Ganga; bajó una sola trenza de sus cabellos, abriendo así de sí mismo un canal por donde se escapó el río á los tres lechos, ese río puro y afortunado de los grandes dioses, el purificador del mundo, el Ganges, en fin.

»A este espectáculo asistieron los dioses, los richis, los gandharvas y los diferentes grupos de siddas, todos montados, los unos sobre carros de formas diversas, los otros sobre los más hermosos caballos, sobre los más magníficos elefantes, y las deidades, venidas también nadando, y el abuelo original de las criaturas, Brahma mismo, que se divertía en seguir el curso del río. Todas esas clases de inmortales de infinito vigor estaban reunidos allí, llenos de curiosidad para ver la más grande de las maravillas, la caída prodigiosa del Ganga en el mundo inferior.

»Luego, el esplendor natural de ese tropel de inmortales reunidos y las magníficas joyas con que iban adornados iluminaban todo el firmamento con una claridad brillante, igual á las luces de cien soles, y, sin embargo, el cielo estaba entonces envuelto en sombrías nubes.

»Avanzó el río, ora rápido, ora moderado y sinuoso; ora se extendía, ora sus aguas profundas marchaban con lentitud; ya chocaban olas contra olas, ó ya los delfines nadaban entre las especies varias de los reptiles y de los peces.

»El cielo estaba rodeado acá y allá como de relámpagos deslumbrantes; la atmósfera, llena de blancas espumas, brillaba como

brilla en el otoño un lago plateado por una multitud de cisnes; el agua caía de la cabeza de Mahadeva precipitándose sobre el suelo de la tierra, donde subía ó descendía varias veces en torbellinos antes de seguir un curso regular sobre el seno de Prithivi.

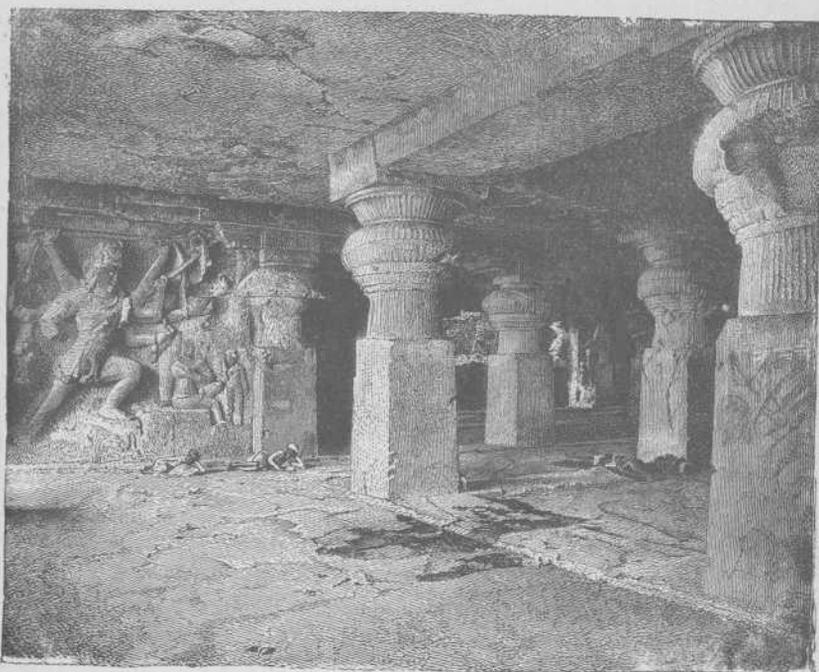
»Entonces se vió á los grahas, los ganas y los grandharvas, que habitaban sobre el seno de la tierra, limpiar con los nagas el camino del río con fuerza impetuosa. Rindieron allí todos los honores á las lípidas ondas que se habían reunido sobre el cuerpo de Siva, y habiéndolas repartido sobre ellos, resultaron en el instante mismo lavados de toda mancha. Los que una maldición había precipitado del cielo sobre la tierra, habiendo reconquistado por la virtud de esta agua su antigua pureza, volvieron á ascender á los palacios etéreos. A lo largo de sus márgenes, los richis divinos, los siddas y los mayores santos oraban en voz baja. Los dioses y los gandharvas cantaban, los coros de apsaras danzaban, los grupos de anacoretas se entregaban al gozo, el universo entero rebosaba de alegría.»

LA SALIDA DE LA LUNA

«La luna se había levantado rodeada de un tropel estrellado y coronada por una multitud de rayos é inundaba los mundos de sus claridades penetrantes. El ilustre Hanumán vió subir por el cielo, con el esplendor del nácar, ese astro nocturno que iluminaba las playas etéreas y que, más blanco que la leche ó que las fibras del loto, flotaba en medio del firmamento lo mismo que un cisne sobre un lago. La admiraba llegada á la mitad de su carrera, centelleante, radiante, derramando en el horizonte sus olas de luz y paseándose entre el rebaño de estrellas, parecida á un toro que vaga, inflamado de amor, en el parque de las terneras. Hanumán la miraba en tanto que ella apagaba poco á poco los calores que la tierra había sufrido durante el día y levantaba las aguas del mar inmenso y alumbraba á todas las criaturas.»

CAZA DE LA GACELA MÁGICA, MARITCHA, POR RAMA

«Un instante, se ve la gacela; un instante, no se la ve; cruza con paso que apresura el temor á la huella, atrayendo así al mayor de los raghuides. Tan pronto se la ve como se la pier-



ELLORA. — Interior del templo subterráneo de Dumar-Lena. (Siglo VIII.)

de, tan pronto corre espantada como se detiene, tan pronto se oculta á los ojos como sale de su escondite con rapidez. Maritcha, presa de un profundo terror, iba, pues, así por toda la selva.

»En el momento en que Rama vió esta gacela, creación de la magia, marchar y correr delante de él, armó colérico su arco; pero apenas le hubo visto ella dirigírsele con el arco en la mano, desapareció y se eclipsó varias veces para dejarse ver otras tantas por los ojos del cazador. Tan pronto se le mostraba cerca, como se le aparecía, alejada por larga distancia.

»Con este juego de aparecer y ocultarse llevó bastante lejos al que la perseguía. Viéndola correr ó dejándola de ver en la gran selva, visible un instante, invisible otro en todas las regiones del bosque, como el disco de la luna que aparece y desaparece bajo las nubes desgarradas en el cielo de otoño, Rama, con el arco en la mano y diciéndose: «¡Viene, ya la veo! ¡Desaparece otra vez!» recorrió por aquí y por allá todo el inmenso bosque.

»Al fin el héroe, engañado por ella á cada momento, llegó bajo la umbrosa bóveda de un lugar tapizado de hierbas frescas y se detuvo allí. Aquí de nuevo apareció no lejos su gacela, rodeada de otras, inmóviles, de pie cerca de ella y que la miraban con los grandes ojos abiertos por el miedo. A su vista, resuelto á matarla, ese héroe-vigoroso tendió su sólido arco y puso en él la mejor de sus flechas.

»De repente, apuntando á la gacela, Rama estiró la cuerda hasta el borde de su oreja, abrió la mano y dejó escapar esa acerrada flecha, ardiente, que Brahma mismo había trabajado con sus manos, y el dardo, acostumbrado á matar, partió el corazón de Maritcha.»

DECLARACIÓN DE AMOR DE SITA

«Iré, dijo ella á su esposo Rama, á todas partes donde tú vayas; separada de ti, no querría habitar ni el mismo cielo, noble descendiente de Raghu; yo te lo juro por tu amor, por tu vida. Tú eres mi señor, mi dueño, mi guía, mi divinidad; yo iré contigo, esta es mi resolución suprema. Puesto que estás tan ansioso de penetrar en esas selvas espesas é impracticables, yo iré la primera, rompiendo bajo mis pies, á fin de abrirte paso, las altas hierbas y las espinosas zarzas. Para una mujer de bien no es ni un padre, ni un hijo, ni un amigo, ni su propio corazón quien le impone la ley; es su esposo. No me niegues esta ventura; desecha ese mal pensamiento lo mismo que se tiran las últimas gotas de la copa que se ha vaciado; caro príncipe, llévame sin desconfianza; está seguro de mi fidelidad. Concédeme este

favor: que yo vaya en tu compañía á vivir en el seno de esos bosque que sólo frecuentan los jabalíes y los leones, los osos y los tigres; yo me nutriré allí, como tú, de frutos y de raíces; no seré de ningún modo para ti fardo incómodo. ¡Qué alegría la mía habitar también esas selvas umbrías, deliciosas, embalsamadas por los perfumes más distintos! Allí, varios miles de años pasados á tu lado me parecerían no haber durado un solo día. El paraíso sin ti me resultaría una mansión odiosa; el infierno, si lo compartiéramos, sería para mí el cielo.»

EL EJÉRCITO DE SIVA

«Entonces aparecieron las tropas celestes de los servidores de Siva, lanzando fuego por los ojos y por la boca, con muchos pies, brazos y cabezas, llevando brazaletes adornados con piedras preciosas, levantando todos las manos al aire, parecidos á los elefantes ó á las montañas. Tienen formas de perros, de jabalíes, de camellos; miembros de caballo, de chacales, de vacas; figuras de osos y de gatos; otros tienen hocicos de tigres ó de panteras, picos de cornejas ó de papagayos, cabezas de somorrujos; éstos parecen boas gigantescas; aquéllos tienen picos de cisnes, de urracas, de grajos; aspecto de tortugas, de cocodrilos, de delfines, de monos. Los unos imitaban la garza real, la rana, la ballena; los otros tenían una porción de ojos, largas orejas, gruesos vientres. Tal no tiene cabeza, cuál tiene cabeza de oso, de carnero ó de perro; todos echaban llamas por los poros y cada uno de los cabellos de su frente ó de los pelos de su cuerpo estaba inflamado.»

4.º — APÓLOGOS Y PROVERBIOS. CUENTOS Y LEYENDAS

Pueden clasificarse los apólogos y los proverbios entre las producciones más notables de la India. En este género son los indos seguramente nuestros maestros. Su *Pantchatantra* es la más célebre colección de fábulas y de máximas. Se compone de apó-

logos en los cuales los animales dan lecciones á los hombres. Los relatos son un poco confusos, pero generalmente bastante interesantes, y las numerosas máximas que contienen en cada página, frecuentemente muy curiosas.

La composición de esa colección debe ser muy antigua; varios eruditos sostienen que hasta algunas de sus fábulas fueron imitadas por Esopo; pero la obra sánscrita que las encierra se refiere evidentemente á varias épocas, puesto que en ella se cita á un astrónomo que vivía hacia el siglo VI después de Jesucristo.

En la primera mitad del siglo VI de nuestra era, habiéndose la reputación de las fábulas y apólogos indos extendido en Persia, Khosru Nurshiván, de la dinastía de los Sasanidas, que reinó de 531 á 579, envió un sabio médico á hacer la traducción del *Pantchatantra* en lengua pehlvia. Los sucesores del rey persa conservaron cuidadosamente el libro hasta la destrucción de su imperio por los árabes en 652. Cien años más tarde el califa abasida Al-Manzor encontró un ejemplar que había escapado á la destrucción de la biblioteca persa y lo hizo traducir al árabe.

Con el transcurso de los siglos aumentó el éxito de esas fábulas. En el X, el *Pantchatantra* fué traducido en verso persa, y después al turco hacia la misma época por orden de Solimán. Fué igualmente traducido al griego hacia fines del siglo XI, al hebreo y al español en el XIII, al alemán en el XIV. Al principio del siglo XIV Raimundo de Beziere hizo una traducción en latín, según un texto español traducido directamente del árabe por la reina Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso. No hay apenas, por otra parte, lengua en la cual esta inmortal obra no haya sido más ó menos fielmente transcrita. Desempeñó un gran papel en la literatura de la Edad media. La mayor parte de las fábulas y de los proverbios europeos — comprendidas las fábulas de La Fontaine — derivan de ellos.

Al lado del *Pantchatantra* se coloca una colección también célebre, aunque mucho más moderna, el *Hitopadesa*. No es, por lo demás, sino una nueva edición del *Pantchatantra*, compen-

diado en algunos puntos y completado en otros por la adición de nuevas fábulas procedentes de una colección desconocida, probablemente antiquísima.

El *Hitopadesa* ha sido igualmente traducido á la mayor parte de las lenguas de Europa. Tendremos ocasión de dar en otro capítulo algunos extractos de las máximas de que está sembrado.



Grupo de estatuas en el templo subterráneo de Dumar Lena. (Siglo VIII.)
(La estatua mayor tiene 5^m de altura.)

Existen otras muchas colecciones análogas, pero menos célebres, que sería prolijo enumerar aquí.

En cuanto á los cuentos y leyendas, puede decirse que los libros de la India abundan en ellos. A decir verdad, toda la literatura inda histórica ó religiosa puede ser considerada como una colección de cuentos y de leyendas.

Muchos cuentos indos son conocidos en Europa por el libro *Las mil y una noches*. Aunque la mayor parte de esta colección sea de origen árabe, encierra muchos cuentos indos; pero estos han sido de tal modo arreglados, que es con frecuencia difícil determinar los que nacieron en la India.

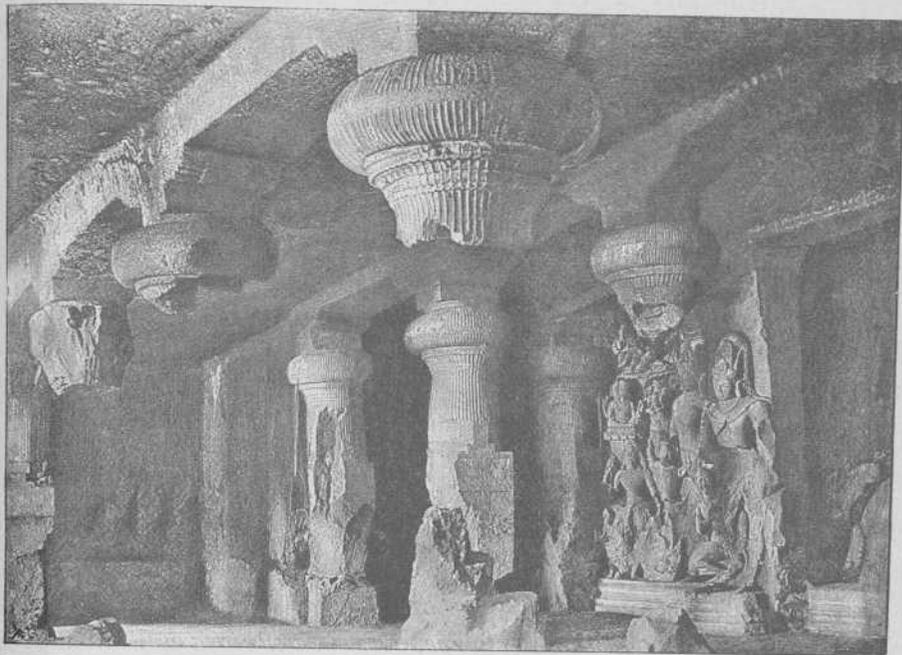
Las leyendas indas propiamente dichas, de que los libros religiosos ó históricos están llenos, merecen un estudio especial, no seguramente por su interés, generalmente escaso, sino por las indicaciones psicológicas que pueden proporcionar sobre la constitución mental — tan difícilmente comprensible para el europeo — del pueblo indo. Es absolutamente indispensable leer algunas docenas de esas leyendas para llegar á formarse una idea de la lógica especial del indo, de su pensamiento de movibles contornos, de su manera de relacionar entre sí cosas cuya analogía es puramente aparente. Yo he traducido para esta obra algunas leyendas del Nepal muy características desde este punto de vista, pero su reproducción ocuparía aquí demasiado espacio. Recomendaré á los indianistas de profesión, á quienes el asunto puede interesar, la leyenda de Birupaksha, al cual un oráculo había predicho, como en otro tiempo á Edipo, que se casaría con su madre, y que, á despecho de todos los esfuerzos, no pudo sustraerse á su destino; la de la fundación del templo de Buddnath por un príncipe que había matado á su padre por error, leyenda que contiene detalles que demuestran que los sacrificios humanos no debieron ser raros en la India en cierta época; la leyenda del viajero Sinbal, que vió á sus quinientos compañeros devorados por quinientos demonios femeninos durante un viaje á Ceylán, etc.

5.º — TEATRO INDO

Las obras teatrales indas están generalmente escritas parte en verso, parte en prosa; la lengua misma varía según los personajes. Los individuos de castas superiores se expresan habitualmente en sánscrito, y los de castas inferiores en prácrito.

Aunque estas obras sean á veces de lenguaje bastante libre, su moral es en definitiva más elevada que la de nuestra moderna escena. El adulterio, resorte principal de nuestro teatro, es excepcional en las obras indas. Sin duda juega siempre el amor en ellas papel importante; pero es el amor seguido del matrimonio.

Codiciar la esposa de otro estaba severamente prohibido por las reglas sociales. Las cortesanas ocupaban allí, es verdad, un papel tan importante como en nuestras obras modernas; pero esas cortesanas ocupaban entonces en la sociedad inda, como hemos explicado en otra parte, una situación elevada, análoga á la que ocupaban las prostitutas del mundo griego, y gozaban, en razón



ELEFANTA. — Columnas del interior del gran templo

de su ilustración y su educación, de otra consideración que entre nosotros.

Las obras indas pertenecen casi invariablemente á la categoría que llamaríamos hoy de magia. Los acontecimientos son siempre sobrenaturales, los dioses aparecen en ellas constantemente, las deidades se unen á los simples mortales; cuando una situación es demasiado complicada, se invoca á los dioses y los dioses la resuelven.

Desde el punto de vista de la composición, las obras indas

son singularmente flojas; el conjunto está siempre sacrificado á los detalles; los personajes en juego son generalmente grandes charlatanes, y sus discursos son artificiosos y afectados. Es verdaderamente difícil hallar en el teatro indio ni una sombra de parecido con el teatro griego, en que algunos eruditos han querido ver su origen.

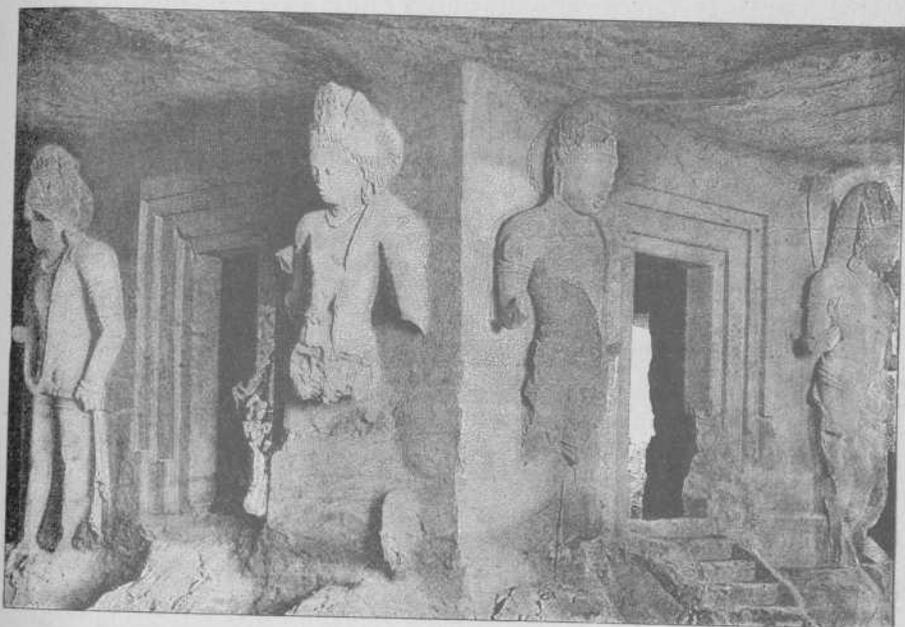
No obedece, por otra parte, lo flojo de estas obras teatrales á la falta de reglas precisas; su composición está sujeta, por lo contrario, á reglas numerosas y complicadas. Poseemos varios libros en que se las desarrolla largamente, y eruditos de profesión han consagrado mucho tiempo á traducirlas.

Los actores eran en otro tiempo entre los indios más estimados que hoy. En cuanto á los autores, debían gozar de una gran consideración, puesto que los reyes mismos no se desdeñaban de escribir obras teatrales; una de las mejores que poseemos, *El carretón de tierra cocida*, tiene por autor á Sudraka, rey de Maghada, y parece haber sido escrita hacia principios de nuestra era.

Entre las numerosas obras teatrales indias que son conocidas en Europa, no mencionaremos más que las de Kalidasa, autor que se supone que vivió hacia el siglo VI después de Jesucristo, pero sin que esta fecha ofrezca certeza alguna. De todas las obras que escribió — *La nube mensajera*, *El origen del nuevo dios*, *Urvaci amada por un héroe*, etc., — *Sacuntala* es la más célebre; ha sido traducida á diez lenguas, y poseemos varias traducciones francesas. Ha admirado á Goethe, á Lamartine y á otros escritores eminentes en la época ya lejana en que el descubrimiento de la literatura sánscrita parecía deber abrir al hombre horizontes enteramente nuevos. Aunque no justificando sino bastante débilmente los elogios que le fueron desde luego prodigados, esta obra es ciertamente una de aquellas de los autores indios en que las buenas cualidades superan á los defectos. Es muy sencilla, menos extravagante y menos exagerada que muchas otras composiciones análogas. Su asunto es muy humano, muy conmovedor; los personajes casi naturales. Los parla-

mentos son en ella cortos y poco recargados de metáforas y de rasgos pretenciosos. Algunos pasajes son de un sentimiento emocionante y de una delicadeza exquisita.

El asunto puede ser, por lo demás, contado en pocas líneas. El rey Duchanta, yendo de caza, encuentra en una ermita sagrada á la joven Sacuntala, hija de un ermitaño y de una diosa.



ELEFANTA. — Estatuas del interior del gran templo
(*Altura de las estatuas, 4^m, 60.*)

Siguiendo una costumbre frecuente entre los héroes indos, se enamora él instantáneamente, y según otra costumbre no menos frecuente, se une inmediatamente á ella. Esta forma de matrimonio simplificado estaba, por lo demás, reconocida por la ley, pero á condición de que fuera luego reconocida por las dos partes interesadas. Satisfecho por la posesión, y por consecuencia algo entibiado, vuelve el rey á Hastinapura, su capital, sin que Sacuntala, á juzgar por el silencio del autor de la pieza, parezca afectarse mucho. Sólo cuando se siente madre se decide á ir á

buscar á su pasajero esposo. Poco convencida, sin duda, de que será reconocida, lleva consigo para probar su identidad un anillo regalo del rey. Desgraciadamente un ermitaño á quien Sacuntala ha ofendido olvidando por distracción responder á una de sus preguntas, le hace mal de ojo; el rey la olvida á su vez y no la reconoce. Este olvido es tanto más grave para ella cuanto que precisamente ha perdido su anillo en un río. El anillo, es verdad, es pronto hallado por un pescador en el interior de un pez; pero habiéndose el rey negado á reconocer á Sacuntala, parte la infeliz, y es imposible saber qué ha sido de ella. Duchanta no la encuentra con su hijo sino después de algunos años. El encuentro es, por otra parte, del todo sobrenatural: el rey del cielo, Indra, impotente para deshacerse de un ejército de demonios, encarga de su destrucción á Duchanta, el que de pasada nos da una exacta idea del poder respectivo que se atribuía entonces á los dioses y á los mortales. Exterminados por Duchanta los enemigos de Indra, el dios, reconocido, le hace hallar su mujer y su hijo, y la obra termina por una apoteosis algo confusa.

6.º — OBRAS LITERARIAS DIVERSAS

A excepción de la historia propiamente dicha, género para el que los indos se han mostrado incapaces hasta el punto de que puede decirse que no poseen un solo libro de historia, apenas hay asuntos sobre los que no hayan escrito. Filosofía, religión, legislación, etc., han sido objeto de numerosas obras; las ciencias mismas han sido estudiadas en varios tratados, generalmente muy mediocres.

Una simple enumeración de esas obras nos llevaría muy lejos; no mencionaremos entre ellas más que los *Puranas* por la importancia que los indos les atribuyen.

La palabra *Purana* (antiguo) es el término con que se designan los libros religiosos de edades diversas, que se han calificado bastante acertadamente de depósito de la mitología popular. Encierran al mismo tiempo la historia legendaria de las principales

dinastías antiguas de la India. Contienen más de ochocientos mil versos y forman diez y ocho verdaderas enciclopedias de una lectura absolutamente indigesta para un cerebro europeo.

Los únicos libros indos cuyo examen tendría aquí verdadero interés son, aparte de los mencionados en este capítulo, las obras filosóficas expuestas en los *Upanishades*. Hemos hablado de ellos á propósito del budismo é insistiremos en el capítulo consagrado á las religiones actuales de la India. Su audaz filosofía no ha sido jamás aventajada y es preciso reconocer que la India acometió hace dos mil años los grandes problemas que el Occidente no ha puesto á discusión hasta hace un siglo, y que no retrocedió ante las más atrevidas soluciones.

Las obras artísticas de los indos son muy importantes, aparte de sus producciones literarias, para que nos detengamos más largo tiempo en éstas. Después de un breve párrafo consagrado á las lenguas de la India, emprenderemos el examen mucho más interesante y mucho más instructivo en mi sentir, aunque hartamente menos conocido, de su arquitectura.

7.º — LAS LENGUAS DE LA INDIA

Estaría completamente fuera del fin y de los límites de esta obra emprender aquí un estudio, aun sumario, de las lenguas de la India. Sólo á noticias estadísticas extremadamente sucintas, encaminadas sobre todo á demostrar su diversidad, limitaremos este párrafo.

El viajero que quisiere visitar la India con probabilidades serias de ser comprendido casi en todas partes, debería comenzar por aprender aproximadamente doscientas cuarenta lenguas y cerca de trescientos dialectos. Añadiendo al estudio preliminar de esas quinientas cuarenta lenguas ó dialectos el conocimiento del persa, lenguaje oficial de los tribunales indígenas y de la alta sociedad en el Indostán; del pehlvi, hablado por los parsis; del chino, hablado por los inmigrantes de Calcuta, y de las lenguas europeas habladas en las diversas colonias inglesas,

portuguesas, francesas, etc., de la India, la educación lingüística del viajero sería casi completa. Le sería inútil, por lo demás, unir al conocimiento de esas quinientas á quinientas sesenta lenguas el sánscrito, pues esta antigua lengua de la India, casi la única que se enseña en nuestras universidades de Europa, es precisamente una de las que no se hablan.

Las numerosas lenguas habladas en la India se dividen en cinco grupos fundamentales que presentan entre sí diferencias mucho más profundas que las que se observan entre las lenguas europeas. Esos grupos son los siguientes: 1.º, lenguas arias; 2.º, lenguas dravidianas; 3.º, lenguas kolarianas; 4.º, lenguas thibetanas, y 5.º, lenguas khasi.

El primer grupo comprende lenguas flexibles, los tres siguientes aglutinantes y el último monosilábicas.

Puede decirse de un modo general que las lenguas arias se hablan en el Norte de la India y una parte del centro, las lenguas dravidianas en el Sur, las lenguas kolarianas en los islotes de territorios diseminados al Este ó al centro, las lenguas thibetanas en los valles del Himalaya, y la lengua khasi en una parte del Assam.

A la familia de las lenguas arias pertenece el sánscrito, lengua muerta hace largo tiempo, pero en la que están escritos los antiguos libros sagrados de la India. No desempeña hoy apenas otro papel que el del latín en la liturgia católica y sólo es aprendida por algunos bracmanes.

La gran importancia que los europeos conceden al sánscrito en sus universidades obedece sobre todo á que esta lengua fué considerada en otro tiempo como la lengua madre de las lenguas europeas; pero se sabe hoy que las lenguas indo-europeas (sánscrito, alemán, eslavo, latín, griego, zendo) son lenguas hermanas derivadas de una lengua común hoy perdida. El sánscrito no es más lengua madre que cualquiera lengua aria, el griego, el indi ó el latín, por ejemplo; el único interés que puede ofrecer á los europeos es el de permitirles leer en los originales los antiguos libros religiosos de la India.

Se cuentan en la India, sin los dialectos, diez y seis lenguas arias. La más extendida y que merece más ser consignada, puesto que es la verdadera lengua oficial de la península, la en que se tratan todos los negocios y se escriben los periódicos y los li-



AMBERNATH. — Esculturas de una de las fachadas laterales del templo
(Probablemente del siglo IX.)

(Altura de la parte representada en el dibujo, 4^m,50.)

bros más importantes, y cuyo conocimiento es realmente indispensable á las personas en relaciones con la India, es el indostano.

Esta lengua, tan extendida hoy, es, no obstante, nueva, pues su creación se remonta apenas al principio del siglo xv. Está formada por la mezcla del indi, lengua de origen ario, hablada

entonces en el Indostán, con las lenguas árabe y persa que hablaban los musulmanes. Su gramática es principalmente sánscrita; se la escribe generalmente con caracteres persas. Es frecuentemente designada con el nombre de *urdu*, palabra que significa campo, porque esta era la lengua de los campos mogoles de Delhi. Se formó espontáneamente á consecuencia de las necesidades de relaciones entre los pueblos, y es la que los gramáticos debieran estudiar cuando quieran aprender cómo nacen y se transforman las lenguas.

Después del indostano, las lenguas arias más extendidas de la India son: el indí, hablado en una parte del Indostán propiamente dicho; el pundjabi, hablado en el Pundjab; el bengali, en el Bengala, etc.

Las lenguas dravidianas habladas, como hemos dicho, en toda la India del Sur no tienen parentesco alguno con las lenguas arias. Nos hacen penetrar en un mundo lingüístico aparte. Pertenecen estas lenguas, en efecto, á la clase de las lenguas aglutinantes, compuestas, como es sabido, de una raíz inalterable á la cual vienen á unirse subfijos y afijos.

La familia de las lenguas dravidianas comprende catorce lenguas, cada una de las cuales tiene numerosos dialectos. Hablanlas quinientos millones de individuos. Las más importantes son: el tamul ó malabar, hablado en el Sudeste de la península hasta el cabo Comorín, es una lengua importante, cuya literatura es muy rica; el telegu, hablado por diez y siete millones de indos al Este del Dekkán y en una parte de las posesiones del Nizam; el canarés y malayalam sobre la costa Oeste, etc.

El grupo de las lenguas kolarianas, habladas por diversas tribus salvajes de la India, representa los idiomas de las poblaciones autóctonas de la India antes de las invasiones.

El grupo de lenguas thibetanas no se extiende sino en los valles del Himalaya.

En cuanto á las lenguas khasi, no se hablan sino en un pequeño grupo de poblaciones al Sur del Assam. Pertenecen á las lenguas monosilábicas, es decir, á esas lenguas formadas de una

raíz inalterable, independiente, de las que el chino es el tipo.

Véase por orden de importancia numérica la lista de las lenguas más usadas en la India. La cifra colocada después de cada una de ellas indica el número de millones de hombres que hablan dicha lengua ó los dialectos que de ella se derivan:

	Millones
Indostano.	82 $\frac{1}{4}$
Bengali.	39
Telegú.	17
Mahratti.	17
Pundjabi.	16
Tamul.	13
Guzrati.	9 $\frac{1}{2}$
Canarés.	8 $\frac{1}{2}$
Urya.	7
Malayalam.	5
Sindhi.	4
Indi.	3

La inmensa variedad de las lenguas y dialectos de la India complica singularmente los viajes por el interior de la península. Nos ha ocasionado más de una vez serias dificultades. La identificación de las localidades es á veces muy difícil; hay allí, no obstante, según los mapas ó los libros, parajes hasta con diez nombres diferentes, por otra parte, en general, perfectamente desconocidos á los indígenas. Es con frecuencia preciso un trabajo de benedictino para reconocer de qué localidad ha querido hablar un autor (1).

(1) Los ingleses se han preocupado poco de establecer alguna unidad en el modo de escribir los nombres, y no hay dos mapas ingleses en que estén escritos de la misma manera. Hasta en las ciudades atravesadas por caminos de hierro se ve con frecuencia el nombre de la ciudad escrito de una manera sobre el mapa del indicador, de otra en el libro, de una tercera en la misma estación y de una cuarta en los indicadores de correos. Sin duda no es difícil identificar Cawnpore y Kanhpur, Amritsir y Umritsur, Pondichery y Punduchery, Conjeverám y Kanchipuram, etc.; pero falta que la interpretación sea siempre así sencilla. Hay mayor dificultad en identificar Tanjore y Tanjawur, Awadh y Oudh, Travancore y Tiruwankodu, Mandir-Ray y Madras, etc. Eastwick hace notar

Lo que acabamos de decir de la diversidad de lenguas de la India demuestra que los pueblos que habitan la India no difieren menos por sus lenguas que por sus razas.

Mayores las diferencias que los separan desde este doble punto de vista, que las que separan los diversos pueblos europeos, se concibe fácilmente que tales poblaciones tengan muy pocas probabilidades de poder llegar jamás á formar una nación.

con razón que en una de las importantes publicaciones de la India (*Thorton's Gazetteer*), la palabra Fat, que entra en la composición del nombre de varias ciudades, está escrita de once maneras diferentes (Futeh, Futh, Futhe, Futick, Futi, Futte, Futteh, Futtih, Futtoo, Futtun, Futti), todas, por lo demás, incorrectas. Fácil es así de comprender, como lo hace observar el autor, que los jefes de regimientos no hayan podido identificar una sola de las localidades en los itinerarios que reciben del gobierno. Añade que, comparando el mapa oficial del gobierno de Madras con el del Estado mayor, no ha podido conseguir encontrar ninguna semejanza entre los nombres. En cinco mapas diferentes examinados por él, el mismo río lleva los nombres de Tamraparni, Tamberperny, Tambaravari, Pambouri y Chindinthura.

En la presente obra, naturalmente, hemos adoptado la ortografía inglesa, puesto que el inglés es la lengua oficial de la India y que la mayor parte de los libros relativos á la India están escritos en esa lengua; pero entre las diversas ortografías de una misma palabra hemos escogido la más extendida; ella es generalmente la que más se aproxima á la pronunciación habitual, tal como la hemos oído sobre el terreno.

CAPITULO II

LOS MONUMENTOS DE LA INDIA

El estudio de la arquitectura de la India está rodeado de grandes dificultades. Por una parte, en efecto, ciertos períodos están desprovistos de monumentos hasta el punto de que tipos de una gran importancia son á veces casi únicos. Por otra parte, las construcciones que se observan durante un mismo período, pero de una región á otra, difieren con frecuencia hasta el punto de no revelar ninguna relación aparente. Ni en sus monumentos, como ni en su religión, sus lenguas ni sus artes, la India no posee esa unidad que se le atribuyó durante largos años. Se compone de países muy distintos, que presentan, desde el doble punto de vista de la población y de los medios, diferencias mucho más profundas que las que se observan entre las diversas regiones de Europa.

El arqueólogo que estudia los antiguos monumentos del Occidente, los de Francia por ejemplo, puede seguir con frecuencia siglo por siglo su desenvolvimiento y ver por qué transformaciones sucesivas han pasado de una forma á otra. Los períodos durante los cuales los monumentos faltan totalmente no son jamás muy largos, y los documentos escritos que permiten reconstituir los eslabones de la cadena, cuando está rota, no faltan nunca. Con los monumentos, de un lado, y los libros, de otro, la reconstitución del pasado es fácil.

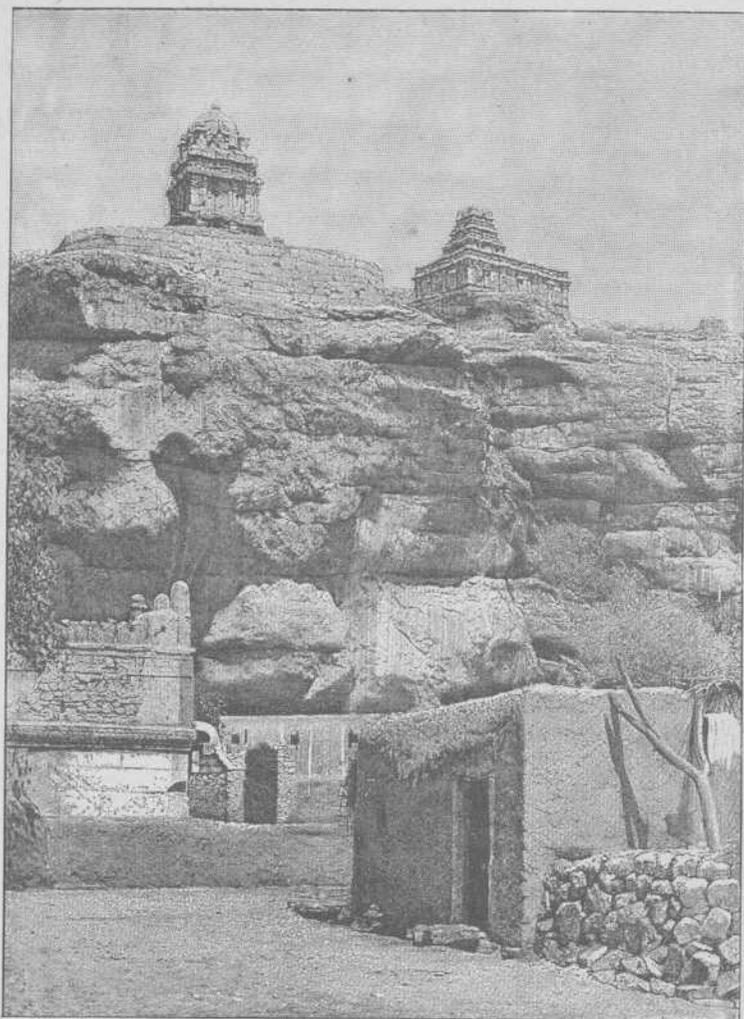
No ocurre lo mismo en la India, donde los tiempos y los hombres han destruído sin compensación los testimonios de largos períodos de las civilizaciones pasadas, y donde hasta épocas casi modernas no ha habido ningún documento escrito que merezca el nombre de historia.

El arqueólogo que visitase la India sabiendo sólo de su pasa-

do que lo llenaron varias civilizaciones pujantes, se admiraría de lo que vería allí, y más aún quizá de lo que no vería. De la civilización más antigua, de aquella cuyos principios son anteriores en quince siglos á nuestra era y de la que las obras literarias cantan el poderío, ni una piedra ha guardado el recuerdo. De la civilización que sucede á esa después de más de mil años de elaboración, no se encuentran sino vestigios, suficientes para demostrar su grandeza, pero insuficientes para explicar su historia. Cuando aparecen bruscamente los monumentos, tres siglos apenas antes de nuestra era, se presentan con un grado de perfección que en el transcurso de los siglos no aventajarán apenas.

En ninguna parte, en la India, descubre el observador esos períodos embrionarios preparatorios que los vestigios de otras civilizaciones revelan casi siempre. Ve en ciertas regiones aparecer los monumentos bruscamente, acumularse luego durante dos ó tres siglos y de golpe desaparecer. Antes, la negra noche, después también la noche. En otra parte descubre influencias griegas y persas evidentes, pero que no traspasan ciertas regiones y que también desaparecen bruscamente. Encuentra de súbito en un desierto puertas monumentales cubiertas de bajos relieves admirables; pero después de haber recorrido toda la inmensa península apenas si encuentra dos ó tres construcciones de la misma especie en períodos de civilización que han durado más de veinte siglos. Si, renunciando á desenterrar del polvo esa antigüedad tan obscura, quiere limitarse al estudio de los monumentos de la época relativamente moderna, é históricamente bien conocida, en que los musulmanes reinaron, las dificultades que encuentra son aún grandes. En vano supondrá que esos monumentos deben constituir una serie bien homogénea, puesto que fueron construídos por pueblos que profesaban la misma religión y hablaban la misma lengua. Las diferencias que ofrecen durante el mismo período los monumentos de las diversas comarcas de la India sometidas á los discípulos del Profeta, son, por lo contrario, tan grandes que podría dudarse si esos monumentos pertenecen á los mismos siglos y á los mismos pueblos.

Sólo la historia del pasado de la India puede arrojar alguna luz sobre las anomalías aparentes que el estudio de sus ruinas reve-



BADAMI. — Antiguos templos en la cima de una colina

la. Aunque los documentos históricos sean de una insuficiencia extrema, pueden, sin embargo, convenientemente interpretados, explicarnos fenómenos sin ellos inexplicables. Sólo la historia

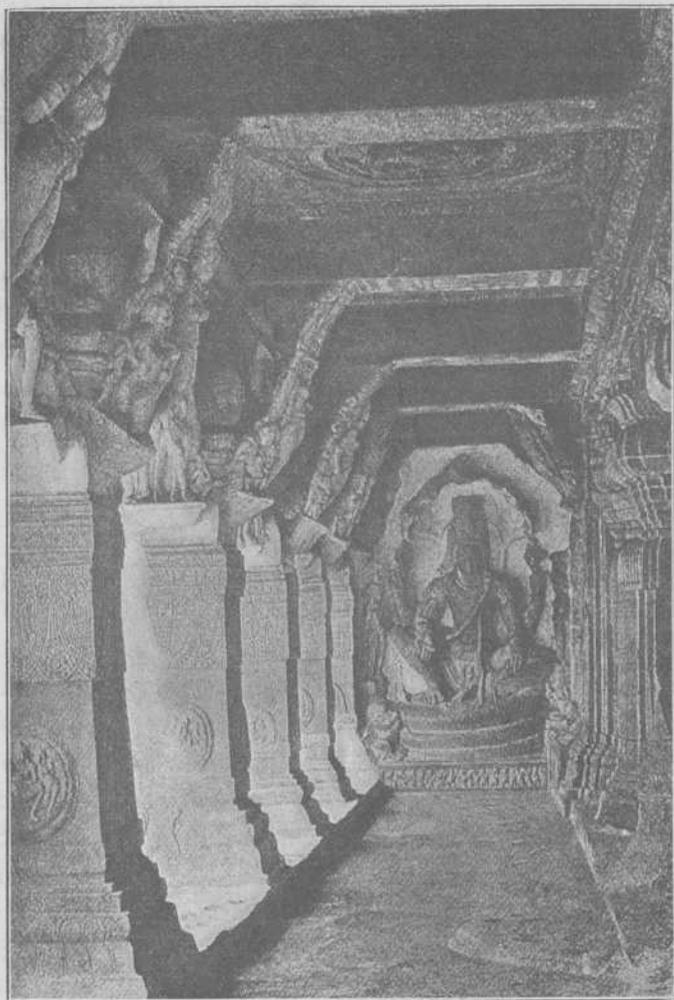
puede hacernos comprender los monumentos de la India, y los monumentos solos pueden completar esa historia. Gracias á ellos, los períodos sobre los cuales las tradiciones y los libros habían permanecido enteramente mudos han salido de un olvido que amenazaba ser eterno.

I.º — CLASIFICACIÓN DE LOS MONUMENTOS DE LA INDIA

Los más antiguos monumentos de la India son, á excepción de algunas cavernas sin carácter arquitectónico, anteriores en tres siglos á nuestra era. Tenemos, sin embargo, pruebas ciertas de que antes de esta época los indos poseían una arquitectura y de que edificaban ciudades y palacios. Lo sabemos no sólo por las descripciones que contienen las antiguas epopeyas del *Mahabharata* y el *Ramayana*, sino también por el hecho de que los más antiguos monumentos que han subsistido, la balaustrada cargada de bajos relieves de Bharhut, por ejemplo, alcanzaron un grado de perfección que implica necesariamente un largo pasado artístico. Se supone generalmente que se han perdido todas esas construcciones porque eran de madera y de ladrillo, empleándose sólo las piedras para los cimientos. He observado, en efecto, que en las regiones más atrasadas de la India, tales como el Nepal, que han conservado mejor las antiguas costumbres, la de construir con madera y ladrillos subsiste aún. Megastheno notó esta particularidad tres siglos antes de Jesucristo, y el único gran templo antiguo que es, al menos en parte, probablemente contemporáneo de los primeros tiempos de nuestra era, el de Buda-Gaya, es de ladrillos. El trabajo de la madera y del ladrillo era mucho más fácil que el de la piedra: se comprendió fácilmente que los indos emplearan con preferencia esos materiales.

Es, pues, probablemente en tiempo de Asoka, es decir, en el siglo III antes de Jesucristo, cuando la India comenzó á cubrirse de esos monumentos de piedra, de los que nos han quedado algunos. Sus primeros constructores copiaron probable-

mente los antiguos edificios de madera. Han sostenido esta opinión varios autores, y la encuentro confirmada por el hecho,



BADAMI. — Interior de un templo subterráneo. (Siglo VI de nuestra era.)

(La altura del templo al nivel de la estatua que se ve en el fondo, y que representa á Vishnu sentado sobre la serpiente Ananta, es aproximadamente de 5 metros.)

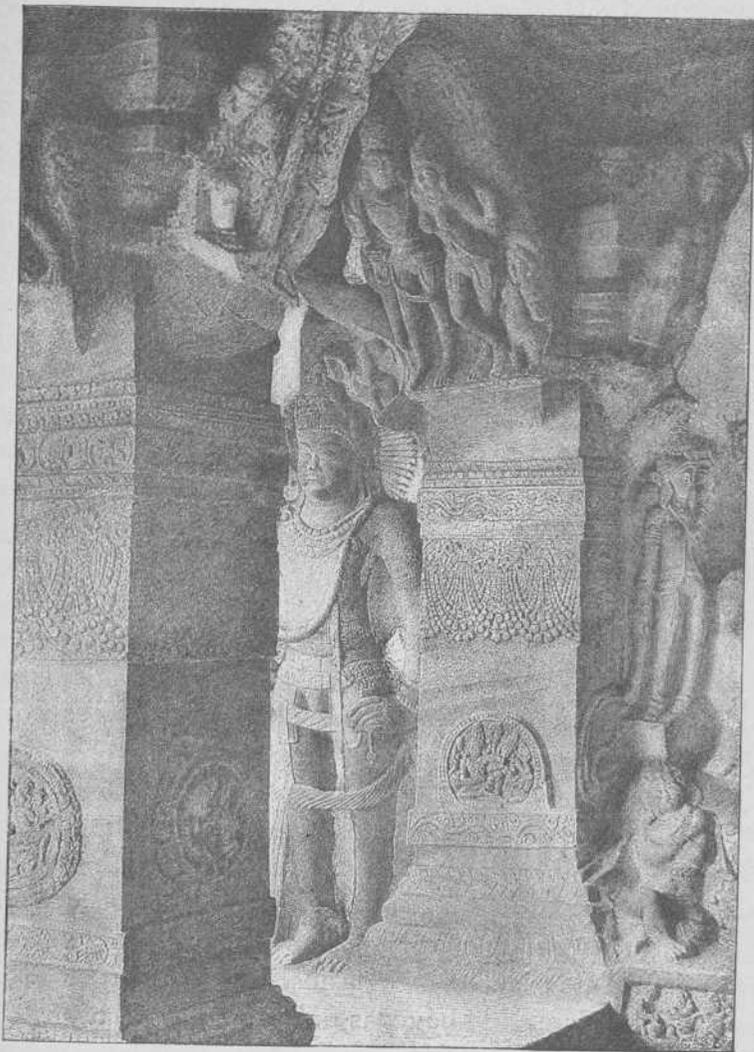
que he comprobado en el Nepal, de la exactitud con que los artistas reproducían en los templos de piedra las columnas esculpidas de los templos de madera.

Los más antiguos monumentos búdicos — columnas conmemorativas, balaustradas cubiertas de bajos relieves — ofrecen un grado de perfección que persiste durante varios siglos en las regiones más distintas de la península: Amravati, Ajunta, Sanchi, etc. Antes de fijarse la edad relativa á esos diversos monumentos se creía poder evidenciar la evolución progresiva del arte por los primeros esbozos de los templos subterráneos; pero admirables bajos relieves son precisamente contemporáneos de esos primeros esbozos. Esos templos subterráneos no eran en un principio sino abrigos ó pequeñas capillas cavadas por monjes solitarios. Juzgar de los orígenes de la arquitectura de una época por trabajos tan elementales, sería querer adivinar los de una gran ciudad moderna por las cabañas que pueden construirse los habitantes del campo y de las montañas. Así que los templos subterráneos adquirieron alguna importancia se convirtieron inmediatamente en obras arquitectónicas de primer orden.

Aparte de los templos cavados en la roca, no nos ha quedado de esas épocas primitivas más que un pequeño número de bajos relieves y de columnatas, escapados como por milagro á la destrucción. Es una suerte para nosotros que se les ocurriera á los budistas labrar sus primeros templos en las rocas de las montañas, sustrayéndolos así á los agravios del tiempo. Si los hombres no los hubieran con tanta frecuencia mutilado, estarían tan intactos como en la época en que fueron construídos. Su número es inmenso si se lo compara al de los monumentos elevados sin abrigo alguno, como las columnas monolíticas sobre las que Asoka hacía grabar sus edictos y las balaustradas esculpidas rodeando los túmulos, que existen hoy en número muy escaso.

En cuanto á los grandes templos construídos sobre explanadas y á los palacios anteriores á nuestra era, nada ha quedado de ellos. Fa-Hian, que visitó la India en el siglo IV después de Jesucristo, encontró ya en ruinas el palacio de Asoka. Esas ruinas le parecieron, sin embargo, tan bellas, que afirmó que el tal palacio no podía haber sido construído por simples mortales.

Del siglo v al VIII de nuestra era, los templos búdicos subterráneos desaparecen gradualmente y son reemplazados por tem-



BADAMI. — Pilares y estatua gigantesca del interior del templo precedente

plos al aire libre, consagrados á los diversos cultos. Edificados la mayor parte por los sectarios del jainismo, se ha dado al particular estilo que ostentan el nombre de estilo jaina; pero

esta expresión es, á nuestro juicio, muy impropia, pues los templos brahmánicos y jainicos, edificados durante el mismo período, tuvieron el mismo estilo, como puede verse fácilmente comparando entre sí los templos brahmánicos y jainicos de Kharajuro.

Veremos en este mismo capítulo que la arquitectura de la India ha variado considerablemente de una región á otra y de una época á otra época. Las variaciones observadas en la arquitectura europea durante el transcurso de los siglos no han sido mayores.

Los edificios indos deben ser juzgados por sus detalles y no por sus sencillísimos planos. Podría decirse, en términos generales, que en la época búdica los templos se componían de salas más ó menos vastas cavadas en las montañas y de grandes túmulos rodeados de columnatas; que los templos de la época brahmánica se componían en el Norte de la India de una ó varias salas rectangulares ornadas de pórticos y coronadas por una pirámide de caras curvilíneas, y en el Sur de la India de vastos recintos rectangulares en los que se penetra por puertas piramidales de caras rectilíneas y de varios pisos; pero estas generalidades enseñan poco. Sólo poniendo los monumentos ante los ojos del lector, como lo hemos hecho en esta obra, es posible dar á conocer los caracteres de sus estilos.

Hay que apreciar en ellos, sin embargo, un principio fundamental que debemos recordar aquí, porque ha sido adoptado en la construcción de todos los templos de la India, casi, casi sin excepción, al menos hasta la época musulmana y con frecuencia después, y porque su aplicación ha salvado los antiguos templos de la destrucción; me refiero á la regla absoluta de los arquitectos indos de no usar jamás de bóvedas propiamente dichas, es decir, de bóvedas de juntas convergentes. Esas bóvedas, que permiten cubrir grandes espacios con poco material y que son por esta razón exclusivamente empleadas en Occidente, llevan en sí el germen de la muerte. «Jamás duermen,» dicen con razón los indos. En un país expuesto á los temblores de tierra y á toda

clase de accidentes atmosféricos, los monumentos construídos siguiendo nuestras reglas europeas no duran apenas; los edificios levantados por los ingleses son la mejor prueba de ello. Si los monumentos hubiesen sido construídos siguiendo nuestras reglas de arquitectura, hace mucho tiempo que estarían reducidos á polvo. Que se trate de sostener un puente ó el techo de un edificio, los indos usan siempre de bóvedas de hiladas horizontales, es decir, de piedras dispuestas por hiladas superpuestas,

de manera que cada una salga sobre la colocada debajo. Si el espacio á cubrir es considerable, añaden á los pilares que soportan las piedras de la circunferencia una segunda hilera de pilares próximos al centro de esa circunferencia. Hasta después que los musulmanes hubieron generalizado el empleo de las bóvedas y arcadas de juntas convergentes, los indos rehusaron siempre usarlas y sólo excepcionalmente se las ve figurar en



BADAMI. — Imagen de Seshha-Naga,
de la cubierta del templo

sus templos. No es de suponer, por otra parte, que ignorasen ese modo de construcción antes de las invasiones musulmanas. Admitiendo que no lo hubiesen conocido, como los egipcios, de muy antiguo, los griegos, con los que estuvieron en otro tiempo en relación, se lo habrían de seguro enseñado.

Las grandes líneas de una clasificación general de los monumentos de la India pueden tener por base, lo mismo que las de otras civilizaciones, las creencias religiosas. La arquitectura del período búdico, del período del renacimiento del brahmanismo y del período musulmán presentan, en efecto, diferencias profundas; pero este elemento de clasificación es del todo insuficiente. La diversidad de las razas produce en las ma-

nifestaciones de la arquitectura diferencias bien superiores á las que resultan de la diversidad de creencias. Así es que no podría descubrirse ninguna analogía entre la arquitectura del Norte y la del Sur de la India, á pesar de que esas dos partes de la península han profesado la misma religión durante un espacio de más de mil años.

La sola clasificación de detalle que nos parece racional es la que toma por base las comarcas en que los monumentos han sido construídos. Es la que hemos adoptado, y el lector habrá podido ver, recorriendo los grabados de esta obra, que es la única que permite aproximar monumentos semejantes y la única igualmente que permite descripciones generales. No hemos colocado en párrafos diferentes los diversos monumentos de una misma región sino en el caso, como en Delhi, por ejemplo, en que los monumentos pertenecían á períodos muy diferentes y no presentaban analogías entre sí.

Una simple mirada á nuestros grabados prueba que la perfección de los monumentos de la India no está de ningún modo en relación con la fecha de su construcción; los más antiguos son con frecuencia los más notables. La arquitectura se muestra en su apogeo en los templos del Monte Abu y de Khajurao, que se remontan al siglo x de nuestra era. Mediocres á veces desde el punto de vista de la estatuaria, ofrecen en sus detalles una perfección á la que los siglos nada debían añadir.

No es preciso, pues, buscar en la India esa evolución progresiva que parece la ley del Occidente. La arquitectura, lo mismo por lo demás que la literatura, llegó pronto á una determinada fase de desenvolvimiento: llegada esta fase, la India no la ha superado jamás.

El cuadro que sigue indica los elementos de la clasificación nueva que nos han decidido á adoptar nuestras investigaciones: consagraremos en seguida algunos párrafos á la historia de la arquitectura de cada período y de cada región. En la imposibilidad, por falta de espacio, de describir en detalle ningún monumento, remitimos al lector, á quien este asunto interese, á la gran

publicación (1) de que este capítulo no es sino un breve extracto. Los grabados que damos en esta obra y que se siguen en el orden de la clasificación que vamos á exponer, están tomados en su mayor parte del mismo trabajo. Bastan á dar una idea de la importancia de los monumentos de la India.

CLASIFICACIÓN GENERAL DE LOS MONUMENTOS DE LA INDIA

I. — ARQUITECTURA BÚDICA (del siglo V antes de nuestra era al siglo VIII después de Jesucristo)

1. *Monumentos primitivos de la India* (columnas conmemorativas, templos y monasterios cavados en la roca).

Ejemplos: columnas conmemorativas de Allahabad y de Delhi; monumentos de Bhaja, Karli, Ajunta, etc.

2. *Monumentos búdicos construídos sobre el suelo.*

Ejemplos: monumentos de Bharhut, Sanchi, Sarnath, Buda-Gaya, etc.

3. *Monumentos greco-índos del Noroeste de la India.*

Ejemplos: monumentos de Peshawer, de Cachemira, etc.

II. — ARQUITECTURA NEOBRACMÁNICA DEL NORTE Y DEL CENTRO DE LA INDIA (del siglo V después de Jesucristo al XVIII)

1. *Arquitectura del Nordeste de la India.*

Ejemplos: monumentos de las costas de Orissa (Udayagiri, Bhuwaneswar, Jaggernoth, etc.).

2. *Arquitectura del Rajputana y del Bundelkund.*

Ejemplos: monumentos de Khajurao, Gwalior, Chittor, Monte Abu, Odeypur, Nagda, etc.

3. *Arquitectura del Guzerat.*

Ejemplos: monumentos de Ahmedabad, etc.

4. *Arquitectura del centro de la India.*

Ejemplos: monumentos de Elefanta, Ellora, Ambernath, etc.

III. — ARQUITECTURA DE LA INDIA MERIDIONAL (del siglo VI después de Jesucristo al XVIII)

1. *Templos subterráneos del Sur de la India.*

Ejemplos: monumentos de Mahavellipore, Badami, etc.

(1) *Los monumentos de la India* (Firmín-Didot). Este trabajo es el resultado de la misión arqueológica de que el gobierno nos encargó en la India. A fin de llegar en un tiempo relativamente muy corto á estudiar monumentos para cuyo examen nos ha sido preciso recorrer cerca de 4.000 leguas en regiones ordinariamente faltas de caminos y de todo medio de comunicación, hemos debido crear métodos nuevos de levantar planos. Estos métodos, consistentes en combinar la fotografía con ciertos procedimientos geométricos, están descritos en nuestra obra *Les Levers photographiques* (2 volúmenes en 18.^o).

2. *Arquitectura de las pagodas del Sur de la India.*

Ejemplos: monumentos de Chillambaram, Tanjore, Tripetty, Conjeveram, Bijanagar, Madura, Sriringam, etc.

IV. — ARQUITECTURA INDO-MUSULMANA (del siglo XII al XVIII)

1. *Arquitectura musulmana anterior al período mogol.*

Ejemplos: primeros monumentos de Delhi; monumentos de Ajmir, Bijapur, Golconda, etc.

2. *Arquitectura del período mogol.*

Ejemplos: últimos monumentos de Agra, Delhi, Futteh-pore, Lahore, etc.

3. *Arquitectura revelando la influencia musulmana en diversas regiones de la India en que la mayor parte de los monumentos son indos.*

Ejemplos: monumentos musulmanes de Gwalior, Mahoba, Madura, etc.

V. — ARQUITECTURA INDO-THIBETANA (del siglo II después de Jesucristo hasta nuestros días)

Arquitectura del Nepal.

Ejemplos: monumentos de Sambunath, Buddnath, Bhatgaon, Patán, Katmandu, etc.

VI. — ARQUITECTURA INDA-MODERNA

Ejemplos: monumentos de Benarés, Amritsir, etc.

Nos limitaremos á exponer en algunas páginas los principales caracteres de la arquitectura de cada período.

2.º — ARQUITECTURA DE LA INDIA DURANTE EL PERÍODO BÚDICO

(DESDE EL SIGLO V ANTES DE JESUCRISTO AL VIII DE NUESTRA ERA)

Los más antiguos monumentos de la India no se remontan más allá de la época búdica y en una fase ya avanzada de esta época. Se han encontrado, es cierto, en el Bengala templos subterráneos del siglo V anterior á nuestra era; pero no son sino excavaciones propias para demostrar que los indos eran ya hábiles para trabajar la piedra: son insuficientes para revelarnos lo que podía ser entonces su arquitectura. Las verdaderas obras arquitectónicas no aparecen hasta la época de Asoka, 250 años aproximadamente antes de Jesucristo.

Todos los monumentos de la India durante el período búdico pueden ser clasificados en las categorías siguientes:

Lats ó Stambhas. — Son columnas conmemorativas, á veces contemporáneas de Asoka, y sobre las cuales hacía este príncipe grabar sus edictos. Puede colocárselas entre las fuentes más preciosas de la historia de la India. Las más célebres se encuentran en Allahabad y en Delhi. Están cubiertas de inscripciones



MAHAVELLIPORE. — Templo monolítico. (Siglo VI.)

consagradas sobre todo á prescripciones religiosas, citas de reyes, etc. Sus capiteles están ordinariamente coronados por un elefante ó un león y recuerdan las columnas de Persépolis. Se supone que esas columnas eran generalmente colocadas delante de estupas ó de construcciones análogas. Se las encuentra alguna vez delante de los templos subterráneos, principalmente en Karli.

Templos y monasterios cavados en la roca. — Los más antiguos y los más ricos monumentos de la India son los templos y los monasterios cavados en el flanco de las montañas.

A excepción de algunas salas subterráneas del Behar, que se

remontan al siglo v anterior á nuestra era, pero que no son simples excavaciones, las más antiguas son solamente en dos siglos anteriores á Jesucristo. Siguen hasta el siglo VIII de nuestra era ó sea durante un período de cerca de mil años. Cuando el budismo desapareció de la India, desaparecieron también casi enteramente. Las nueve décimas partes de esos monumentos son, en efecto, búdicos; una décima parte sólo es de origen bracmánico ó jáinico.

Esas construcciones, cavadas en la roca, se dividen en templos ó chaityas y monasterios ó viharas. No se cuenta más de una treintena de los primeros, mientras que existe un millar de los segundos. Algunos son simplemente excavaciones muy poco adornadas, pero muchos de ellos y de los más antiguos están adornados con una profusión de esculturas y cincelados con una riqueza que ningún pueblo ha superado.

Hemos presentado en esta obra algunos de los más interesantes de esos templos y principalmente los más notables de los que se ven en Bhaja, Ellora, Badami, Ajunta, etc. Para dar una idea de su construcción y del formidable trabajo que representan diré algunas palabras de los de Ajunta. En otro párrafo hablaré de volver sobre los de Ellora.

Los templos de Ajunta están cavados á 90 kilómetros de Oregabad, en los flancos de una escarpada montaña, encima de un desfiladero salvaje por donde corre un torrente impetuoso. No se llega á ellos sino después de haber franqueado verdaderos montones de rocas. El simple aspecto de esos lugares salvajes y tan difícilmente accesibles prueba que los monjes que en ellos se refugiaron tendían á la soledad y procuraban hacer su retiro inabordable por todos los medios posibles. A juzgar por el pequeño número de europeos que, á pesar de su vecindad de Bombay, se deciden á visitar Ajunta, sus deseos debían realizarse cumplidamente.

Las edades variadas de esos templos prueban que durante largos siglos han vivido generaciones de hombres bajo sus sombrías bóvedas. El trabajo prodigioso ejecutado esculpiendo, por

así decir, todo el interior de la montaña, no puede comprenderse sino pensando en la acumulación de siglos que ha exigido.

Las más antiguas construcciones subterráneas de Ajunta son anteriores probablemente en 150 años á Jesucristo. Las últimas son del siglo VII de nuestra era. Las diferencias que se observan entre ellas consisten más bien en la abundancia de la ornamentación que en el valor artístico. En Ajunta, como en toda la India, el valor de los monumentos no sigue una progresión cronológica.

Los templos de Ajunta más recientes se caracterizan sobre todo por la reproducción de la figura de Buda, que se encuentra repetida casi hasta lo infinito. Los dagobas ó altares están recubiertos de esculturas, entre las cuales figura Buda llegado á la beatitud divina.

Los templos y los monasterios subterráneos de Ajunta están generalmente precedidos de un verandah de piedra soportado por pilares tallados, como el monumento mismo, en la roca.

Existen en Ajunta varios monasterios agregados á los chaityas. Están formados de celdas dispuestas alrededor de una sala y conteniendo cada una un lecho de piedra; pero lo más frecuentemente no están separados del chaitya; y la sala, algunas veces inmensa, alrededor de la cual están colocadas, sirve de templo y contiene también muchas capillas laterales consagradas, como en las iglesias católicas, á la adoración de algún santo. Los últimos monasterios acabaron por agrandarse de tal manera que fué preciso añadir pilares suplementarios para soportar el techo del templo alrededor del cual están colocados, aunque ese techo estuviese únicamente formado por la parte superior de la excavación practicada en la montaña. Ajunta posee salas subterráneas que tienen 28 metros de lado y soportadas por 24 gruesos pilares: la altura de esos pilares no pasa apenas de 4 metros.

En el fondo de estas grandes salas subterráneas se ve generalmente una estatua colosal de Buda rodeado por diversos personajes. Los pilares y los techos están recubiertos de esculturas y de arabescos coloreados. Los muros están revestidos de fres-

cos pintados representando escenas de la vida de Buda. Aunque en muy mal estado, esos frescos ofrecen un gran interés, pues son las solas pinturas que nos han quedado de la India antigua. Se remontan probablemente al siglo v de nuestra era. El carácter de las fisonomías es sorprendente: los rasgos, el vestido, el peinado, indican una raza del todo diferente de aquella de que se tiene el tipo en los primeros monumentos de Bhaja, Karli, Bharhut, Sanchi, etc.

No aventajan el efecto de esos templos subterráneos sino los templos de Ellora. El aspecto de esas vastas salas, con macizos pilares, en que la vista se pierde en la sombra, y en el fondo de las cuales se entrevé, á la claridad de las antorchas, una estatua colosal de Buda que parece guardada por gigantes, es de los más imponentes.

Estupas ó topes. — Las estupas ó topes recuerdan generalmente por la forma nuestros antiguos túmulos europeos. Tienen por lo regular una forma hemiesférica, como en Sanchi; pero á veces afectan la de una torre, como en Sarnath. Están rodeadas de una especie de balaustrada de piedra cubierta de esculturas. Puertas monumentales les dan acceso.

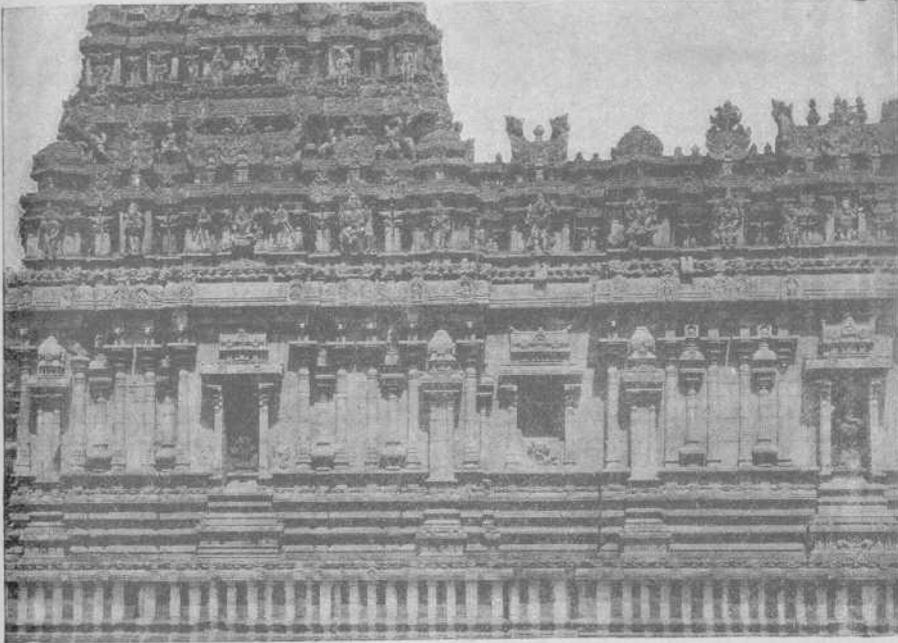
El gran tope de Sanchi, que hemos representado en esta obra (1) y que vamos á describir, dará una idea suficiente de ese género de construcción. Este monumento es uno de los más antiguos y de los más hermosos de la India. El tope mismo es contemporáneo de Asoka, es decir, anterior en 250 años aproximadamente á Jesucristo; la balaustrada y las puertas son del comienzo del primer siglo de nuestra era. Aparte de los templos cavados en la roca, la India posee muy pocos monumentos de esta época, y si los de Sanchi han subsistido lo deben á su situación en una región de acceso difícilísimo. Comparando este monumento con los de la misma época, los de Bharhut, por ejemplo, y considerando que no son menos ricos en ornamentación,

(1) Véanse los grabados de las páginas 213, 215, 217, 219, 221 y 223 del tomo primero.

debemos admitir que la arquitectura de las grandes capitales debió alcanzar un alto grado de esplendor.

El tope de Sanchi fué edificado, lo mismo que las construcciones análogas, para señalar algún lugar sagrado, ó en conmemoración de algún acontecimiento religioso.

La forma del monumento es, con poca diferencia, la de una



TANJORE. - Detalle de las esculturas del templo de Subramanya en el recinto de la pagoda (Siglo xv.)

cúpula hemiesférica, ó mejor, semi-aovada, aplastada en su parte superior. Tiene 34 metros de diámetro en la base, y aproximadamente 17 de altura. Estuvo coronada, como todas las construcciones análogas, de una especie de altar formado de un paralelepípedo, soportando tres placas de piedra, cada una más ancha que la situada encima y recubiertas de esculturas. Esta forma de altar es, por otra parte, clásica; se encuentra en todos los dibujos de topes, de bajos relieves y sobre los dagobas de los templos subterráneos.

Como todas las construcciones análogas, el tope de Sanchi está construído con ladrillos. La parte más interesante de este monumento es la gran balaustrada de piedra que lo rodea, y sobre todo las cuatro admirables puertas que le dan acceso y de las que nuestros grabados representan las partes más notables.

La balaustrada de piedra que rodea el tope está formada de pilares verticales octágonos que tienen aberturas á través de las cuales han sido pasadas las columnas horizontales de piedra destinadas á completarla.

Hay en la balaustrada varios medallones esculpidos; pero el trabajo más importante de los artistas parece haberse reservado para las grandes puertas de que hemos hablado más arriba: están esas puertas cubiertas de esculturas y de bajos relieves en todos sus planos. La más importante es la del Norte, que hemos reproducido: tiene cerca de diez metros de altura sobre seis de anchura.

Los bajos relieves de que las puertas monumentales de Sanchi están cubiertas representan generalmente escenas de la vida de Buda cuando era príncipe ó durante sus existencias anteriores. El reformador no está en ninguno representado en las actitudes convencionales, de pie ó sentado, las piernas cruzadas, que se hicieron universales más tarde.

Esta misma puerta Norte está rematada por el tridente, emblema de Buda. Sobre el lado izquierdo, en la base del pilar, está figurada la huella del pie de Buda.

Las otras puertas están menos cargadas de esculturas y de adornos; son, sin embargo, muy notables también, como puede comprobarse por nuestras fotografías. Los animales que coronan los pilares de una de ellas son principalmente muy curiosos.

El aspecto de los personajes esculpidos en los bajos relieves de Sanchi, su peinado, sus figuras redondas y aplastadas, parecen indicar una raza del Asia central. Esta raza, hoy desaparecida, debió representar un papel importante en esa época, pues su tipo figura igualmente en los monumentos de Bharhut, Buda-Gaya, etc.

Grandes templos búdicos construídos sobre el suelo. — Los grandes templos búdicos no subterráneos son excesivamente raros, no sin duda porque se los elevara en corto número, sino porque sus materiales de construcción, el ladrillo principalmente, ofrecen poca resistencia en el clima de la India. El único que se ha salvado enteramente de la destrucción, y esto gracias solamente á las restauraciones sucesivas de que ha sido objeto, es el de Buda-Gaya, construído un siglo antes de Jesucristo en el paraje en que Buda se detuvo cuando llegó, según la leyenda, á la suprema sabiduría.

Para los quinientos millones de hombres que profesan aún el budismo, es decir, para la mayoría de los pueblos asiáticos, las tres localidades más sagradas del mundo son: Kapilavastu, donde nació Buda; Benarés, donde predicó desde luego su doctrina, y Buda-Gaya, donde llegó á la suprema sabiduría. No se conoce con exactitud el emplazamiento de la primera de estas tres ciudades: las dos últimas existen aún y figuran entre los lugares más frecuentados del universo.

La fecha de la construcción del templo de Buda-Gaya ha sido objeto de numerosas controversias entre los arqueólogos. La época de su primitiva fundación no era apenas discutida y se reconocía generalmente que la descripción dada por Hiuen-Tsang corresponde exactamente al templo actual. Toda la discusión giraba sobre si el trabajo de que había sido objeto el templo, según una inscripción, al comienzo del siglo XIV, constituyó un trabajo de reedificación ó simplemente una restauración. Las investigaciones de Cunningham y del *babu* Rajendralala Mitra parecen haber puesto fuera de discusión que el trabajo ejecutado en el siglo XIV fué una simple restauración hecha por obremos locales y que no alteró en nada las formas esenciales del monumento.

El templo de Buda-Gaya, de que hemos ofrecido la reproducción en esta obra (1), tiene la forma de una pirámide de base cua-

(1) Véase el grabado de la página 243 del tomo primero.

drada, con nueve pisos, reposando en un sub-basamento de 8 metros aproximadamente de altura por 15 de lado. La altura total del edificio es aproximadamente de 52 metros. Hay en el interior tres pequeños santuarios superpuestos: el de la base tiene algo más de 6 metros de lado por 7 de altura; contiene un trono de basalto negro sobre el cual había colocada en otro tiempo una estatua de oro de Buda.

Haré notar que la forma piramidal de ese templo es del todo anormal en el Norte de la India: recuerda un poco los templos del Sur de la península. Siendo los más antiguos construidos con ese tipo posteriores en una decena de siglos al templo de Buda-Gaya, sería muy posible que éste les hubiese servido de modelo.

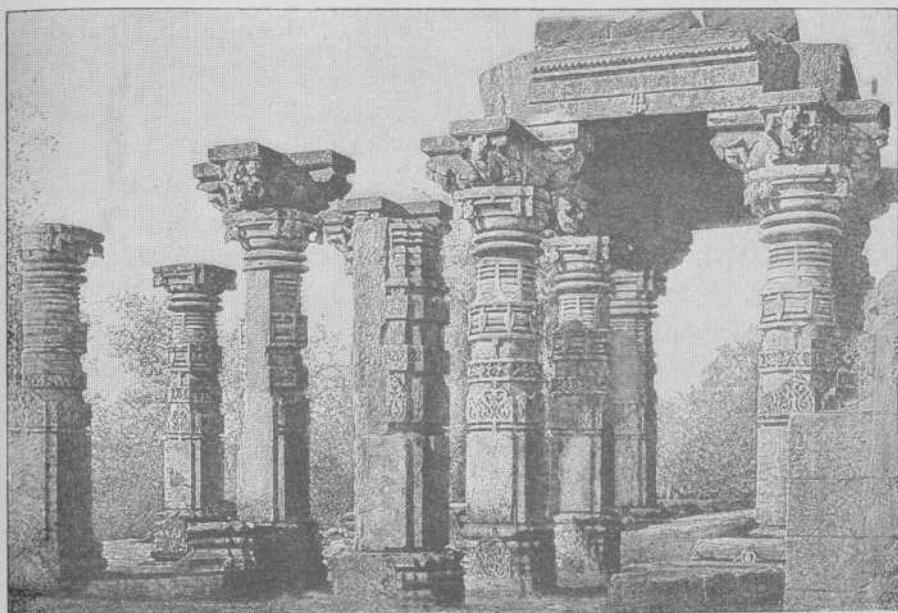
En las excavaciones que se han ejecutado recientemente alrededor de Buda-Gaya, se ha desenterrado un número considerable de esculturas, pilares, estatuas, etc., la mayor parte antiqusimas. Están colocadas hoy en los jardines que rodean el templo. Una de nuestras fotografías representa las más notables (1).

El templo de Buda-Gaya ha sido por parte del gobierno inglés objeto de una restauración reciente; no merece el autor que se le aplauda. No sólo ha creído deber modificar sensiblemente la forma de ciertos detalles, de lo que he podido convencerme sobre el terreno por la comparación del templo actual con la fotografía del monumento antes de su restauración, sino que además ha recubierto el edificio de un abominable color amarillo que le da feísimo aspecto. Doscientos mil francos aproximadamente han sido invertidos en ese desgraciado trabajo.

Monumentos greco-indos del Noroeste de la India. — Las potentes barreras que parecían deber aislar siempre la India del resto del mundo no la han librado, desde la más remota antigüedad, de invasiones de los pueblos más diversos. A través del

(1) Véase el grabado de la página 247 del tomo primero.

Himalaya, y sobre todo por el paso del Afganistán, han entrado todos los conquistadores: arios, mogoles, persas, afghanos, que han contribuido á poblarla, y desde los persas que la invadieron bajo Darío, cinco siglos antes de nuestra era, desde los griegos que penetraron en ella 330 años antes de Jesucristo con Alejandro, hasta los árabes y los mogoles que la conquistaron



CHILLAMBARÁN. — Columnata de entrada de un templo (siglo XV) en el interior de la gran pagoda

(*Altura de las columnas hasta la cornisa, 3^m,55*)

enteramente, ha estado en contacto con muchos pueblos y sometida á muchas influencias extranjeras.

Debemos, pues, dedicarnos á buscar en la arquitectura de la India el reflejo de esas extranjeras influencias. Las encontramos, en efecto, pero — salvo en cuanto á las influencias musulmanas — en grado bien débil. Hasta la época en que fué sometida á la ley del Islam, la India ha absorbido siempre á los diferentes conquistadores que la invadieron, sin dejarse influenciar

por ellos. Ofrece un fenómeno análogo al comprobado hace mucho tiempo en Egipto. Invadido por veinte pueblos diversos, entre ellos los griegos y los romanos, el país de los faraones había conservado su antigua estructura y, sin cambiarlas en nada, su religión, su arquitectura y su lengua. Sólo la civilización musulmana fué bastante potente para transformar por completo su religión, su lengua y sus artes.

El islamismo ejerció en la India una influencia análoga: sin hacer desaparecer, como en Egipto, los elementos que encontró, se combinó enteramente con ellos. Lo mismo que la lengua, la arquitectura se hizo medio musulmana, medio inda.

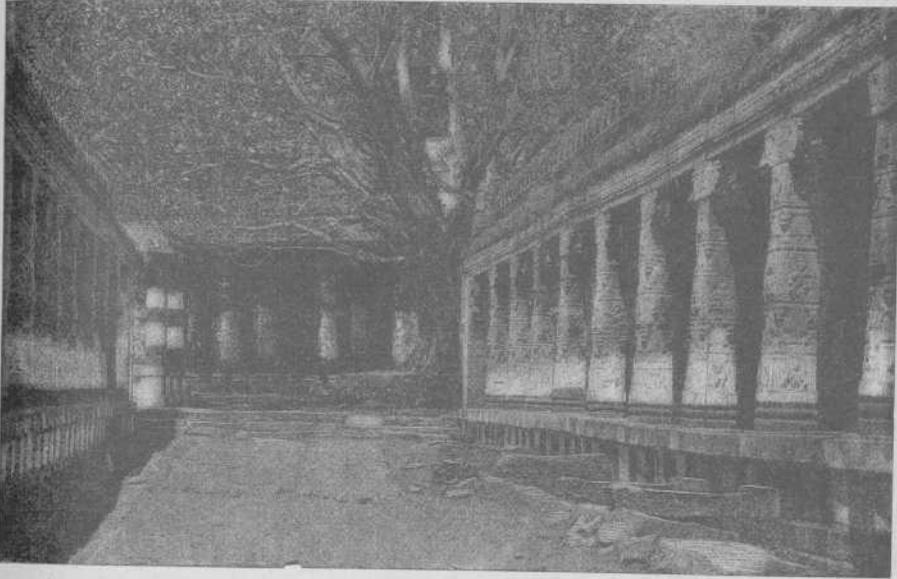
Fuera del islamismo, las influencias extranjeras en la India han sido siempre extremadamente escasas y han sido absorbidas ó transformadas por influencias locales más poderosas. Cualquiera que sea el arte importado á la península, que lo haya sido hace dos mil años ó en nuestros días, se ha transformado pronto y tomado en manos de los artistas indos un aspecto especial que hace reconocer inmediatamente que el espíritu de la India ha pasado á él.

Las más antiguas influencias artísticas extranjeras se revelan en la India sobre las márgenes del Indo. Por esta región es por la que se establecieron desde luego las relaciones con los persas y luego con los griegos. Hemos visto que los relatos de Herodoto, confirmados por inscripciones cuneiformes, prueban que 400 años antes de Jesucristo los reinos de las márgenes del Indo pagaban tributo al rey de los persas.

Restos de monumentos, de los que los más ancianos no son, por otra parte, muy anteriores al principio de nuestra era, revelan la influencia persa en ciertos motivos arquitectónicos. Se manifiesta sobre todo en columnas, cuyos capiteles en forma de campana están coronados por animales colocados lomo con lomo. Se encuentra el prototipo en el palacio de los reyes aqueménides en Persépolis. Este género de columnas se halla en muchos antiguos templos de la India, y principalmente en Nasik, Sanchi, etc., pero sobre todo en los distritos próximos á

Peshawer. Los más antiguos se encuentran en Bharhut y son anteriores en 250 años á Jesucristo.

Esas influencias persas fueron reemplazadas más tarde por influencias griegas; pero estas últimas no se encuentran sino en los valles de Kabul y de Cachemira. Se manifiestan sobre todo en las estatuas y las columnas. Las columnas son dóricas en Cachemira, jónicas en Taxila, corintias en el valle de Kabul. Lle-



TRIPETTY. — Columnatas á la entrada de la montaña sagrada
(*Altura de las columnas desde su base hasta la cornisa, 2^m,55*) (1)

van, por lo demás, el sello de las creencias indas. Se ve allí, especialmente, la estatua de Buda entre las hojas de acanto.

Las influencias griegas no han traspasado apenas la parte bien limitada del Noroeste de la India que acabamos de indicar, y en vano se ha procurado hasta aquí descubrirlas en los bajos relieves y en las esculturas de diversos monumentos. Más allá de las regiones vecinas del Indo han sido aquellas influen-

(1) La pagoda es verosímilmente del siglo XIII, pero las partes representadas en este dibujo son mucho más modernas.

cias de tal manera absorbidas en el arte indo, que se han desfigurado enteramente.

Después de haber examinado con la mayor atención los templos más importantes de la India, nada he encontrado que pueda indicar, ni en sus esculturas ni en su arquitectura, que los indos, aparte de las limitadas regiones que hemos señalado, hayan tomado jamás gran cosa del arte griego.

Las influencias persas más arriba indicadas, y que desaparecieron pronto, reaparecieron más tarde, y mucho más profundas, con las invasiones musulmanas. El arte que llevaron estas últimas consigo era de origen persa, pero profundamente transformado ya por la civilización que los árabes habían introducido en Persia cuando derribaron en el siglo VII la dinastía sasanida. El arte nuevo, medio persa, medio árabe, que los musulmanes importaron á la India se relaciona mucho con los más antiguos estilos de Persia. El empleo de ladrillos esmaltados (azulejos), por ejemplo, se remonta á una antigüedad muy anterior á nuestra era.

3.º — ARQUITECTURA DEL PERÍODO NEOBRACMÁNICO (DEL SIGLO V DE NUESTRA ERA AL VIII.)

Los monumentos del período que vamos á estudiar ahora y que comienza hacia el siglo VI de nuestra era, cuando el budismo declinaba rápidamente en la India, se dividen á primera vista en dos grandes grupos: uno que comprende todos los monumentos de las diversas regiones del Norte y del centro de la India, los cuales, á pesar de su relación evidente, ofrecen diferencias notables según las comarcas y las épocas en que han nacido; y otro que encierra los monumentos de todo el Sur de la India. Estos últimos ofrecen tales analogías, que es preciso un ojo particularmente ejercitado para distinguirlos. Mientras nos veremos obligados á repartir el estudio de los monumentos del primer grupo en varios párrafos, podremos resumir en uno solo todos los del segundo.

Arquitectura de la provincia de Orissa. —

Los monumentos de la costa de Orissa están entre los más antiguos y los más notables de la India. Fueron edificados del siglo v al xiii después de Jesucristo. Los templos subterráneos que se hallan en la misma región son mucho más antiguos, puesto que se los encuentra entre ellos anteriores en tres siglos á nuestra era; pero no se relacionan en nada por su arquitectura con los templos de que vamos á hablar.

El estilo de los templos de la provincia de Orissa es bastante uniforme, al menos en sus líneas esenciales, á pesar de los siete ú ocho siglos que han transcurrido entre la construcción de los primeros monumentos y la de los últimos. Difiere mucho de la de los templos del Sur de la India: no se ven en ellos ni torres á pisos sobrepuestos, ni salas sostenidas por



VELLORE. — Pilar de la gran pagoda. (Siglo xiv.)

columnas. Aunque los pilares fuesen conocidos, puesto que los encontramos en las excavaciones subterráneas, muy anteriores á los antiguos templos, no son empleados sino excepcionalmente.

La forma exterior de los templos de Orissá es piramidal; pero esas pirámides, en vez de tener sus lados rectilíneos, como en los templos del Sur de la India, los tienen curvilíneos.

Los templos de Orissá consisten esencialmente en un santuario cúbico, conteniendo imágenes de divinidades, coronado por la torre piramidal de lados curvilíneos de que acabamos de hablar. Esas pirámides son truncadas en su cima y terminadas por una especie de corona acuchillada, semejante á un melón aplastado; están cubiertas de adornos y esculturas.

El frontis del edificio está precedido por un pórtico, y en el mismo eje están frecuentemente dispuestas una ó dos salas, la una que sirve de sala de danza y la otra de refectorio.

Todo el edificio está rodeado de un muro de recinto, á través del cual se penetra por muchas puertas, más ó menos adornadas, coronadas por un techo piramidal de lados rectilíneos.

La fachada principal del templo está siempre orientada al Este, de manera que la divinidad está colocada en el santuario de cara á Levante.

Las proporciones del templo están sujetas á reglas rígidas. Las dimensiones de cada una de sus partes están igualmente sometidas á cánones inviolables. Sólo en los detalles de ornamentación, esculturas, etc., los artistas han podido esparcir libremente su fantasía. Todos los templos de la provincia de Orissá están construídos sobre el mismo plan, y sus formas generales se parecen mucho. El indo es el más conservador de los pueblos conservadores, y cuando el hábito ha fijado para él un tipo cualquiera, son precisos siglos antes de que se aparte de él. Jamás en la forma de los templos, sino en sus detalles de ornamentación, es preciso buscar rasgos de evolución cuando se estudia la arquitectura de la India.

Los muros de los templos tienen un espesor considerable y en mucho superior al que la estabilidad del edificio exigiría. Se-

gún el canon de los más antiguos libros de arquitectura inda, los muros del edificio deben formar cuatro décimas de su espacio total, dejando sólo seis décimas para el espacio libre. Esta masa enorme de materiales, dando un aspecto majestuoso al monumento, da por resultado hacerlo casi indestructible. En un país sujeto á temblores de tierra y á las intemperies atmosféricas de todas clases, este gasto excesivo de materiales no es quizá tan inútil en la práctica como parece en teoría.

Los arquitectos de esos templos nada han olvidado de lo que podía aumentar sus dimensiones aparentes. Las líneas verticales se encuentran multiplicadas adrede y las líneas horizontales evitadas cuidadosamente.

En Orissa, los templos, en lugar de estar construídos en totalidad ó en parte con ladrillos, como en el Sur de la India, están construídos únicamente con piedra. La más empleada es el asperón. Estas piedras están talladas y unidas con una perfección tal que el cemento es inútil para juntarlas; así no lo han usado nunca. Las partes de salida muy prominente están á veces consolidadas por garfios de hierro. Los arquiteabes, en lugar de ser de piedra, son á veces sustituidos por vigas de hierro forjado: se las ha encontrado en Kanarak de siete metros de largo por 20 y 25 centímetros de espesor. Conforme á las indicaciones históricas de la mecánica, son más espesas en su mitad que en sus extremos.

La piedra y el hierro son, como se ve, los solos materiales de construcción empleados en esos templos; la madera se utiliza únicamente para las puertas. La más antigua puerta de Bhuwaneswar es de sándalo esculpido.

Las bóvedas de juntas convergentes son tan raras en Orissa como en los demás templos de la India. Las que se ven están todas formadas de piedras dispuestas en hiladas horizontales, disposición viciosa, seguramente, desde el punto de vista de la economía de los materiales, pero que ofrece las ventajas de una duración indefinida.

Las columnas y los pilares separados de los muros son extre-

madamente raros en los templos de Orissa; no se los encuentra apenas sino en una de las salas del gran templo de Bhuwaneswar.

Arquitectura del Rajputana. — Se da, como sabemos, el nombre de Rajputana á la región designada por los habitantes con el nombre de Radjesthán, ó país de los rajas. Desde que realizaron la conquista, los clanes rajputes han logrado siempre mantener sus instituciones, incluso cuando las invasiones musulmanas derrocaron su poder.

Los rajputes, es decir, siguiendo la etimología de esta palabra, los hijos de reyes, representan una de las razas más antiguas y más puras de la India. Pretenden ser los descendientes de los conquistadores arios, y entre ellos se halla la más antigua nobleza del mundo indo. El rajá de Odeypur es, como hemos visto, el único soberano que puede alardear de tener una genealogía de más de mil años.

Cuando los musulmanes penetraron en la India, encontraron á los rajputes establecidos en todas las ciudades del Norte y del Sur de la llanura del Ganges hasta los confines del Bengala moderno. Reinaban en Lahore, Delhi, Kanudje, Adjodhya, etc. Su imperio se extendía al Norte y al Oeste del Indo y del Satledj hasta el Jumna cerca de Agra; al Este y al Sur hasta los montes Vindhya; en una palabra, sobre todo el Noroeste de la India. Rechazados de estas comarcas fértiles, se refugiaron en las regiones menos accesibles del Rajputana actual.

Encontrará el lector una gran semejanza entre la mayor parte de los monumentos que vamos á examinar ahora, al menos en los anteriores al período musulmán.

Están situados en la misma región y construídos por la misma raza: su estilo es especialísimo. Es imposible indicar las formas de donde derivan, ni señalar las transiciones por las que tienen conexión con otros monumentos posteriores, porque son los solos representantes de su especie.

El calificativo «jaina,» aplicado al estilo de varios de los mo-

numentos que vamos á describir, nos parece, como ya hemos dicho anteriormente, del todo inexacto. Ese término de estilo jaina parece indicar, con efecto, que se trata de un estilo archi-



CONJEVERAM. - Gopura de una pagoda. (Probablemente del siglo xv.)

tectónico propio de una religión particular, cuando no se trata en realidad sino del estilo de una época. Veremos, por lo tanto, que los monumentos de una misma época, en una misma localidad, tienen exactamente el mismo estilo, cualesquiera que sean las divinidades jainas ó brahmánicas á que se los consa-

gre: los templos de Khajurao, principalmente, nos proporcionan ejemplos.

Entre los monumentos del antiguo Rajputana, de los que figuran gran número en esta obra, mencionaremos sólo aquí los de Khajurao en el Bundelkund y los del Monte Abu en la montaña de este nombre.

Khajurao, antigua capital de los rajputes de la dinastía Chandel, es una ciudad desierta situada á 34 kilómetros al Este de la ciudad de Chaterpur.

Esta ciudad abandonada, tan olvidada hoy y tan raramente visitada, fué una de las más importantes de la India, á juzgar por la importancia de sus monumentos. Posee aproximadamente cuarenta templos, de los que algunos tienen la amplitud de nuestras catedrales góticas, y sobre muchos kilómetros la llanura está cubierta de ruinas. Hay bien pocas ciudades en la India, salvo quizá Bhuwaneswar, que ofrezcan semejante colección de monumentos.

Los templos de Khajurao, aún en pie, son la mayor parte del siglo x; uno solo se supone del siglo vii de nuestra era; pero la fecha de su construcción parece muy dudosa.

Aunque generalmente construídos durante el mismo siglo, los templos de Khajurao pertenecen á tres cultos diferentes: el de Vishnu, el de Siva, el de los jainas. Es demasiado grande su parentesco desde el punto de vista arquitectónico para que se pueda fácilmente, á primera vista, decir á qué religión pertenece cada uno de ellos. De la igual importancia dada á los unos y á los otros podemos deducir que en esa época esas tres religiones estaban igualmente florecientes.

Desde el punto de vista arquitectónico, los indos no han llegado jamás á superar los templos de Khajurao. Entre las estatuas que cubren esos templos por millares, hay más de una que no desmentiría el cincel de los escultores modernos. No hay apenas un artista de las catedrales góticas cuyas obras hayan alguna vez igualado y muy raramente aventajado, desde el punto de vista de la ornamentación, los templos de Khajurao.

En razón á la semejanza de estos templos me bastará mencionar uno como tipo. Escogeré el de Khandaria Mahaedo. Este templo, construído en el siglo x de nuestra era, tiene 33 metros de largo, 18 de ancho y 35 de altura; está colocado sobre una plataforma de piedra. Exteriormente recuerda por la forma de sus pirámides curvilineas los grandes templos de Orissa; pero difiere notablemente de ellos por muchos detalles de ornamentación, aunque perteneciendo en definitiva al mismo tipo. Su santuario está precedido de un recinto ante el cual se halla un pórtico al que se sube por una estrecha escalera de piedra. Al contrario de lo que se observa en la mayor parte de los templos de Orissa, existe un pasaje alrededor del santuario. El santuario y la sala que lo precede están alumbrados lateralmente por anchas aberturas que forman pórticos sostenidos por pilares. Resulta que el plano del templo tiene la forma de una doble cruz. Como en todos los templos indos, las bóvedas están construídas por la simple superposición de piedras horizontales. Este modo de construcción no permite cubrir un gran espacio; pero, según ya hemos dicho, da á las bóvedas gran solidez. Hemos visto igualmente que los arquitectos indos han logrado agrandar el espacio que puede cubrir una bóveda construída según ese principio, haciendo soportar por pilares las hiladas de piedras horizontales próximas al centro.

El interior y el exterior del templo de Khandaria están cubiertos de estatuas que tienen cerca de un metro de altura. Hay en él aproximadamente setecientas.

Los templos del Monte Abu, que vamos á examinar ahora, se encuentran, como muchos antiguos templos de la India, en regiones de difícil acceso; parece que los constructores hayan sistemáticamente procurado hacerlos todo lo inaccesibles posible.

Los templos del Monte Abu están colocados en la cima de una montaña salvaje de 1.800 metros aproximadamente de altura. Están construídos completamente de mármol blanco, materia extranjera en toda aquella región. Ha sido, pues, preciso elevar esos bloques de mármol á la cima de la montaña, trans-

porte que no ha debido ser posible sino á costa de gigantescos esfuerzos. Para labrar luego esas masas de mármol en todas sus partes ha sido preciso un trabajo todavía más considerable. El efecto artístico obtenido está, por lo demás, al nivel de los esfuerzos hechos. No hay en Europa un solo monumento de la edad gótica en que el arte de trabajar la piedra haya sido puesto á más altura.

Los dos templos del Monte Abu están consagrados al culto jaina. Uno de esos templos, el de Vimala Sah, fué comenzado hacia el año 1030; el otro, el de Vraypal Teypal, fué edificado entre 1197 y 1247.

Estos templos están construídos sobre el mismo plan. Su parte fundamental es un recinto rectangular de 34 metros de largo, alrededor del cual se encuentran numerosas pequeñas capillas que reciben luz solamente por la puerta; contiene cada una un ídolo enteramente desnudo, representando la imagen de un santo al cual el templo está consagrado. La misma imagen está reproducida idénticamente en cada capilla. Contiene cerca de sesenta de estas capillas dispuestas alrededor del recinto rectangular. Delante de cada una de ellas se halla una doble fila de pilares formando una especie de galería. Encima de cada puerta están esculpidos bajos relieves representando escenas de la vida del personaje.

La parte anterior del recinto forma un vasto pórtico cubierto por una cúpula sostenida por cuarenta y ocho pilares. Estos pilares de mármol blanco, labrados en todas sus partes, son incomparablemente superiores, como efecto, á las columnas tan desnudas de la arquitectura griega. La cúpula que esos pilares sostienen está, como todas las cúpulas de la época, dispuesta por hiladas de piedras horizontales; diez y seis estatuas están colocadas exteriormente sobre la circunferencia. Comparando esta cúpula á las de las capillas de Westminster y de Oxford, citadas en todas partes por su riqueza, Fergusson encuentra estas últimas groseras en comparación, y yo no puedo menos de participar enteramente de su opinión en este punto.

Al revés de lo que se observa en Khajurao, los templos del Monte Abu no ofrecen exteriormente ningún adorno, ninguna



BIJANAGAR. — Interior del segundo patio de la gran pagoda de Siva. (Siglo xv.) (1)

escultura, y nada podría revelar, á primera vista, las maravillas que encierran.

Existen aún en el Rajputana otros muchos espléndidos mo-

(1) Bijanagar, antigua capital del Sur de la India, está hoy enteramente desierta. Sus monumentos igualan por su esplendor á los de nuestras más hermosas ciudades europeas.

numentos, principalmente los de Gwalior y Chittor. No pudiendo por falta de espacio describirlos, me he limitado á representarlos (1).

El palacio de Gwalior forma, con los templos encerrados en el recinto de la fortaleza, una de las más notables colecciones de antiguos monumentos de la India. Diré algunas palabras de ese palacio y del de Odeypur.

Aunque el palacio de Gwalior esté en un deplorable estado de ruina y la mayor parte de su revestimiento de loza esmaltada haya hoy caído, no puede evitarse, visitándolo, experimentar un sentimiento de admiración análogo al que experimentó el emperador Baber cuando penetró en él en 1527.

El palacio de Gwalior fué construído hacia el año 1500; domina la fortaleza y ocupa uno de sus lados. Tiene exteriormente cerca de 100 metros de largo y 30 de altura. La más importante de sus fachadas, la recubierta enteramente de azulejos, mira al Este; tiene dos pisos y está formada por un macizo rectangular cortado á intervalos iguales por seis torres redondas cubiertas de cúpulas. Los azulejos de que esos muros están todavía en parte revestidos producen un efecto de conjunto espléndido; los dibujos que los cubren son indos, pero su trabajo es visiblemente de origen persa.

El interior del cuerpo del palacio consiste en dos grupos de pequeñas habitaciones dispuestas alrededor de pequeños patios. La mayor habitación no tiene más que diez metros por seis. Su arquitectura es muy bella, como puede juzgarse por una de nuestras fotografías (2), y no conozco sino ciertos departamentos de los palacios de Futtehporé — muy análogos por lo demás en su arquitectura — que sean tan notables.

El único palacio del Rajputana que puede compararse al de Gwalior es el de Odeypur. Más moderno y habiendo sufrido algo las influencias musulmanas, le es evidentemente inferior por la

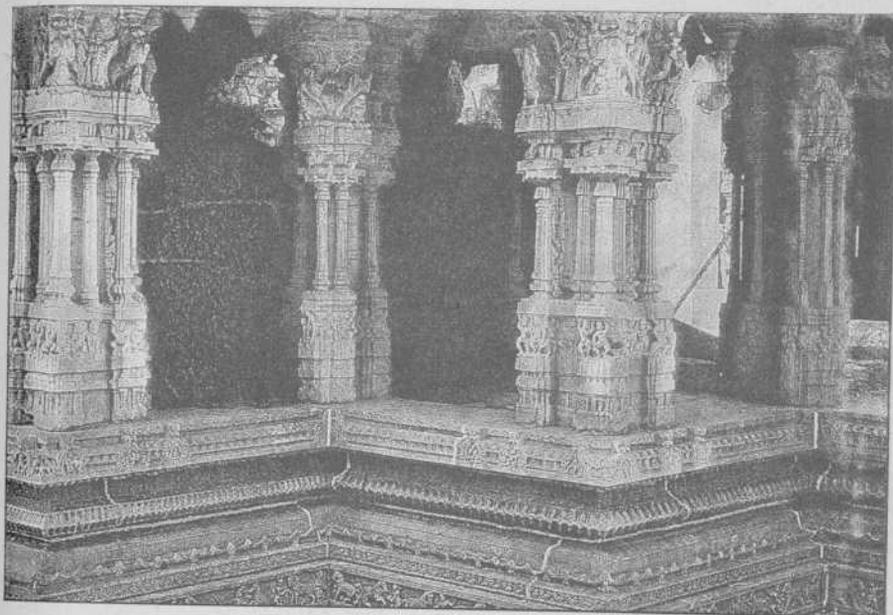
(1) Véanse los grabados de las páginas 323, 327, 331, 335 y 343 del tomo primero.

(2) Véase el grabado de la página 339 del tomo primero.

arquitectura; pero su situación en uno de los parajes más maravillosos del mundo hace de él uno de los más bellos palacios que puedan soñarse.

Se hallarán igualmente entre nuestros grabados relativos á los monumentos de Odeypur algunos mausoleos del cementerio donde están depositadas las cenizas de los reyes de Meywar (1).

A 19 kilómetros de Odeypur se encuentra la ciudad, ruinoso



BIJANAGAR. — Templo de Vitoba. Detalles de pilares monolíticos

y perdida en las selvas de Nagda. Fué fundada en el siglo VII de nuestra era y contiene algunos templos que pueden ciertamente ser colocados entre los más espléndidos de la India. Estas ruinas, de difícilísimo acceso, habían escapado generalmente á los exploradores, y los magníficos monumentos que encierran no habían figurado aún en ninguna obra.

Arquitectura del Guzerat. — La arquitectura del Guzerat y

(1) Véase el grabado de la página 373 del tomo primero.

principalmente la de Ahmedabad, que puede ser tomada como tipo, difiere de la de los otros monumentos que hemos descrito por la combinación de elementos musulmanes con la arquitectura llamada jaina.

Ahmedabad, fundada en el siglo XI de nuestra era, fué durante ciento cincuenta años la capital del Guzerat, provincia cuya extensión es igual á la de la Gran Bretaña y cuya población ha conservado siempre una autonomía notable á pesar de la diversidad de razas que la componen. Esta ciudad ha sido siempre reputada entre las más industriosas de la India, y en todo tiempo las letras y las artes han brillado en ella con vivo resplandor. La región en que se halla era, por lo demás, célebre desde la más remota antigüedad y comerciaba en otro tiempo con la Arabia y el Egipto.

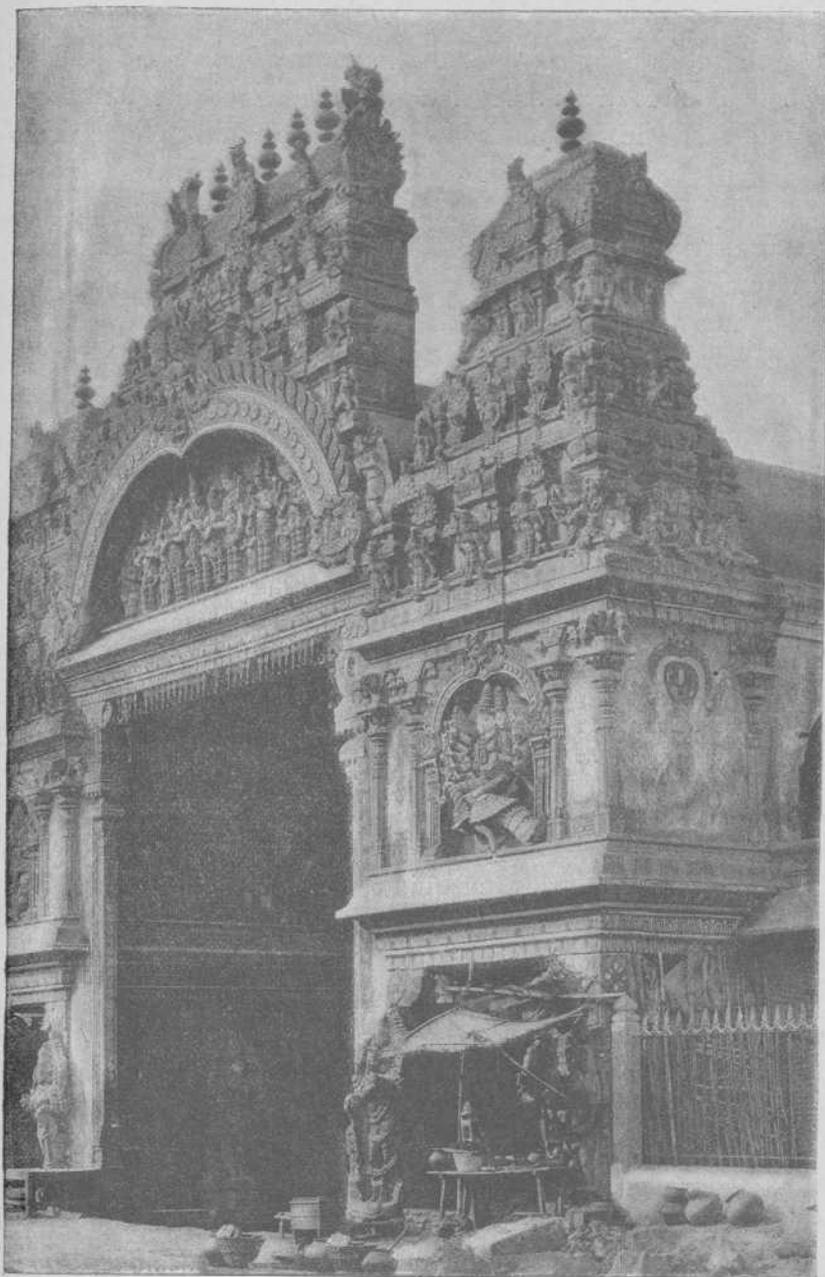
A los discípulos del jainismo, secta religiosa análoga al budismo y de la que el Guzerat era el principal centro, son debidos los monumentos más importantes de esta provincia. Los mahometanos no han hecho sino adaptarlos á su culto.

Desde el primer siglo de la hégira, los árabes invadieron el Guzerat, pero no residieron en él. A pesar de la invasión posterior de Mahmud el Ghaznevida, conservó este país su independencia hasta el emperador Firoze Tugluck. En 1391 un indio rajpute, de nombre Muzzafar, convertido al islamismo, fué hecho virrey del Guzerat.

En 1412 fué cuando el sultán Ahmed, nieto de Muzzafar, trasladó su capital á la ciudad á que dió su nombre y que se convirtió en Ahmedabad.

Los antiguos monumentos indos de estilo jaina fueron transformados en mezquitas. Los que se levantaron luego conservaron el mismo estilo, y sin la adición de las arcadas, de los minaretes y de las inscripciones árabes, los monumentos de Ahmedabad podrían ser considerados como puramente indos.

En 1572, Ahmedabad fué conquistada por el emperador Akbar y formó parte desde luego del imperio mogól; fué gobernada durante ciento cincuenta años por virreyes enviados de De-



MADURA. — Gran pagoda. Puerta del templo de la diosa Minakshi

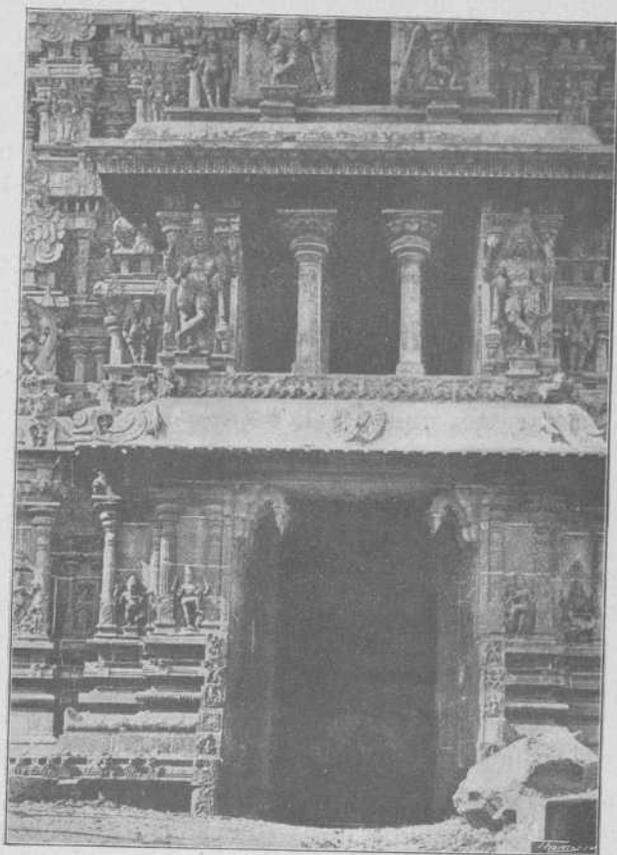
lhi. Entre ellos figuraron los futuros emperadores Shah Jehán y Orengezeb, antes de su ascensión al trono de sus antepasados.

Ahmedabad llegó bajo la dominación mogola al apogeo de su esplendor. Pasó entonces por la más hermosa ciudad del Indostán y quizá del mundo. Su población pasaba de dos millones de habitantes. Sus viajeros, sus comerciantes estaban en relaciones constantes con la Arabia, el Africa y todas las partes de la India. Sus manufacturas de brocados, terciopelos, seda, satén, papel, eran célebres en todas partes. Sus artesanos trabajaban la madera, el oro, el marfil con una perfección que sería difícil superar. Los obreros de Guzerat son aún los que fabrican esas cajas de sándalo incrustado conocidas con el nombre de cajas de Bombay.

La arquitectura del Guzerat, de la que la de Ahmedabad es el tipo, proporciona un ejemplo sorprendente de las variaciones que ofrece la arquitectura musulmana en las diversas partes de la India. A consecuencia del predominio de los elementos indos, los monumentos de Ahmedabad tienen un sello especial que no se encuentra en ninguna otra región. La adición de arcadas, minaretes é inscripciones árabes les da un aspecto musulmán; pero por su ornamentación pertenecen á ese tipo de monumentos jainas de que hemos encontrado los más notables ejemplares en el Monte Abu.

El plan general de las mezquitas de Ahmedabad es el de todas las mezquitas musulmanas: un vasto patio rectangular rodeado de galerías cubiertas. Sobre uno de los lados del rectángulo la galería es más profunda y sirve de santuario; este lado está generalmente recubierto por tres cúpulas sostenidas, como todas las cúpulas jainas, por doce columnas. La cúpula central es más elevada que las otras dos. Su elevación está obtenida por la adición sobre el frente de pilares dos veces más altos que los otros, y sobre los otros tres lados por la superposición de pilares sostenidos por el techo que sirve de base á las otras cúpulas. Esta disposición, que no se encuentra en las construcciones jainas anteriores á las de Ahmedabad, tiene la ventaja de aumentar la cantidad de luz que puede penetrar en el edificio.

Cuando se hizo necesario agrandar los santuarios de las mezquitas, y por consecuencia las cúpulas, no se hizo aumentando el diámetro de éstas, sino simplemente multiplicando su número; así ocurre que en la gran mezquita, en lugar de tres cúpu-



MADURA. — Gran pagoda. Detalles de las esculturas de una de las gopuras (1)

las sobre una misma línea, hay cinco, siempre sostenida cada una por doce pilares. Cada cúpula está repetida tres veces en profundidad; su número total resulta así de quince.

(1) La gran pagoda de Madura es muy antigua; pero sus partes más notables, representadas en el grabado anterior, en el presente y en los cuatro siguientes, se remontan sólo á la época del rajá Tirumal, es decir, al siglo XVII.

En la mayor parte de las mezquitas se ven nichos llenos de delicadas esculturas geométricas. En los templos jainas esos nichos están llenos de estatuas. Prohibidas las representaciones de figuras humanas por la ley musulmana y produciendo los nichos vacíos pésimo efecto, la única solución posible era cubrirlos de dibujos geométricos.

Monumentos del centro de la India. — Los monumentos de la región que vamos á estudiar ahora no son muchos, pero puede colocárselos entre los más interesantes de la India. Varios, el templo de Ambernath por ejemplo, no ofrecen diferencias sensibles con los monumentos estudiados en otra parte; pero hay otros, tales como los de Ellora, que presentan una arquitectura especialísima.

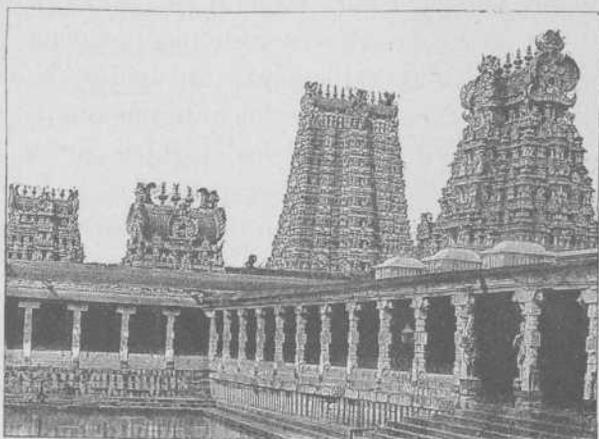
En el centro de la India igualmente se hallan templos subterráneos que, en lugar de ser exclusivamente búdicos, como los de Karli, Ajunta, etc., mencionados hasta aquí, están consagrados ya exclusivamente al culto brahmánico como los de Elefanta, ya á los dos cultos como los de Ellora. Estos últimos se encuentran entre los templos cuyo examen nos ha sugerido la teoría que hemos expuesto en esta obra, relativa á la desaparición del budismo por absorción gradual en el brahmanismo.

Los templos de Ellora, los únicos que mencionaremos en este párrafo, se encuentran sobre los flancos de una montaña, cuya cima está coronada por la pequeña aldea de Rozah, donde se ve la tumba del emperador Orengzeb. Está situada á 22 kilómetros al Noroeste de Orengabad.

Las excavaciones subterráneas que constituyen los templos de Ellora son en número de unas treinta; están cavadas en una extensión de dos kilómetros en el flanco Oeste de la montaña. Su entrada se halla perdida en las gargantas profundas cubiertas de árboles seculares. Esos templos y sus monasterios, en que han vivido tantas generaciones de hombres y que recuerdan las obras más colosales de los antiguos egipcios, ofrécense hoy silenciosos y su maravilloso esplendor está animado por los raros mendigos que siguen el paso de los viajeros.

Los diversos templos de Ellora han sido construídos en épocas bastante diferentes. El más antiguo, el de Viswakarma, se remonta al año 500 de nuestra era; el más reciente, el Kailasa, no parece posterior al año 800. Fueron construídos, por consecuencia, durante un período de 300 años.

Este período del siglo VI al IX, durante el cual fueron edificadas los monumentos de Ellora, es aquel en que, según nosotros, el budismo volvía gradualmente al fanatismo, fusionándose con el antiguo culto que debía muy pronto absorberle enteramente.



MADURA. — Vista de las gopuras tomada desde el patio del estanque del loto de oro

En vez de figurar solo ó rodeado únicamente de dos personajes, como en los anteriores, Buda, sin perder aún su predominio, está rodeado de numerosas divinidades accesorias constituídas, no sólo por una larga serie de bodisatwas (futuros Budas), sino además por antiguas divinidades puramente brahmánicas. Es muy difícil identificarlos todos, á juzgar por la diferencia de interpretación que he tenido ocasión de comprobar entre los panditas más instruídos; pero los hay sobre los cuales no es posible dudar. Entre las esculturas de los templos esencialmente búdicos de Ellora se ve figurar principalmente á Indra, dios del cielo; Kali, diosa de la muerte; Sarasvati, diosa de la ciencia, esposa de Brahma; Ganesa, dios de la sabiduría, etc.

Los templos de Ellora nos permiten así asistir á esa fase de transformación que atravesó la India del siglo vi al ix de nuestra era y del que tan pocas huellas quedan en la India propiamente dicha, pero que puede estudiarse fácilmente en el Nepal, como hemos dicho. No solamente los templos de Ellora presentan esta fase de transición, pero precisamente la parte de esta fase es hoy observable en el Nepal, donde un cierto número de templos son casi exclusivamente búdicos, mientras que otros, apenas posteriores á éstos, son exclusivamente brahmánicos.

Algunos templos de Ellora están al aire libre; pero la mayor parte de ellos son subterráneos y de muchos pisos sostenidos por pilares macizos admirablemente esculpidos. Nótese que el arco en forma de herradura de los antiguos templos subterráneos búdicos ha desaparecido; los dagobas no se presentan igualmente sino de una manera excepcional.

La enumeración y la descripción de todos los templos de Ellora requerirían por sí solas un volumen. Los más interesantes están representados en este tomo. Se encontrarán en ellos interiores y estatuas que no habían jamás figurado en otras obras.

Los más notables templos de la serie de Ellora son el templo de Indra y el de Kailasa. Este último no es un templo completamente subterráneo, pues su parte central es un monumento al aire libre, aislado del resto de la montaña; pero está rodeado de excavaciones numerosas que forman parte de él y que se prolongan en los flancos.

Como forma exterior, el templo central de Kailasa se aproxima á los que parecen haber servido de tipo á los templos dravídicos del Sur de la India y cuya repetición se encuentra en las gopuras. Este tipo primitivo se ve igualmente en Mahavellipore.

El Kailasa se remonta, según toda probabilidad, al siglo viii de nuestra era y es, por consecuencia, anterior á todos los templos del Sur de la India, exceptuados los de Mahavellipore.

Este templo brahmánico, dedicado á Siva, es uno de los monumentos donde la fantasía de los artistas indos se ha desplega-

do más en las esculturas. Un volumen entero no bastaría para reproducirlas. Todo el panteón indo figura allí, así como los episodios de la gran epopeya del *Mahabharata*.

El interior y el exterior del templo estaban cubiertos de pinturas de que no quedan sino algunos rasgos.

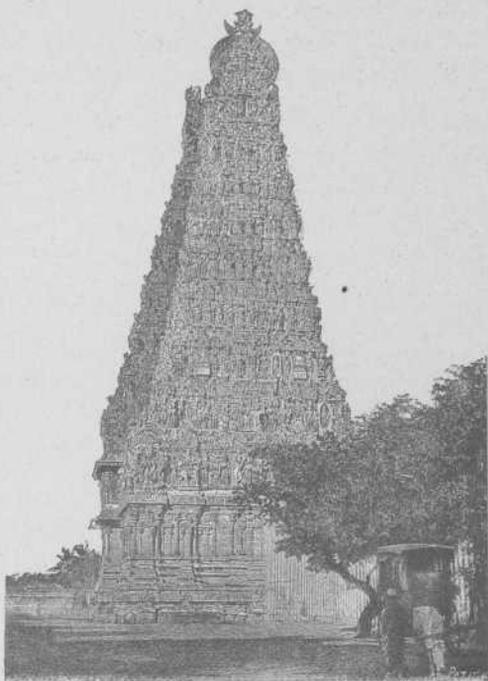
El templo monolítico del Kailasa está colocado en un patio rectangular cuyos lados están formados por las paredes de la montaña misma. En esas paredes están cavadas numerosas salas subterráneas ornadas de esculturas.

El templo, situado en el centro del patio, está formado por un solo bloque: tiene 30 metros aproximadamente de altura. Se penetra en el patio por un pórtico ornado de pilastras.

El interior del templo forma una gran sala sostenida por pilares y pilastras y rodeada de capillas. El edificio entero está rodeado por leones, elefantes y diversos animales fantásticos en actitud de sostenerle.

Cerca del templo se encuentran dos obeliscos de que nuestros grabados indican exactamente las formas. Se ven allí también dos gigantescos elefantes de una sola pieza. Excavando la montaña el arquitecto ha debido proporcionarse las masas necesarias para tallar el templo, los dos elefantes, los dos obeliscos, diversas capillas y los puentes que los unen.

No terminaré lo concerniente á los templos de Ellora sin de-



MADURA. - Vista en conjunto de una gopura de la pagoda

cir que son, con los monumentos de Khajurao, de Bijanagar y del Nepal, los edificios de la India que me han producido la impresión más profunda. El hambre, la fatiga, las noches de insomnio, ¡todo se olvida ante maravillas semejantes! El templo de Karnak en Luksor, en Egipto, es sin duda un monumento espléndido; pero si Karnak parece la obra de un pueblo de gigantes, Kailasa y el templo de Indra en Ellora parecen la obra de un pueblo de genios. Aladino con su lámpara maravillosa no habría jamás realizado nada más sorprendente. Las fotografías no dan de él, desgraciadamente, sino una idea muy pálida. Es preciso completarlas procurando representarse con el pensamiento lo que puede ser una catedral fantástica tallada en un solo bloque de piedra, artificialmente separada de una montaña. Sobre los flancos del precipicio que ha sido preciso crear para aislar ese bloque gigantesco, manos de artistas pertenecientes á un mundo muy distinto del nuestro han labrado una serie de templos que se pierden en los flancos de la montaña. Todas estas construcciones están recubiertas de estatuas de dioses, de deidades, de monstruos y de animales en todas las actitudes que la imaginación más delirante puede soñar. Aquí son divinidades espantosas y feroces, guardadas por gigantes de piedra que parecen amenazar al visitante bastante audaz para aproximarse á ellas; después monstruos gesticulando, deidades que extienden los brazos con la más encantadora sonrisa, bailarinas en lascivas posturas, dioses y deidades que un transporte amoroso tiene furiosamente enlazados. Ese pueblo de ídolos que parecen viejos como el mundo, de seres sobrenaturales, de bayaderas y de sirenas, forma una interminable procesión que se extiende sobre las paredes de los templos y en los subterráneos de la montaña. Subís, descendéis, avanzáis, subís aún, y en todas partes donde se refleja la luz de vuestra antorcha halláis sus sombras, ya sonrientes, ya amenazadoras. Se acaba por sentir el vértigo y creerse transportado al mundo de los encantamientos. Lejos de las frías y rígidas estatuas de nuestras catedrales góticas, hay allí, en ese pueblo de piedra, formas tan vivas y tan reales que se diría que

van á animarse. No es el Taje de Agra el que vale por sí, como se ha pretendido, el viaje á la India, sino el templo de Indra y el Kailasa de Ellora.

4.º — ARQUITECTURA DE LA INDIA MERIDIONAL

Los orígenes de la arquitectura inda en el Sur de la India no son tan enteramente desconocidos como en el Norte de la península. Cuando sus más antiguas manifestaciones aparecieron en los antiguos templos subterráneos de Badami, de Mahavellipore, etc., hacia el siglo VI de nuestra era, había llegado ya á un grado de perfección que implicaba necesariamente un largo pasado. De ese pasado, perdido bajo el polvo de los siglos, nada podemos decir. Los grandes reinos de la India meridional, cuyas capitales, como Madura, por ejemplo, eran conocidas por los escritores de la antigüedad greco-latina, poseyeron, sin duda, monumentos importantes; pero el tiempo, las luchas intestinas, las invasiones, nada han dejado, y entre las construcciones prehistóricas de la edad de piedra, que se encuentra en la India como en Europa, y los maravillosos templos del siglo VI de nuestra era, hay un abismo que no sabríamos colmar.

No es, pues, sino á los monumentos relativamente modernos y escasos del siglo VI de nuestra era, tales como los de Mahavellipore y de Badami, á los que podemos hacer remontar la primitiva arquitectura del Sur de la India; pero entre estos monumentos y las pagodas piramidales, de las que las primeras remontan al siglo X, no hay ningún edificio intermedio y la cadena de la evolución se encuentra interrumpida. Durante este período, aproximadamente de cuatro siglos, la arquitectura se ha modificado; pero si los monumentos han ganado en tamaño, no han ganado nada en perfección. Las pagodas, de que el tipo inicial y muy reducido se encuentra en los templos de Mahavellipore, se han agrandado considerablemente; los pilares y las columnas sencillamente esculpidas han sido reemplazados por pilares de formas complicadas, en que figuran monstruos y ca-

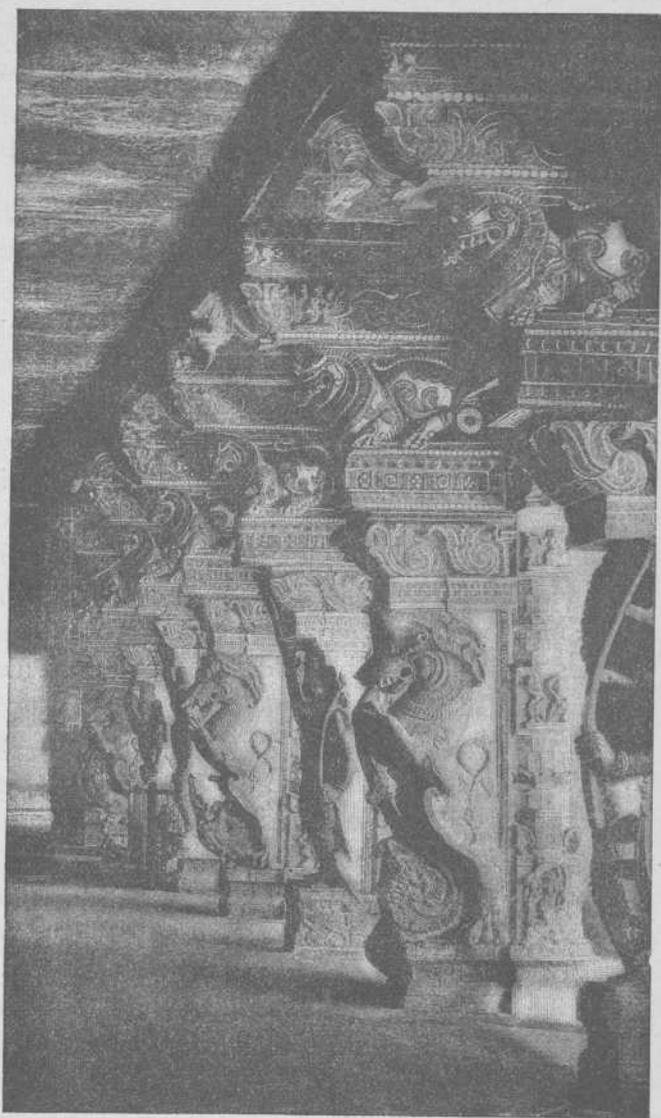
balleros montados sobre caballos encabritados; pero la ejecución es frecuentemente inferior, salvo quizá en Bijanagar, á esas esculturas maravillosas que hemos encontrado en los templos de Ellora y que pueden relacionarse por sus formas con los monumentos del Sur de la India.

Las pagodas de la India meridional, ofreciendo entre sí diferencias notables desde el punto de vista de la ejecución del trabajo, parecen, sin embargo, haber sido construídas sobre el mismo plan y perteneciendo evidentemente á la misma familia. Se hallan en ellas casi siempre los elementos que vamos á enumerar.

Las diversas construcciones que comprende una gran pagoda están rodeadas por un recinto rectangular ó varios recintos rectangulares concéntricos, de los que cada uno presenta varias puertas que tienen la forma de una pirámide truncada reposando sobre un paralelepípedo. Esas puertas, llamadas gopuras, llegan á veces á 60 metros de altura y están cubiertas de estatuas. Son esas puertas piramidales que dan á las pagodas del Sur de la India su fisonomía característica. Desde el punto de vista de sus dimensiones puede considerarse cada una de ellas como un verdadero templo. Se ven frecuentemente sucederse sobre una misma línea varias de esas puertas piramidales y formar así una avenida de pirámides. Esta disposición parece provenir de que, habiendo llegado á ser insuficiente el primer recinto á consecuencia de la reputación del templo ó de la generosidad de cualquier rico donante, se han añadido sucesivamente varios recintos concéntricos al primero para agrandar el templo primitivo sin destruirlo. Esta disposición, determinada desde luego por la necesidad de agrandar el templo, fué imitada más tarde en las nuevas pagodas y se introdujo así la costumbre de construirlas inmediatamente con varios recintos concéntricos.

Los recintos más exteriores de las grandes pagodas contienen habitaciones para los capellanes del templo, bazares, etc., y forman así una verdadera ciudad que encierra algunas veces varios miles de habitantes.

En los patios interiores de la pagoda se encuentran general-



MADURA. — Detalles de los pilares de una galería de la gran pagoda

(La altura de los pilares hasta el techo es de 5 metros. Los monstruos de picara tienen aproximadamente 2 metros de altura.)

mente uno ó varios *mantapams*, vestíbulos de columnas que preceden un santuario y análogos al *pronaos* de los templos antiguos. Sus columnas están ordinariamente cubiertas de esculturas.

Entre las construcciones que contienen las grandes pagodas es preciso citar las *chultries* ó salas de columnas. Varias de esas *chultries* contienen hasta mil columnas.

Se ve igualmente en el recinto de cada pagoda un estanque sagrado, de forma rectangular, destinado á las abluciones y que tiene frecuentemente 100 metros de lado.

El santuario, ó *vimana*, de la divinidad á la cual está dedicada la pagoda se encuentra generalmente en el centro de uno de los patios interiores. Estos santuarios son edificios rectangulares, coronados por una pirámide y poco más ó menos tienen el aspecto de una *gopura*. Esta pirámide, como en Tanjore, por ejemplo, es algunas veces muy alta. El santuario propiamente dicho no recibe otra luz que la que entra por la puerta, que es generalmente muy pequeña. Sería, por otra parte, inútil que fuese mayor, pues sólo los individuos de las castas más altas pueden entrar en el santuario.

Las *gopuras* forman las partes esenciales de las pagodas del Sur de la India. A ellas es á las que los arquitectos, y sobre todo los escultores, han dedicado más trabajo. Están desde su base á su remate cubiertas de innumerables estatuas, cuyo valor artístico es muy desigual. A veces muy hermosas, muchas veces feísimas. Algunas de esas estatuas son de piedra, pero lo más frecuente es que sean de cemento ó de barro cocido. Las columnas esculpidas de los *mantapams* y de los santuarios son, por lo contrario, casi siempre de granito y de una sola pieza. Las *gopuras* recuerdan algo, á primera vista, los *pylones* que preceden á los templos egipcios; pero esta analogía, aunque sostenida por arqueólogos de gran mérito, me parece del todo superficial. Es verdaderamente imposible notar una semejanza seria entre los dos géneros de construcciones. Si se quisiese absolutamente encontrar alguna analogía entre las *gopuras* y otros monumentos

antiguos, sería más bien preciso buscarla en esos templos de Babilonia en forma de pirámide de base cuadrada, de que habla Estrabón y de que se encuentra un buen ejemplo existente aún en el observatorio de Khorsabad. Esta forma, por lo demás, no es particular de la India meridional, pues se la encuentra en la India del Norte, en el templo de Buda-Gaya, cuyo modelo primitivo se remonta á los primeros siglos de nuestra era.

Cuando se examina atentamente el detalle de las gopuras, se ve que la fachada de cada piso está formada por la repetición de un cierto número de pequeños pabellones de columnas coronadas por una cúpula y entre las cuales se encuentran estatuas. Constituyen, á nuestro juicio, el elemento primitivo de la gopura. Precisamente á este elemento primitivo están reducidos los más antiguos templos del Sur de la India, los de Mahavellipore, por ejemplo. Las mayores gopuras resultan sólo de la repetición de ese mismo elemento. La repetición es uno de los artificios fundamentales de la arquitectura inda.

Las breves explicaciones que preceden bastarán á hacer comprender la arquitectura de las pagodas que nuestros grabados representan y que, aunque construídas del siglo x al xvii, es de-



MADURA. — Gran pagoda
Pilar de la sala llamada Puthu Mantapam

cir, durante un período de setecientos años, no ofrecen diferencias fundamentales importantes. Podemos decir de un modo general que todos los monumentos descritos en este párrafo son, aparte de los templos subterráneos, del mismo estilo. Están todos situados al Sur de la India, en la región que se extiende del curso del Kistna á la punta extrema de la península.

Entre los más curiosos de los que hemos representado, citaremos sobre todo los templos de las ciudades de Bijanagar, Madura y Sriringam. Esta última pagoda tiene cerca de un kilómetro de extensión y constituye quizá el más vasto templo del mundo. En cuanto á Bijanagar, se encuentran allí ruinas de todas clases. Esta ciudad, que fué durante largo tiempo la capital del Sur de la India, fué también, á juzgar por sus ruinas, una de las mayores capitales del mundo. Está hoy desierta y no tiene por habitantes sino bestias feroces. Una de las impresiones más vivas que he sentido visitando las fascinantes maravillas arquitectónicas de la India, es la que he experimentado penetrando, una noche de luna, en las calles, largas como nuestros bulevares y llenas de ruinas de templos y de palacios, de aquella ciudad muerta. Las cimas de sus pagodas y de sus palacios surgiendo de la selva ofrecían entonces un aspecto singularmente fantástico. La muralla de rocas enormes amontonadas que rodea las ruinas imponentes de esa grandiosa capital y que es preciso franquear antes de entrar en ella, hacía más mágico aún el espectáculo. Me parecía que entraba en alguna ciudad gigante creada por genios y destruída por titanes. Una de las pagodas que contiene, la de Vitoba, con sus pilares de granito esculpido, formados cada uno de un solo bloque de piedra, es seguramente una de las maravillas del mundo. Pertenece á esa categoría de modelos que la humanidad, ocupada en otros trabajos, no volverá á emprender más. He pasado allí largas horas, entre

«Los dioses pensativos que llenan los pilares,
de los cimientos mismos á las redondas cúpulas
surgiendo por millares.»

5.º — ARQUITECTURA INDO-MUSULMANA

La multiplicidad de los reinos musulmanes en la India en diversas épocas dió por resultado la formación de estilos muy diferentes de una provincia á la otra. Por una parte, en efecto, los conquistadores pertenecían á razas diversas; y por otra, las provincias invadidas poseían ya su estilo arquitectónico especial. De la fusión de estos elementos desiguales resultaron estilos diferentes que es imposible englobar en una denominación única. Estudiando los monumentos de Ahmedabad, Delhi, Lahore, Bijapur, etc., se encuentra uno inmediatamente en presencia de edificios de orígenes muy diversos. Pero la influencia inda se halla en ellos casi siempre. Los musulmanes de la India no lograron jamás, en efecto, como los de Egipto y España, crear monumentos completamente originales, tales como la mezquita de Ket-Bey en el Cairo ó la Alhambra de Granada, por ejemplo. En los monumentos musulmanes de la India los elementos extranjeros se sobreponen ó se combinan generalmente de la manera más feliz, pero es siempre fácil reconocer el origen de cada uno de ellos. Las diferencias frecuentemente muy grandes que ofrecen de una región á otra los monumentos musulmanes provienen únicamente de la diversidad de las proporciones en las que se hallan combinados los diversos elementos que los componen.

Tres elementos fundamentales, el indo, el árabe y el persa, han contribuído á formar por sus combinaciones los estilos musulmanes de la India. El elemento bizantino se observa en ellos alguna vez también como en Bijapur, pero excepcionalmente. En cuanto á las influencias europeas, no se manifiestan sino bajo el período mogol y se limitan, por otra parte, á procedimientos de ornamentación accesorios, tales como el método de incrustación de piedras preciosas en las fachadas de mármol de las mezquitas. En una época casi moderna la influencia italiana aparece en las formas exteriores y los detalles de decoración de ciertos monumentos en Luknow y en Tanjore, por ejemplo; pero

los resultados de esta asociación son muy extraños, y por otra parte muy por debajo de lo mediocre para merecer una descripción. No son útiles más que para demostrar que el Oriente y el Occidente no pueden combinarse más en su arquitectura que en sus ideas.

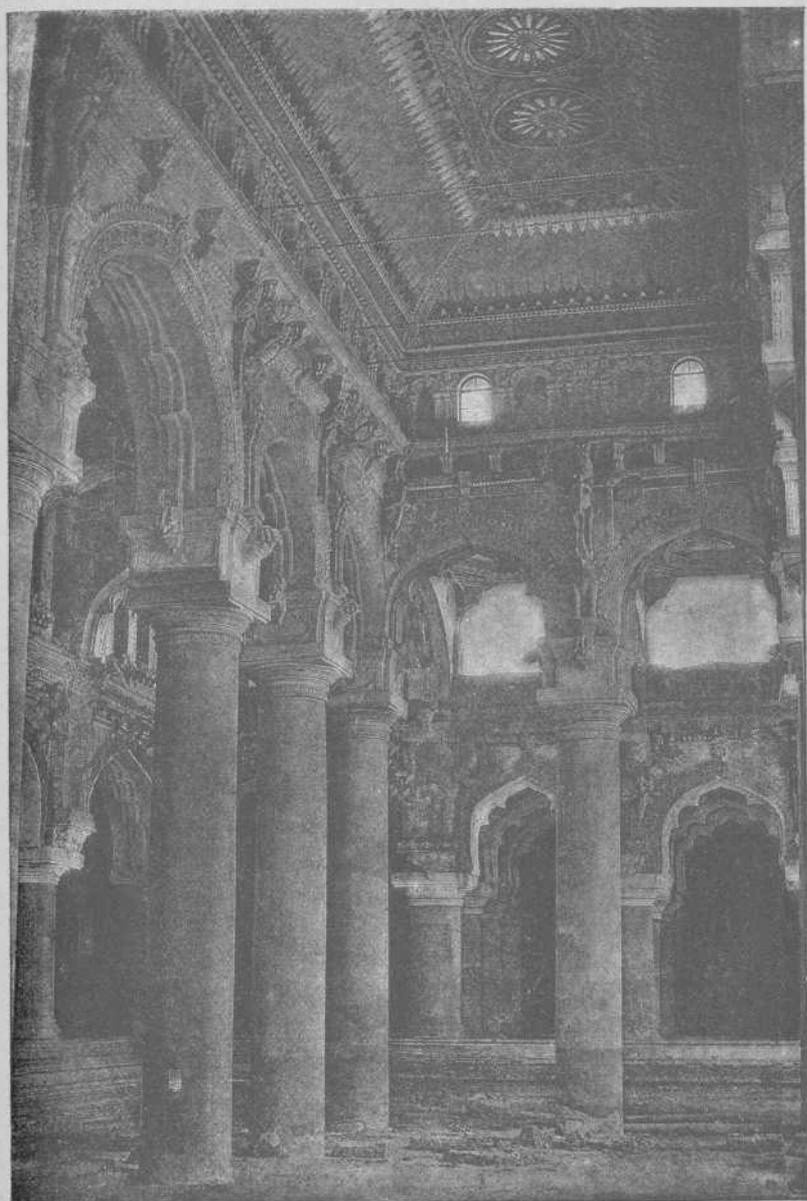
El examen de los grabados de nuestra obra enseñará, mucho mejor que podríamos hacerlo por medio de descripciones, cuán varios son los efectos producidos por la asociación de los elementos arquitectónicos que hemos enumerado. En los monumentos más antiguos, como la mezquita del Kutab, construída en Delhi hacia fines del siglo XII, dominan las influencias árabes; más tarde los que dominan son los elementos persas, al menos en el Norte de la India, como en Lahore. En otras regiones, en Ahmedabad por ejemplo, el elemento indo es el predominante hasta el punto de que sin la adición de arcadas, cúpulas y minarettes, la casi totalidad de los monumentos de esta última ciudad podría ser calificada de inda.

Los más antiguos monumentos musulmanes de la India, como el Kutab en Delhi, la gran mezquita de Ajmir, son de fines del siglo XII; los últimos monumentos importantes son de fines del XVII. Han sido, pues, edificados en un período de quinientos años.

Se da ordinariamente en los libros ingleses el nombre de estilo pathán al estilo musulmán de la India anterior al período mogol, del nombre de las dinastías que reinaron entonces; pero no veo en modo alguno la utilidad de dar un nombre especial á una arquitectura, que no difiere de la de los árabes sino por algunas adiciones indas, como se comprueba fácilmente en el escaso número de monumentos que nos quedan de ese período.

Convendrían mucho mejor nombres especiales, si fuesen precisos, á estilos tan característicos como aquellos de que se ven ejemplos en las diversas ciudades musulmanas, Ahmedabad, Bijapur, Gor, etc.

El nombre de estilo mogol merece, por lo contrario, ser conservado. Se designan así los monumentos construídos durante la dominación de los emperadores mogoles. Los primeros edificios



MADURA. — Interior del palacio de Tirumal Najak. (Siglo xvii.)

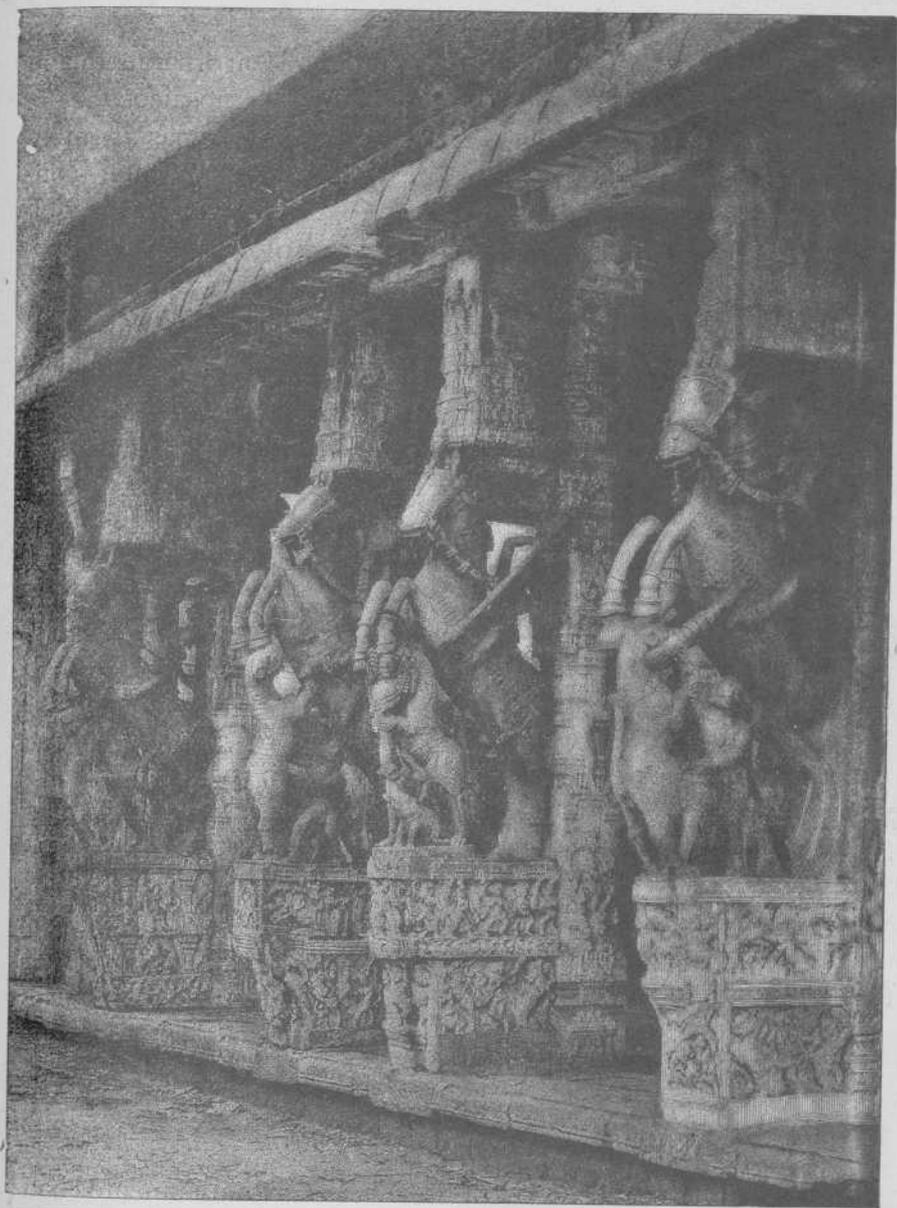
Este monumento, uno de los más notables palacios de la India, fué edificado bajo el reinado del rajá indo Tirumal, en el siglo xvii. Sin las estatuas que ornán sus diversas partes se tomaría por un monumento exclusivamente musulmán. Constituye uno de los mejores ejemplos que pueda citarse de la influencia enorme que ejercieron los musulmanes en todas las regiones de la India, aun en las que no les estuvieron sometidas.

de este período no se remontan apenas sino á la mitad del siglo xvi y son debidos al emperador Akbar. Fueron continuados bajo sus sucesores Jehangir, Shah Jehán y Orengezeb, es decir, hasta el fin del siglo xvii. Se los encuentra sobre todo en Agra y en Delhi. Su evidente parentesco en estas dos ciudades no debe hacer creer, sin embargo, que todos los monumentos musulmanes de la India de este período están contruidos con el mismo estilo. Nuestros grabados proporcionarán fácilmente la prueba de lo contrario.

Aunque los monumentos de estilo mogol no formen sino una escasa parte de los monumentos musulmanes de la India, son, no obstante, casi los únicos conocidos en Europa. Se explica esto fácilmente, observando que los más importantes están situados en dos ciudades célebres visitadas hace largo tiempo por los europeos y que su magnificencia cautiva mucho los ojos; pero desde el punto de vista artístico están lejos de carecer de rivales.

El estilo que los mogoles llevaron consigo á la India era, como su religión, de origen árabe, pero modificado como ella por su paso á través de Persia. Cien años antes de Baber, Timur construía en Samarcanda (1393-1404) monumentos en que dominaba la influencia persa. De la Persia es de donde provienen las cúpulas abombadas, especiales de los mogoles, los revestimientos de azulejos tan comunes en Lahore, la forma puntiaguda de las arcadas, las puertas gigantescas coronadas por una media cúpula.

Deseosos, como hemos visto, de fusionar indos y musulmanes en un solo pueblo, Akbar y Jehangir hicieron toda clase de esfuerzos para combinar sus dos arquitecturas. Muchos monumentos de esta época, los de Futteh-pore-Sikri, por ejemplo, son mucho más indos que musulmanes. Más tarde, bajo Shah Jehán (1628-1658), al que pertenecen los más ricos monumentos del período mogol, este espíritu de tolerancia desaparece y la influencia de los indos no se muestra sino en ciertos detalles. Las ornamentaciones en relieve, tan estimadas de los artistas de la



SRIRINGAM. — Gran pagoda. Pilares del interior del templo

La gran pagoda de Srirangam es probablemente el templo más espacioso del mundo. Está formado por seis recintos concéntricos, de los que el mayor tiene cerca de 900 metros de lado. Contiene 15 gopuras, de las que una tiene 52 metros de altura.

India, se suprimen. El Taje no las tiene: toda su ornamentación exterior está únicamente formada por delgados mosaicos.

El empleo de las arcadas almenadas, de las cúpulas abombadas, de las incrustaciones de piedras preciosas en mármol blanco y algunas veces el revestimiento de azulejos de las mezquitas, forman los elementos dominantes del estilo mogol en la época de Shah Jehán.

El estilo debido á la influencia de los mogoles desapareció gradualmente con ellos. En la actualidad apenas se hacen construcciones importantes en este estilo, mientras que el estilo indo se conserva siempre y los otros estilos musulmanes subsisten en los reinos musulmanes que han conservado algún poder, el imperio del Nizam por ejemplo.

El breve bosquejo que precede bastará á justificar la clasificación que hemos adoptado para los monumentos musulmanes de la India. Debe estudiárselos comarca por comarca, y como en cada región todos los monumentos importantes están concentrados en la capital, los monumentos de las grandes ciudades son los que pueden servir de tipo. Las expresiones: «la arquitectura de Lahore, de Bijapur,» etc., designan, en realidad, la arquitectura respectiva de las comarcas de que esas capitales fueron centro, comarcas frecuentemente tan vastas como nuestros imperios europeos.

La influencia musulmana se ha manifestado casi por todas partes en la India. La he encontrado hasta en los monumentos del Nepal, donde, no obstante, los musulmanes no penetraron jamás. Se la comprueba igualmente en el Sur de la India, que posee no solamente mezquitas construídas por los musulmanes, sino también palacios musulmanes, el de Madura por ejemplo, construídos por indos. Esta influencia es á veces tan marcada que se creería á primera vista que esos últimos monumentos han sido realmente edificados por musulmanes.

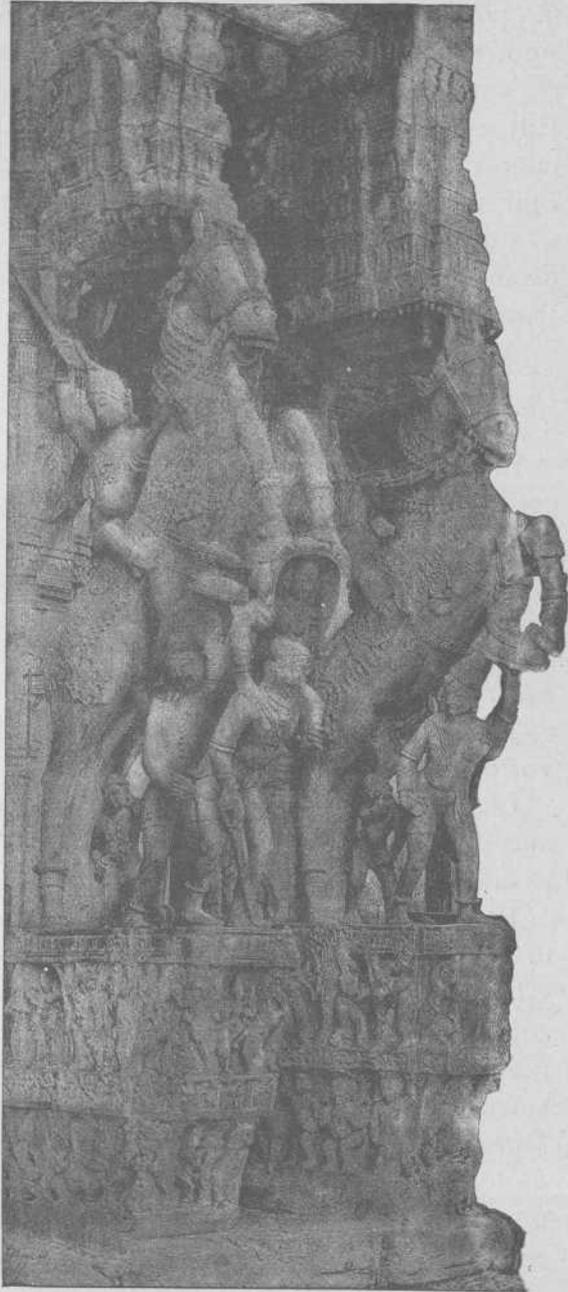
Tomando por base las indicaciones que preceden, es posible dividir en las tres siguientes clases los monumentos musulmanes de que la India está cubierta:

A. *Arquitectura musulmana anterior al período mogol* (antiguos monumentos de Delhi, monumentos de Ajmir, Bijapur, Golconda, etc.).

B. *Arquitectura del período mogol* (monumentos de Agra, Delhi, Lahore, etc.).

C. *Arquitectura revelando la influencia musulmana en diversas regiones de la India en que la mayor parte de los monumentos son indos* (monumentos musulmanes de Gwalior, Mahoba, Khajurao, Madura, etc.).

Los monumentos musulmanes de la India son muy numerosos, y sus tipos muy diferentes de una época á otra ó de una á otra ciudad, para que su descripción sea posible en los límites estrechos de que disponemos. Los más importantes es-



SRIRINGAM. - Detalles de un pilar de la gran pagoda

tán por lo demás representados en este volumen, y yo no puedo sino remitir á nuestra obra *Los monumentos de la India* á las personas interesadas en estudiar en detalle cada uno de ellos. Entre esos monumentos se encuentran la torre de Kutab, la puerta de Aladino, el mausoleo de Akbar, el fuerte de Agra, las ruinas de Futtehpoore, el palacio de los reyes mogoles en Delhi, monumentos que su situación en las grandes ciudades hace desde luego de fácil acceso y que por esta razón gozan hace largo tiempo de gran celebridad en Europa.

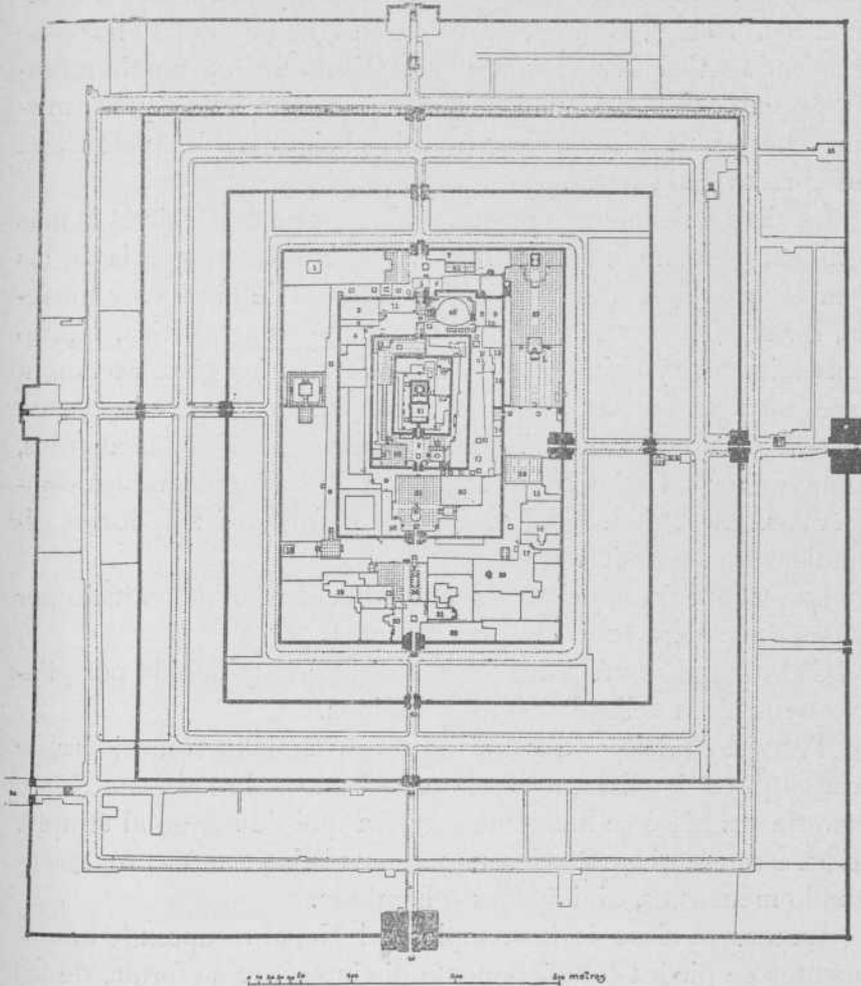
6.º — ARQUITECTURA INDO-THIBETANA

El Nepal es, como sabemos, un Estado comprendido entre dos cordilleras paralelas del Himalaya que separan el Indo del Thibet. Su aislamiento y su independencia les han permitido conservar intactos antiguos usos. Su arquitectura, que no había sido estudiada aún, es en extremo interesante. Se ve en ella distintamente, en muchos monumentos, la combinación de los elementos indos y chinos; pero en otros la fusión de estos elementos es tan íntima que se creería uno fácilmente ante un estilo nuevo, especial.

Los templos del Nepal son en extremo numerosos. Hay allí más de diez mil. Sus estilos pertenecen á tres tipos esencialmente diferentes que vamos á describir.

El primero de esos tipos, por orden de antigüedad, está formado por grandes construcciones hemisféricas hechas de tierra y ladrillos, análogas á los topes de la India central, los de Sanchi principalmente; pero no están rodeadas como estos últimos por una balaustrada de piedra cargada de esculturas; esta balaustrada está reemplazada por un pequeño plinto circular que rodea la base del monumento y aplicada contra él. En cada uno de los cuatro puntos cardinales se halla un pequeño santuario formado por un nicho que contiene estatuas. El hemisferio está rematado por una torre cuadrada, coronada á su vez por una pirámide ó un cono. Alrededor del templo hay un número varia-

ble de pequeños edificios religiosos, santuarios, estatuas, etc. Esta clase de templos está exclusivamente consagrada al culto



SRINGAM. — Plano de la gran pagoda, según W. Griggs

1 á 27, templos y edículos en forma de sala dedicados á diferentes divinidades; 28 á 36, mantapams de diversas dedicaciones; 37 á 45, gopuras; 46, lago sagrado

búdico; pero en el Nepal el brahmanismo y el budismo están de tal manera mezclados, que los emblemas se encuentran indiferentemente en todos los templos cualquiera que sea la religión

á que estén consagrados. En los templos búdicos, las estatuas más frecuentes son las de Buda, sus encarnaciones anteriores y la trinidad búdica (Buda, Dharma, Sanga); pero los dioses brahmánicos, Vishnu, Ganesa, etc., figuran igualmente en ellos.

Viendo en el Nepal cómo el budismo llega á fundirse gradualmente con el brahmanismo, hemos comprendido que el mismo fenómeno debió verificarse hacia el siglo VII de nuestra era en el resto de la India.

La clase de monumentos que acabamos de describir es la más antigua, pero no la más numerosa: la inmensa mayoría de los templos nepalenses la constituyen edificios de ladrillos y madera, levantados con un tipo absolutamente característico, mucho más thibetano y chino que indo. Tienen varios pisos rectangulares en hueco el uno sobre el otro, cubierto cada uno por un techo. Cada techo está ligeramente levantado en sus ángulos, como en los edificios chinos, y adornado de innumerables campanillas. El conjunto del monumento ofrece así una forma piramidal característica.

La parte saliente del techo está unida al resto del edificio por vigas de madera cubiertas de esculturas.

Cada templo está rodeado de una galería sostenida por pilares de madera delicadamente esculpidos.

Todo el edificio está colocado sobre cimientos de piedra de varios pisos igualmente en hueco el uno sobre el otro. Sobre uno de sus lados se halla una escalera que da acceso al templo. Esta escalera tiene á cada uno de sus lados estatuas representando monstruos, divinidades ú hombres.

La tercera clase de los templos del Nepal comprende monumentos de piedra completamente distintos, por su forma, de los que preceden. Ofrecen un sello de originalidad evidente. Su influencia china es en ellos casi nula, y la influencia inda sensible, pero no suficiente, sin embargo, para quitarles su sello especial. Son los únicos en que pueden observarse alguna vez huellas de influencia musulmana por la presencia accidental de cúpulas.

Es imposible, como se verá por nuestros grabados, referir es-

tos últimos templos á un tipo único. Su solo carácter común es el de estar construídos sobre cimientos de piedra de varios pi-



KOMBAKONUM. — Templo de Rama. Pilares de la gran pagoda. (Siglo XVII.)
(*Altura de los pilares hasta el entablamento, 3",40.*)

sos, cuya escalera está, como en los templos precedentes, adornada por esculturas representando animales ó personajes.

Los templos de piedra no ofrecen en su construcción nada que recuerde el aspecto un poco bárbaro de los templos de ladrillos con techos superpuestos, de que hemos hablado más arri-

ba. El que hay frente al palacio del rey, en Patán, puede ser colocado por su forma entre los más notables monumentos de la India. Sus pisos en hueco el uno sobre el otro — lo que parece el principio dominante de la arquitectura del Nepal — están adornados de pabellones de aspecto elegantísimo y no es apenas sino en la pirámide de caras curvilíneas que corona el edificio en lo que se manifiesta la influencia de la arquitectura inda del Norte de la India.

Sería difícilísimo determinar, ni de una manera aproximada, la edad de los diversos templos del Nepal. De un modo general puede decirse de los topes hemisféricos que son muy antiguos, es decir, contemporáneos sin duda del siglo II de nuestra era; y de las pagodas de ladrillos y madera, que son relativamente modernas, es decir, posteriores al siglo XV; pero la época de los edificios que podrían ocupar un lugar intermedio, suponiendo que exista, lo que me parece en extremo dudoso, queda indeterminada.

Templos, casas, palacios de las grandes ciudades del Nepal, están cubiertos de esculturas y de pinturas de tonos brillantes. Las puertas de los palacios están formadas de láminas de bronce delicadamente cinceladas. Ante ellas se elevan monolitos coronados de estatuas. Todos estos monumentos están de ordinario concentrados en un pequeño espacio y forman un conjunto de los más pintorescos.

He tenido ocasión, en el transcurso de mis viajes, de visitar las más célebres ciudades de Oriente y debo decir que no he encontrado ninguna que produzca tanta impresión en el viajero como ciertas villas del Nepal, Patán principalmente. Los detalles son á veces bárbaros, aunque las esculturas de las columnas están al abrigo de las críticas del artista más exigente; pero el conjunto tiene, lo repito, un sello de originalidad fantástica sorprendente.

Se hallarán representados en esta obra los más célebres monumentos del Nepal, los de Katmandu, Bhatgaón, Patán, Pashpatti, etc., ejecutados según nuestras fotografías.

7.º - ARQUITECTURA INDA MODERNA

Desde la terminación de la conquista inglesa, es decir, desde hace un siglo apenas, la arquitectura, lo mismo, por lo demás,



HULLABID (Mysore). - Detalles de las esculturas del gran templo. (Siglo XIII.) (1)

que la mayor parte de las artes indas, ha declinado rápidamente. Dos causas han contribuido á tan pronta decadencia: resulta la

(1) Este templo es un ejemplar del estilo á que se da el nombre de chalu-
kya, según la dinastía bajo la cual fueron construídos estos monumentos. El

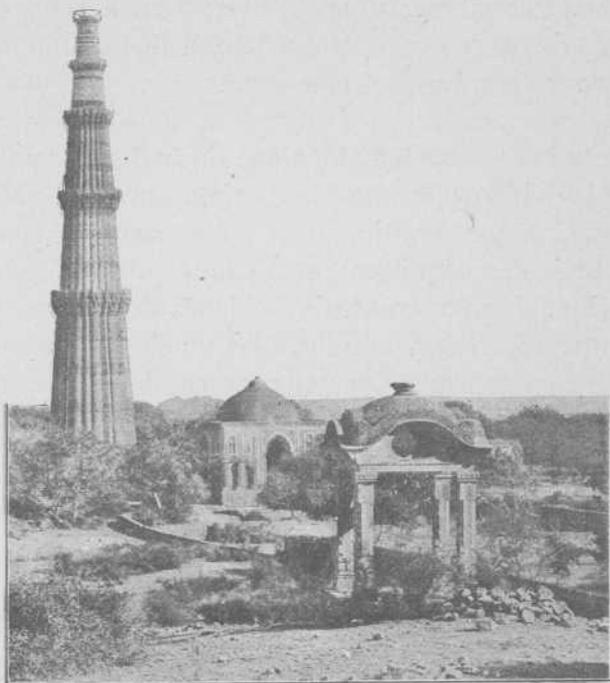
primera de la pobreza creciente de los príncipes y señores indígenas. Despojados la mayor parte de sus rentas, les ha sido preciso renunciar á construir esos templos y esos palacios maravillosos que representaban inmensas fortunas, pero que constituyen frecuentemente el más precioso tesoro de un país. Un corto número de esos soberanos, bastante ricos aún para poder elevar palacios, se imaginan que la evidente superioridad que los europeos poseen en sus armas deben igualmente poseerla en las artes, y creen dar pruebas de buen gusto copiando para sus palacios las horribles construcciones que los ingleses levantan para sus servicios públicos. Sucede así, por ejemplo, que uno de los más poderosos soberanos indígenas, el rajá de Gwalior, aun teniendo ante los propios ojos uno de los más hermosos edificios de la India, se ha hecho levantar un palacio calcado sobre uno de los peores monumentos de Londres. El soberano que reina en Indore se ha hecho igualmente construir un palacio á la europea que constituye una de las cosas más feas que he tenido ocasión de observar en la India, pero que él considera seguramente como el más bello adorno de su capital.

Los particulares ricos imitan, naturalmente, este ejemplo. Se imaginan dar así prueba de un alto grado de civilización y elevarse muy por encima de sus compatriotas. Hacen ahora construir sus casas en un estilo europeo bastardo, mezclado de ornamentos musulmanes que se adaptan á él muy mal.

Debía resultar, naturalmente, de tal estado de cosas una decadencia rápida y completa de la arquitectura inda. No perpetuándose ese arte en la India sino por la tradición, desaparece en seguida que no tiene más ocasión de ejercitarse, y no se necesita ser profeta para predecir que en dos ó tres generaciones á lo más no quedará en la India un solo artista capaz de reproducir uno de esos antiguos monumentos de que está cubierta aún, pero cuyas ruinas desaparecerán rápidamente.

estilo llamado chalukya parece ser sencillamente el resultado de la mezcla de los estilos jainas del Norte y del centro de la India con el estilo de los templos dravidianos del Sur de la península.

Esta decadencia del arte indo se debe sencillamente á las causas que acabo de mencionar y no conozco otras. Los últimos monumentos indos edificados en la India antes de que la influencia inglesa preponderara, demuestran que la arquitectura no estaba de ningún modo en decadencia.



ANTIGUO DELHI. — Vista general de las ruinas de la mezquita de Kutab (1)

A fin de que el lector pueda darse cuenta del valor de los últimos monumentos de la India, he reproducido en esta obra va-

(1) La gran torre de Kutab, que se ve á la izquierda del dibujo, está representada en detalle en el grabado siguiente. Igualmente reproducimos aparte la puerta del pabellón de Aladino, que se ve á la derecha de la torre. Los monumentos de Delhi pertenecen á tres períodos muy diferentes: 1.º El período anterior á las invasiones musulmanas y del que no ha quedado casi nada. 2.º El período de la primera invasión musulmana al comienzo del siglo XIII: los monumentos de este período son los representados en este grabado y en los que siguen. 3.º El período mogol de los siglos XVI y XVII: estos monumentos, muy distintos de los precedentes, serán representados más adelante.

rios edificios levantados desde hace un siglo. Los más notables son el templo de Durga en Benarés y el de Huttising en Ahmedabad. Ambos son de estilos muy distintos, pero ofrecen, el segundo sobre todo, una perfección de trabajo que sería difícil superar en Europa. El más reciente, el de Huttising en Ahmedabad, tiene sólo cincuenta años de existencia y no estoy muy convencido de que se encontrasen aún fácilmente en la India artistas capaces de volverlo á comenzar.

Aquí termina lo que teníamos que decir de la arquitectura de la India. He debido, por falta de espacio, resumir brevísimamente mis exploraciones en un mundo de templos y de palacios fantásticos, evocación espléndida de una edad desvanecida. Este pueblo de dioses, de monstruos, de deidades de formas graciosas, amenazantes ó terribles, que llena las tenebrosas profundidades de las pagodas, esas epopeyas gigantescas de reyes y de héroes, que se desarrollan en misteriosos santuarios, son los últimos testigos de un pasado que sin ellos no podríamos reconstituir.

CAPÍTULO ADICIONAL

DESCRIPCIÓN DE ALGUNOS DE LOS MONUMENTOS IMPORTANTES DE LA INDIA

Las frecuentes referencias que en el precedente estudio hace M. Gustavo Le Bon á la importantísima obra *Los monumentos de la India*, que escribió como resultado de la misión arqueológica que por encargo del gobierno francés efectuó en aquel país, nos mueven á completar los notables párrafos que dedica á historiar la arquitectura de cada período y de cada región de la India con la descripción detallada de algunos de los principales monumentos que menciona, y de los cuales hemos publicado en esta obra curiosas y exactas reproducciones.

No teniendo nada que añadir á lo ya dicho sobre los templos y monasterios subterráneos y no subterráneos del período búdico, pues basta la descripción de los de Ajunta, Sanchi y Buda-Gaya para que el lector pueda formarse idea de lo que fueron esas construcciones primitivas de la India, pasaremos á describir algunos de los pertenecientes al período neobracmánico, como son los de Bhuaneswar, Gwalior y Chittor.

«El más antiguo de los templos de Bhuaneswar, dice Le Bon, es el de Parasurameswara, que se remonta al siglo v de nuestra era. Como todos los templos de la región de Orissa, está formado por un santuario cúbico coronado por una pirámide y precedido de un pórtico. Sus dimensiones son reducidas, pues no tiene más de 13 metros de altura; pero las esculturas que lo recubren (1) están talladas con sumo arte; vense allí representadas diversas divinidades, escenas de la vida de Rama, etc.

»Síguele en importancia el gran templo, que data de fines del siglo vi y principios del vii. Este es uno de los edificios más

(1) Véase el grabado de la página 267 del tomo primero.

majestuosos de la India. Su plano es el mismo de los demás templos de Orissa; mas por una serie de adiciones sucesivas ofrece á la vista una sucesión de torres: la mayoría se elevan á 50 metros aproximadamente del nivel del suelo. Está enteramente construído en piedra desde la base á la cima, y cubierto de esculturas, como el precedente. Las varias construcciones que forman parte del gran templo están rodeadas de un muro de 5 metros de altura y de 150 de longitud, en el que se abren tres puertas.

»El tercero de los templos de Bhuwaneswar digno de mención es el llamado de Rajarani. Data del siglo x, y es notable sobre todo por su ornamentación (1). Las estatuas de que está adornado son menos numerosas que en los anteriores. La altura de este templo es sólo de 20 metros, y de 9 la del pórtico que le precede (2).»

Los templos de Gwalior, en la región del Rajputana, están edificadas, como el palacio, de que ya se ha hecho la descripción en esta obra, en el recinto de su fortaleza, situada en una escarpada roca de 100 metros de altura por 3 kilómetros de longitud y de 200 á 800 metros de anchura. Diez son los templos de diversas dimensiones que en este recinto existen, y los más notables de entre ellos el de Teli Mandir, que se supone data del siglo x, y los dos de Shas Bhao, que por una inscripción se sabe que fueron construídos á fines del siglo xi.

«El templo de Teli Mandir mide, según Le Bon, 18 metros de anchura por 34 de altura. Termina su parte superior en un largo cuerpo semicilíndrico, forma excepcional en el Norte de la India, pero que se encuentra en Mahavellipore, es decir, en los más antiguos templos del Sur de la península. El templo de Teli Mandir preséntase desde lejos como un monolito, y es muy difícil relacionar su arquitectura con la de los demás templos que le están próximos. En su interior está dividido en cuatro pisos, pero no se ve en ellos trazas de escalera. Constituyen su ornamen-

(1) Véanse los grabados de las páginas 181 y 183 del tomo primero.

(2) Véase el grabado de la página 271 del tomo primero.

tación esculturas en piedra que presentan la repetición frecuente de los mismos motivos.»

Los templos de Shas Bhao, aunque designados generalmente por los ingleses con los nombres de grande y pequeño templo



ANTIGUO DELHI. ~ Parte de la torre de Kutab (1)

jáinico, parecen haber sido dedicados al culto bramánico, y probablemente desde luego á Siva: así dejan adivinarlo las estatuas de esta divinidad y de Brahma y Vishnu que en ellos

(1) La torre de Kutab, de que hemos dado una vista general en el grabado precedente, fué comenzada en 1199. Su altura es de 73 metros. Tiene cinco pisos rodeados cada uno de un balcón análogo al representado en este grabado

existen. «Su plano, dice Le Bon, es enteramente distinto del de Teli Mandir. La sección del gran templo tiene la forma de una cruz de 31 metros de longitud por 19 de anchura. Su altura, demolida la parte superior de la pirámide, es de 21 metros; pero fácil es conocer que antes de demolerse debía alcanzar aproximadamente 30 metros. Este templo, como puede verse por uno de nuestros grabados (1), consta de tres pisos visiblemente indicados por las columnatas y pórticos. Éstos y los muros están completamente esculpidos. El interior está dividido en varias salas situadas en torno de un recinto central que sirve de santuario. Este último contiene cuatro pilares macizos que ayudan á soportar el enorme peso de la bóveda piramidal formada por hiladas octogonales horizontales concéntricas.

»El pequeño templo, situado cerca del precedente, está igualmente construído en forma de cruz. Sólo consta de un piso, y, á excepción del santuario, está abierto por sus cuatro lados. El cuerpo del templo es un bloque de siete metros de lado sustentado por doce pilares. Los pórticos de entrada están ricamente esculpidos, si bien las imágenes están por desgracia muy mutiladas. Los pilares son redondos con la base octogonal.

»Estos dos templos, aunque parecidos á los del Norte de la India, difieren de ellos en varios puntos, viniendo así en apoyo de lo que con tanta frecuencia hemos repetido, ó sea, que cada región tiene su estilo especial. Por otra parte, sería inútil que pretendiésemos establecer un paralelo entre los templos que preceden, pues vienen á ser como dos anillos sueltos de una cadena cuyos eslabones intermedios se han perdido.»

Pondremos término á la descripción de los monumentos del Rajputana con la de las dos famosas torres de Chittor. «Aunque inferior en importancia á Gwalior, dice Le Bon, Chittor puede igualársele por el número de sus monumentos. No posee un palacio como el que hemos ya descrito, pero en cambio posee dos magníficas torres, la una del siglo ix, la otra del xv, género de construcción de que actualmente quedan muy pocos ejemplos

(1) Véase el grabado de la página 327 del tomo primero.



ANTIGUO DELHI. — Arcadas de la mezquita de Kutab (siglo XIII) y columna de hierro del rey Dhava (siglo III)

en la India. El estilo de esas dos torres es casi idéntico. Una de ellas, llamada de la Victoria (1), fué construída por Rana Khambo, uno de los reyes más poderosos del Meywar, para conmemorar su victoria sobre Mahmud de Malwa, en 1439. Esta torre tiene más de 40 metros de altura. Está dividida en nueve pisos enteramente cubiertos de estatuas, de nichos, de galerías. La cúpula que la remata débese á una restauración moderna. La otra torre, la de Sri Allat, es más pequeña que la precedente, y no tiene más allá de 25 metros de altura. Aunque mucho más antigua, pues su construcción data del siglo IX, no cede en magnificencia á la de la Victoria. Está dedicada al primero de los tirthankars jainas, cuya imagen se repite muchas veces en el monumento. Estas dos torres están infinitamente más labradas que las construcciones análogas de Europa, la de Saint-Jacques, por ejemplo.»

Estudiados con relativa extensión en el capítulo anterior los monumentos del Guzerat y los del centro de la India, que, á excepción de los de Ellora, ya descritos, apenas ofrecen diferencias con sus semejantes de otras comarcas, dediquemos sendos párrafos á la descripción de los templos de Badami y de Srirangam, que pueden presentarse como ejemplos respectivamente de los monumentos subterráneos y de las pagodas de la India meridional.

«Badami, al Noroeste de Bijanagar, en el Darwar, es una aldea situada en una de las regiones más pintorescas y más selváticas de la India. Está en la falda de dos montañas, la garganta de las cuales está ocupada en parte por un lago. En la cima de una de estas montañas encuéntrase varios templos, uno de ellos dravidiano, muy antiguo, que recuerda los templos monolíticos primitivos de Mahavellipore. En las vertientes de la otra montaña se abren cuatro templos subterráneos, tres brahmánicos y uno jaina, notabilísimos por sus esculturas y por sus pilares. La fecha exacta de construcción de estos templos nos es conocida: corresponden al siglo VI. Uno de ellos, el mayor, tiene en efec-

(1) Véase el grabado de la página 343 del tomo primero.

to, cosa muy rara en los monumentos de la India, una inscripción que indica que fué excavado en una época correspondiente al año 579 de nuestra era. Esos templos pueden colocarse entre las más antiguas construcciones brahmánicas, y son tanto más interesantes cuanto que las excavaciones análogas son rarísimas en el Sur de la península. Corresponden á la época en que el brahmanismo acabó por absorber casi enteramente al budismo. Buda no aparece más que como encarnación de Vishnu. Una estatua gigantesca que contiene uno de ellos, y que representa uno de nuestros grabados (1), presenta á Vishnu en la actitud habitual de Buda, sentado sobre una serpiente cuyas numerosas cabezas rodean á modo de un parasol la de la divinidad. Esta es exactamente la forma en que Buda está representado en los bajos relieves búdicos de Amravati. El más importante de los templos subterráneos de Badami sólo tiene 21 metros de longitud por 15 de anchura. Sus esculturas y sus pilares pueden figurar entre las más hermosas obras de la India. Los anteriores templos son más claros en su interior que los antiguos templos subterráneos búdicos de Karli, Ajunta, etc. En lugar de recibir la luz sólo por una estrecha abertura, son accesibles en toda la extensión de su fachada, y la luz penetra en abundancia por entre los pilares que la forman. Puede formarse fácilmente idea de esta disposición con el solo examen de nuestros grabados, que la dan también completa de lo que son estos templos (2). Las esculturas de los templos de Badami son tan numerosas, que su reproducción y la explicación de los asuntos que representan bastarían para formar un tomo. Nuestros grabados reproducen las más notables y nos excusan de describirlas (3). Entre las estatuas son las más dignas de mencionarse las de Buda bajo forma de Vishnu; Arddhanari, divinidad mitad hombre, mitad mujer, la primera mitad representando á Siva, la segunda á su espo-

(1) Véase el grabado de la página 47 de este tomo.

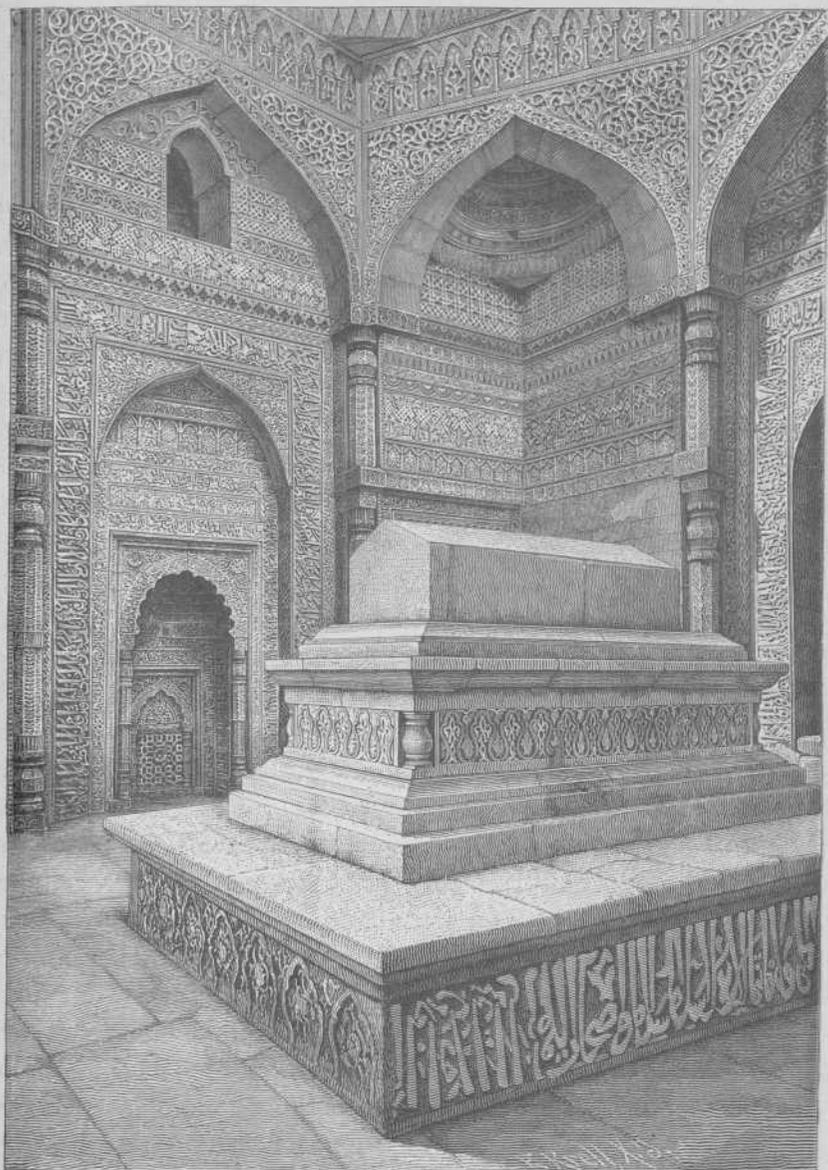
(2) Véanse los grabados de las páginas 45, 47 y 49.

(3) Véanse los grabados de la página 189 del tomo primero y los de las páginas 47, 49 y 51 del presente.

sa Parvati; Nrisinha, encarnación de Vishnu con cabeza de león, etc. Aunque tres de los templos de Badami están consagrados á Vishnu, vese en ellos, sin embargo, el *lingam*, emblema de Siva. Pertenecen, por otra parte, á una época en que la distinción entre los dos cultos no era tan profunda como lo fué más tarde.»

Las pagodas de la India meridional más antiguas que se conocen datan del siglo x de Jesucristo, y las más modernas pertenecen al siglo xvi: entre aquella fecha y la fecha de los templos monolíticos de Mahavellipore hay un período de tiempo en que se ha efectuado el paso ó la transición de una forma á otra: evolución de la que han desaparecido las formas intermedias. Hay en ellas también cierta uniformidad de disposición que parece estar regulada por un código religioso. Consisten estas pagodas, como ya se ha dicho, en un recinto rectangular con una puerta de forma apiramada en cada una de sus caras (*gopura*), puertas que ellas solas constituyen de por sí un verdadero templo. En conjunto las dependencias que rodean á un templo brahmánico del Mediodía de la India consisten en salas hipóstilas (*chultries*) que sirven de refugio á los peregrinos, y en varios lagos sagrados, rodeados frecuentemente de pórticos, los cuales preceden á los santuarios, que son verdaderas salas con gran número de columnas (*mantapam*), bazares, habitaciones para los sacerdotes, etc., formando los grandes conjuntos que llenan de admiración á los viajeros. Entre las más notables pagodas de la India son dignas de mención las de Chillambaram, Tanjore, Tripetty, Conjeveram, Bijanagar, Madura, Todputri, Triquinópolis, Sriringam, Kombakonum, etc. De la mayoría de ellas hemos dado en esta obra notables reproducciones. En la imposibilidad de describirlas todas, acompañamos el plano de la gran pagoda de Vishnu en Sriringam, levantado por W. Griggs, plano que juntamente con la descripción de la misma bastará para que se forme idea de lo que son esos admirables recintos.

«La gran pagoda de Sriringam, á cuatro kilómetros de Triquinópolis, dice M. Le Bon, está situada en una isla formada por el Kavery y el Coleroon. No es muy antigua, pues data so-

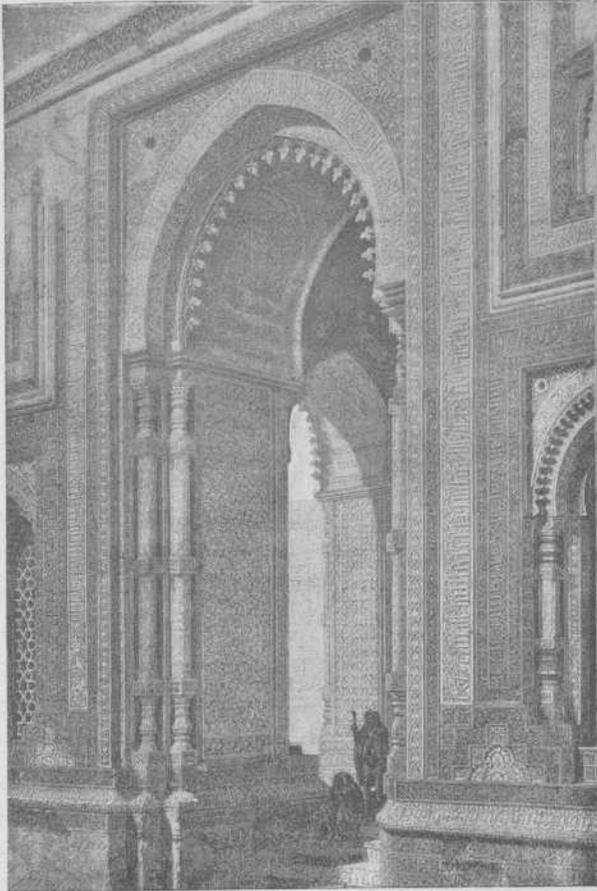


ANTIGUO DELHI. — Tumba de Altamsh en la mezquita de Kutab

Todas las esculturas de la sala en que está la tumba están talladas en asperón rojo. La altura del remate del gran arco que se ve encima del mirab es de cerca de 5 metros. Estando las piedras de las arcadas un poco separadas, es fácil ver que están construídas por hiladas horizontales, es decir, al estilo indo. Esta tumba y el monumento del grabado siguiente son los en que la arquitectura árabe y la inda se han combinado mejor.

lamente del siglo XVIII. Contiene, sin embargo, una pequeña construcción en mal estado, que Fergusson hace remontar al siglo XII, lo que parece demostrar que existía ya una pagoda en el mismo emplazamiento. La pagoda de Sriringam, muy semejante á la de Madura, es sobre todo digna de mención por las esculturas de algunos de sus pilares y por sus vastas dimensiones. Puede considerarse, al par que el gran templo de Karnak en Egipto, como el más gigantesco edificio religioso del mundo. Su plano general es un ejemplo de lo que hemos dicho acerca de la formación de las grandes pagodas por adición de nuevos recintos concéntricos, cada uno con su gopura. Siendo cada recinto tanto más considerable cuanto más exterior, y su respectiva gopura más elevada que las interiores, resulta que las gopuras emplazadas en el centro de cada lado anterior del rectángulo forman una especie de avenida de pirámides cuya altura va en disminución del exterior al interior: lo que, desde el punto de vista arquitectónico, es evidentemente poco satisfactorio. Lo contrario, ó sea las pirámides aumentando en altura desde la circunferencia al centro, hubiera producido un efecto más imponente. La pagoda de Sriringam cuenta siete recintos concéntricos. El muro del más exterior forma un rectángulo de 880 metros de longitud por 760 de anchura. La mayoría de los recintos tienen una gopura en cada una de sus fachadas: quince gopuras en total, cuatro en cada uno de los tres primeros recintos y tres en el cuarto. La gran gopura Norte tiene 46 metros de altura. Una de estas gopuras, comenzada, pero no terminada, había de elevarse á 91 metros: se estacionó en los 52. El primer recinto exterior, el único en que pueden penetrar los indos de castas inferiores, contiene un bazar que forma una verdadera ciudad. La pagoda cuenta en lo restante un considerable número de sacerdotes, bayaderas, servidores, etc. Las estatuas que adornan las gopuras son de barro cocido y revestidas de pinturas de colores vivos. En su mayoría están desprovistas de valor artístico. En el recinto de la pagoda vense, por otra parte, muchas construcciones importantes, especialmente el templo

llamado «de las mil columnas» (1), que tiene 137 metros de longitud por 40 de anchura. Cada una de sus columnas está formada por un solo bloque de granito ricamente esculpido. La pago-



ANTIGUO DELHI. — Entrada del pabellón de Aladino. Construído en 1310
(*Altura aproximada, 11 metros.*)

da contiene un mantapam cuya fachada está formada por columnas monolíticas sostenidas por caballeros y monstruos en distintas actitudes. Su conjunto, como puede apreciarse en nuestros

(1) Números 29 á 31 del plano que reproducimos en la página 101.

grabados (1), es imponente. Por ellos podrá juzgarse de la prodigiosa labor que en su ejecución ha debido emplearse.»

De entre los monumentos musulmanes anteriores al período mogol describiremos, por ser los más importantes, la mezquita y torre de Kutab en Delhi, la mezquita de *Arhai din ka Jhopra* en Ajmir y el mausoleo del sultán Mahmud en Bijapur.

«La mezquita de Kutab, dice M. Le Bon, fué comenzada hacia fines del siglo XII. Sus pilares proceden de un antiguo templo jaina, probablemente situado en el mismo emplazamiento. Además es fácil ver que algunos de ellos proceden de templos más ó menos apartados, pues se componen de trozos transportados y sobrepuestos pertenecientes á pilares distintos. Los detalles escultóricos no armonizan, lo cual prueba que las diversas hiladas de sus columnas pertenecen á antiguos templos y no han sido labrados para la mezquita. Por otra parte, vense en ellos aún emblemas de la religión jaina y descúbrese fácilmente el emplazamiento de las estatuas que habían tenido adosadas antiguamente. Las bóvedas de la mezquita son asimismo de estilo indo, y decididamente, los arcos, los motivos decorativos formados por dibujos geométricos y por inscripciones árabes, son las únicas partes musulmanas del monumento, aunque son suficientes para darle desde lejos un sello más árabe que indo. Entre las partes más notables de la mezquita es digna de mención una hilera de grandes arcos, el central de los cuales tiene 16 metros de altura (2). La forma de los arcos es persa, pero su modo de construcción indica que fueron construídos por los indos: no sabiendo construir verdaderos arcos, imitaron la forma por medio de piedras dispuestas en hiladas horizontales. La ornamentación está formada por la repetición habilísima de motivos jainas.

»El minarete de esta mezquita, más conocido con el nombre de torre de Kutab, fué comenzado en 1199 por el soberano que le dió nombre, Kutbud-Din Aibeg, primer rey mahometano de Delhi, y fué terminado en 1220 por el emperador Altamsh. Está

(1) Véanse los grabados de las páginas 97 y 99.

(2) Véase el grabado de la página 113.

construido de asperón rojo, y su forma es la de un tronco de cono, que tiene 14^m,75 de diámetro en su base y 2^m,75 en su cúspide. Su altura total es en la actualidad de 73 metros, pero en realidad tenía 76 antes de la caída de la cúpula en que terminaba y que un temblor de tierra derribó en 1803. Esta torre tiene cinco pisos rodeado cada uno de un balcón ricamente adornado de esculturas, de inscripciones árabes y de elegantes pechinas. La superficie de la torre no es lisa: su sección tiene la forma de un polígono de veinticuatro lados formados por partes salientes diversamente dispuestas en cada piso. Estos cuerpos son alternativamente angulares y semicirculares en el primer piso, exclusivamente circulares en el segundo, y solamente angulares en el tercero: los pisos superiores son circulares, sin decoración, y en lugar de ser de asperón rojo, son de mármol blanco. Supónese que esta parte fué restaurada por el emperador Firoz Tughlak ciento cincuenta años después de terminada la primitiva construcción, ó sea en 1368. En el interior del Kutab existe una escalera de 376 escalones. Ignórase si la forma del todo especial de esta torre es de origen indo ó musulmán. De la ausencia de monumentos análogos en la India puede inferirse, al parecer, que deriva de alguna forma empleada anteriormente en el Turquestán ó en Persia.

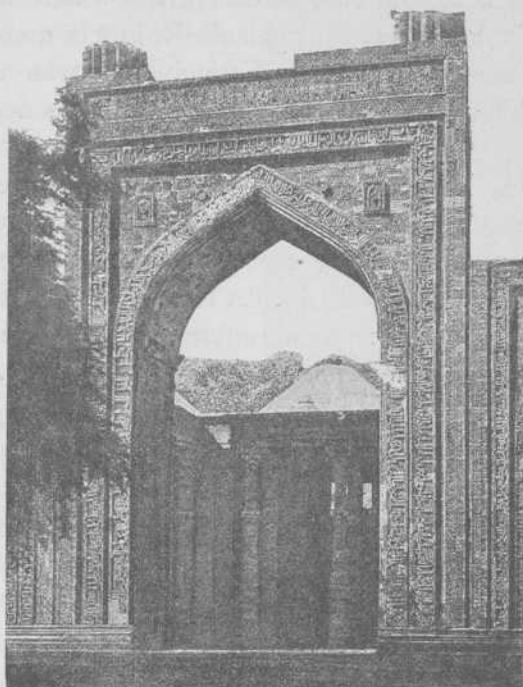
»La puerta de piedra esculpida, conocida con el nombre de puerta de Aladino, forma también parte de la mezquita de Kutab. Fué construída, así como el pequeño pabellón á que sirve de entrada, por el emperador Ala-ud-Din en 1310: es, pues, posterior en un siglo á las otras construcciones del Kutab, y nos muestra los progresos realizados durante este período. Sus dimensiones nada tienen de extraordinario, pues el pabellón apenas tiene 17 metros de anchura y 11 de elevación; pero puede citársele entre los más ricos ejemplos del arte musulmán. Esta puerta es de purísimo estilo árabe.»

Como se puede juzgar por nuestros grabados, los antiguos monumentos de Delhi y de Ajmir son idénticos, y á juzgar por ciertos detalles, podría asegurarse que fueron unos mismos sus

arquitectos. «La célebre ciudad de Ajmir está situada á noventa leguas al Sudoeste de Delhi. Antiquísima ciudad, cuya fundación atribuyen las leyendas indas á los tiempos anteriores al *Mahabharata*, parece todo lo más datar del primer siglo de nuestra era. En 1024, Mahmud de Ghazni se apoderó de ella á su paso para Somnath. En 1191 los musulmanes se establecieron allí, y de su esplendor antiguo sólo consérvase su gran mezquita. Esta fué comenzada en 1200, es decir, poco más ó menos, en igual época que la de Kutab. Una tradición pretende que fué construida en dos días y medio, y de aquí el nombre de *Arhai din ka Jhopra* con que es conocida. Sus pilares, lo mismo que los de la mezquita de Kutab, pertenecen á un antiguo templo jaina, y como ella, presenta una serie de grandes arcos, el mayor de los cuales tiene 17 metros de altura por 7 aproximadamente de anchura: sus muros tienen 3^m,50 de espesor. La mezquita alcanza en su mayor longitud 83 metros, y sus muros han sido recientemente blanqueados con cal. Aunque esta mezquita es uno de los monumentos más notables de la India, ha sido, como hace notar Fergusson, tratada de un modo bárbaro por los ingleses. No hace mucho tiempo que le fueron arrancados dos pilares para que sirvieran de adorno á un arco de triunfo por debajo del cual había de pasar un virrey.»

El mausoleo del sultán Mahmud en Bijapur lo describe Le Bon en los siguientes términos: «Mahmud sucedió en 1626 á Ibrahim. Bajo su reinado, el estilo de los monumentos de Bijapur se modificó profundamente. El exceso de ornamentación parece haber sido reemplazado por la exageración en las dimensiones. El mausoleo que se hizo construir en vida, según costumbre de los monarcas musulmanes, es uno de los más gigantescos monumentos del mundo, pero la belleza de los detalles no está en relación con sus proporciones. Tiene la forma de un bloque de 60 metros de lado, flanqueado en sus cuatro ángulos por sendas torres octagonales y coronado por una cúpula unida al bloque por medio de pechinas. El diámetro interior de la cúpula es de 38 metros y su altura exterior de 60. Es la cúpula

más grande que se conoce. Calcúlase que en capacidad este monumento excede con ventaja al Panteón de Roma. La célebre iglesia de Santa Sofía en Constantinopla sólo tiene 58 metros de altura. Este monumento parece ser completamente desconocido por los arquitectos europeos. Si así no fuese, no se hubiera atrevido á afirmar uno de los más eruditos de entre ellos, M. Co-



AJMIR. — Una de las arcadas de la gran mezquita. (Siglo XIII.) (1)

(*Altura aproximada, 17 metros*)

rroyer, en su obra sobre la arquitectura romana, que Santa Sofía «tiene proporciones tales que jamás se han superado ni en Oriente ni en Occidente.»

Reduciremos la descripción de los monumentos arquitectónicos del período mogol á la de los de la antigua ciudad inda de

(1) El estilo de la mezquita de Ajmir es idéntico al de los primeros monumentos musulmanes de Delhi representados en las páginas precedentes.

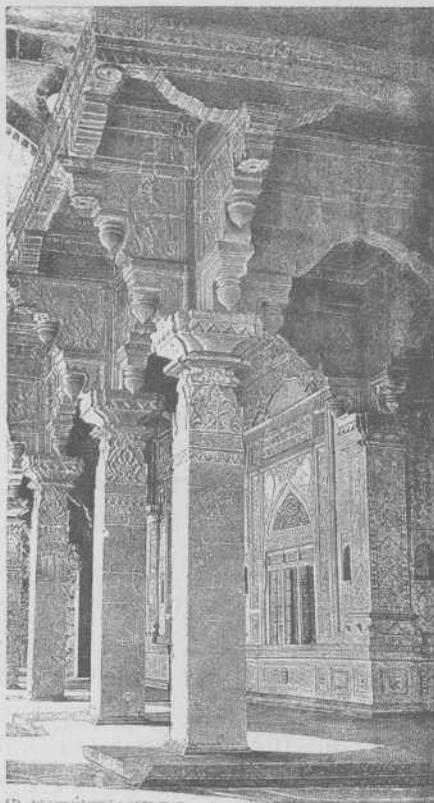
Agra, cuya importancia data solamente de la época en que el emperador Akbar la eligió por capital en 1566: á él son debidos los primeros monumentos que en ella se levantaron, por lo que no es de extrañar que durante largo tiempo fuese conocida bajo el nombre de Akbarabad, en recuerdo del soberano que hizo de Agra una de las más hermosas ciudades del mundo.

Los principales monumentos de Agra son la fortaleza con los monumentos que encierra (el palacio Rojo y la mezquita Perla), el Taje Mahal, el mausoleo de Etmadula, la gran mezquita y la tumba de Akbar en Secundra. He aquí cómo los describe M. Le Bon:

«La fortaleza de Agra, comenzada en 1571 por el emperador Akbar, es una verdadera ciudad. En su recinto contiene algunos de los más notables monumentos de Asia, especialmente la mezquita Perla y el palacio Rojo. La fortaleza de Agra está construída de asperón rojo: su circunferencia es de cerca 3 kilómetros, y sus muros tienen más de 22 metros de elevación. En el interior de esta fortaleza hizo construir Akbar su palacio; pero hoy apenas queda nada de esta primitiva construcción, que fué eclipsada más tarde por el palacio de Delhi, cuando esta ciudad fué elegida para residencia favorita de los emperadores.

»El palacio Rojo, en el interior de la fortaleza, es de estilo indo muy puro y está construído de piedra roja con incrustaciones de mármol blanco. Designase frecuentemente este edificio con el nombre de Palacio de Jehangir, si bien está generalmente admitido que se remonta por lo menos á Akbar. Cunningham va más lejos y lo supone anterior á Baber: habría sido, en este supuesto, construído hacia 1520 por Ibrahim Lodi, es decir, un siglo antes de Jehangir, y sería la copia del Man Mandir de Gwalior. La comparación detenida de los dos palacios no me ha parecido revelar analogías suficientes para que se admita que uno ha sido copia del otro. Ambos fueron evidentemente construídos bajo tipos indos anteriores, y nos dan perfecta idea de lo que podían ser los antiguos palacios indos, cuyas ruinas en la actualidad son tan escasas.

»La mezquita Perla, en la misma fortaleza, es muy posterior á la construcción de ésta y de los demás edificios que encierra, puesto que fué edificada por Shah Jehán en 1648. Es de estilo mogol purísimo y constituye una de las más hermosas construcciones de este período. La mezquita está cerrada exteriormente por un recinto de asperón rojo: así que se ha transpuesto este recinto, la pureza de líneas, la armonía de proporciones, la belleza del mármol blanco que ha servido para construir la mezquita, producen una impresión profunda. «Como cristiano me avergüenzo, escribió Taylor, al pensar que nuestra sublime religión no ha sabido inspirar á nuestros arquitectos nada que sobrepusiese á este templo del Dios de Mahoma.» En diversas obras se repite que la mezquita está enteramente construída en mármol blanco; pero esta aserción no es exacta. En todos los monumentos musulmanes el mármol y el asperón rojo son empleados no más que como revestimiento: la



BIJAPUR. — Tumba de Ibrahim Rozah (fines del siglo XVI). Detalles de la columnata que rodea la tumba.

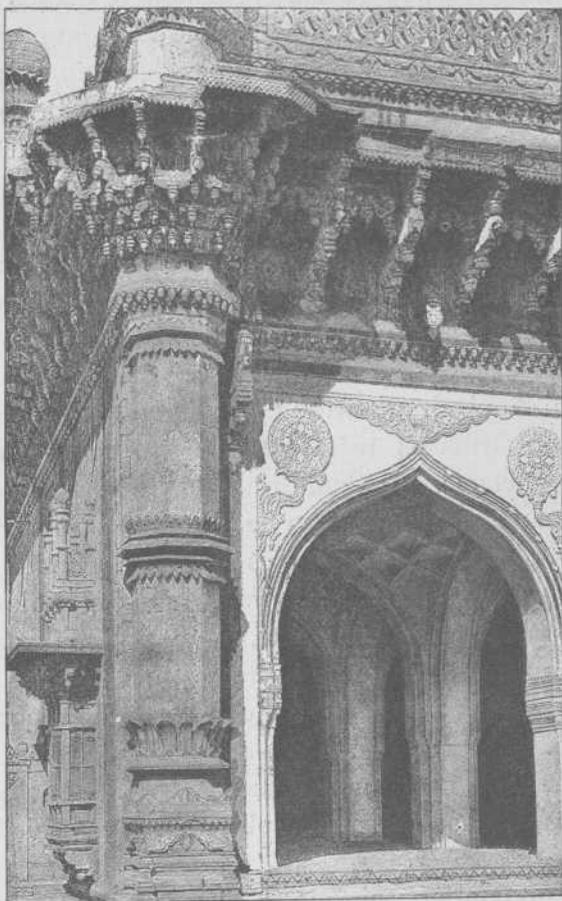
(Altura de los pilares hasta el techo, 5^m,40)

parte central está construída de ladrillo y mortero. El revestimiento está, por otra parte, tan hábilmente hecho, que podría creerse con facilidad que el monumento ha sido construído completamente con los materiales que en realidad sólo forman su superficie. A cada ángulo de la mezquita hay una torre termina-

da en una cúpula octagonal de mármol. En el centro del patio existe un estanque cuadrado de mármol blanco, que tiene aproximadamente 12 metros de lado. La parte de la mezquita que sirve de santuario tiene 45 metros de longitud por 17 de profundidad. Fórmala una galería sostenida por macizos pilares cuadrados colocados en tres series longitudinales y coronados por tres cúpulas de mármol blanco. En todo alrededor del patio se leen inscripciones consagradas á su elogio, entre las cuales es digna de mención la que sigue: «Esta mezquita es semejante á un palacio del Paraíso ó á una perla preciosa, porque ninguna otra mezquita está adornada de mármol como esta y nada se ha visto que pueda comparársele. Después de la creación del mundo, nada igual se ha visto. Fué construída por el rey de los reyes, la sombra de Dios, magnífico como Salomón.»

»El Taje Mahal es uno de los más célebres monumentos del mundo, aquel en que se ha hecho mayor derroche de arte y de esfuerzo. Su historia es sobrado conocida para que sea necesario referirla extensamente. Sábese que fué comenzado en 1630 por el emperador Shah Jehán para servir de tumba á Muntaz-i-Mahal, su esposa favorita, hija de un aventurero persa de Teherán. Desposada con Shah Jehán en 1615, le dió siete hijos, y murió en 1629 al darle el octavo. Diez y siete años fueron precisos para construir el monumento, habiéndose ocupado constantemente en su construcción veinte mil obreros. Invirtiéronse en su construcción cincuenta millones de nuestra moneda; pero dada la diferencia que existe entre el coste de los materiales y la mano de obra en Europa y en la India, sería preciso decuplicar esta suma para construir un monumento semejante en Occidente. El jornal de un obrero en la mayor parte de la India no pasa aún actualmente de cinco sueldos diarios. El Taje está situado á orillas del Jumna, á dos kilómetros de Agra. Su imponente mole de mármol blanco levántase en medio de un jardín de cipreses sembrado de magníficas flores. El sombrío verdor de los árboles hace destacar admirablemente la masa blanca del monumento y aumenta en extremo la impresión que produce.

La forma general del Taje trae á la memoria la de las mezquitas persas. Sólo difiere de ellas por la adición de minaretes en los ángulos de la plataforma, y sobre todo por su decoración ex-



BIJAPUR. — Detalles de ornamentación de la mezquita situada delante del mausoleo de Ibrahim Rozah (1)

terior, formada por incrustaciones de piedra de color en el mármol blanco. El Taje tiene la forma de un gigantesco cubo con

(1) La mezquita y el mausoleo forman uno de los más notables edificios de Bijapur. Una inscripción persa asegura que «el cielo se ha admirado ante el esplendor de su construcción.»

los ángulos achaflanados, coronado por una cúpula ligeramente bulbosa. Este cubo se levanta sobre un basamento cuadrado de sillería, flanqueado en cada uno de sus ángulos por una torre en forma de tronco de cono prolongado, que es la habitual de los minaretes de las mezquitas persas. El monumento no contiene en su interior más que las tumbas de Shah Jehán y de su esposa. Este exclusivo destino explica la falta de iluminación. La semiobscuridad que reina en el interior del mausoleo hace difícilmente visible la rica ornamentación de la vasta sala donde se encuentran los cenotafios y de la magnífica balaustrada de mármol que los circuye. El Taje está situado en la extremidad de un espacioso jardín amurallado. Penétrase en su vasto recinto por una puerta monumental de estilo persa, la cual tiene 43 metros de elevación y está coronada por veintiséis pequeñas cúpulas. El muro que circunscribe el jardín en donde se encuentra el monumento forma un rectángulo de 570 metros de longitud por 300 de anchura. La plataforma cuadrada sobre la cual se levanta el mausoleo tiene 5^m,50 de altura y 100 metros aproximadamente de lado. Los minaretes que flanquean los cuatro ángulos alcanzan 41 metros de altura. El mausoleo tiene de lado 57 metros; la cúpula que lo corona, 18 metros de diámetro y 26 de altura, y su elevación total desde el nivel del jardín es aproximadamente de 75 metros, ó sea con corta diferencia la altura del Panteón. A derecha é izquierda del Taje, pero situadas á suficiente distancia para que no puedan confundirse con él, hay dos mezquitas de asperón rojo, cubiertas de mosaicos de mármol blanco.

»El Taje no contiene ninguna de esas decoraciones en relieve que se ven en todos los monumentos indos. El arquitecto parece haber tenido especial empeño en que su fachada fuese lo más lisa posible. La monotonía de tan gigantesca mole de mármol blanco sólo está interrumpida por incrustaciones en piedras preciosas formando dibujos ó inscripciones. Por desgracia estos mosaicos están demasiado espaciados para que se distingan de lejos, así es que á alguna distancia sólo se descubre una masa de

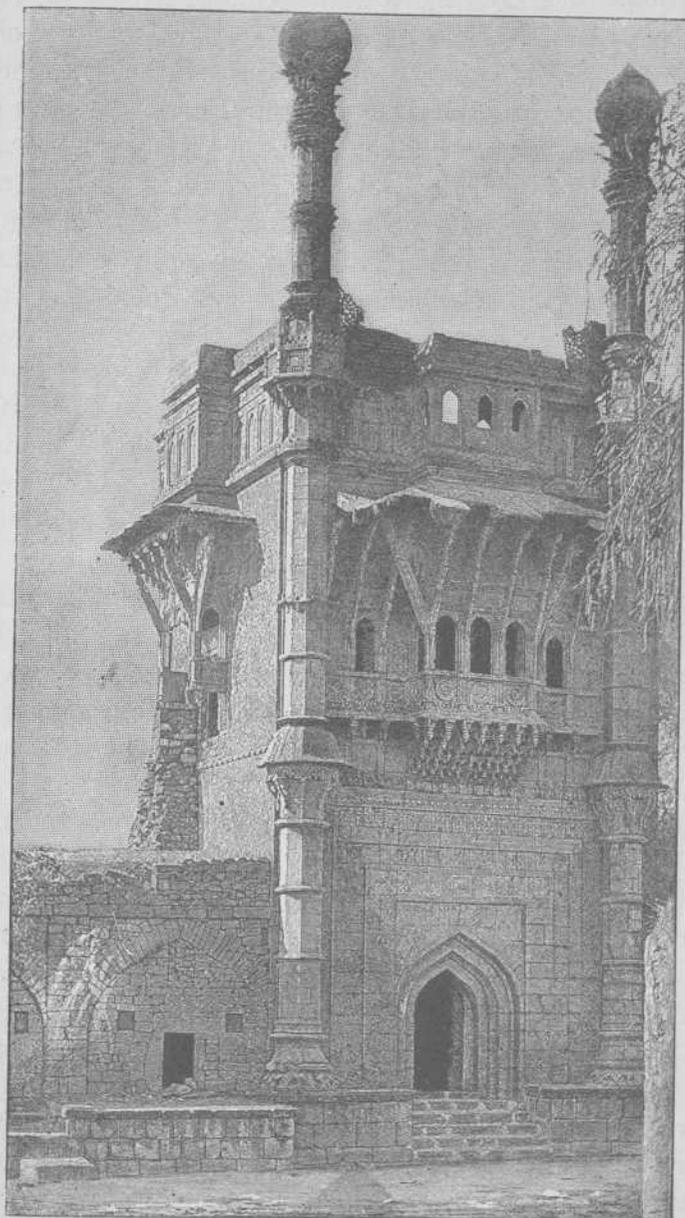
mármol blanco falta de ornato. No deben confundirse las incrustaciones en piedra de color sobre mármol blanco que se ven en el Taje y en la mayoría de los monumentos mogoles de la época de Shah Jehán, con los mosaicos bizantinos formados, como es sabido, por diminutos cubos de vidrio de color combinados con objeto de imitar los asuntos pictóricos. Estas incrustaciones de piedra de color sobre mármol blanco son de origen italiano: los artistas musulmanes é indos no han hecho más que adaptar este medio decorativo á los motivos de ornamentación musulmanes. Por el relato de un monje agustino español, el Padre Manrique, que se encontraba en Agra en 1641, sábese que la ornamentación del Taje fué proyectada por un veneciano llamado Jerónimo Verroneo y que un artista francés, natural de Burdeos y de nombre Austin, dirigió la colocación de los mosaicos. Sean cuales fueren las críticas que se hagan del Taje, esté el lector persuadido de que este admirable monumento es infinitamente superior á sus representaciones. Todas ellas dan la idea de un monumento asaz común, cuando este edificio es de los que impresionan más vivamente á los que lo contemplan. En su imponente grandeza, en su aislamiento, en la semitransparencia de su masa marmórea, en el marco que le prestan el azul brillante del cielo y el sombrío verdor de los jardines que lo circuyen, posee condiciones especiales que ningún procedimiento artístico es capaz de reproducir. La impresión del espectador se completa por la adición de todos estos elementos, que la fotografía ó el grabado sólo le pueden dar en escaso número. Conviene igualmente hacer constar que el edificio tiene muchísimos detalles que el ojo puede ver, pero que el artista, obligado á reducir un edificio inmenso en un pequeño cuadro, no sabría representar.

»El mausoleo de Etmadula, terminado en 1622, fué edificado para servir de tumba al abuelo de la mujer para quien Shah Jehán hizo construir el Taje. Está situado, como este último, en un jardín, y construído también de mármol blanco recubierto de incrustaciones de color. En los libros apenas se habla de este monumento, y cuando se habla de él, como Fergusson hace,

sólo es para decir que es poco digno de atención. Seguramente sus dimensiones no pueden compararse á las del Taje, puesto que sólo tiene 21 metros de anchura; mas no vacilo en decir que desde el doble punto de vista de la decoración y de la forma es superior á este último. Sin embargo, no puedo insistir en una apreciación que pertenece más al dominio del sentimiento que al de la razón. La plataforma sobre que descansa el mausoleo tiene 46 metros de lado, y el mausoleo, que mide 21, está flanqueado por cuatro torres octagonales. Las incrustaciones de piedras preciosas que lo recubren están mucho menos distanciadas que las del Taje, y forman un conjunto sumamente artístico.

»La gran mezquita de Agra es muy inferior no solamente á la gran mezquita mogola de Delhi y á la misma de Futtehporé, sino también á la mezquita Perla, de la fortaleza de Agra, anteriormente descritas. Me limitaré por tanto á decir que fué comenzada en 1644, bajo el emperador Shah Jehán, y terminada en cinco años. Está construída de asperón rojo, adornada de fajas de mármol blanco colocadas en ziszás. La anchura de la parte consagrada al santuario es de 40 metros y su profundidad de 30.»

Terminaremos la descripción de los monumentos musulmanes del período mogol con la del mausoleo del emperador Akbar en Secundra, que reproducimos. Encuéntrase á ocho kilómetros aproximadamente de Agra, y fué terminado en 1613, bajo el reinado de Jehangir. «Está situado en un espacioso jardín, al cual da acceso una magnífica puerta monumental de asperón rojo recubierta de inscripciones persas y de mosaicos de mármol de color. El monumento tiene una forma particular, de la que sólo he hallado analogías en el Panchmahal de Futtehporé Sikri, y que debe derivar de alguna forma inda verosímilmente muy anterior, pero de la que no se encuentran ejemplos en la actualidad. Forman el monumento cuatro pisos de terrazas sostenidas por columnatas y dispuestas en forma piramidal. La parte superior, de mármol blanco, está rodeada de cuatro pequeños quioscos. Supónese que el edificio debía terminar en una



BIJAPUR. — El Mehturi Mahal. (Siglo XVI.)
(Altura de los minaretes, aproximadamente 20 metros)

cúpula, pero jamás se la construyó. La altura total del edificio es aproximadamente de 23 metros. Su decoración es muy sobria y se reduce generalmente á inscripciones compuestas de extractos de poesías persas, lengua que tenía en esta época en la India igual predominio que el latín en nuestra Edad media. La tumba del emperador no está situada en la sala de mármol que corona el edificio, como podría creerse al ver el simulacro de tumba que contiene. Su cuerpo descansa debajo del edificio, en una sala antiguamente cubierta de dorados y de pinturas, pero actualmente muy deteriorada.»

Entre los monumentos que revelan la influencia musulmana en regiones de la India en que la mayor parte de los monumentos son indos, merecen especial mención el palacio de Man Mandir en Gwalior y el palacio construído por el rajá indo Timurial en Madura.

«Aunque el palacio de Gwalior, dice Le Bon, está en un triste estado de deterioro, y la mayor parte de su revestimiento de azulejos esmaltados está en la actualidad desprendida, no puede menos de experimentarse, al visitarlo, un sentimiento de admiración análogo al que produjo al emperador Baber cuando entró en él en 1527.

»El palacio de Man Mandir en Gwalior fué construído hacia el año 1500: domina la fortaleza y ocupa uno de sus lados. En su exterior tiene aproximadamente 100 metros de longitud y 30 de altura. La más importante de sus fachadas, la que mira al Este, está enteramente recubierta de azulejos esmaltados. Consta de dos pisos y está formada de un macizo rectangular, dividido en espacios iguales por seis torres redondas cubiertas por cúpulas. Los azulejos esmaltados de que sus muros están todavía en parte revestidos producen un efecto de conjunto espléndido y son evidentemente de origen persa. El interior del cuerpo del palacio consiste en grupos de cámaras dispuestas alrededor de pequeños patios (1). La mayor tiene 10 metros por 6. Su arquitectura es bellísima, y sólo conozco algunas partes del palacio de

(1) Véase el grabado de la página 339 del tomo primero.

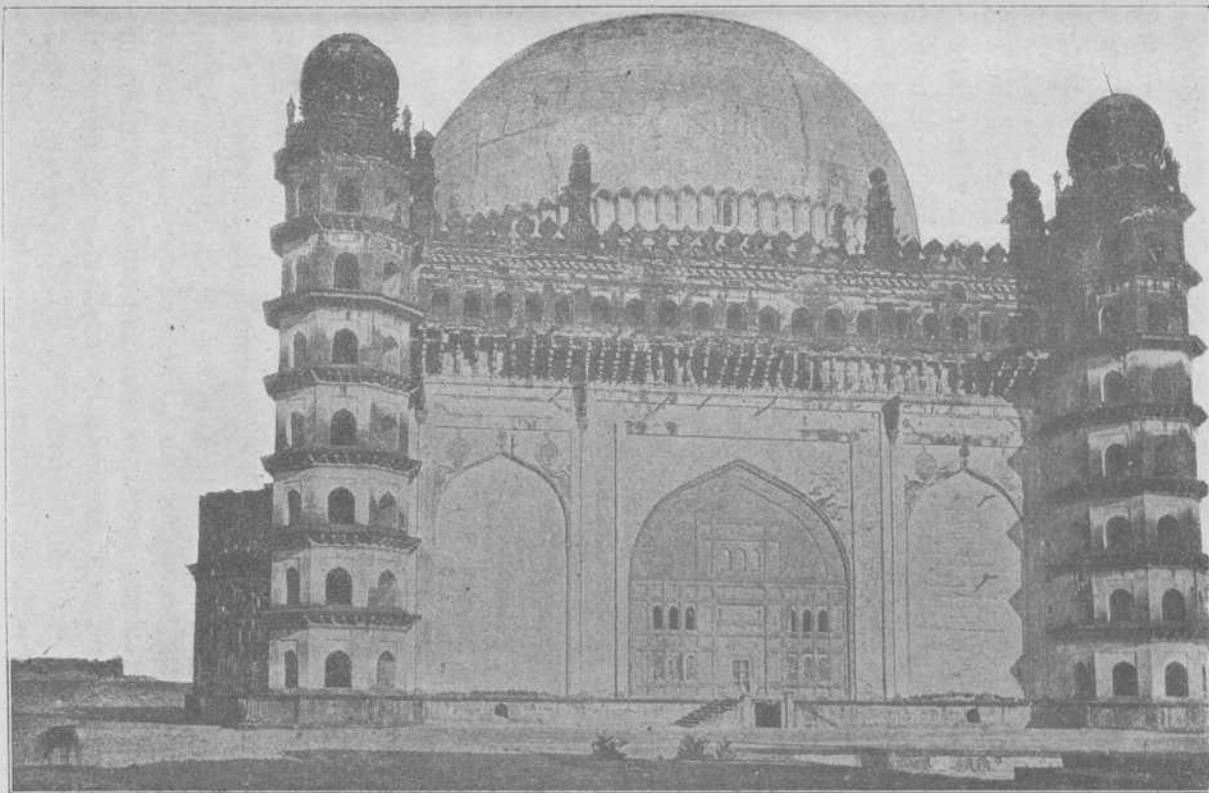
Futtehpore — muy análogas por su arquitectura — que puedan compararse en la India.»

El palacio de Madura es uno de los escasos palacios de la India todavía en pie, y al mismo tiempo uno de los mejores ejemplos que pueden citarse de la influencia que ejercieron los musulmanes aun en las regiones donde su dominación fué efímera. «Cuando visité el palacio de Madura, dice Le Bon, había sido objeto de una restauración bastante esmerada. El antiguo salón del trono, que sirve hoy de tribunal, tiene 37 metros de longitud por 20 de anchura y 22 de elevación, y está coronado por una cúpula. Rodea la parte superior del salón una galería en donde se sentaban las mujeres de Tirumal durante las recepciones. Esta sala está sostenida por pilares enlazados por arcos que recuerdan los nuestros góticos, y sobre los cuales se ven molduras hechas, creo yo, con un estuco particular que se fabrica en la presidencia de Madras. En los ángulos de la sala hay algunas estatuas y diversos motivos de decoración suficientes para revelar que el edificio no fué construido por musulmanes. El palacio de Madura figura, junto con los de los reyes mogoles de Delhi, de los de Gwalior y de los de Odeypur, entre los más hermosos monumentos de la India (1). No es el único del Sur de la península en que se descubren las influencias musulmanas. Exceptuadas las mezquitas, por otra parte muy mediocres y en general modernas, que se encuentran en gran número, puede citarse aún el palacio de Tanjore, de fines del siglo XVIII; pero pertenece muy visiblemente, lo mismo que los monumentos de Luknow, en el Norte de la India, á una época de decadencia, y no merece por consiguiente los honores de la reproducción. Esta época de decadencia parece haber sido causada por la ingerencia europea, italiana especialmente, que en cierta época ejerció en la India un influjo desastroso, por fortuna pasajero.»

(1) Véase la vista interior del palacio de Madura que se ha publicado en la página 95. Del palacio de Odeypur hemos reproducido una de las fachadas del patio en la página 365 del tomo primero.

Los monumentos arquitectónicos indo-thibetanos más importantes, que M. Le Bon divide en construcciones hemisféricas de tierra y ladrillos, en edificios de ladrillos y madera y en monumentos de piedra, se encuentran indistintamente en Sambunath, Buddnath, Bhatgaón, Patán, Katmandu y Pashpatti en el Nepal. A causa de la mucha extensión que hemos ya dado á este capítulo adicional, nos concretaremos á describir un ejemplo de cada uno de los tres tipos, eligiendo de entre los primeros el tope ó estupa de Buddnath, de entre los segundos el palacio real de Bhatgaón y de entre los terceros el gran templo de piedra de Patán.

«La estupa de Buddnath, á ocho kilómetros aproximadamente de Katmandu, está formada, como la de Sambunath, por un gran hemisferio de ladrillo y de piedra, y está coronada por una torre cuadrada que termina en una pirámide. En su base hay un plinto circular en el cual se abren varios nichos conteniendo estatuas búdicas. Está edificada sobre una plataforma formada de tres pisos en disminución uno sobre otro y cuya altura total es casi la del hemisferio. En cada una de sus caras vese un pequeño santuario. Esta estupa excede en dimensiones á las otras construcciones análogas del Nepal: tiene más de 90 metros de diámetro por 42 de altura. Se eleva en el centro de un jardín rodeado de casas que servían en otro tiempo de monasterios y que actualmente están habitadas por vendedores de ídolos, de joyas, de amuletos, etc. Una de estas casas la habita una familia de lamas, encargados, como en Sambunath, de conservar el fuego sagrado. Lo mismo que en esta última estupa, existen alrededor de la de Buddnath cierto número de pequeñas construcciones religiosas, aunque de poca importancia. Ignoramos completamente en qué época fué edificado este monumento: los pareceres de los indígenas, en el Nepal más aún que en el resto de la India, no pueden tomarse en consideración: el calificativo de antiguo lo aplican indistintamente á todo edificio que un individuo de su familia no recuerde haber visto construir: así no es raro verles atribuir igual antigüedad á edificios que cuentan una



BIJAPUR. — Mausoleo del sultán Mahmud. (Principios del siglo xvii.)

diferencia de diez siglos de existencia. Lo que me parece evidente es que las partes accesorias que rodean el edificio son, como en Sambunath, relativamente modernas; mas la parte central, en razón de su excelente estado de conservación, me atrevo á creer que es muy posterior á la estupa de Sambunath, que me parece data del siglo II de nuestra era.»

El palacio real de Bhatgaón, edificado á fines del siglo XVII, está enteramente construído con ladrillos rojos, y las puertas y ventanas están adornadas de sorprendentes marcos de madera esculpuraada. Penétrase en el edificio por una puerta de bronce delicadamente cincelada, llamada Puerta de Oro, que fué construída en 1753.

Finalmente, el templo de piedra más importante del Nepal, y también uno de los más notables quizás de la India por la originalidad y elegancia de sus formas, está situado en la plaza de Patán frente al palacio real. Alzase sobre tres plataformas sobrepuestas en disminución, y está formado por una construcción rectangular de dos pisos con pórticos. En sus terrazas se elevan respectivamente ocho pequeños pabellones terminados en cúpula, cuatro de ellos en los ángulos y los otros cuatro intermediándolos. Remata el edificio una pirámide de lados convexos, que hacen practicable por sus cuatro lados otras tantas puertas que forman juego con los pabellones. En esta pirámide se reconoce la influencia inda del Norte de la India. «Basta, dice Le Bon, recorrer con la vista los numerosos templos representados en esta obra para reconocer que este templo de Patán tiene un sello de originalidad especial. No conozco en la India más que dos edificios, el Panchmahal en Futtehpore y el mausoleo de Akbar en Secundra, que ofrezcan por sus terrazas en disminución, algunas aunque remotas analogías con este monumento, que no creo anterior á los comienzos del siglo XVI.»

CAPITULO III

LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

1.º — LA CIENCIA INDA

No debe el lector esperar aquí, como en la obra que hemos consagrado á la civilización de los árabes, muchos capítulos relativos al estado de las ciencias. Transmitido por los árabes á las universidades europeas el tesoro científico acumulado por el antiguo mundo greco-latino, y considerablemente aumentado por ellos ese tesoro, tenía un interés manifiesto el estudio del estado de los conocimientos científicos de ese pueblo durante su imperio. Tal interés no existe en cuanto á los indos. En oposición á antiguas opiniones bien olvidadas ahora, sabemos hoy que tomaron todos sus conocimientos científicos de los pueblos con los cuales estaban en relación y que no supieron hacerlos progresar. Estudiar el estado de las ciencias entre los indos en una época cualquiera, sería, pues, sencillamente formar la historia científica de los pueblos con que estaban en contacto, lo que saldría del marco de esta obra.

Lo que en otra parte hemos dicho de la constitución mental de los indos nos explica fácilmente que no realizarán jamás progresos serios en las ciencias extranjeras á ellos llegadas. El espíritu indo, tan sutil en la filosofía, tan ingenioso en las artes, está desprovisto de la precisión y del juicio indispensable para emprender útilmente el estudio de las ciencias. En todos los conocimientos científicos propiamente dichos se ha mostrado siempre muy flojo. Se asimila bastante fácilmente los resultados obtenidos por otros, pero sin poder ir más lejos.

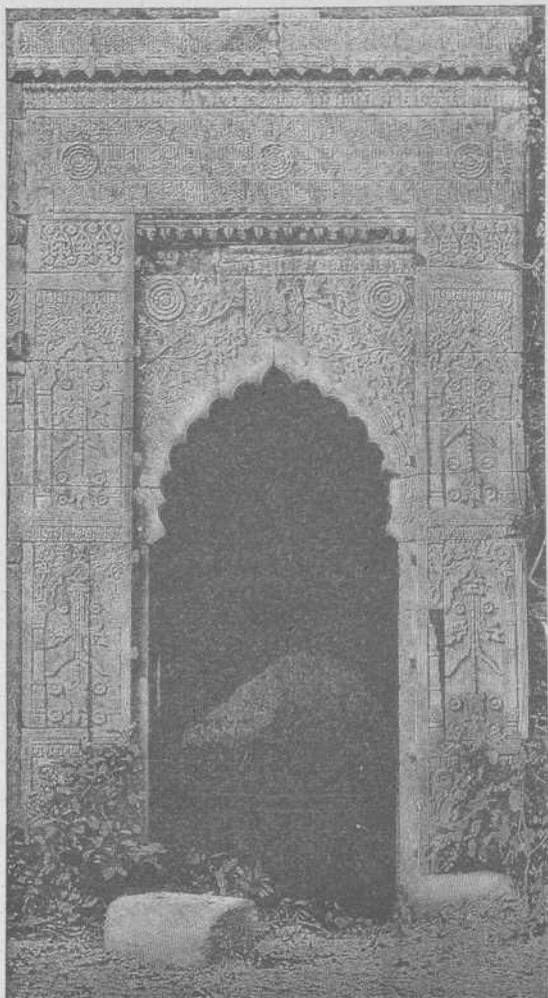
Los dos pueblos de los cuales los indos parecen haber tomado todos sus conocimientos científicos son los griegos y los ára-

bes. Ignoramos cómo la ciencia griega se propagó en la India; pero los monumentos del Noroeste de la península que hemos estudiado en otra parte bastan para probar que los indos estuvieron largo tiempo en relaciones con los griegos de la Bactriana. Es probable que la transmisión se hiciese por esta vía. Las más antiguas obras de astronomía inda, tales como las de Varahamira, que vivió en el siglo vi en Ojein, emplean por otra parte frecuentemente términos griegos y se refieren á los griegos.

En cuanto á la transmisión de los árabes, es más fácil precisar exactamente de qué modo se realizó. Como hemos dicho en un capítulo precedente, los árabes, mucho antes de nuestra era, estaban en relaciones comerciales regulares con la India. Por su intermediación se comunicaron el Oriente y el Occidente durante la antigüedad clásica. Cuando, mucho más tarde, fué el antiguo mundo conquistado por los sucesores de Mahomet, continuaron las relaciones entre los dos pueblos, y sabemos, por los relatos de los escritores árabes, que en la corte de los califas de Bagdad se hallaban varios sabios indos. Cuando más tarde aún los musulmanes, herederos más ó menos directos de los califas, conquistaron la India, fueron seguidos de sabios que continuaron extendiendo en esta comarca los conocimientos del Occidente. Así, por ejemplo, el célebre Albiruni, el amigo de Mahmud de Ghazni, primer conquistador de la India, viajó por la península en el siglo xi y propagó en ella las ciencias árabes muy desarrolladas en esa época, pues se componían no solamente de todos los conocimientos legados por el antiguo mundo occidental, sino además de los descubrimientos que los árabes les habían agregado. A partir del siglo xi de nuestra era la ciencia inda no es otra cosa que la ciencia árabe.

Las obras de ciencia inda, desde los libros de matemáticas de Aryabhata, del siglo v de nuestra era, y las del célebre Brahmagupta, del vii, hasta nuestros días, no son, pues, lo repetimos, sino la exposición de los conocimientos científicos llegados á la India por las vías indicadas. Las principales de esas obras son

hoy bien conocidas y vemos por ellas que sus autores no han realizado en ninguna ciencia progresos importantes. Las ideas



GOR. — Detalles escultóricos de la mezquita de Oro. (Siglo XVI.) (1)

que circularon durante algún tiempo sobre la antigüedad y la

(1) Gor es, como Bijanagar, Khajurao y Bijapur, una antigua capital abandonada. Sus monumentos están hoy enteramente invadidos por la selva. Queda bien poco que ofrezca alguna importancia. El fragmento que damos aquí ha sido ejecutado según fotografía de Mr. Henry Ravenshaw.

precisión de la astronomía han sido desechadas á consecuencia de estudios más completos y no merecen que hoy se las discuta.

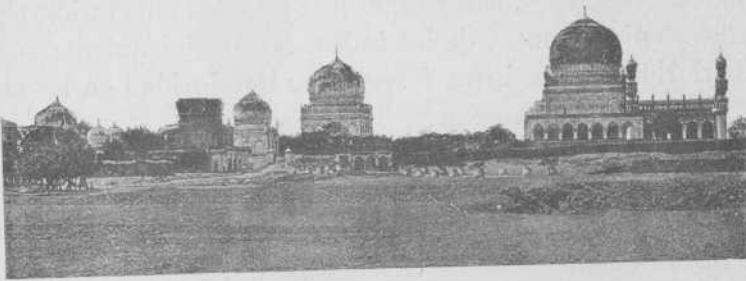
Los datos científicos nuevos que pueden muy excepcionalmente descubrirse en los libros indos no se manifiestan sino en forma de vagos cálculos sin demostración: así el astrónomo Aryabhata anuncia en el siglo v en algunas líneas la rotación diurna de la tierra sobre su eje, pero sin dar ninguna prueba. Bhaskara Acharya parece haber tenido en el siglo xii una vaga idea de los principios del cálculo infinitesimal, pero no saca de ella partido alguno.

Vemos, por lo que precede, que es preciso negar á los indos en general toda originalidad en las ciencias. No pudiendo atribuirles nada personal, encontraríamos poco interesante hablar de obras científicas en que nada se encuentra que no figure ya en los libros griegos y árabes.

La pobreza de los indos en las ciencias teóricas no les impidió por lo demás poseer conocimientos prácticos bastante adelantados. Puede juzgarse de ello por el estado de su antigua arquitectura y de sus artes industriales. Conocían el vidrio, la tintorería, la destilación, el arte de extraer los metales, de fabricar el acero, de preparar algunas sales metálicas. Pero estos conocimientos prácticos, hijos de la experiencia y de los cuales más de uno era sin duda, por otra parte, de importación extranjera, estuvieron siempre entre ellos desligados de toda teoría, de principios generales de ninguna clase, y no merecen por tanto el nombre de ciencia. La experiencia puede perfectamente enseñar á un niño á servirse de un bastón para retirar una piedra, de un par de remos para mover un barco y de una polea para levantar un fardo; pero no se eleva al conocimiento científico hasta que llega á comprender que el bastón, el remo y la polea son aplicaciones de un mismo principio.

Los juicios severos, pero creemos que justos, que hemos formulado sobre la ciencia y la literatura de los indos son muy distintos de los que hemos formulado sobre su arquitectura y de los que formularemos muy pronto sobre sus artes. El lector

algo familiarizado con la psicología de los individuos y de los pueblos no se admirará. Sólo en los libros de historia y en la opinión del vulgo puede verse un pueblo que ofrezca una superioridad universal en todas las ramas de los conocimientos humanos. Una observación algo atenta demuestra cuán erróneos son tales juicios. Un pueblo, como un individuo, puede, según su constitución mental, ser muy superior en una rama del saber humano y del todo inferior en las demás. No hay ninguna superioridad que las comprenda todas y hay muy pocas en el orden intelectual entre las que sea posible establecer una jerarquía.



GOLCONDA. — Vista en conjunto de una parte de las tumbas reales (1)

Veo bien en lo que un mamífero es superior á un pez, porque observo claramente que el sistema nervioso del primero está más desarrollado que el del segundo; pero si comparo entre sí superioridades como las de Fidias y de Newton, de Descartes y de César, no veo ningún medio de demostrar cuál es la superior. La superioridad artística es del todo independiente de la científica y es hasta generalmente bastante incompatible con ella. Implica en efecto hábitos de pensar y de sentir, modos de concepción de la vida y cosas del todo distintas. Estas dos superioridades se encuentran, pues, raramente en un solo pueblo. El sabio analiza los fenómenos y procura ver las cosas como

(1) Golconda, antigua capital de un gran imperio, es hoy una miserable aldea dominada por una fortaleza medio arruinada. Este grabado y los dos siguientes representan los mausoleos de los antiguos reyes de Golconda. Han sido restaurados por Nizam y forman una colección escogida de tipos interesantes de la arquitectura musulmana del centro de la India desde mediados del siglo xvi.

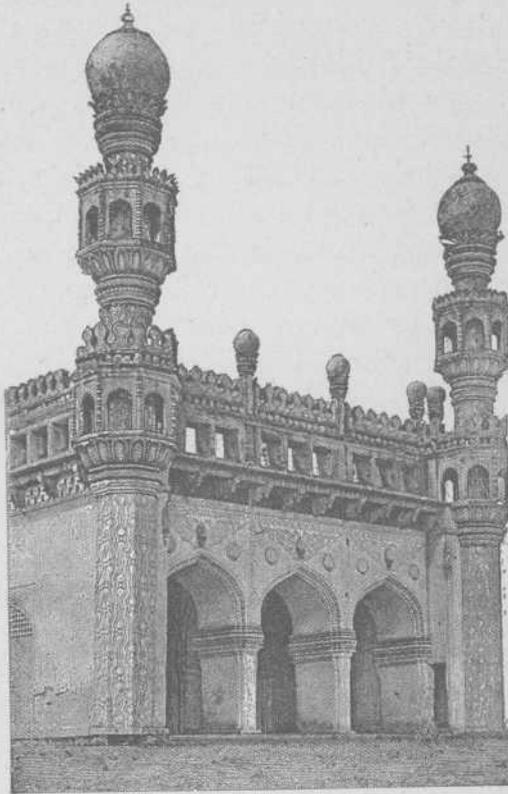
son, sin preocuparse de su belleza ó de su fealdad. El artista y el poeta procuran, por lo contrario, embellecerlas, y su tendencia natural, tendencia sin la que no serían ni artista ni poeta, es presentárnoslas como no son, ó por lo menos como son muy raramente. Ningún pueblo ha llegado, sin duda, al desenvolvimiento científico de los europeos del siglo XIX; pero no es dudoso, sin embargo, que muchos, hasta sin hablar de los griegos, han alcanzado en otro tiempo un nivel artístico muy superior al nuestro. La edad del vapor y la electricidad no podía ser al mismo tiempo la edad en que las artes llegasen á su apogeo.

No es preciso, pues, sacar de lo que precede conclusión alguna en favor ni en contra de los indos. No es únicamente según su superioridad en las artes ó según su inferioridad en las ciencias como puede juzgárselos.

2.º — LAS ARTES INDAS

En nuestra obra sobre la *Civilización de los árabes* consagramos muchas páginas á hacer resaltar la importancia que debe concederse á las obras de arte para reconstituir la civilización de una época. Enseñamos que el artista y el escritor no hacen sino traducir en una forma visible los sentimientos, las necesidades, las creencias de la época en que viven y las expresan de tal modo que las mejores páginas de historia son en realidad las obras literarias y artísticas que cada edad ha dejado. Hemos hecho ver que la libertad del artista y del escritor no es sino aparente, que están encerrados en realidad en una red de influencias, de ideas y de creencias cuyo conjunto constituye lo que podría llamarse el alma de una época, alma cuya voz es demasiado poderosa para que los más independientes puedan sustraerse á su inconsciente, pero inevitable influencia. Cada edad tiene su literatura y sus artes, porque cada edad tiene sus necesidades y sus creencias, que la literatura y las artes traducen en su lenguaje. Hemos enseñado igualmente que como las artes de una raza corresponden, al igual que sus instituciones, á una

constitución mental determinada, es imposible á un pueblo adoptar las artes de otro pueblo sin transformarlas. La transformación sufrida por la arquitectura árabe, no sólo en la India, sino también en los diversos países conquistados por los musul-



GOLCONDA. - Vista en conjunto de un mausoleo real

manes, es uno de los mejores ejemplos que pueden citarse en apoyo de esta teoría.

Buscando en seguida lo que constituye el temperamento artístico de una raza, hemos visto que consiste en la rapidez con que esa raza imprime un sello personal á las artes anteriores, que comienza siempre á adoptar así que entra en la civilización. Ciertos pueblos toman de diversos puntos lo que se

adapta á sus necesidades, pero no arriesgan nada; otros combinan los elementos de origen extranjero con los propios é imprimen al todo un sello personal tan pronunciado que es preciso gran ciencia para descubrir esos elementos extranjeros. Así procedieron los griegos cuando tomaron de los asirios y de los egipcios sus artes; así procedieron igualmente los árabes cuando se asimilaron la civilización greco-latina. Así pudieron proceder los turcos y otras razas privadas de genio artístico. Compárese las más antiguas mezquitas del Cairo, como la de Amru, con una de las últimas construídas, la de Kait-Bey, por ejemplo, y se verá inmediatamente como un pueblo dotado de sentimiento artístico llega á transformar enteramente las artes que toma de otro. Que se compare, por otra parte, entre sí las mezquitas construídas por los turcos en Constantinopla, todas copiadas servilmente sobre el monumento bizantino de Santa Sofía y recargadas luego de algunos elementos extranjeros, y se comprenderá que tales transformaciones son por lo contrario imposibles en ciertos pueblos.

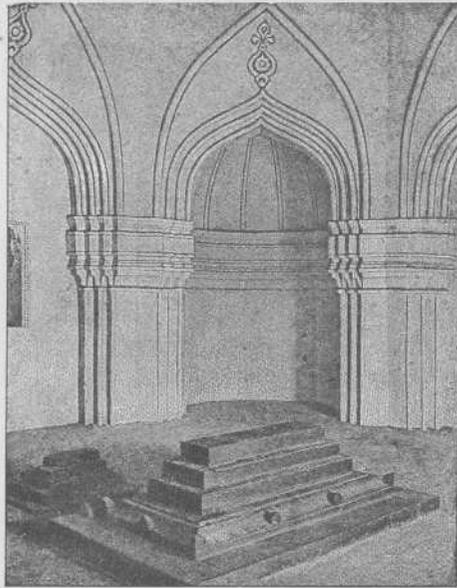
Hemos visto que la India fué invadida por los conquistadores más diversos; debíamos, pues, esperar encontrarnos con numerosas influencias extranjeras en sus artes; pero el genio del pueblo indo es tan especial que, cualquiera que sea la cosa tomada por él á otro pueblo, se convierte rápidamente en sus manos en absolutamente inda. Hasta en la arquitectura, donde es, no obstante, difícil disimular los plagios, su genio particular aparece visiblemente. Una columna griega copiada por un arquitecto indo deja bien pronto de ser una columna griega para ser una columna inda. Dad á copiar á un artista indo un objeto europeo cualquiera: adoptará quizá la forma general, pero exagerando ciertas partes y multiplicando los motivos de ornamentación hasta el punto de despojarlo enteramente de su carácter occidental.

Los plagios hechos por los indos han sido, como hemos visto, muy escasos ó al menos muy localizados en la arquitectura; han sido mucho más importantes, por el contrario, en las demás artes;

pero las transformaciones que han sufrido los han desfigurado muy pronto.

El principio general de la ornamentación inda está caracterizado por una exageración extrema, una multiplicación de detalles que constituyen precisamente el rasgo dominante de ese pueblo en sus obras literarias, religiosas y filosóficas. Estudiando las artes indas es, sobre todo, como se comprende hasta qué punto las obras plásticas de una raza están en relación con su constitución mental y forman el más claro de los lenguajes para el que sabe interpretarlas. A decir verdad, si los indos hubieran, como los arios, desaparecido enteramente de la historia, los bajos relieves de sus templos, sus obras de arte, sus estatuas, nos dirían poco más ó menos de su pasado lo que sabemos hoy. Hemos demostrado ya en capítulos anteriores cómo el simple estudio de las estatuas y de los templos nos proporciona una historia del budismo mucho más exacta que la que nos dan los libros.

Durante millares de años la India ha sido el más rico país del mundo, y las artes, cualesquiera que fueren las revoluciones que la agitaran, prosperaron allí constantemente. Desde los tiempos más remotos de la historia todos los pueblos han buscado sus objetos de arte, sus joyas, sus telas, y puede decirse que durante millares de años la India ha atraído el dinero del universo. Las revoluciones, los cambios de dinastía transformaban las fortunas; pero quedaban siempre en la península, y aquellos en cuyas



GOLCONDA. — Interior de una tumba real

manos caían seguían empleándolas como sus predecesores en elevar templos y palacios, rodearse de objetos preciosos y estimular con todo vigor las artes, que constituyen una de las más ricas fuentes del país. En nuestro capítulo consagrado á la historia de las primeras invasiones musulmanas hemos visto cuál era la admirable riqueza de la India y hasta qué punto la vista de esta riqueza sorprendió á los vencedores.

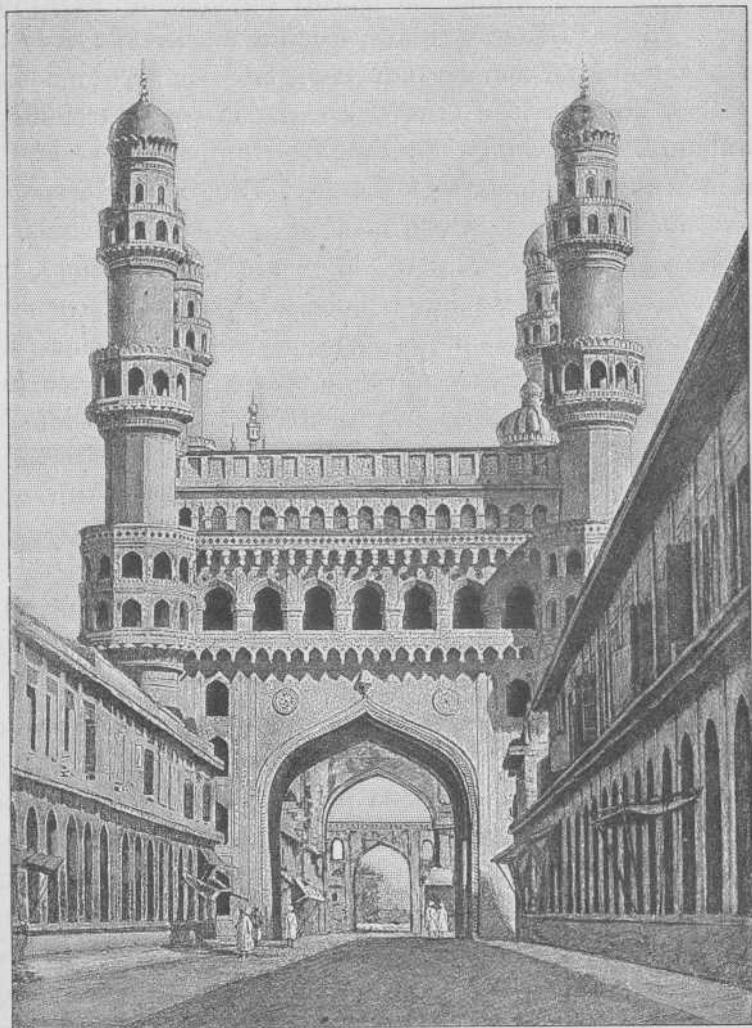
La comarca entonces más opulenta del universo resulta hoy la más pobre. Sometida desde hace un siglo á una expoliación continua, se la ha agotado enteramente. No es ya ella quien exporta sus productos á los mercados del mundo entero; son las manufacturas de Birmingham, Manchester, etc., quienes le envían sus mercancías de pacotilla. Impotente para luchar contra la fuerza industrial de las máquinas europeas, el indo va renunciando de día en día á sus artes seculares y se alquila como doméstico ó como agricultor.

Hemos hecho ver que la arquitectura desaparece desde que la conquista inglesa se ha consolidado. A pesar de los estímulos de algunos espíritus esclarecidos, ocurrirá pronto lo mismo con la mayoría de las artes. Los grandes señores indígenas se empobrecen cada día más para fomentarlas, y por otra parte creen ganar las simpatías de los actuales dueños de la India rodeándose de productos británicos. No sin asombro el visitante europeo, recibido en los ricos palacios indos, tales, por ejemplo, como el de Maharana en Odeypur, contempla al lado de maravillas artísticas indígenas, horribles fruslerías salidas de los bazares ingleses á vil precio.

Dejando aparte ahora estas generalidades necesarias para la inteligencia de las artes indas, vamos á examinar someramente las más importantes.

Pintura y escultura.— Ningún pueblo ha empleado más que el indo la escultura como medio de ornamentación. Cubren por millares sus templos y llenan sus santuarios las estatuas y los bajos relieves; y sin embargo, cuando se revisan los libros re-

lativos á las artes indas, admira la ausencia casi completa de documentos relativos á la estatuaria.



HYDERABAD. - El Char minar y la gran calle (1)

Fergusson señaló hace mucho tiempo esta laguna; pero no

(1) Hyderabad tiene tres siglos apenas de existencia. Es, sin embargo, la ciudad de la India que posee en más alto grado el sello de una antigua ciudad

parece que se hayan preocupado de llenarla. No es posible formarse una idea de la estatuaria con los bosquejos ó las malas litografías que figuran en ciertas obras sobre la mitología inda. Parece verdaderamente que los autores de esos trabajos hayan puesto empeño en escoger los más detestables ejemplares. Por culpa de esas desgraciadas reproducciones se ha formado el prejuicio, general hoy en Europa, de que la estatuaria inda es un arte del todo inferior. Tengo la esperanza de que las numerosas reproducciones de estatuas, contenidas en este libro y que no habían figurado en ninguna otra obra, probarán que esa opinión es completamente errónea. He encontrado en Bhuwaneswar, Sanchi, Ellora, Ajunta, Badami, Khajurao, Kombakonum, etc., al lado de obras evidentemente inferiores, obras por el contrario muy notables y que no desdeñarían ciertamente artistas europeos. Los bajos relieves de Udayagiri, Bharhut, Sanchi, Mahavellipore, representados en esta obra, serían considerados en todos los países como obras muy superiores.

Desde el punto de vista anatómico esas estatuas dejan frecuentemente que desear y se hallan en ellas pruebas de esa tendencia á la exageración tan peculiar del indo. Los pechos y las caderas de las mujeres tienen un desarrollo que no se observa en la naturaleza; los dioses de cuatro brazos hieren igualmente nuestras ideas europeas; pero la mayor parte de esas figuras tienen al menos el mérito de una vida admirable y no ofrecen ese aspecto triste y rígido de nuestras estatuas de la Edad media ó de la mayor parte de las obras egipcias. Ese mundo de dioses, de deidades, de héroes, que llenan los templos, ofrece las formas más vivas y variadas: parece á cada momento que van á descender de su pedestal para dirigirse hacia el visitante.

musulmana de la Edad media. Su monumento más notable es el que representa este grabado. Construído en los comienzos del siglo xvii, está situado en la calle mayor de la ciudad. Sus vastas arcadas forman una especie de arco de triunfo construído de modo que permite admirar la perspectiva de toda la calle. La gran arcada tiene 15 metros de altura, y 56 los minarettes.

El cincel griego es sin duda infinitamente más correcto; pero de ordinario también mucho más frío.

Sería inútil discutir largamente sobre estatuas. Una representación exacta reemplaza ventajósísimamente, á mi juicio, las disertaciones tan estimadas de los críticos de arte. Nuestros foto-



AGRA. - Fachada del palacio Rojo en el interior de la fortaleza (1)

grabados permitirán al lector formarse por sí mismo una opinión exacta.

Examinando las reproducciones de estatuas contenidas en esta obra y viendo la fecha colocada bajo cada una de ellas, se notará sin duda que el mayor ó menor valor de las esculturas

(1) Con este grabado comienzan los monumentos del período mogol, es decir, los monumentos de la India musulmana desde el siglo xvi. El palacio Rojo, cuya construcción se atribuye por algunos autores al emperador Jehangir, habría sido construído, según Cunningham, más de un siglo antes. Parece ser el más antiguo de los monumentos mogoles de Agra. Fué evidentemente construído según tipos indos muy anteriores. No difiere apenas de estos últimos sino por la adición de arcadas persas.

no sigue ningún orden cronológico. Las más antiguas, las de Bharhut y Sanchi, por ejemplo, que tienen cerca de dos mil años de existencia, se encuentran entre las más notables; las del siglo x en el monte Abu son muy inferiores, mientras que las de Khajurao, de la misma época, son por el contrario con frecuencia muy notables. Las hay casi modernas, en ciertos templos del Sur de la península, igualmente muy bellas, al lado de otras, por lo contrario, feísimas. No se encuentra más en las artes que en la literatura huella visible de transformación en la India.

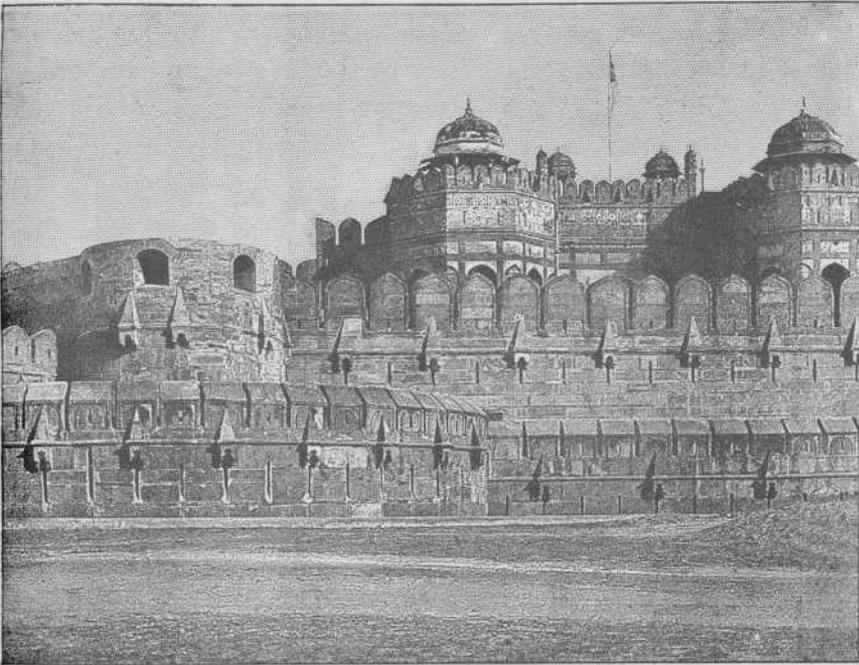
Pintura.—Mientras que las antiguas esculturas de la India son innumerables, las pinturas antiguas son rarísimas y apenas consisten en otra cosa que en frescos de los templos subterráneos de Ajunta del siglo v de nuestra era (1). Les falta perspectiva; pero las figuras están perfectamente dibujadas y son de expresión muy viva. Son muy superiores á las frías pinturas bizantinas y evidentemente en la época en que fueron ejecutadas no se habría encontrado en Europa un artista capaz de hacerlo mejor.

Desgraciadamente las pinturas posteriores se han perdido. El estudio de las miniaturas de los más antiguos manuscritos, de los que ninguno, por lo demás, es anterior á las invasiones musulmanas, no permiten suponer que los indos aventajaran á sus predecesores. Durante el período mogol se inspiraban en la escuela de los pintores persas, y lo acabado del trabajo no compensa de ningún modo el defecto de composición y la ausencia de perspectiva. Se halla uno evidentemente en presencia de un arte primitivo que no ha salido de este estado. En su pintura como en su literatura la India se ha detenido en una

(1) Estos frescos notables, que habían resistido la acción del tiempo, no han escapado de las manos de los restauradores de profesión. Gracias á la idea poco ingeniosa que tuvieron éstos de barnizarlos, han perdido más en diez años que no habían perdido en diez siglos. Cuando los visité, el barniz se desconchaba por todas partes, arrancando la pintura, cuyos fragmentos se amontonaban sobre el suelo.

fase de evolución correspondiente con poca diferencia á nuestra Edad media.

Artes industriales. (Trabajo de la madera, de los metales, de las piedras preciosas, etc.). — Se observa generalmente, como es sabido, el término de las bellas artes en la pintura, la escultura



AGRA. — Vista exterior de la fortaleza mogola, comenzada en 1571 por el emperador Akbar

y la arquitectura, y el de las artes industriales en ciertas obras de utilidad general, tales como la orfebrería, la ebanistería, el damasquinado, etc., obtenidas por procedimientos más ó menos mecánicos. Esta clasificación, aplicable á los productos del Occidente, en los cuales el trabajo mecánico tiene cada día más parte, no lo es á las obras del Oriente, que son el resultado directo de la habilidad del obrero. El arte es independiente con toda evidencia de esas aplicaciones, y yo conozco vaso incrustado y

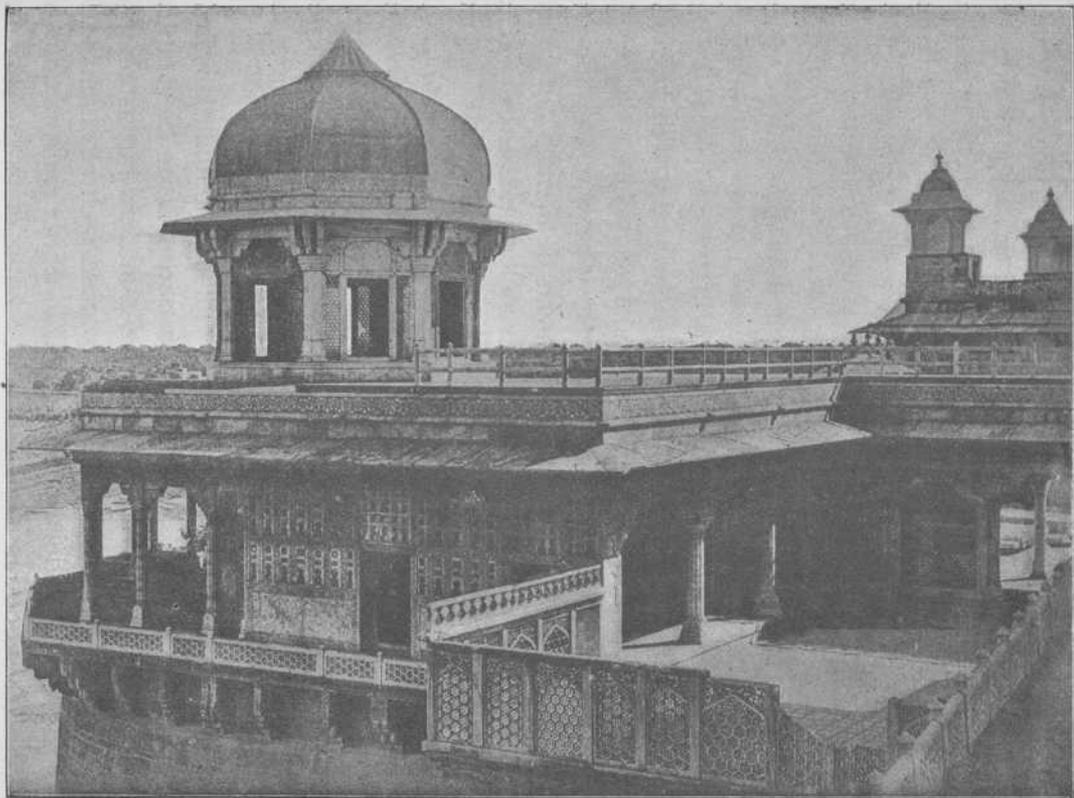
mango de puñal en los que se ha empleado más arte y más imaginación que en la construcción de una casa de cinco pisos ó de una estación de camino de hierro. Sólo, pues, para ajustarnos á distinciones de un uso general, clasificamos bajo el título de artes industriales producciones que pertenecen seguramente á las artes propiamente dichas.

Gracias á la magnífica colección que posee el Museo Indiano de Londres, el estudio de las artes industriales de los indos es fácil, y este estudio es hoy bastante completo para que sea inútil entrar en largos detalles sobre un asunto agotado en la bella obra de Birdwood y las sabias monografías de Ujfalvy, Kipling y tantos otros. Remitiendo al lector á esas obras en cuanto á las descripciones puramente técnicas, nos limitaremos aquí á indicaciones generales, completadas por algunas reproducciones (1).

Entre las artes más generalmente practicadas en la India, y esto desde la época más remota, hay que colocar en primera línea el trabajo de los metales. Aunque los objetos antiguos se hayan hecho de día en día más raros, por razón sin duda de las numerosas guerras é invasiones de que la India ha sido con tanta frecuencia teatro, se poseen algunos en metal algo anteriores á nuestra era; tal es, por ejemplo, un relicario búdico encontrado en un tope búdico del valle de Kabul, con monedas probando que se remonta á medio siglo antes de Jesucristo. Pertenece, como los demás objetos de esta región, á ese arte llamado greco-indo cuyos orígenes hemos explicado.

Las regiones vecinas de Kabul, es decir, Cachemira y el Pundjab, han conservado siempre la supremacía en cuanto al trabajo de los objetos de oro y de plata; puede juzgarse de ellos por las muestras reproducidas en esta obra. Pero en la India entera el oro, la plata, el cobre, el bronce se trabajan admirablemente; algunas comarcas, como Tanjore, en el Sur de la península, son célebres por el trabajo del bronce incrustado de cobre rojo y de plata.

(1) Los grabados de objetos artísticos los encontrará el lector á continuación de la serie de monumentos.



AGRA. — Pabellón de mármol del palacio mogol en el interior de la fortaleza. (Siglo xvii.)

La India no empleaba apenas para los usos domésticos porcelana ó loza, sino solamente el bronce y el cobre: el arte de trabajar estos metales debía, pues, adquirir un gran desarrollo. Algunos de esos vasos globulares, estrechos por su parte superior, llamados lotos y que sirven para llevar y conservar agua, son á veces de un trabajo exquisito. Los más antiguos son muy superiores á los que se hacen hoy y resultan rarísimos. El Museo Indiano de Londres los posee del siglo x de nuestra era provenientes del Kulú y sobre los cuales están representadas escenas de la vida de Buda.

No sólo el oro, el cobre y el bronce fueron admirablemente trabajados por los indos, sino también el hierro; podemos juzgar de este trabajo por la famosa columna de hierro del rey Dhava que se ve en Delhi en la antigua mezquita del Kutab. Fué levantada en el siglo iv de nuestra era. Hasta época muy reciente no han sido los europeos capaces, y gracias á medios muy complicados, de forjar semejantes masas de metal.

El arte de incrustar unos en otros los metales, es decir, el damasquinado, el arte de cubrirlos parcialmente ó de incrustarlos de esmaltes opacos ó transparentes (1), se practicaba igualmente desde remota época con una perfección á que los europeos no han logrado llegar jamás. En cuanto á las joyas, no están fabricadas con el gusto europeo, pero igualan seguramente por la delicadeza del trabajo á los más notables ejemplares confeccionados en Europa.

Los indos trabajaban también el vidrio y tallaban las piedras preciosas. Fueron superados por los europeos en ciertas artes, pero no en el trabajo del marfil y de la madera incrustada.

Las armas en acero pueden ser colocadas entre las más notables producciones del arte indo, no sólo por la riqueza del trabajo y la belleza de las incrustaciones, sino además por la calidad

(1) Los objetos en metal, incrustados y esmaltados, y los cofres de madera esculpida, principalmente un magnífico cofre de Mysore en que las figuras fueron evidentemente inspiradas por las estatuas del templo de Hullabid, forman ciertamente los más notables objetos de la Exposición indiana abierta en Suth-Kensington en 1886.

del acero, reputado de tiempo inmemorial. Las hojas de Damasco, en otro tiempo tan célebres, estaban, según Birwood, fabricadas con el acero indo. Este acero es alabado por los antiguos autores griegos; el mejor se obtenía del hierro magnético.

Todas las artes conocidas de los pueblos que invadieron la India, vinieran de Persia ó de Europa, fueron inmediatamente, como he hecho notar más arriba, adoptadas y transformadas por los indos. El arte de incrustar el mármol blanco de piedras preciosas (topacio, turquesa, coral, amatista, zafiro, ágata, etc.), de origen italiano, se practica aún en Agra, donde alcanzó gran desarrollo bajo los príncipes mogoles, que aplicaron este sistema de ornamentación en el revestimiento de sus palacios.

Las sederías, tapices, chales, etc., son fabricados aún en la India con una perfección difícilmente alcanzada en Occidente: pero las malas imitaciones europeas á bajo precio de esos productos notables producirán bien pronto su desaparición.

Aunque el arte de la alfarería se practica en la más insignificante aldea de la India, no es, sin embargo, uno de aquellos en que pueda decirse que los indos hayan igualado á los europeos. Muchos de sus objetos de alfarería de color son, no obstante, bellísimos.

La costumbre de recubrir de azulejos los monumentos, muy extendida en el Noroeste de la India desde las invasiones musulmanas, es de origen persa, como lo prueban las ruinas que se hallan aún en los más antiguos palacios de Persia. Se la reemplaza generalmente hoy por la aplicación de simples pinturas sobre yeso, como puede observarse en las tumbas reales modernas de Golconda, por ejemplo. Este último sistema de decoración no ofrece ninguna solidez, mientras que el azulejo es indestructible. Los monumentos cubiertos de azulejos que se encuentran en todo el Oriente, tales como la mezquita de Omar en Jerusalén, ciertos monumentos de Lahore, el palacio de Gwalior, etc., debe colocárselos entre las cosas más admirables.

Cuando se observa de lejos su fachada polícroma, en que los

colores transparentes parecen robados al arco iris, se creería uno de buen grado en presencia de un palacio fantástico construido por genios. Nada prueba mejor la desastrosa influencia de nuestra educación clásica como el hecho de que no puede citarse un solo arquitecto europeo que haya intentado adaptar á un palacio del Occidente este admirable sistema de ornamentación.

Aquí termina la parte de esta obra consagrada á la arquitectura y á las artes indas. Nacidas en un pueblo de artistas y de poetas, potente por su imaginación y su sentimiento, débil por la razón, hacen renacer un momento, como en una visión mágica, un mundo de grandiosas epopeyas, de deslumbrante lujo, de quimeras fantásticas.

No volverá más la humanidad á emprender esas obras maravillosas de un pasado que se desvanece de día en día en la bruma de las edades. Debemos, pues, procurar conservar siquiera algunas de sus ruinas. La lucha por la existencia, cada día más dura, de la edad exclusivamente utilitaria en que el hombre se agita ahora, no le permite apenas á veces llevar la mirada á la historia del pasado. Es preciso aprender, sin embargo, á no desdenarlo demasiado. Los santuarios hoy silenciosos, esas viejas estatuas, esos bajos relieves en ruinas que la azada del ingeniero rompe con desdén para colmar los fosos sobre los que colocará los rieles de un camino de hierro, son los archivos de un pasado que nos ha hecho lo que somos y lo que seremos un día.



LIBRO SEXTO

LA INDIA MODERNA

CREENCIAS, INSTITUCIONES, USOS Y COSTUMBRES

CAPITULO I

CONSTITUCIÓN MENTAL DE LOS INDOS

En uno de los capítulos de esta obra consagrado al estudio de los caracteres morales é intelectuales comunes á las principales razas de la India, hemos trazado á grandes rasgos los caracteres engendrados en el seno del pueblo indo por la semejanza de los medios, de las instituciones y de las creencias. Los capítulos consagrados á la historia de la civilización enseñan cómo esas instituciones y esas creencias se han elaborado lentamente á través de las edades.

Debemos intentar ahora llevar nuestro análisis más lejos. Para comprender bien la constitución mental así formada, debemos seguir al indo en las diversas circunstancias de su vida, investigar lo que piensa sobre un asunto determinado, cuál es su concepción de la existencia, sus reglas de conducta, penetrar, en una palabra, en su fisonomía íntima.

Esta psicología íntima se revelará, sin duda, estudiando los usos, las instituciones y las costumbres; pero los resultados de su experiencia de la vida los ha consignado ya el indo desde

hace mucho tiempo en los libros. El carácter de un pueblo se revela, sin duda, en todas sus obras; pero principalmente es en sus obras literarias donde hay que buscarlo.

No podrían todas, sin embargo, ser igualmente utilizables para el fin que ahora nos proponemos. Las obras filosóficas y religiosas provienen generalmente de autores habituados á vivir en un mundo imaginario harto distante del mundo real. Las grandes epopeyas son obras de pura fantasía, producto de cerebros excitados que reflejan seguramente el tiempo en que han nacido, pero deformándolo considerablemente. Nos presentan personajes tan exagerados en sus sentimientos como en sus acciones. Puede á veces tomarse algo de ellas, pues en definitiva el poeta es siempre la expresión del mundo que le rodea; pero es preciso tomar con extrema reserva.

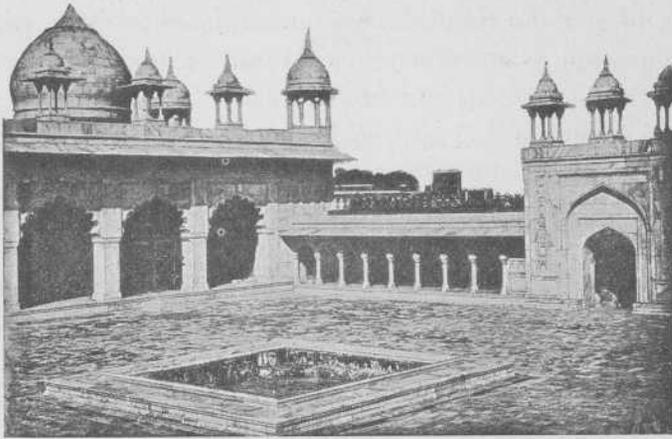
Afortunadamente nos queda una fuente de información mucho más preciosa, pues representa en realidad la obra colectiva de los hombres entre los cuales ha aparecido. Me refiero á la colección de apólogos, proverbios y cuentos populares. No sin razón se ha dicho que los proverbios son los ecos de la experiencia de un pueblo. Con brutal franqueza y formas concisas representan el carácter, las costumbres y las ideas de la raza que los ha creado. Son respetados por todos porque corresponden al pensamiento íntimo de cada uno.

El pueblo indo es maestro en esta forma literaria. Relatos, leyendas, apólogos, etc., están constantemente intercalados de numerosos proverbios. No se halla en ellos de ningún modo la vaguedad y la indecisión que hemos reprochado á las producciones del espíritu indo. No podrían ser vagos é indecisos, puesto que son la expresión popular de ideas generales, y esa expresión no puede precisamente popularizarse sino con la condición de ser á la vez concisa y clara. Ésas breves sentencias representan verdades mil veces comprobadas y que, pasando de boca en boca, se han ido condensando más y más.

Tomando, pues, esas máximas por guía, estudiaremos el alma inda. Las observaciones realizadas directamente no podrían ja-

más igualar á esa fuente de informaciones. Por independiente que sea, el observador juzga siempre con las ideas que el medio, la herencia y su educación le han dado.

El trabajo á que nos hemos entregado ha consistido en extraer de las obras indas, principalmente del *Pantchatantra* y del *Hitopadesa*, y después á clasificar en párrafos especiales, las reflexiones que aparecen más frecuentemente sobre los asuntos más habituales de la vida, la conducta á seguir en las diversas



AGRA. — Patio de la mezquita Perla en el interior de la fortaleza. (Siglo XVII.)

circunstancias, las ideas predominantes sobre la moral, la política, etc. No hemos echado mano de extractos de epopeyas como el *Mahabharata*, de libros religiosos ó sociales como los *Vedas*, el *Manava-Dharma-Sastra*, etc., sino cuando se relacionan con las opiniones populares del *Pantchatantra* y del *Hitopadesa*, demostrando, por tanto, cuán antiguas y generales eran las opiniones profesadas sobre ciertos puntos. Así, por ejemplo, las máximas algo humorísticas en apariencia del *Pantchatantra* sobre las mujeres están confirmadas por las reflexiones del grave legislador Manu y nos enseñan que los preceptos de la primera colección debían ser muy populares, puesto que figuraban ya en calidad de dogmas incontestables en un código religioso

que es la ley suprema de la India desde hace tantos siglos. Cuando, por otra parte, una verdad ha llegado á ese estado de condensación en que se presenta bajo la forma de máxima ó de proverbio, podemos estar seguros de que han sido precisas largas generaciones de hombres para elaborarla.

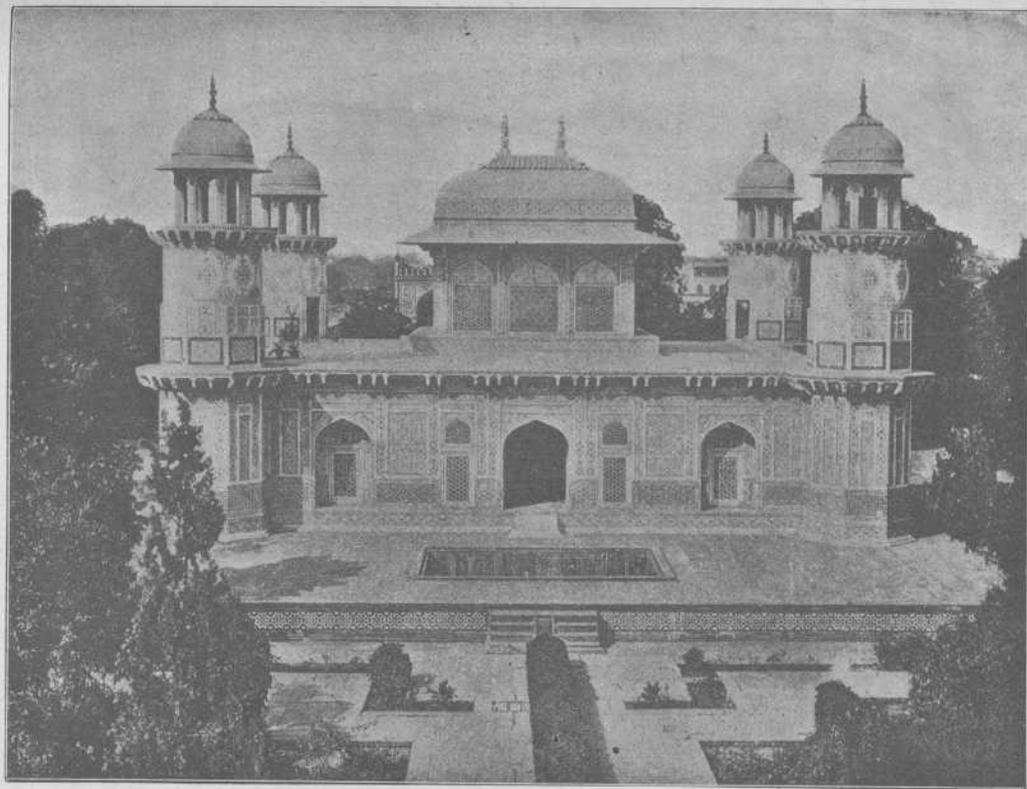
Nos hemos limitado á acompañar de algunas observaciones los extractos en que hemos creído sorprender mejor el pensamiento indo, y para más claridad los hemos agrupado en los párrafos siguientes: el destino; el carácter; la vida; la vejez y la muerte; móviles de las acciones humanas; las mujeres; el saber y la ignorancia; la miseria y la riqueza; de la conducta que se ha de observar en las diferentes circunstancias de la vida; reglas generales de moral; la política.

I.º — EL DESTINO

A partir de un cierto grado de longitud, todos los orientales son fatalistas, y este fatalismo es independiente de su religión, pues se encuentra entre ellos pueblos pertenecientes á todos los cultos: cristianos, mahometanos, indos, etc. Ese fatalismo no está, sin duda, escrito siempre en los dogmas religiosos; pero está en las almas.

Todos los asiáticos están profundamente penetrados de la creencia de que rigen los sucesos leyes inflexibles contra las cuales ningún poder tiene la voluntad humana. Desde el ruso que se inclina ante el destino diciendo: «¿Qué hacer?,» hasta el discípulo de Mahoma que se inclina igualmente murmurando: «¡Estaba escrito!,» y el indo que está convencido de «que lo que no debe suceder no sucede y lo que debe suceder sucede,» todos los orientales han considerado el destino como un amo supremo que regula fatalmente las acciones de los hombres.

Véanse los principales pasajes de los libros indos en que se encuentra expuesta esta doctrina. Como entre los árabes — cuyo fatalismo no les impidió conquistar el viejo mundo, — esa doctri-



AGRA. - Mausoleo de Etmadula. Vista general

na no tiene por consecuencia la inacción. Algunas de nuestras citas lo probarán:

Lo que no debe suceder no sucede; si debe suceder una cosa, es inevitable. Este razonamiento es un antídoto que destruye el veneno de la inquietud. ¿Por qué no usarlo? (*Hitopadesa.*)

El destino escribe sobre nuestra frente una línea compuesta de letras; el más sabio ni con la inteligencia puede borrarla. (*Pantchalantra.*)

Se puede caer de lo alto de una montaña, echarse en el Océano, lanzarse al fuego, jugar hasta con serpientes; no se puede morir antes de su hora. (*Hit.*)

El éxito de todos los negocios del mundo depende de las leyes del destino, regladas por las acciones de los mortales en sus existencias precedentes, y de la conducta del hombre; los decretos del destino son un misterio; es, pues, á los medios que del hombre dependen á los que es preciso recurrir. (*Manu.*)

El hombre aun pensando en el destino no debe cesar de hacer esfuerzos. Sin esfuerzos no puede sacarse aceite de la simiente de sésamo. (*Hit.*)

2.º — EL CARÁCTER

El poder de las inclinaciones naturales de que resulta la fijezza del carácter, es harto fácil de reconocer para haber podido ocultarse á los indos. Esas disposiciones naturales inmutables son el resultado de la herencia y las aporta el hombre con su nacimiento. El medio en que vive no hace apenas otra cosa que modificar las manifestaciones de su carácter. Habría poco que cambiar hoy á las siguientes observaciones de los indos sobre el carácter.

El natural no puede ser cambiado por consejos: el agua, aun muy caliente, vuelve á enfriarse. (*Pantch.*)

Si el fuego fuese frío, si la luna tuviese la propiedad de quemar, entonces el natural de los mortales podría ser aquí abajo cambiado. (*Pantch.*)

Sólo las inclinaciones naturales deben ser puestas á prueba, no las otras cualidades; en efecto, el natural triunfa sobre todas las cualidades y se coloca el primero. (*Hit.*)

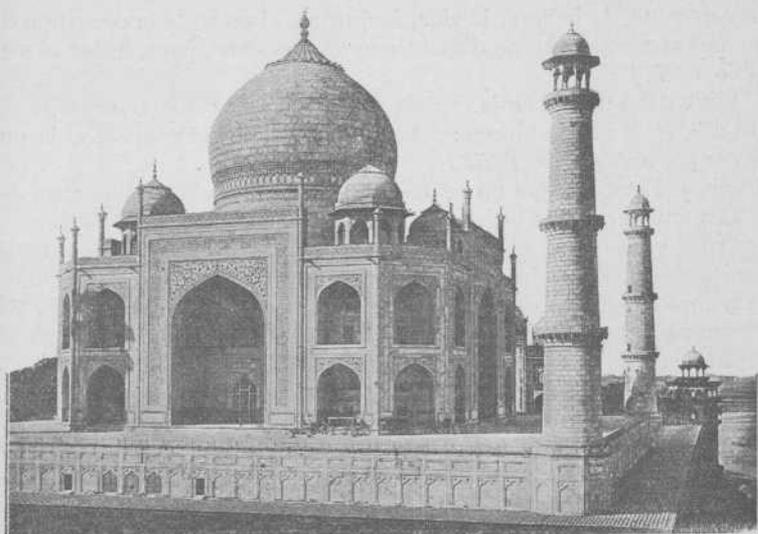
Se logra difícilmente vencer el instinto natural; haced rey á un perro y no roerá menos los zapatos. (*Hit.*)

La falta de sentimientos nobles, la rudeza de lenguaje, la crueldad y el olvido de los deberes denotan aquí abajo al hombre que debe la luz á una madre digna de menosprecio. (*Manu.*)

Un hombre de nacimiento abyecto toma el perverso natural de su padre, de su madre ó de los dos á la vez; jamás puede ocultar su origen. (*Manu.*)

3.º — LA VIDA, LA VEJEZ Y LA MUERTE

Este párrafo contiene una serie de reflexiones generales sobre la vida y sobre la manera de comprender la dicha, después sobre la vejez y la muerte. Algunas son bastante sombrías; pero en resumen la vida parece apreciada en ellas en su justo valor,



AGRA. — El Taje. Vista general del monumento (1)

sin optimismo ni pesimismo, como una cosa de la que sólo puede aprovecharse un instante y de la que es preciso apresurarse

(1) Este monumento, enteramente construído de mármol blanco incrustado de mosaicos, fué comenzado hacia 1630 por el emperador Shah Jehán para servir de tumba á una de sus mujeres. Veinte mil obreros trabajaron en él durante diez y siete años. Está considerado por muchos autores como el más hermoso monumento de la India y hasta del mundo, pero me parece que se ha exagerado su mérito. Desde el punto de vista de la forma es un monumento persa con motivos indos de ornamentación muy raros. El arquitecto se ha inspirado en otros monumentos anteriores, principalmente el mausoleo de Humayún. El mausoleo de Etmadula, representado en la lámina precedente, es muy inferior al Taje por sus dimensiones, pero le aventaja seguramente por la originalidad y gusto artístico de la decoración.

á gozar. Por insignificante que se la imagine, constituye, con todo, el bien supremo al que los indos aconsejan sacrificar todos los demás.

Todo lo ha leído, todo lo sabe, todo lo ha practicado el que ha renunciado á los deseos y vive sin esperar. (*Hit.*)

El que no siente ni tristeza en la adversidad, ni en la prosperidad alegría, ni miedo en el combate, es el *tilaka* del mundo; raramente da la mujer la luz á un hijo semejante.

La juventud, la belleza, la vida, la fortuna, el poder y la compañía de los que se ama son cosas que no duran siempre; no deben, pues, turbar el espíritu del sabio. (*Hit.*)

El sabio debe pensar en la ciencia y en la riqueza como si no estuviese sujeto ni á la vejez ni á la muerte; debe practicar la virtud como si ya la muerte le cogiese por los cabellos. (*Hit.*)

¿Cuál es el hombre que no se encuentra más grande cuando mira debajo de sí? Los que miran más arriba que ellos son siempre pobres. (*Id.*)

Las serpientes beben el aire y no son débiles; con hierbas secas se hacen fuertes los elefantes salvajes; con raíces y frutos viven los más distinguidos ascetas; la conformidad es ciertamente la mayor riqueza del hombre. (*Pantch.*)

El que pasa sus días sin gozar de su fortuna ni dar nada á los demás se parece al fuelle de un herrero: respira, pero no vive. (*Hit.*)

¿Qué es la virtud? Es la sensibilidad respecto de todas las criaturas. ¿Qué es la felicidad? Para los seres de este mundo es la salud. ¿Qué es la amistad? Es el sentimiento de un buen natural. ¿Qué es la ciencia? Es el discernimiento. (*Hit.*)

Los sabios no lloran lo destruído, lo muerto, lo perdido; esto es, dicen, lo que diferencia á los sabios y los locos. (*Pantch.*)

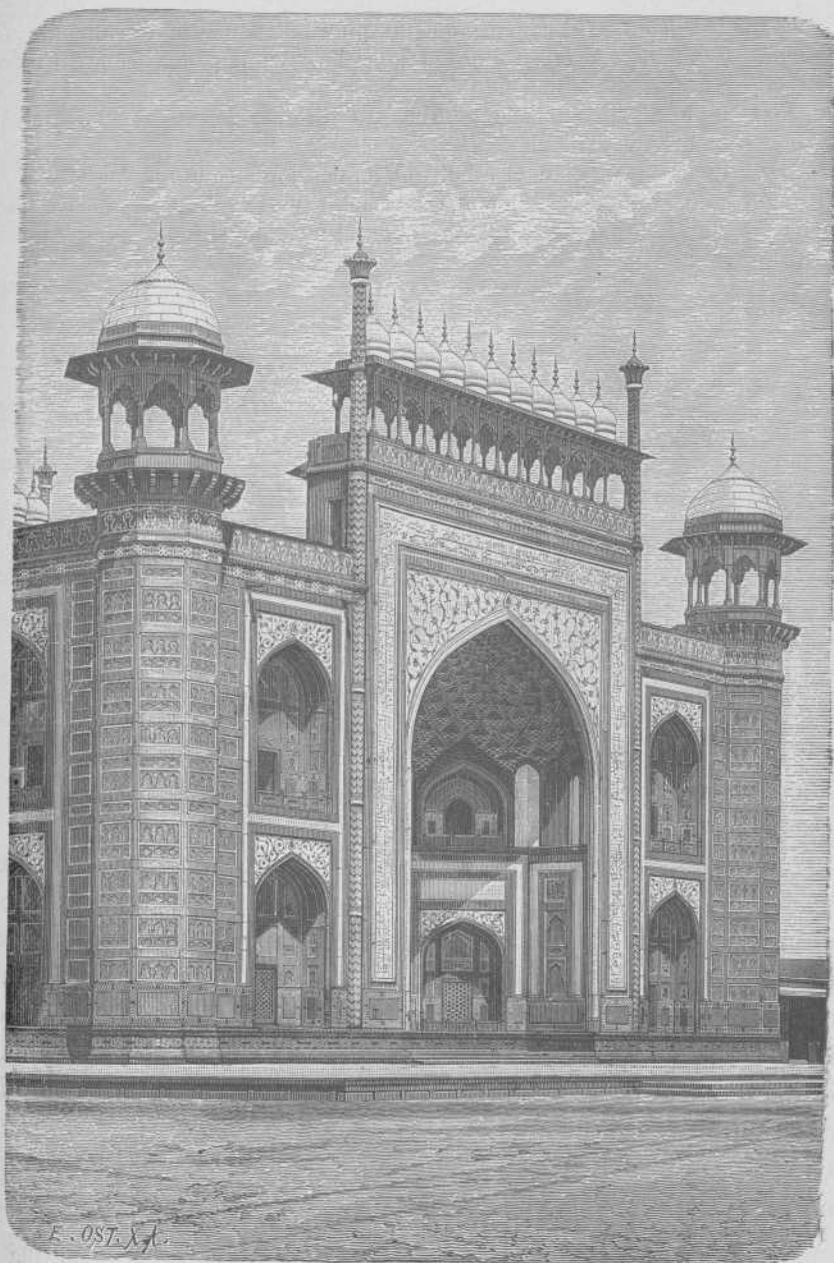
Que se abandone el individuo por la familia, la familia por la aldea, la aldea por el país, y la tierra por sí mismo. (*Pantch.*)

Que preserve el sabio su vida hasta á costa de sus hijos y de su mujer, pues conservando sus días los vivientes vuelven á encontrarlo todo. (*Pantch.*)

Cuando el cuerpo compuesto de los cinco elementos vuelve al Pantchawam y entra en el lugar de donde salió, ¿hay de qué lamentarse? (*Hit.*)

4.º - MÓVILES DE LAS ACCIONES HUMANAS

Los sabios indos no tienen muy elevada opinión de los móviles que hacen obrar al hombre. Los principales eran el miedo, la avaricia, el hambre y el amor. El miedo le subyuga; por eso el antiguo Manu considera el castigo como el regulador supremo de toda la sociedad, único capaz de evitar que el hombre se aparte de su deber.



AGRA. - Pórtico del Taje Mahal

El castigo rige todo el género humano, pues se encuentra difícilmente un hombre naturalmente virtuoso. Por el temor al castigo puede disfrutar el mundo de las venturas que le han sido concedidas. (*Manu.*)

No es un hombre complaciente ni atento respecto de otro sin el temor, la avaricia ó un motivo particular. (*Pantch.*)

Los pájaros abandonan el árbol que ha perdido sus frutos, las grullas el estanque seco, las abejas la flor marchita, los gamos la linde de la selva quemada, los cortesanos al pobre, los servidores al rey caído; todo el mundo busca desde luego su interés. (*Id.*)

El viento es el compañero del fuego que quema los bosques; pero apaga la lámpara: ¿quién siente amistad por el débil? (*Id.*)

Sin esperanza de servicio nadie siente afección alguna; que por la ofrenda del sacrificio conceden los dioses lo que se desea. (*Id.*)

Existe la afección en el mundo en tanto se espera recibir algo; la ternera, cuando ve que no hay más leche, abandona á su madre. (*Id.*)

El hombre no es el servidor del hombre, sino del dinero. Se es personaje de mucha ó de poca importancia según se es rico ó pobre. (*Hit.*)

Si un hombre dice una mentira, si honra al que no debe ser honrado y si va á país extranjero, todo lo hace por su vientre. (*Pantch.*)

El hombre es aquí abajo dueño de todas sus acciones mientras no está domado por el aguijón de los discursos de una mujer. (*Id.*)

Los hombres inteligentes y los héroes en las batallas se convierten junto á las mujeres en miserables criaturas. (*Id.*)

El hombre á quien mueve la palabra de una mujer mira como hacedero lo que no es hacedero, como de acceso fácil lo inaccesible, como comestible lo que no es comestible. (*Id.*)

5.º — LAS MUJERES

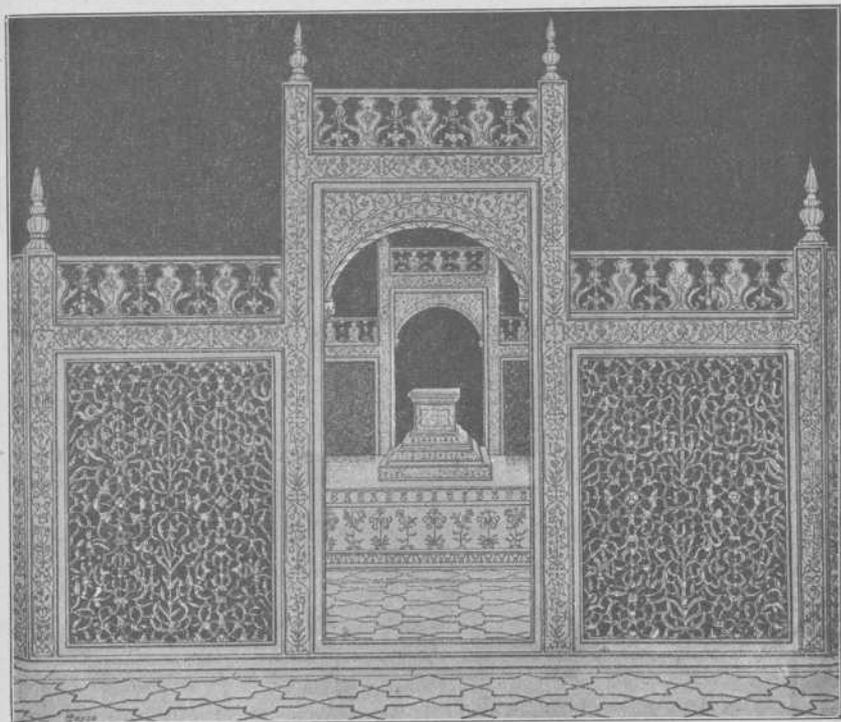
Ningún libro ha sido tan severo para las mujeres como los de los indos. Su manera de comprenderlas es por lo demás común á todos los orientales. Son para ellos seres agradables, pero inferiores, que es preciso, en razón de su incurable inconstancia, tener siempre cuidadosamente bajo llave cuando se quiere estar seguro de su fidelidad. Las reflexiones del grave legislador Manu, cuyo código gobierna la India desde hace dos mil años y que reproducimos con las de autores posteriores en muchos siglos, prueban que la opinión de los indos en este punto no ha variado jamás.

Manu ha dado en herencia á las mujeres el amor de su lecho, de su silla y de su atavío, la concupiscencia, la cólera, las malas inclinaciones, el deseo de hacer daño y la perversidad. (*Manu.*)

De un natural tan movable como las olas del mar, con sentimientos que no duran más que una hora como la línea de las nubes del crepúsculo, las mujeres, cuando sus deseos están satisfechos, abandonan al hombre que les es inútil como se deja la goma después de haberla oprimido. (*Pantch.*)

Hablan con el uno, miran al otro con disimulo y piensan en un tercero que está en su espíritu; ¿cuál es en realidad el amado de las mujeres? (*Id.*)

Las mujeres son siempre inconstantes, hasta las de los dioses, dicen. ¡Felices



AGRA. — El Taje. Tumba de la reina en el interior del monumento (1)

los hombres cuyas mujeres están bien guardadas! Si la mujer es casta, no es ni por pudor, ni por moderación, ni por virtud, ni por temor: es solamente porque nadie ha solicitado sus favores. (*Hit.*)

El loco, el cáncer, el índigo, el borracho y la mujer tienen la misma tenacidad. (*Pantch.*)

No puede reducirse á las mujeres ni por la fuerza, ni por los preceptos; son seres del todo indomables. (*Id.*)

(1) La balastrada es de mármol blanco calado. La tumba y su basamento están formados de mármol incrustado de piedras preciosas.

Las mujeres son como la vaca que busca la hierba fresca en el bosque; lo que ellas desean es lo nuevo, lo nuevo. (*Hit.*)

El amor de una mujer se extingue más rápidamente que la claridad de un relámpago. Puede aparentar quereros y soñar con otro. Abrazándoos puede suspirar por uno de vuestros rivales. ¿Por qué querer ir contra la naturaleza? El loto no florece sobre la cima de los montes; la mula no transporta los mismos fardos que el caballo; el grano de trigo no produce arroz, y en el alma de una mujer no podría hallarse la virtud. (*Sudraka.*)

Ruina de la familia, infamia del mundo, cautividad y hasta riesgo de la vida, la mujer impúdica, siempre unida á otro hombre, lo consiente todo. (*Pantch.*)

Lo que las mujeres tienen dentro no está seguro en su lengua; lo que está en su lengua no sale fuera; lo que está fuera no lo cumplen. (*Id.*)

Allí donde una mujer manda, allí donde hay un jugador, allí donde un niño es amo, la casa se arruina. (*Id.*)

Es preciso en absoluto renunciar al amor: si no puede renunciarse á él, es preciso no sentirlo sino por su mujer, pues ella sola puede curarlo. (*Hit.*)

Torbellino de incertidumbre, morada de la desvergüenza, ciudad de las temeridades, almacén de pecados, casa de cien supercherías, campo de recelos, este canastillo de todas las fascinaciones, impenetrable para los grandes y los más eminentes de entre los hombres, esta máquina llamada mujer, este veneno mezclado de ambrosía, ¿por qué ha sido creado en el mundo para la pérdida de la virtud? (*Pantch.*)

Conociendo así el carácter que les ha sido dado en el momento de la creación por el Señor de las criaturas, pongan los maridos el mayor cuidado en vigilarlas. (*Manu.*)

6.º — EL SABER Y LA IGNORANCIA

Los indos no ponen sobre la riqueza sino una sola cosa: la ciencia; y una sola más abajo de la pobreza: la ignorancia. No hay apenas pueblo que haya estimado tanto la instrucción, y esto ya en una época en que nosotros occidentales no éramos sino groseros bárbaros. Se verá por las siguientes reflexiones que sabían perfectamente distinguir la inteligencia del saber adquirido. La ciencia manejada por la inteligencia constituye para ellos una especie de talismán mágico que permite emprenderlo todo. Un rey mismo no es igual á un sabio.

La ciencia es sin réplica el más bello adorno del hombre; la ciencia es un tesoro oculto; la ciencia es un amigo que nos acompaña en nuestros viajes; la ciencia es un manantial inagotable; la ciencia conduce á la gloria y encanta á

toda una reunión; la ciencia es el ojo supremo; la ciencia nos hace vivir en el mundo: sin la ciencia el hombre es un bruto. (*Hit.*)

De todos los bienes la ciencia es el más grande porque ni puede quitársele á otro, ni comprárselo, y porque es imperecedero. (*Hit.*)

Sabiduría y reinado no son ciertamente jamás iguales; un rey es venerado en su país; el sabio es venerado en todas partes. (*Pantch.*)

El hombre instruído posee todas las cualidades, el ignorante sólo tiene defectos: así un solo hombre instruído vale más que muchos millares de ignorantes. (*Hit.*)

El hombre no llega á adquirir completamente la ciencia, la riqueza ni el arte, mientras no ha recorrido alegremente la tierra de un país á otro país. (*Pantch.*)

Más vale la inteligencia que el saber; la inteligencia está por encima de la ciencia; los faltos de inteligencia perecen. (*Id.*)

¿De qué sirve el estudio de los libros al que está naturalmente desprovisto de inteligencia? ¿Cuál sería la utilidad de un espejo para el que hubiese perdido los dos ojos? (*Hit.*)

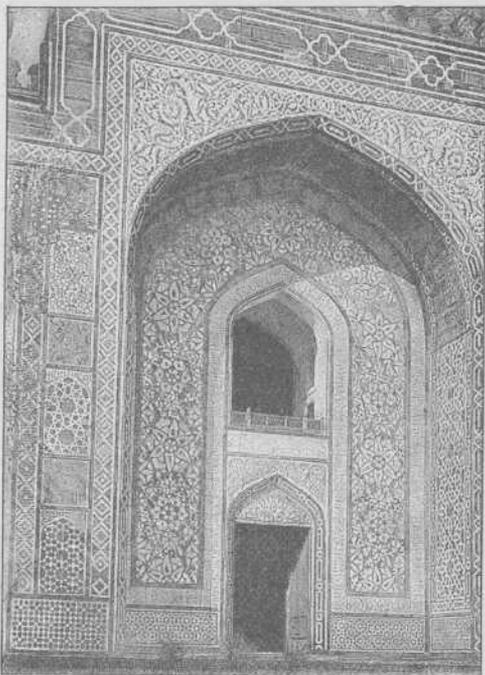
La flecha disparada por un arquero puede matar un solo hombre ó no matarlo; la inteligencia del sabio, cuando se lanza, destruye un país con su jefe. (*Pantch.*)

La mayor pobreza es la falta de riqueza en conocimiento. (*Pantch.*)

Todos los días mil causas de disgusto y cien motivos de temor asaltan á la ignorancia; pero no así al sabio. (*Hit.*)

El ignorante no brilla en una reunión sino por su traje; el ignorante no brilla sino mientras nada dice. (*Id.*)

Más vale tener un solo hijo dotado de mérito, que cientos de hijos ignorantes. La luna se basta á sí sola para disipar las tinieblas, cosa que no puede hacer la muchedumbre innumerable de estrellas. (*Id.*)



SECUNDA. — Detalles de ornamentación de la puerta de entrada de los jardines en que se halla el mausoleo del emperador Akbar. (1)

(1) Esta puerta es de asperón rojo recubierto de mosaicos de mármol de color. Fué construída en 1613. Su altura es de 22 metros.

Los hombres que poseen cualidades llegan á brillar por la elevación de su mérito; ¿qué importa su nacimiento? (*Pantch.*)

7.º — LA RIQUEZA Y LA POBREZA

Diffícil sería acusar á los indos de hipocresía en sus libros; no se les ve proclamar ese menosprecio de las riquezas que se halla en todas las obras occidentales desde los tiempos clásicos, pero que no ha existido apenas sino en los libros. Fuera de la ciencia, que colocan por encima de todo, la adquisición de la riqueza parece á los sabios indos deber ser el fin supremo de la vida. Sienten hacia la pobreza un horror invencible, y la muerte misma les parece más soportable. Sus opiniones serían evidentemente exageradas si se las aplicase á nuestra civilización del Occidente; no lo son apenas para el mundo en que se han manifestado. Con sus condiciones de existencia, los pueblos de la India no han conocido apenas sino la extrema miseria y la extrema riqueza, y el contraste entre esos dos estados era demasiado notable para no inspirar un vivo deseo de sustraerse á la primera.

La riqueza proporciona la independencia, la pobreza lleva consigo la servidumbre. Se verá por las reflexiones y los consejos encerrados en este párrafo, que los indos, aunque siempre más ó menos esclavos, apreciaron perfectamente los inconvenientes de la servidumbre. Esos inconvenientes son sobre todo los que les han inspirado un vivo horror á la pobreza.

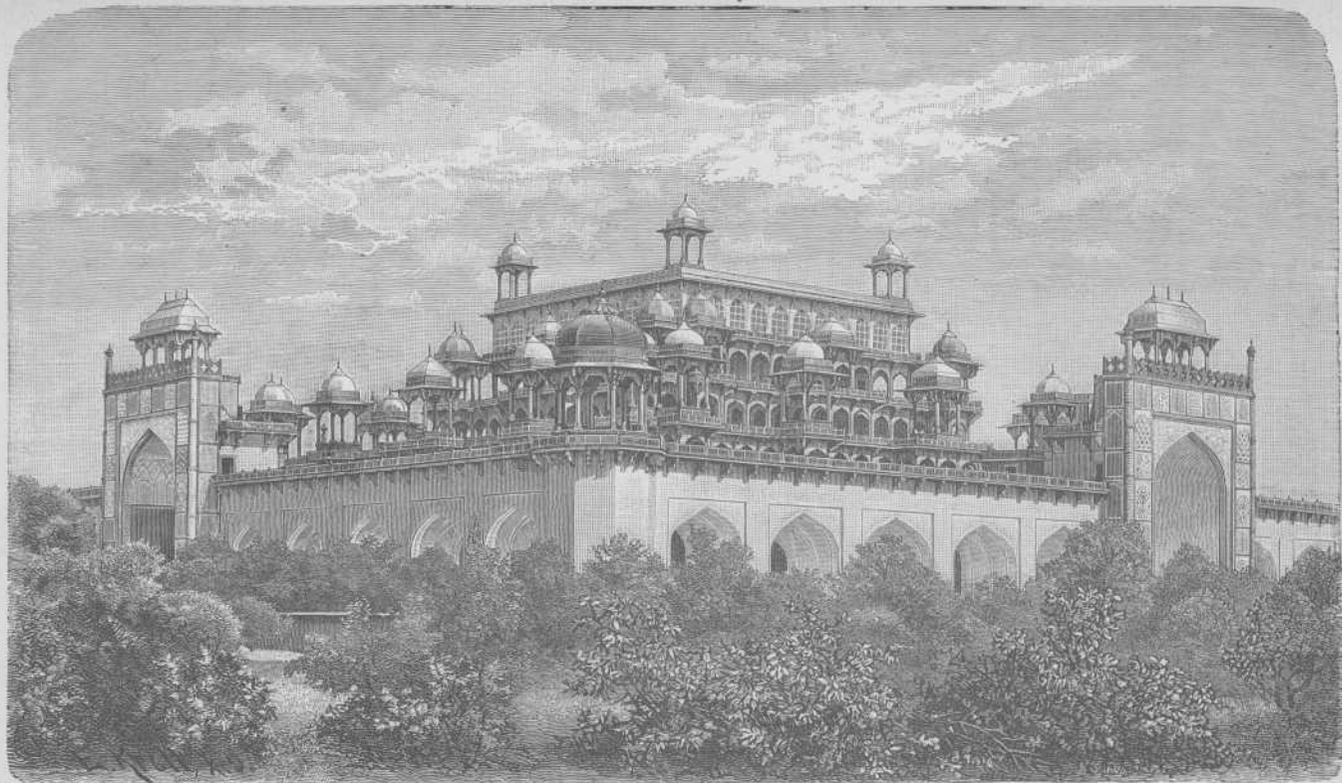
Al decir de algunos hombres sensatos, el supremo bien consiste en la virtud y la riqueza; según otros, en el placer y la riqueza; según otros, aun en la virtud sola, ó según otros, en fin, en la riqueza; pero es la reunión de los tres lo que constituye el verdadero bien. (*Manu.*)

No hay nada que no se haga por la riqueza. Así el hombre sensato no debe hacer esfuerzos sino por adquirir riquezas. (*Pantch.*)

El que es rico tiene amigos, el que es rico tiene parientes, el que es rico es un hombre en el mundo, el que es rico vive realmente. (*Id.*)

En este mundo para los ricos hasta un enemigo se convierte en un pariente; para los pobres hasta un pariente se convierte de pronto en un enemigo.

Hasta el mismo que no es digno de veneración es venerado, hasta el mismo



SECUNDA. — Mausoleo del emperador Akbar. Vista general

La disposición de este monumento es del todo especial. No se halla otro análogo sino en el Panchmahal en Futtehpore

que debe evitarse es buscado, hasta el mismo que no merece elogios es elogiado: tal es el poder de la riqueza. (*Pantch.*)

Hasta los hombres viejos que son ricos son jóvenes; pero los que no tienen fortuna son viejos hasta cuando son jóvenes. (*Id.*)

El que aquí abajo no tiene fortuna no es hombre sino de nombre. (*Id.*)

Honor y valor, conocimiento, belleza é inteligencia grande, todo desaparece á la vez cuando el hombre ha perdido su fortuna.

Se dice que los órganos de los sentidos se conservan intactos, esto no es sino una palabra; que la inteligencia se conserva íntegra, esto no es también sino una palabra; el hombre que ha perdido su fortuna se transforma en un instante. (*Hit.*)

La pobreza entre los mortales es la encarnación de la nulidad, es la morada de los males, es una especie de muerte. (*Pantch.*)

Alguna vez es preciso el uso de la misma arcilla cuando es muy pura; el hombre pobre no es aquí abajo útil para nada. (*Pantch.*)

Hay que temer siempre á la impotente pobreza; hasta cuando va el pobre á prestar un servicio se le mira como un perro. (*Pantch.*)

En el mismo hombre de bien, cuando es pobre, no brillan las demás cualidades; la fortuna hace resaltar las cualidades como el sol alumbrá todo lo que existe. (*Pantch.*)

Por inteligente que sea el hombre que posee poco, se agota su inteligencia por la inquietud constante para alimentarse y vestirse.

Como un cielo sin estrellas, como un estanque seco, como un cementerio horrible, la casa del pobre, aun bella, resulta horrorosa. (*Pantch.*)

Con la pobreza llega el hombre á la desconsideración; cuando está desconsiderado, cesa de ser honrado; una vez perdida la honradez, es menospreciado; menospreciado, se abandona; al abandono sucede en él la desesperación; vencido por la desesperación, pierde la razón, y cuando ha perdido la razón camina á su ruina. ¡Ahl, la pobreza es la fuente de todos los males. (*Hit.*)

El hombre sensato muere sin quejarse, pero no acepta la pobreza; el fuego puede extinguirse, pero no enfriarse. (*Hit.*)

Entre la pobreza y la muerte debe, se dice, preferirse la pobreza. La muerte no nos causa, sin embargo, sino un sufrimiento ligero, mientras que la pobreza es un tormento insoportable. (*Hit.*)

La vida no es aprovechable sino mientras se es independiente; para los que dependen de otros, ¿qué es la vida sino la muerte? (*Id.*)

Vale más la selva, vale más la mendicidad, vale más ganar la vida llevando fardos, vale más para los hombres la enfermedad que la prosperidad debida á la servidumbre. (*Pantch.*)

8.º — DE LA CONDUCTA QUE SE HA DE SEGUIR EN LAS DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

Reunimos en este párrafo, clasificándolos metódicamente, una serie de consejos prácticos sobre la conducta que se ha de seguir

en la vida y sobre los efectos de los vicios y de las virtudes, sobre los deberes para con los semejantes y los medios que se han de emplear para atraerse á los hombres. Las cualidades más recomendadas por su utilidad son: la prudencia, la circunspección, la perseverancia y la moderación en los deseos. Se considera la cólera como una pasión despreciable por inútil. El fingimiento es, por lo contrario, recomendado porque puede servir. La moral inda es, como se ve, extraordinariamente utilitaria.

Precedemos los consejos aplicables á las diversas circunstancias de la vida de principios generales de moral. Son análogos á los que los cristianos formulan en sus libros, y principalmente aquel de no querer para los demás lo que para nosotros no queremos; pero insistiremos poco sobre estos consejos. Lo que importa conocer no son las reglas de moral, muy perfectas, que los libros aconsejan, sino las que los hombres practican; y la experiencia demuestra que hay mucha distancia de las primeras á las segundas. Los diversos extractos contenidos en este párrafo dan noticias suficientemente precisas sobre la moral práctica de los indos.

PRINCIPIOS GENERALES DE MORAL

Escuchad lo que constituye la esencia de la virtud, y cuando lo hayáis oído, meditadlo; lo que es contrario á uno mismo no debe hacerse á los demás. (*Pantch.*)

Los que tienen honrado el corazón miran á la mujer ajena como á una madre, el bien de otro como un montón de tierra, á todos los demás como á sí mismos. (*Id.*)

El talento de predicar la moral á los demás es cosa que todo el mundo puede fácilmente adquirir; pero practicar uno mismo la virtud, he ahí lo que sólo puede un alma selecta.

Para los unos la sabiduría está en la palabra, como para el papagayo; para los otros en el corazón, como para el mundo; para otros está igualmente en el corazón y en la palabra. (*Pantch.*)

El hombre va por cien mil caminos, su mala acción le sigue; lo mismo ocurre con la acción del hombre generoso. (*Id.*)

Todo acto del pensamiento, de la palabra ó del cuerpo, según sea bueno ó malo, produce bueno ó mal fruto; de los actos de los hombres resultan sus diferentes condiciones. (*Manu.*)

La sinceridad, el imperio sobre los sentidos, las austeridades, los dones, el

no injuriar á otros, la constante práctica del deber, ved lo que constituye nuestro valer; poco importa nuestra casta y nuestro origen. (*Mahabharata.*)

Quien mijo siembra, mijo recogerá; quien siembra mal, recogerá mal. (*Proverbio tamul.*)

Enfermedad, pena, angustias, cautividad y desgracias, tales son los frutos que los mortales recogen del árbol de sus faltas. (*Hit.*)

Los planes de las serpientes, de los malvados y de los que ambicionan el bien de otro, no se realizan: esta es la causa de que exista el mundo. (*Pantch.*)

DE LA DESCONFIANZA Y DE LA CIRCUNSPECCIÓN

El hombre sabio que desea obtener prosperidad, larga vida y ventura, no debe fiarse de nadie. (*Pantch.*)

El mismo débil, cuando se desconfía, no es muerto por los más fuertes, y los fuertes mismos, cuando se confían, son bien pronto muertos por los débiles. (*Id.*)

No fiarse del enemigo antes combatido, ni siquiera cuando se ha convertido en amigo. (*Id.*)

Que no haga el sabio ver á nadie su riqueza, por pequeña que sea; que á la vista de la riqueza hasta el corazón de un asceta se impresiona. (*Id.*)

Combatir con el fuerte causa la muerte al débil; como una piedra que ha roto un jarro, el fuerte queda en pie. (*Id.*)

El hombre que quiere mezclarse en lo que no le importa camina á su ruina, como el mono que arranca una cuña. (*Id.*)

No sacrifique el hombre sensato mucho por poco: la sabiduría consiste aquí abajo en conservar mucho á costa de poco. (*Id.*)

El que abandona lo cierto por correr tras lo incierto huye á la vez de lo incierto y de lo cierto. (*Hit.*)

Emprender un mal negocio, estar en intimidad con un pariente, rivalizar con uno más poderoso y poner su confianza en las mujeres, he aquí cuatro puertas abiertas á la muerte. (*Hit.*)

Aquí abajo un sabio debe hablar cuando se le pregunte con confianza: hablar sin ser interrogado, es como llorar en una selva. (*Pantch.*)

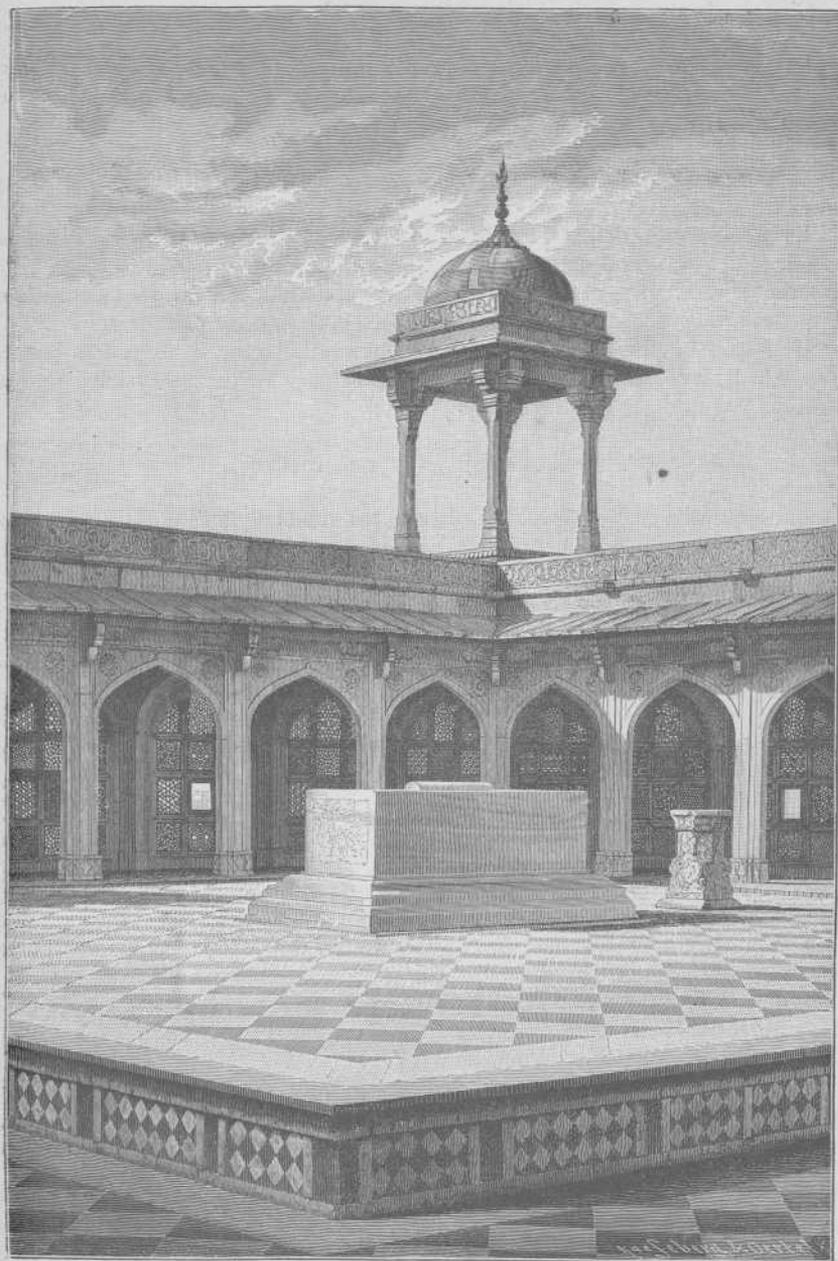
El loco que dirige la palabra á un cazador que se ha tomado un trabajo inútil, á un tonto que está en desgracia, se atrae una afrenta. (*Id.*)

El pinchazo de la flecha se cicatriza; el corte del sable se cicatriza; una palabra injuriosa excita el odio: la herida producida por la palabra no se cicatriza. (*Id.*)

DE LA DULZURA Y DE LA PACIENCIA

Los hábiles en los negocios deben desde luego tratar un asunto con dulzura, pues los actos realizados por la dulzura no llevan á la ruina. (*Pantch.*)

La unión es lo mejor para los hombres, y sobre todo con un amigo: privados de su película, no germinan los granos de arroz. (*Id.*)



SECUNDA. — Último piso del mausoleo del emperador Akbar

Sobre el pilar de mármol que se ve detrás del sarcófago dicen que en otro tiempo estaba colocado el famoso diamante Kohinoor, la joya más rica de los reyes mogoles.

La reunión de cosas pequeñas conduce á un gran resultado: hebras de hierbas trenzadas en forma de cuerda son suficientes para sujetar á un elefante furioso. (*Hit.*)

DE LA MANERA DE ATRAERSE Á LOS HOMBRES

Es preciso obrar con cada uno según su carácter: penetrando las ideas de otro llega el sabio pronto á dominarlo. (*Pantch.*)

Es preciso atraerse al avaro por el dinero, al hombre severo por la sumisión, al ignorante por la dulzura, y al instruído por la franqueza. (*Id.*)

Uno se atrae á un amigo por los buenos sentimientos, á los padres por el respeto, á las mujeres y los sirvientes por regalos y atenciones, y á los demás hombres por su destreza. (*Hit.*)

DE LA FRANQUEZA Y DEL DISIMULO

La franqueza es siempre excelente con los ascetas que se entregan á la meditación; pero no con las gentes que desean fortuna, ni sobre todo con los reyes. (*Pantch.*)

El hombre que es franco con las mujeres, un enemigo ó un mal amigo, no vive. (*Id.*)

Si el carnero retrocede es para atacar; el león mismo se contrae de cólera para lanzarse. Encerrando la intimidad en el corazón y deliberando en secreto, los sabios, cuando meditan alguna cosa, lo soportan todo. (*Hit.*)

El sabio que sabe comprender el carácter de un hombre se hace pronto dueño de él. (*Hit.*)

DE LA ENERGÍA Y DE LA PERSEVERANCIA

No comenzar las cosas es el primer signo de inteligencia; poner fin á lo que se ha comenzado es el segundo. (*Pantch.*)

Por el esfuerzo se logran los negocios, no por los deseos: los gamos no entran en la boca de un león dormido. (*Id.*)

¿Qué fardo es demasiado pesado para los fuertes? ¿Qué distancia larga para los emprendedores? ¿Qué país extranjero para las gentes instruídas? ¿Quién enemigo de los que hablan con dulzura? (*Id.*)

Aun sin fortuna el hombre de firmeza se eleva sobre los demás y se hace respetable; el hombre débil cae en el menosprecio por riquezas que posea. (*Id.*)

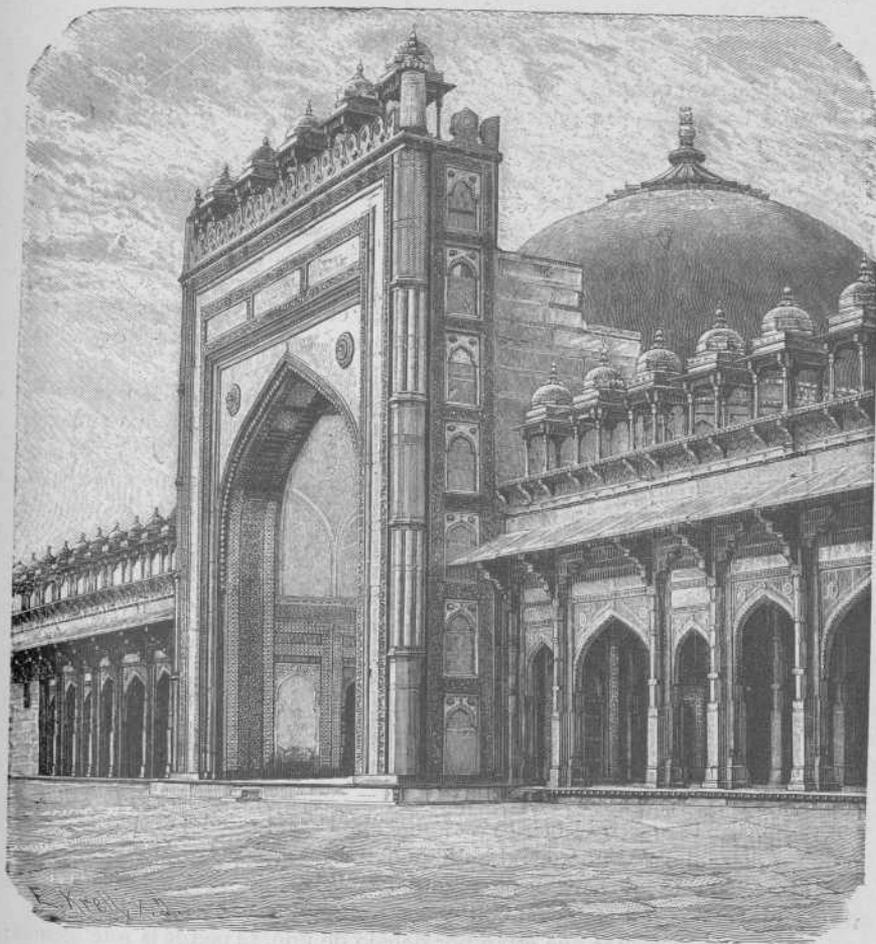
El que, cuando ha caído en desgracia, se contenta con lamentarse locamente, no hace sino aumentar su desventura y no la encuentra fin. (*Pantch.*)

DE LA CÓLERA

Ni cuando le pica la abeja que voltea furiosa, ávida del licor que contienen sus sienas, se entrega el elefante, aunque muy fuerte, á la cólera; el que es fuerte no se irrita sino contra una fuerza igual á la suya. (*Id.*)

Causa la cólera su desgracia á los débiles. Cuando una olla caliente algo, quema principalmente sus propias paredes. (*Id.*)

El hombre que no puede hacer daño, ¿por qué aquí abajo comete la impru-



FUTTEHPORE. — Patio interior de la gran mezquita (1)

dencia de encolerizarse? El garbanzo que se tuesta no puede romper la sartén en que se lo fríe. (*Id.*)

(1) Fatehpore, antigua capital del imperio mogol, que la voluntad del emperador Akbar hizo nacer en un desierto en el siglo XVI, está hoy enteramente despoblada. Sus palacios construidos de asperón rojo están aún en pie en excelente estado de conservación. La mezquita de que representa este grabado el patio interior es una de las más vastas del mundo: tiene 168 metros de largo por 143 de ancho. A excepción de este edificio, cuyo estilo es ante todo persa, todos los monumentos de Fatehpore son de estilo indio casi puro.

Cuando un perro ladra insolentemente á una montaña, ¿quién padece, la montaña ó el perro? (*Proverbio tamul.*)

DE LOS EFECTOS DE LA ENVIDIA

Los sabios son odiosos á los ignorantes, los ricos á los pobres, las gentes piadosas á las impias, las mujeres virtuosas á las mujeres libertinas. (*Pantchatantra.*)

DE LA ELECCIÓN DE LAS RELACIONES Y DE SUS CONSECUENCIAS

No conviene ligarse con aquel de quien no se conocen ni la fuerza, ni la familia, ni la conducta. (*Pantch.*)

Entre dos personas cuya riqueza es igual, entre dos personas cuya raza es igual, puede haber amistad y concierto; pero no entre el fuerte y el débil. (*Id.*)

La amistad, la intimidad se encuentran entre aquellos que tienen la misma riqueza ó la misma instrucción, y no entre el que ha conquistado una situación envidiable y el que ha quedado en lugar inferior. (*Mahabharata.*)

El loco que comete la tontería de hacerse con un amigo que no es su igual, que es inferior ó superior á él, queda en ridículo á los ojos del mundo. (*Fantch.*)

Para salvarse de la desgracia, los sabios deben crearse amigos puros; el que aquí abajo no tiene amigos no domina el infortunio. (*Id.*)

El mismo diablo tiene necesidad de un compañero. (*Proverbio tamul.*)

No hay en este mundo un hombre más feliz que el que conversa con un amigo, el que vive con un amigo, el que se entretiene con un amigo. (*Hit.*)

Los gamos buscan la sociedad de los gamos, los bueyes la de los bueyes, los caballos la de los caballos, los tontos la de los tontos y los sabios la de los sabios; la semejanza de las virtudes y de los vicios constituye la amistad. (*Pantch.*)

El que sabe apreciar el mérito disfruta con el que lo tiene; el que está desprovisto de cualidades no ama al hombre de mérito. (*Hit.*)

Por el trato de los malvados los buenos cambian; por esta razón las gentes respetables evitan toda relación con las gentes despreciables. (*Hit.*)

Frecuutando gentes que están por debajo de uno, se pierde la inteligencia; frecuutando sus iguales se conserva uno igual; el trato de los hombres superiores nos encamina á la superioridad. (*Hit.*)

Un caballo, un arma, un libro, la palabra, un hombre y una mujer, resultan buenos ó malos según el hombre que han encontrado. (*Pantch.*)

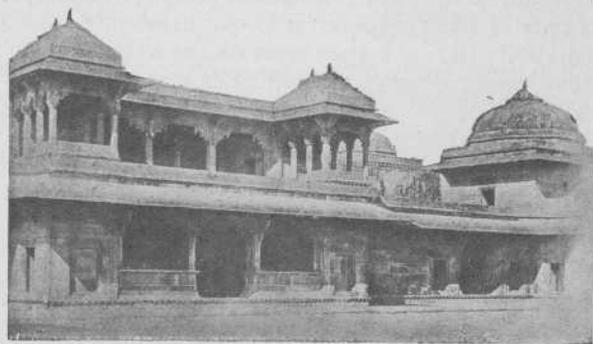
Del agua sobre un hierro candente sólo el nombre se conoce: esa misma agua, cuando reposa sobre la hoja del loto, brilla bajo la forma de perla. Cuando bajo la estrella Swati cae en el interior de una madreperla del Océano, se convierte en perla; ordinariamente la más alta, la media ó la más baja cualidad resulta de la sociedad que se frecuenta. (*Pantch.*)

9.º — LA POLÍTICA

Las ideas populares de los indos sobre el gobierno de los hombres, el deber y la conducta de los reyes están expresadas con mucha claridad en sus libros. Nos limitaremos á reproducir algunos extractos. No habrían sido seguramente desdeñadas por Maquiavelo.

La política tiene por principio la dulzura y por fin el castigo. (*Pantch.*)

Si el rey no castigase sin descanso á los que merecen ser castigados, los más fuertes tostarían á los más débiles como peces en un asador. (*Manu.*)



FUTTEHPORE. — Palacio de la emperatriz

El que no oprime, por grande que sea, no es venerado: los hombres reverencian las serpientes; pero no á Garuda, el destructor de las serpientes. (*Pantch.*)

El rey que tiene por adulador á su médico, á su preceptor espiritual y á su ministro, pierde bien pronto su salud, su mérito religioso y su tesoro. (*Hit.*)

Si confiáis la autoridad á un hombre que os ha prestado servicios, este hombre no cree jamás ofenderos. Un tal ministro se hace una bandera de sus servicios y lo confunde todo en un Estado. (*Id.*)

No conviene jamás enriquecer á un ministro, sea el que sea: es un consejo que dan los sabios; la prosperidad cambia el carácter del hombre. (*Hit.*)

Los ministros, cuando se los aprieta, devuelven la substancia del soberano; se parecen en su mayor parte á los tumores. Es preciso que los reyes de la tierra atormenten continuamente á sus ministros. Un traje de baño, si se le devuelve una sola vez, ¿podrá devolver mucha agua? (*Id.*)

El que no mata á un servidor tan rico como él, tan poderoso como él, inteligente, resuelto y apoderado de la mitad de la soberanía, es muerto. (*Id.*)

Con la madre del rey y la reina, el príncipe real, el primer ministro, el sa-

cerdote de la familia y el portero, es preciso conducirse siempre como el rey. (*Pantch.*)

Un príncipe hábil político debe hacer como la tortuga que se encierra en su concha y sostener el juego del enemigo; pero cuando el momento llega, debe levantarse como una terrible serpiente. (*Hit.*)

La conciliación, la corrupción y la discordia, tales son los medios que un príncipe debe emplear, todos á la vez ó separadamente, para triunfar de sus enemigos; pero que no pretenda jamás vencerlos por la fuerza de las armas. (*Id.*)

No se alcanza sobre un enemigo la victoria con las armas como con la astucia; el astuto, por pequeño que sea, no es vencido por héroes. (*Pantch.*)

Para sembrar la discordia entre sus enemigos no puede hallarse mejor consejero que el heredero del trono; así debe hacerse toda clase de esfuerzos por elevar al heredero del enemigo. (*Hit.*)

El que conoce la virtud, el interés y el placer, esas tres reglas de conducta que es preciso seguir, no debe tener demasiada piedad: en efecto, el que es indulgente no puede ni siquiera conservar lo que tiene entre sus manos. (*Id.*)

Un enemigo débil debe ser muerto antes de que se haga fuerte; cuando ha adquirido toda su fuerza, se hace pronto difícil de vencer. (*Pantch.*)

Con un enemigo no debe contratarse ni la alianza más sólida; el agua, por caliente que esté, apaga el fuego. (*Hit.*)

Los enemigos muertos por las armas no están muertos; pero los enemigos muertos por el ingenio están bien muertos; el arma no mata sino el cuerpo del hombre, el ingenio mata familia, fortuna y reputación. (*Pantch.*)

Tierra, amigo y oro son las tres cosas por las que se hace la guerra; si no juega en ella alguna de estas cosas, no es preciso de ningún modo hacerla. (*Pantch.*)

Un pequeño ejército compuesto de hombres escogidos vale más que una masa considerable de tropas poco aguerridas: los malos soldados se dejan vencer por el enemigo y son causa de la derrota de los bravos. (*Hit.*)

Cuando la guerra estalla, un príncipe debe mirar como madera seca á sus servidores, aun al que ame como á su vida y lo proteja. (*Pantch.*)

10.º — ORIGEN DE LAS DIFERENCIAS QUE EXISTEN ENTRE LOS PRECEPTOS DE LOS LIBROS INDOS Y LOS DE LOS LIBROS EUROPEOS

Después de haber leído esas máximas á continuación de capítulos en que ocupaba la religión lugar tan preferente, el lector se habrá ciertamente sentido impresionado por la profundidad del contraste que existe entre los dos modos de concepción aplicados por el indio á la metafísica y á la moral; obedece el primero á su imaginación en extremo exuberante y desordenada; el segundo es fruto del sentido práctico más estrecho y más positivo.

Mientras los sueños gigantescos de los apóstoles y de los poetas de la India conducen á esferas fantásticas, abren un porvenir fabuloso, hacen considerar la existencia humana como un punto apenas perceptible en el infinito-del tiempo y ponen tan alta una perfección que millares de transformaciones sufridas á través de millares de siglos podrían apenas conseguir, los moralistas enseñan á gozar ante todo de la vida, á evitar las vanas inquietudes que la consumen, á tomarla por su mejor lado, á buscar las



FUTTEHPORE. — Vista general del Panchmahal
(*Altura aproximada, 20 metros*)

riquezas, á no ser nunca veraz, y, sobre todo, á desconfiar de las mujeres, puesto que de todos los males que amenazan al hombre, los que causa el amor son entre ellos los más fuertes.

La franqueza brutal de los preceptos morales del indio puede parecer que hiere nuestros sentimientos; pero es preciso reconocer, no obstante, que esos preceptos descansan en un modo muy lógico de comprender la vida. En definitiva, al mismo tiempo que predicamos una moral muy elevada, aplicamos generalmente en la práctica máximas idénticas á las de los indios.

Esta contradicción que tan visiblemente se manifiesta entre

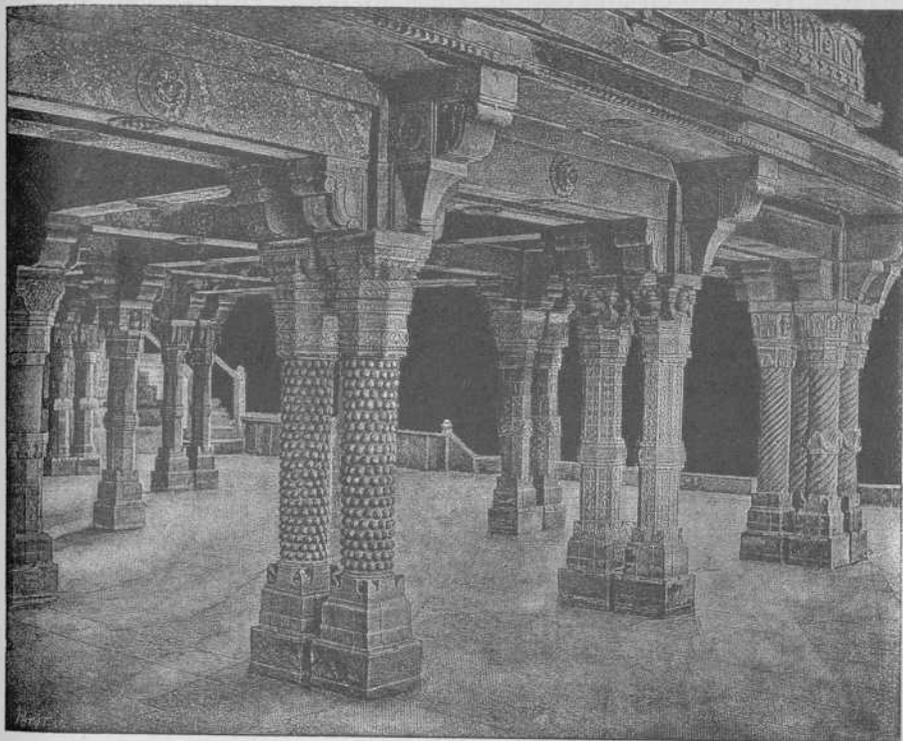
nosotros puede comprobársela igualmente entre los indos; pero por razón de la diferencia de las razas, de los medios y de los tiempos se la encuentra patente en la India entre la religión y la moral, mientras que en Europa existe entre la moral escrita y la práctica ordinaria de la vida.

La oposición, tan extraña para los orientales que estudian Europa, entre lo que enseñamos y lo que practicamos obedece, sin duda, al origen mismo de nuestros principios morales. Durante los siglos de fe, la religión y la moral estaban íntimamente ligadas, no siendo la moral, á decir verdad, sino la ejecución de los supuestos principios divinos, y por consecuencia muy puros. Las creencias se han desvanecido, pero la moral ha quedado con su ideal perfección. Ha sido ella en todo tiempo muy superior á lo que la naturaleza humana puede realizar; pero desde que vive privada de su carácter divino, la diferencia entre lo que predicamos, no ya en nombre de un Dios, sino simplemente en nombre de los hombres, y lo que practicamos, se revela evidentemente.

Entre los indos, lo mismo, por otra parte, que en otro tiempo entre los griegos y los romanos, ha habido siempre independencia entre la religión y la moral. Las prescripciones religiosas penetraron, sin duda, como hemos dicho, en todos los actos de la vida del indo; pero esas prescripciones, formales para todo lo concerniente á los ritos, las peregrinaciones, la repetición de las plegarias, los sacrificios, etc., en una palabra, á la conducta de los hombres para con Dios, no se ocupan apenas de la conducta de los hombres entre sí. La moral no tiene, pues, otra base que la costumbre, hija de la experiencia engendrada por las necesidades de la vida. Mientras que el ideal del indo se ha conservado en una esfera que no es de este mundo, habitada por seres todopoderosos, que se ocupan mucho de los deberes de los hombres en cuanto les atañe, y muy poco de los deberes de los hombres los unos respecto de los otros, la vida le aparece con todas sus realidades y en toda su fealdad. La tierra que habita no es para él sino un miserable conjunto de cieno, efímero si se lo compa-

ra á los espacios luminosos, deslumbradores, poblados de divinidades temibles que entrevé en sus sueños así que pone el pie en sus templos ú hojea sus libros sagrados.

La contradicción que existe entre la conducta del hombre y sus aspiraciones, existe, pues, así entre los indos como entre



FUTTEHPORE. — Vista general de las columnas del segundo piso del monumento anterior
(*Altura de las columnas hasta el techo, 2^m,40 aproximadamente*)

los europeos. Si es más aparente entre nosotros, esto obedece sencillamente á que el ideal que concibe el indio y el que concibe el europeo se hallan hoy colocados en esferas diferentes. Desde el punto de vista filosófico, este doble ideal es en el fondo el mismo. El sueño de felicidad imposible que persigue la humanidad hace tantos siglos y que hace centellejar á nuestros ojos la engañadora Mahamaya, la gran ilusión, es el verdadero

móvil de todas nuestras acciones y no podríamos subsistir sin ella. Fundaciones de religiones ó de imperios, guerras, revoluciones, conquistas; en una palabra, todos los acontecimientos cuyo curso registra la historia, no son para la filosofía sino el relato de cosas realizadas por el hombre en persecución de algún ideal, religioso en una época, político ó social en otra. Sin duda seguirá transformándose aún, ya allí abajo, ya aquí, ese ideal necesario, ese dueño soberano de nuestras acciones, ese todopoderoso fantasma; pero no se desvanecerá sino con el último hombre, y por escépticos que seamos, no sabríamos alejarlo de nuestros ojos sin condenarnos bien pronto á la muerte.

CAPÍTULO II

LAS RELIGIONES ACTUALES DE LA INDIA

Los trabajos de la ciencia moderna no han servido apenas hasta aquí sino para extender ideas muy falsas sobre las religiones de la India. Hemos ya demostrado á propósito del budismo hasta qué punto esas religiones difieren en realidad de la apariencia que se las da en los libros. Nuestras definiciones europeas, netas y precisas, pierden todo valor cuando quiere aplicárselas á esas creencias, de contornos siempre varios, que han germinado bajo el sol de la India, que continúan allí germinando y á las cuales sólo las designaciones comunes dan una similitud aparente. En el alma flotante, ilógica y soñadora del indo, las creencias más opuestas se asocian de una manera del todo ininteligible para nosotros. El mismo hombre que escribirá con convicción las especulaciones del ateísmo más atrevido se prosternará con la misma convicción ante los millares de divinidades extrañas, grotescas ó terribles, ó besará con respeto la huella de los pies de Buda y de Vishnu. En la India no sólo todas las religiones viven en perfecta inteligencia, sino aun los dogmas más opuestos subsisten juntos. Sólo después de haber estudiado sobre el terreno mismo de la península la práctica de esas religiones, puede llegarse á concebir contradicciones tan extrañas para nosotros y comprender que la palabra religión tiene para el indo y para el europeo un sentido completamente distinto.

Las religiones hoy practicadas por los indos derivan teóricamente de las practicadas en tiempo de los *Vedas* y de Manu. Reconocen siempre la autoridad de los antiguos libros sagrados; pero hay gran distancia de la religión descrita en los precedentes capítulos, bajo los nombres de vedismo y de brahmanismo, á la religión nueva, llamada neobrahmanismo ó indoiismo, que

nació en los primeros siglos de nuestra era y reemplazó gradualmente el budismo absorbiéndolo en su seno. Este culto nuevo es el que vamos ahora á estudiar.

I.º — LA TRINIDAD INDA

Las sectas innumerables cuyo conjunto forma el neobrahmanismo ó indoísmo se reparten entre dos cultos dominantes: el de Siva y el de Vishnu. Estas dos grandes divinidades veneradas por todo piadoso indo forman con el gran Brahma la trinidad inda ó Trimurti.

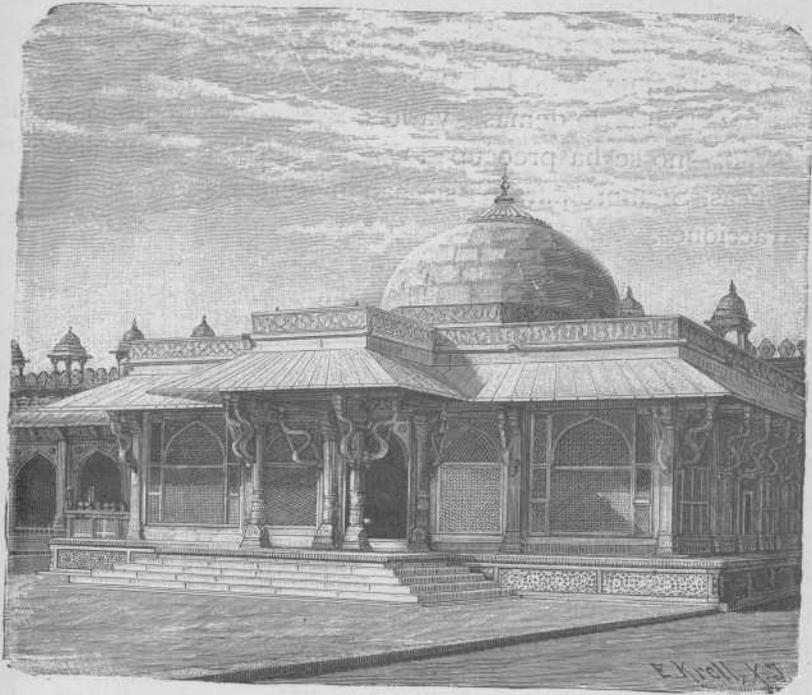
Aunque Brahma sea jerárquicamente el más poderoso de esos tres dioses, no tiene adoradores especiales y apenas si existen en toda la India uno ó dos templos que le estén consagrados. Es preciso buscar el motivo de esto en que para el indo la religión tiende siempre á ser representativa y material. En cambio, mientras que los símbolos de Siva y las encarnaciones de Vishnu pueblan los templos en una multitud de formas y de imágenes, Brahma no está representado bajo una apariencia visible; pero mora en la gran alma impalpable que anima todas las criaturas y en cuyo seno sueña el indo ser absorbido.

Cada persona de la trinidad inda tiene su parte en la obra del mundo: Brahma es el creador, Vishnu el conservador y Siva el destructor. El papel del último parecerá ponerle en oposición con los otros dos; pero no es así, pues en la filosofía inda no hay muerte propiamente dicha, y destrucción es allí sinónimo de transformación. La forma del universo varía sin cesar, pero sus elementos no perecen nunca. El gran Siva, que preside estas transformaciones, es un bienhechor lo mismo que los otros dioses y su indispensable auxiliar.

Estudiando la fisonomía de ese terrible Siva, de ese dios de la destrucción y de la transformación, al que se ofrecía en otro tiempo como á su esposa Kali sangrientos sacrificios y á veces víctimas humanas, se comprenderá que ha sido el desde más antiguo adorado por los indos y el que acaso en el fondo se con-

serva como el personaje preponderante de la trinidad bramánica.

Ningún pueblo ha comprendido más completa y más prontamente que el pueblo indo lo que hay de relativo, de ilusorio y de perpetuamente vario en la apariencia de las cosas. Lo que el



FUTTEHPORE. - Mausoleo del Sheik Selim Chisti

hombre concibe del universo no es para ese pueblo sino una ilusión. El fondo mismo de las cosas cambia constantemente. Lo que de la naturaleza percibimos, es una cadena interminable de evoluciones sin principio ni fin, cadena infinita hacia delante y hacia atrás. En ese desarrollo eterno de causas y de efectos, las muertes producen nacimientos y los nacimientos muertes; pero, en realidad, la muerte y el nacimiento no son sino apariencias, manifestaciones de un misterio invariable en su esencia, pero siempre diverso en su forma.

Desde hace siglos comprenden los indos el papel de la ilusión, de la Mahamaya, fascinadora y mudable diosa que engaña nuestros ojos, encadena ó desespera nuestros corazones y oculta una verdad eternamente inaccesible para nosotros. Han visto que ella dominaba el mundo en una época en que nuestros filósofos de Occidente creían poner á todas horas su mano en lo absoluto. Ahí está la grandeza del pensamiento indo. Los filósofos más profundos no lo han superado aún.

El pueblo, por lo demás — ya lo hemos dicho á propósito del budismo, — no se ha preocupado jamás de tales especulaciones filosóficas. Siempre para él se han materializado esas difíciles abstracciones.

2.º — EL SIVAÍSMO

Siva, el dios de la destrucción, ó más bien, de la transformación, el dios del nacer y del morir, el que tiene por significativo atributo el *lingam* y á quien, no obstante, se inmolan víctimas, el dios del germen que produce los seres y de la muerte que los destruye, Siva es el verdadero dios de la India y la verdadera creación del genio de su raza.

De todos los dioses del panteón neobracmánico, Siva es el más antiguo. Puede identificárselo, sin duda, con el Rudra de los cantos arios, el dios de los vientos que arrastran la lluvia y fecundan el suelo. Confundióse más tarde con Agni. El fuego, adorado con tanto fervor por los primeros arios, era para ellos el principio de la vida que circula en todos los seres y que los anima; era también el de la destrucción, ó más bien de la transformación, pues consumiendo la materia la hace sufrir profundas metamorfosis.

El papel de Agni y sus atributos se convirtieron en los de Siva en el brahmanismo.

La fisonomía especial del dios, su nuevo nombre, los detalles de su culto estaban ya determinados en tiempo de Megastheno que lo menciona y lo compara al Dionisios de los griegos.

Hacia el comienzo de la era cristiana fué, sin duda, adoptado el símbolo de Siva, el *lingam* ó falo. En el siglo XI, en la época de las invasiones de Mahmud de Ghazni, existían ya doce santuarios célebres elevados en honor de este emblema.

Poco á poco la necesidad idólatra, tan vigorosa entre la masa



FUTTEHPORE. — El Khas-Mahal

(Altura total del palacio desde la plataforma sobre que está construído, 17 metros)

ignorante del pueblo, hizo de lo que no era más que un símbolo la verdadera divinidad. Se formó una secta, la de los *lingayets*, que tenía por objeto de adoración á Siva bajo la sola forma del *lingam*. Están sus templos llenos de este emblema; de él llevan constantemente encima pequeñas imágenes de oro ó de plata que besan de cuando en cuando y á las que dirigen sus plegarias. Basava, el fundador de esta secta, vivió en el siglo XII. Pre-

dicó la abolición de castas y adquirió rápidamente gran influencia. Casi perecieron con él sus doctrinas, pero creó una forma de culto dedicado exclusivamente al principio masculino y que tenía por dios visible el falo, culto dominante en el Mysore, el Nizam y todo el Sur de la India, es decir, en las poblaciones dravidianas.

No tardó el emblema femenino correspondiente al falo en aparecer también en los templos y atraer las plegarias de los sivaítas. Representa Parvati ó Kali, la esposa de Siva, la deidad de la vida y de la muerte, la gran matriz de donde ha salido el universo y que lo absorberá finalmente un día.

Ningún culto ha dado lugar á escenas más monstruosas que el de la terrible Kali.

Se popularizó rápidamente entre los pueblos más groseros de la India y se confundió, sin duda, á sus ojos con algún deseo salvaje y sanguinario de los negros aborígenes. La obscenidad y la crueldad se mezclaron para rendirle homenaje. Sobre sus altares se ha derramado la sangre de los últimos sacrificios humanos, abolidos hoy para siempre entre las poblaciones brahmánicas. Escenas de libertinaje imposibles de describir, misterios sombríos ú obscenos se practican aún en esos templos, sobre todo en los que frecuentan los sectarios, llamados los sivaítas de la mano izquierda.

3.º — EL VISHNUÍSMO

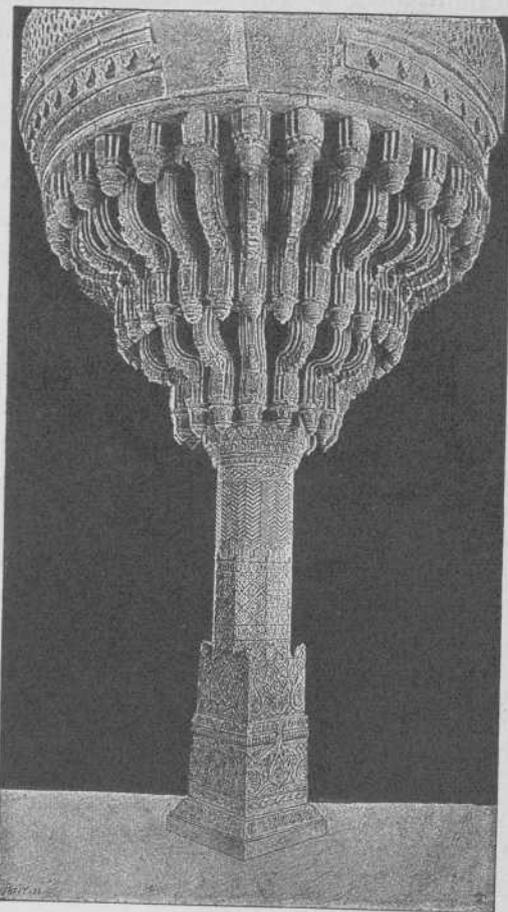
Vishnu, el dios supremo invocado por los indos brahmánicos que no son sectarios de Siva, no parece contar tanta antigüedad como su temible rival. Aparece, no obstante, frecuentemente en los *Vedas*. Megastheno habla de él y le encuentra analogías con el Heraclio de los griegos.

Mientras Siva se dirige más bien á la inteligencia y representa la manera especial de cómo el genio indo ha concebido el universo, Vishnu responde sobre todo á las eternas necesidades del corazón. Es el dios del amor y de la fe, mientras que para seguir

al primero es preciso trabajar duramente á su salud, mortificar sus deseos y observar rigurosas prácticas. A pesar de las orgías que señalan las grandes solemnidades en honor de Siva ó de Kali, entre sus sectarios es entre los que se hallan los verdaderos ascetas.

No se ha conservado más que el de Siva el culto de Vishnu, espiritual y simbólico. Más que á ningún otro pueblo son precisas al indio imágenes visibles que adorar. En vano, en diversas ocasiones, los reformadores han intentado interpretar estas religiones en sentido monoteísta. Lo mismo que en los tiempos védicos, todo ha sido dios para él. En todo lo que no comprende ó teme ve un objeto de adoración.

El esfuerzo de sus brahmanes, de sus pensadores ha fracasado no sólo en toda tentativa de crear el monoteísmo, sino aun en la de concentrar en dos ó tres grandes divinidades esa incesante necesidad de adoración. El pueblo indio les dejó predicar, adoptó dócilmente sus doctrinas; pero apenas penetraron en él se transformaron, se multiplicaron, se divinizaron, tomaron una



FUTTEHPORE. - Pilar de granito,
trono de Akbar, en la sala de audiencia del emperador

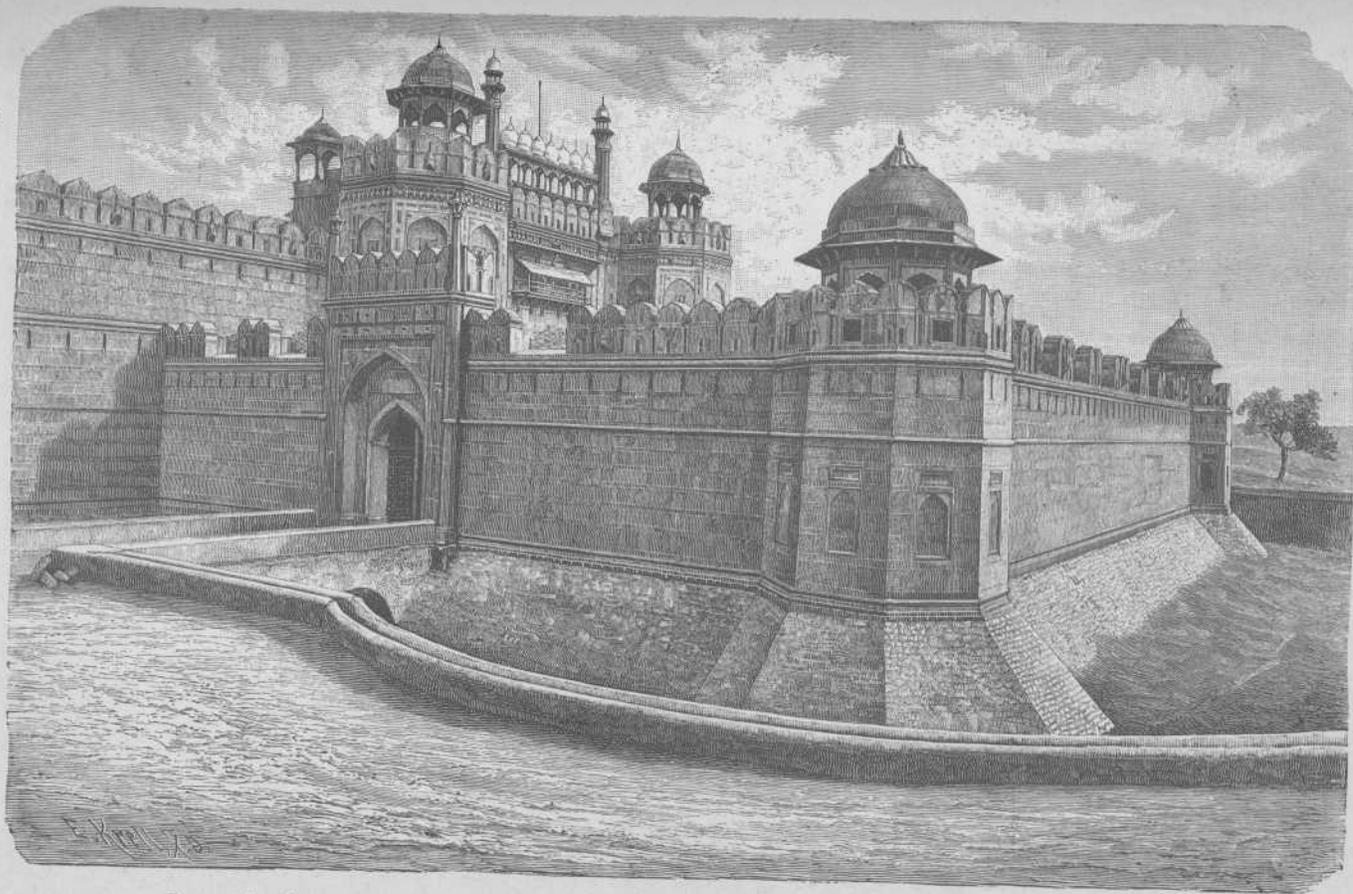
apariencia, un color, una vida, en una palabra, se encarnaron.

Vishnu es un solo dios, sin duda; pero para manifestarse á los mortales este dios ha adoptado tantas formas diversas que sería totalmente imposible definir las ni aun enumerarlas. Hay entre ellas gigantes, héroes, simples mortales y hasta animales, sin contar el astro bienhechor, el sol todopoderoso, con el que desde los más remotos tiempos se confundió Vishnu.

Estas encarnaciones, que se llaman *avatars* de Vishnu, representan lo mismo divinidades particulares, adoradas cada una más especialmente según la comarca, la edad ó la situación social de los sectarios. Los avatars principales, aquellos de que hablan los libros sagrados conocidos y venerados por todos los vishnuístas, son sólo diez. Los demás no tienen regla ni límite. Nacen todos los días. Puede sin temor predicarse á los indos el dios que uno quiera, tan sublime ó tan grosero como pueda imaginárselo; no lo combatirán, pues son la gente más tolerante de la tierra. Es hasta probable que lo adopten sin dificultad, haciendo de él inmediatamente uno de los avatars de Vishnu. Por esta razón es por la que los esfuerzos de los misioneros cristianos no pueden triunfar en la India. Cristo, cuya historia no carece, por otra parte, de analogía con la de Krishna, se ha convertido en uno de los avatars de Vishnu, y á todas las demostraciones de los misioneros los indos responden que no tienen nada que aprender de ellos, siendo ya más cristianos que los cristianos. Cuando el príncipe de Gales visitó la India, ante la pompa de que iba rodeado, muchos indos le consideraron como una nueva encarnación de ese mismo dios.

Dos encarnaciones de Vishnu son particularmente populares en la India: estas son las de Rama y Krishna.

No puede señalarse fecha precisa á la composición de las dos grandes epopeyas, el *Ramayana* y el *Mahabharata*, que cantan estos héroes. Son esas epopeyas para los indos lo que fueron para los griegos las obras de Homero, su principal gloria literaria, un fondo inagotable de inspiración para los poetas y leyendas religiosas para la masa supersticiosa del pueblo. Los si-



DELHI (período mogol). — Entrada al palacio de los emperadores mogoles (empezado en 1638)

glos han compilado, modificado, aumentado esos dos poemas célebres. Existían ya desde hacía mucho tiempo cuando la veneración popular por sus grandes héroes Rama y Krishna hizo de estas victoriosas figuras las personificaciones de Vishnu.

No fué, sin embargo, sólo la aureola de las victorias militares lo que los fieles admiraron en ellos; fué la condición dulce, simpática y hasta amorosa de su carácter. La ternura mística que se apoderó de los corazones hacia Vishnu se convirtió en un amor humano, ardiente, apasionado, cuando tuvo por objeto estas hermosas figuras, visibles, animadas, casi vivas, de Rama y de Krishna.

En Rama se adora al conquistador de la India y de Ceylán, al vencedor asegurando el triunfo de la raza aria, pero ante todo al esposo de Sita. Esta pareja fiel y tan enamorada es al mismo tiempo la de Vishnu con su esposa Lakshmi, la deidad de la belleza. Las desgracias de Sita, su fidelidad, la pasión ardiente y única que inspira á Rama, he ahí los temas fecundos en emociones vivas que enternecen la India desde hace siglos.

Véase cómo se expresa en este punto un indo moderno, tan librepensador como un indo puede serlo, en una obra que ya hemos citado (*El Guzerat y sus habitantes*):

«¡Feliz la nación que posee Rama y Sita como ideal! ¡Feliz el hogar que ofrece su tributo de homenaje á esa sin igual pareja! El viejo y rudo artesano, su sencilla é ignorante compañera, la dulce y romántica doncella, mezclan sus lágrimas sinceras mientras recita el sacerdote algún pasaje favorito del volumen sagrado. ¡Y feliz, tres veces feliz el hombre, si no fué con todo más que un hombre quien pudo elevarse hasta el mismo manantial de la divina inspiración y crear dos seres de tan exquisita hermosura!»

Los goces de la familia, que fueron siempre los primeros para los arios, encuentran su más alta expresión en el *Ramayana*. El tipo del amante perfecto, lleno de seducciones ardientes desde su infancia, atrayendo á sí el amor de todas las mujeres, se encuentra en Krishna, el más popular de los héroes de la India con el bello Rama.

La leyenda de Krishna niño, que no carece de relación con la de Cristo, es cara á todas las madres indas, como la imagen del Niño Jesús lo es á las madres cristianas. Y las mujeres cuyo corazón está solitario, las hijas, las viudas, tienen por el divino amante el culto apasionado y místico que nuestras mujeres occidentales sienten de ordinario por el Crucificado, su celeste Esposo.

Bajo el ardiente clima de la India y con el temperamento inflamable de los orientales, este aspecto amoroso de la religión de Vishnu debía producir resultados bastante contrarios á la moral, tal como se la comprende en Europa.

Entre ciertas sectas, dedicadas más especialmente al culto de Krishna, en particular en el Guzerat, donde los sacerdotes vishnuítas llevan el título de maharajahs, resultar amante de Krishna, es decir, de los sacerdotes que representan á Krishna, es un fin muy perseguido por las mujeres. Llenos de solicitantes, los maharajahs hacen pagar muy caros sus favores. El autor indo que ya he citado varias veces, M. Malabari, se expresa á propósito de esa costumbre del siguiente modo:

«Los europeos pensarán que el *maharajismo* es una superstición deshonrosa, un sistema de innoble sensualidad; pero mientras se conserve en olor de santidad, mantendrá millares de familias indas bajo el yugo de su culto bestial.»

4.º — VARIEDAD INFINITA DE LAS RELIGIONES DE LA INDIA. SUS INCESANTES TRANSFORMACIONES

Acabamos de bosquejar en sus principales líneas las dos religiones de Vishnu y de Siva, y hemos indicado el dogma de la trinidad, que asocia esos dioses á Brahma y constituye el fondo de todas las creencias.

Pero lo que nos es imposible describir, y de lo que quisiéramos no obstante dar una idea al lector, es la multiplicidad infinita de las religiones de la India y el mudar perpetuo que las agita. Ninguna es estable, y no obstante cada una se eleva

á la más remota antigüedad y encuentra su origen en los *Vedas*. Llevan un nombre común, el neobrahmanismo ó indoísmo; sin embargo, son tan numerosas y tan varias como las hojas de los árboles en un gigantesco bosque. Tienden todas al monoteísmo; sin embargo, todas poseen millares de dioses, frecuentemente ídolos de piedra y de madera representando los más groseros objetos. De cada una de ellas se desprenden ideas filosóficas sorprendentes por su profundidad, y en cada una se encuentran las supersticiones más miserables del espíritu humano.

Si se quiere resumirlas en pocas palabras, puede decirse que están formadas por el antiguo panteón brahmánico, compuesto también de grandes fuerzas de la naturaleza divinizadas por los *Vedas* y personificadas por los brahmanes. Estas divinidades exigentes, implacables, insensibles, fueron profundamente dulcificadas y humanizadas por el budismo. La influencia del budismo es evidente en todas las ramas de la religión neobrahmánica; ha deslizado por todas partes su espíritu de benevolencia y de amor. Humano por su caridad y sobrehumano por la abstracción de su filosofía, ha perecido por la una y triunfado por la otra. Buda ha conservado el derecho de ciudadanía entre los dioses innumerables que llenan los templos; se ha convertido sencillamente en uno de los avatars de Vishnu.

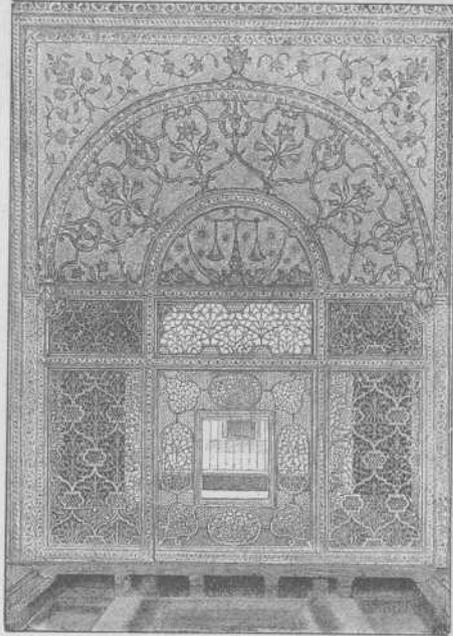
En medio de esta prodigiosa confusión de doctrinas y de dioses nos ha sido fácil obtener tres ó cuatro grandes rasgos del todo característicos del genio religioso de la India: manera de concebir el universo, tendencias monoteístas del alma y politeístas de la imaginación, tolerancia absoluta y fraternidad de las creencias más opuestas. Y esta misma variedad infinita, sobre la que insistimos, ¿no es la herencia directa de los antiguos arios, el resultado del efecto producido al comienzo de la vida intelectual de esta raza impresionable por el espectáculo perpetuamente variado de una naturaleza llena de grandeza y de contrastes?

En nuestras lenguas frías y limitadas del Occidente, destinadas á pintar horizontes agradables, pero con frecuencia empañados

y monótonos, tenemos tres ó cuatro epítetos, siempre los mismos, para definir el color del cielo, la forma de la nube ó el movimiento de la fuente. Homero mismo, cuando ha señalado de un modo la vivacidad de Aquiles ó la majestad de Júpiter, coloca en todo instante esa palabra al lado del nombre del dios ó del héroe, presentándonoslo constantemente con el mismo aspecto.

En los *Vedas* no ocurre nada parecido; no hay la nube, hay millares de nubes de todos colores, de todas las formas, rápidas ó pesadas, lo mismo que pasa en la realidad en el cielo por encima de la frente del poeta; la llama de Agni, las olas del Soma, el movimiento de los vientos, las tintas del crepúsculo y de la aurora, todo eso cambia como en la naturaleza misma; y como cada cosa es un dios, cada dios es múltiple. Esta multiplicidad continúa en el neobrahmanismo, es decir, hasta cuando las manifestaciones de las fuerzas del universo se han convertido en divinidades personales.

Desde que un indo religioso concibe más especialmente su



DELHI. (Período mogol). — Ventana de mármol esculpido y calado de una de las salas del palacio de los emperadores (1).

(Altura hasta el fin del rectángulo superior del dibujo, 4^m,30)

(1) La magnífica ventana de mármol blanco esculpido y calado que representa este grabado se encuentra al fondo de la sala del Dewani Khas, ó sala privada de audiencia, del palacio de los reyes mogoles, cuya entrada hemos reproducido en el grabado anterior. La admirable sala del Dewani Khas tiene 90 metros aproximadamente de longitud. Las columnas están adornadas, ó lo habían estado, de piedras preciosas. Estas han sido quitadas y reemplazadas, con

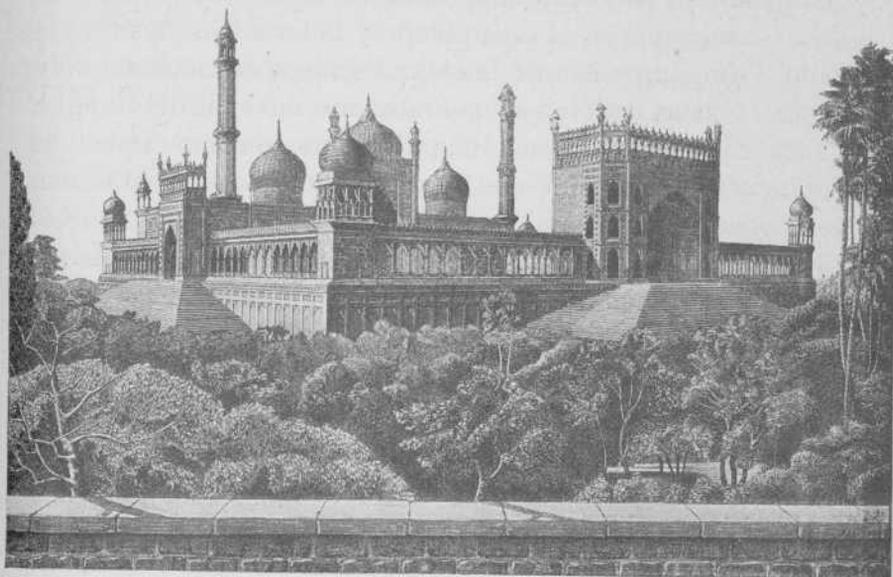
dios bajo una de sus fases con uno de sus atributos, se funda una secta que establece el culto de ese atributo. No hay necesidad de ser bracmán para dar origen á una secta; los hombres de las clases más humildes han resultado á veces reformadores. Apenas el apóstol ha reunido á su alrededor algunos discípulos, queda hecho *guru*, es decir, conductor. Cuando desaparece, le suceden otros gurus que interpretan la doctrina á su manera. Se es guru ya por herencia, ya por vocación, y con frecuencia fuera de la casta de los sacerdotes propiamente dichos. Como el guru pasa por estar directamente inspirado por Dios, su ascendiente moral es muy grande.

Uno de los más célebres gurus de la India y uno de los personajes más notables de su historia es el fundador de la secta de los sikhes, el célebre Nanak. Nacido cerca de Lahore, hacia el fin del siglo xv, soñó fundar una religión monoteísta que habría tenido á la vez por adeptos los musulmanes y los indos. Reclutóse sus discípulos entre los jates turanios de la cuenca del Indo.

Al revés de lo que ocurre muy generalmente, esta secta nueva continuó prosperando. Dos siglos después de la muerte de su fundador, uno de sus mejores sucesores, el guru Govind Singh, la organizó militarmente y la secta se convirtió en un pueblo cuya valentía fué fatal para los mogoles y tuvo largo tiempo en jaque á la pujanza inglesa. Hemos demostrado en otro capítulo que á fuerza de ejercitar sus cualidades físicas y de casarse entre sí, los sikhes acabaron por constituir una verdadera raza, de las más bellas de la India.

De pasada hemos citado el ejemplo de los sikhes para señalar suma habilidad, por pinturas. En la parte inferior del friso de esta sala se encuentra la célebre inscripción persa: «Si el paraíso está en alguna parte de la tierra, ¡es aquí, es aquí, es aquí!» El palacio de los reyes mogoles de Delhi, hoy en parte destruído por los ingleses, fué comenzado en 1638 por el emperador Shah Jehán, y ocupa dentro de la fortaleza que lo rodea un paralelogramo de cerca de un kilómetro de longitud por 500 metros aproximadamente de anchura. Los muros de la fortaleza forman un recinto de asperón rojo coronado de almenas é interrumpido por torres terminadas en quioscos.

las consecuencias que puede tener la formación de sectas religiosas en la India. Sin duda muy pocas sectas llegan á la importancia alcanzada por la de los sikhes; pero todas tienen por consecuencia inmediata la formación de castas nuevas cuyos miembros no pueden casarse sino entre sí y consideran á los demás habitantes de la India como tan extranjeros para ellos como pueden serlo los europeos. Muchas causas se oponen se-



DELHI. (Período mogol). - Vista general de la gran mezquita (1)

guramente á que la India pueda formar hoy un solo pueblo. Esa multiplicación incesante de las castas bastaría sólo á impedirlo.

Al lado de las numerosas religiones que se reúnen bajo la denominación general de neobrahmanismo es preciso citar antiguos cultos aún en vigor entre los aborígenes. Algo hemos

(1) Esta mezquita, la más importante del Asia, fué comenzada por Shah Jehán en 1644 y terminada en 1658. Su decoración interior es sencillísima; pero, al contrario de lo que se observa en la mayoría de las mezquitas mogoles, su exterior es de los más sorprendentes y no se conoce otra mezquita en la India

dicho de ellos en nuestro capítulo de las razas. La adoración de los genios del aire y de las bestias dañinas, serpientes y tigres, está allí predominante. Hemos visto en los Nilghirris pueblos pastores, los badagas, los todas sobre todo, deificando sus vacas y sus toros y haciendo de sus pastores grandes sacerdotes.

Todos esos cultos, más ó menos idólatras, han influenciado á las mismas poblaciones brahmánicas. El culto de los animales desempeña un papel muy importante en todas las religiones de la India sin excepción. La serpiente y la vaca son los más venerados. Ningún pueblo de la India les niega el homenaje divino. Los budistas del Nepal, los brahmanes del valle del Ganges, los salvajes del Gondwana, evitan igualmente como el peor de los crímenes la muerte de una vaca ó de una serpiente. La imagen de este último animal se encuentra en todos los templos al lado de las estatuas de los dioses. Está consagrado á Vishnu como el mono, mientras que el toro y la vaca pertenecen más bien á Siva.

Un dios muy antiguamente adorado en la India y cuyo culto se mezcla también más ó menos á todas las religiones, es el Sol. Los arios le ofrecían ya sus plegarias y celebraron su esplendor en términos brillantes; sus descendientes, ya lo hemos visto, lo identificaron con Vishnu. Pero muchos entre ellos, como entre los dravidianos y los aborígenes, lo invocan aún directamente sin personificarlo.

5.º—FORMAS EXTERIORES DE LOS CULTOS INDOS

Aman los indos las imágenes y los signos exteriores; son muy formalistas en la práctica de su religión, cualquiera que ella sea. que produzca más imponente efecto. Penétrase en su recinto por puertas monumentales situadas en la cima de grandes escaleras piramidales. Todo el monumento está construído de asperón rojo y adornado de fajas de mármol blanco. Las cúpulas están igualmente revestidas de mármol blanco. Los minaretes de a mezquita tienen 40 metros de altura, y el ala consagrada al santuario tiene 61 metros de longitud por 37 de profundidad. En esta mezquita se dijeron por postrera vez, un viernes de septiembre de 1857, las oraciones por el último representante del poderío mogol en la India.

Sus templos están llenos de emblemas, de los que los principales son el *lingam* y la *yoni*, figurando el principio masculino y el principio femenino. Han querido ver *lingams* hasta en los pilares de Asoka. En general la sencilla forma del cilindro ó del cono les representa el objeto sagrado y les llena de devoción.

Los votos, las penitencias, las mortificaciones, la lectura de los libros santos, las letanías, las plegarias, las peregrinaciones, pasan por muy meritorias y son muy escrupulosamente cumplidas. Ningún pueblo se ha mostrado tan rígido como el pueblo indo en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

El libro más estudiado aún hoy por los brahmanes y los fieles es el *Rig Veda*. Su lectura constituye un mérito particular. La lengua en que está escrito, el sánscrito, desempeña para los indos el papel que el latín para los católicos y el hebreo para los israelitas. Las plegarias debe aprendérselas y repetírselas en coro en gran número. Para ayudar la memoria se sirven los indos de rosarios. Las campanas están sobre todo empleadas en los templos búdicos; en los templos brahmánicos están reemplazadas generalmente por gongos.

Los sacrificios, muy numerosos antes y que formaban hasta la parte más esencial de las prácticas religiosas, están lejos de tener hoy esa importancia fundamental. Se ofrecen á Siva víctimas sangrientas, á veces víctimas humanas, mientras que no se depositan sino flores y frutos sobre el altar de Vishnu.

Los sacerdotes tenían entonces una mayor importancia; eran también más instruídos que los de nuestros días. Explicaban gratuitamente á los fieles los pasajes oscuros de los libros santos y celebraban con gran pompa en sus espléndidos santuarios las ceremonias y los sacrificios.

La magnificencia desplegada en ciertos templos renombrados de la India, los días de fiestas religiosas, ha sido siempre muy grande. Aún es preciso contar anualmente por cientos de miles los peregrinos de Benarés, de Jaggernot y de las grandes pagodas del Sur de la India. El aspecto del interior de esos grandes santuarios es muy imponente y propio para impresionar de un

respetuoso espanto el alma de los fieles llegados de muy lejos para implorar á alguna temible divinidad.

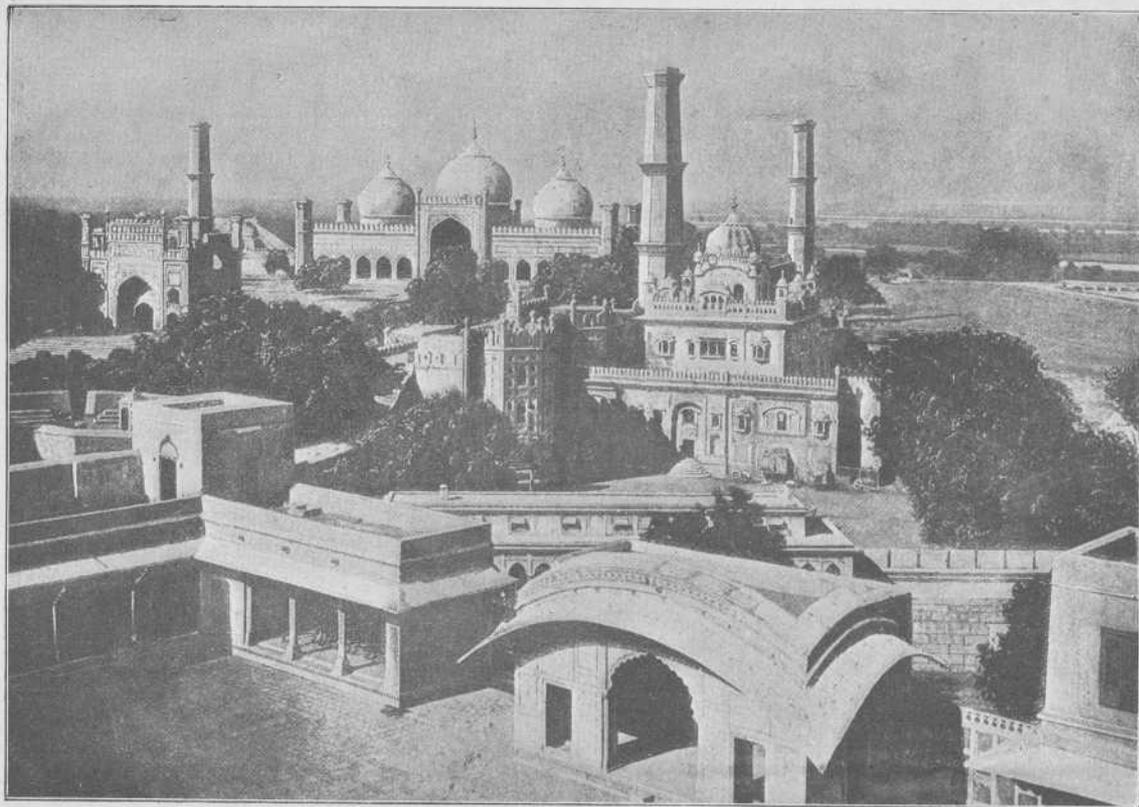
Los lugares célebres de peregrinación son frecuentemente comunes á dos grandes sectas. Vishnuítas y sivaítas se mezclan en los días solemnes. Los musulmanes mismos aumentan á veces la muchedumbre, no sólo por un motivo de curiosidad, sino con un fin piadoso y para realizar obra meritoria.

Ningún paraje de la India es más célebre por sus peregrinaciones que Jaggernot ó Puri, sobre la costa de Orissa. En ninguna parte, por lo demás, puede comprobarse tan bien la fraternidad singular de los cultos de la India y al mismo tiempo su prodigiosa diversidad. No hay uno solo que no esté allí representado. A cualquiera religión que un indo pertenezca, á cualquiera distancia que viva y cualesquiera que sean las dificultades del viaje, no deja de ir á lo menos una vez en su vida á Jaggernot.

Vishnu comparte con el sombrío y fatal Siva las adoraciones de la muchedumbre, cuya piedad sobreexcitada llega á veces hasta el delirio. Se pasea su carro, es decir, su pagoda movable, y tal era en otro tiempo el entusiasmo que se apoderaba de esas ardientes multitudes, que había fanáticos que se precipitaban bajo las ruedas con gritos de júbilo.

Existen en la India otros muchos lugares de peregrinación, pero menos importantes generalmente que los de Benarés y Jaggernot. Las márgenes del Ganges son sagradas desde el origen á la desembocadura, y muchos fieles van de muy lejos á visitarlas. El agua del río es sagrada y transportada con grandes gastos de un punto á otro de la península. Ciertos rajás tienen provisión diaria para sus abluciones.

En nuestra descripción de la India física, al hablar de los ríos, hemos indicado ese carácter sagrado que los indos atribuyen á casi todas las corrientes de agua. Ninguno, sin embargo, llega al Ganges, á la santa Ganga, en la veneración que inspira. Este culto á los manantiales, como el de las nubes y los vientos del monzón, se remonta á la más remota antigüedad. Es bien natu-



LAHORE. – Vista de la mezquita de Orengezb (siglo xvii) y del mausoleo de Runjet Singh (siglo xix)

ral en un país de sequía, donde el agua lleva la vida y donde poblaciones enteras mueren de hambre cuando el agua les falta.

6.º — EL JAINISMO

Hemos reservado en este capítulo un lugar especial al jainismo, que no es más que una secta que tiene la pretensión, muy poco fundada, de ser una religión del todo aparte y no originaria ni del budismo ni del brahmanismo.

En realidad procede del uno y del otro. El jainismo, que tiene la misma filosofía, las mismas prácticas, las mismas leyendas que el budismo, parece haberse separado del budismo con oportunidad y le ha sobrevivido precisamente á causa de las concesiones que ha hecho al brahmanismo.

La historia de su origen y de su desenvolvimiento es del todo desconocida. Debió desempeñar en cierta época un papel muy importante, pues los templos jainicos del siglo x de nuestra era se cuentan entre los más notables de la India. Antes de la construcción de esos maravillosos santuarios se encuentran ya huellas de la religión jainica en inscripciones del Mysore que datan del siglo v y hasta en los edictos de Asoka, que menciona una de esas dos grandes sectas. En la época de Hiuen-Thsang el jainismo era el culto dominante del Dekkán.

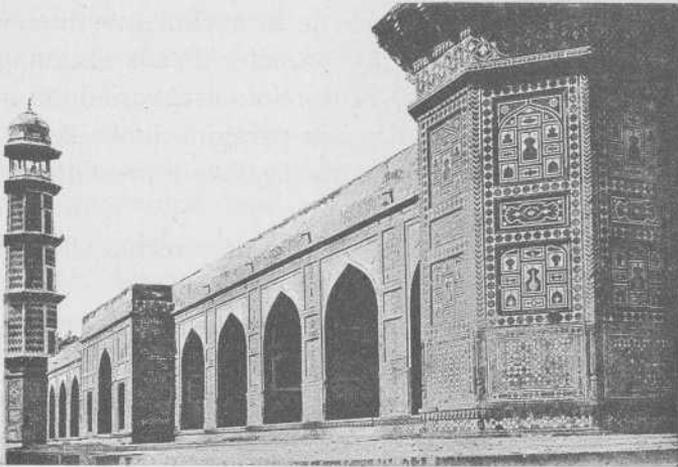
Esta religión es, pues, casi tan antigua como el budismo, de la que hasta que se pruebe lo contrario debe considerársela como una rama. Nada indica que sea anterior, como pretenden sus partidarios.

Los jainas creen, como los budistas, en la eternidad del universo y niegan igualmente todo creador. Difieren en la manera de considerar el Nirvana, que, según sus doctrinas, no es el aniquilamiento final, sino un verdadero paraíso, un estado de beatitud para el alma inmortal.

Creen, como los budistas, que se llega á ese estado por una serie de existencias cada vez más perfectas, de las que la última es la del jina, absolutamente idéntica al estado de buda.

Lo mismo que los budistas que reconocen budas y budisatwas al lado de Zakyá Muni, los jainas reconocen muchos Jinas ó tirthankars. El número está determinado. Han aparecido ya veinticuatro. Estos veinticuatro Jinas son las divinidades supremas del jainismo.

Al lado de estos seres que por una perfección largamente perseguida y al fin alcanzada se han librado del peso de la vida, los jainas reconocen una multitud de dioses y de deidades se-



LAHORE. — Mausoleo de Jehangir (1).

cundarias. En la práctica su culto es tan politeísta como el brahmanismo, del que ha adoptado el múltiple panteón. Desde este punto de vista su suerte ha sido la misma que la del budismo, que, conservándose ateo en teoría por sus especulaciones filosóficas, se ha visto invadido en realidad por todas las divinidades que momentáneamente absorbió.

No es sólo porque aceptase los dioses brahmánicos por lo que

(1) Este monumento, construido en 1627, levántase en un jardín situado á alguna distancia de Lahore. Está construido de mármol blanco y de piedra roja, y, como la mayoría de las construcciones de Lahore, revestido de azulejos esmaltados. El mausoleo propiamente dicho está emplazado sobre una plataforma de 65 metros de lado, con un minarete en cada uno de sus ángulos.

el jainismo ha podido vivir en buena inteligencia con las antiguas religiones de la India; es sobre todo porque admitió con todas sus consecuencias el régimen de castas, atacado, si no materialmente, por lo menos moralmente, por el budismo. Los bracmanes fueron menos hostiles á una religión que respetaba toda su antigua importancia y que enseñaba, como uno de los primeros deberes, el respeto absoluto hacia ellos.

En cuanto á las prácticas y á las leyendas jáinicas, son idénticas á las del budismo. Un Jina supremo corresponde al Adi-Buda del budismo nepalés. La historia de su nacimiento, de su vida sobre la época de su aparición y el carácter de sus enseñanzas, son las mismas que las de Zakya Muni. Solo está variado el nombre.

La confesión, las campanas, las peregrinaciones se hallan en las dos religiones. Las órdenes monásticas representan en ellas el mismo importante papel.

El jainismo tiene sus libros religiosos y rechaza la autoridad de los *Vedas* como el budismo.

Ninguna secta religiosa ha dado mayor importancia á sus santuarios ni los ha elevado á costa de más trabajo ni mayores gastos. Los templos jáinicos del Monte Abu y Khajurao son maravillas arquitectónicas de la India. En el fondo de galerías semiobscuras, á lo largo de las cuales parece agitarse vagamente un pueblo de seres extraños esculpidos en la piedra con todos los movimientos de la vida, se percibe, inmóvil, en una actitud de paz inmutable, la fisonomía impregnada de una serenidad absoluta, uno de los Jinas, generalmente sentado sobre sus piernas cruzadas. Representados siempre los veinticuatro dioses del jainismo desnudos y con los mismos rasgos, podría creerse que no hay sino uno solo, si no se observasen los símbolos que distinguen los unos de los otros.

Hay diferentes líneas trazadas sobre sus pechos y alrededor de su cuello; hay grabados signos particulares en la palma de su mano y sobre la planta de sus pies. A veces es el loto ó bien la rueda, el emblema del Dhorma búdico, es decir, de la ley y de la vida.

El jainismo cuenta todavía hoy en la India numerosos secua-
ces. Está floreciente sobre todo en el Guzerat y la península de
Kattywar.

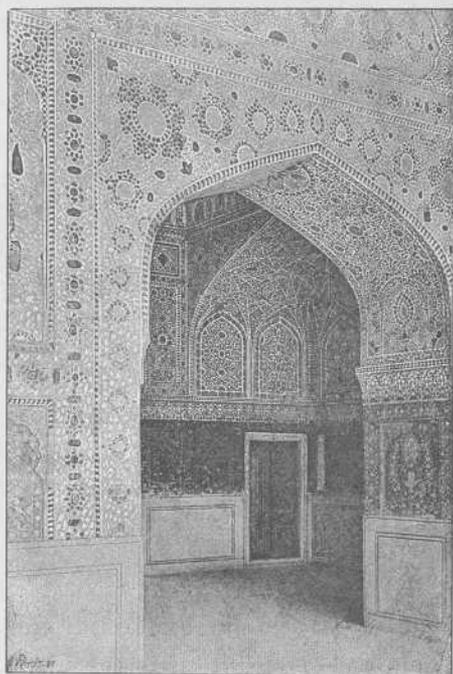
7.º — PRINCIPIOS GENERALES Á TODAS LAS RELIGIONES DE LA INDIA

Nuestra breve descripción de las religiones de la India se re-
fiere á todo el período transcurrido desde el renacimiento del
brahmanismo hasta nues-
tros días. Sus principales
ritos no han cambiado des-
de hace mil años.

Esta impresión de uni-
dad en la más ondulante y
prodigiosa diversidad debe
extenderse para el lector á
todos los períodos de la his-
toria religiosa de la India,
si tal vez hemos logrado
hacérsela comprender.

Vedismo, brahmanismo,
neobrahmanismo no son en
realidad sino una religión
misma de la que el budis-
mo y el jainismo son sen-
cillamente sectas.

Para todas las religiones
de la India la vida es un
mal; la materia, una espe-
cie de manifestación inte-
rior del principio de la vida; la naturaleza, una cadena de evo-
luciones incesantes; los dioses y los hombres, vanas apariencias,



LAHORE. — Entrada de una galería del palacio
de los Espejos (1).

(1) Las partes más antiguas del palacio de Lahore se remontan á Akbar, pero están en lamentable estado de deterioro. La entrada de la galería representada en este grabado fué construída cuando Runjet Singh era rey de Laho-

manifestaciones ilusorias de un principio supremo, el gran Brahma. Este mismo principio que se llama Agni, ó Brahma, ó Buda, es el dios único, especie de gran Pan, que anima todos los seres y hacia el cual se elevan todos los cultos. Las fuerzas de la naturaleza, los antepasados, los animales, los genios, los demonios, los héroes en los que se encarna se convierten en objetos de adoración, después en verdaderos ídolos para la multitud. El alma inmortal pasa de ser en ser hasta su absorción final en el principio supremo. El conjunto de sus acciones durante una vida determinada dicen sus futuras condiciones de existencia.

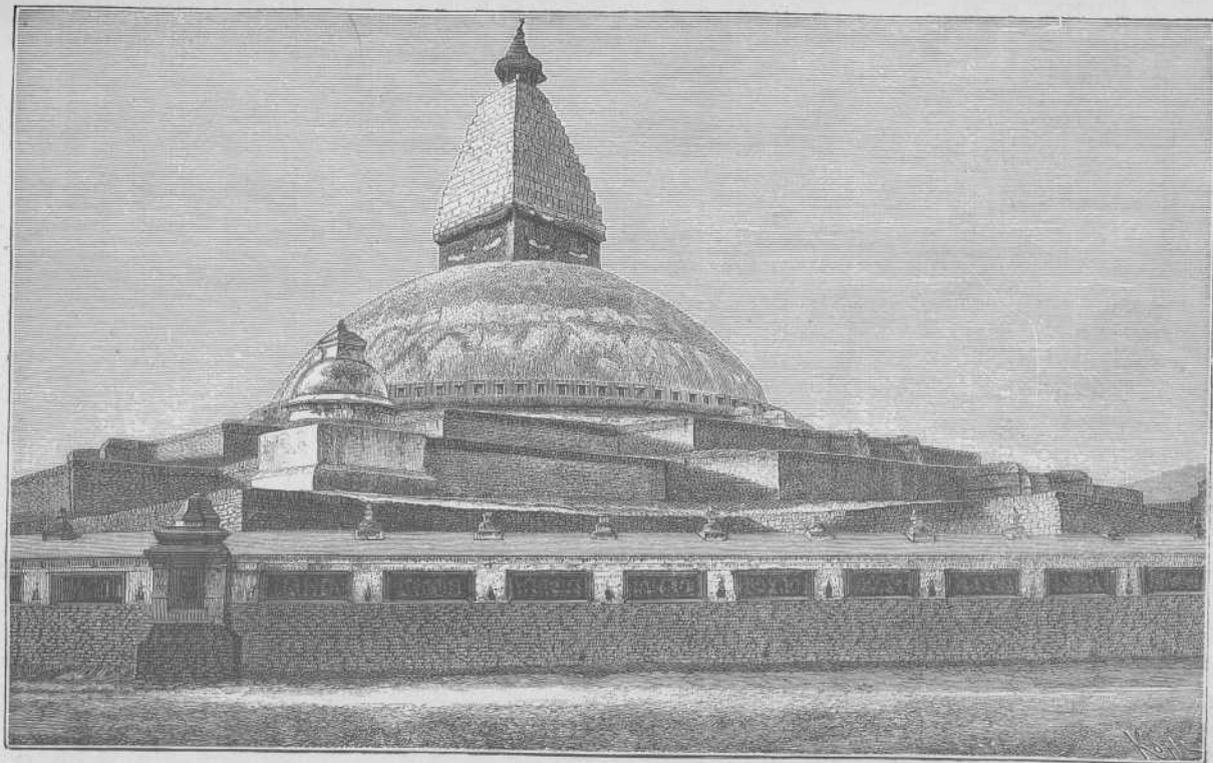
Si se supone el vedismo más cerca del culto elemental de la naturaleza, el brahmanismo más abstracto, más implacable, más fatal, y el neobrahmanismo del todo impregnado por el nuevo espíritu de caridad que proclama la reforma búdica, se comprenderá las principales diferencias que permiten distinguir las tres grandes ramas del induísmo antiguo y moderno.

En cuanto á las formas exteriores han cambiado siempre y siguen cambiando aún. La prodigiosa imaginación de los indos, que las ha multiplicado tanto, no ha cesado de ningún modo de ser activa y las remueve sin cesar.

8.º — EL ISLAMISMO EN LA INDIA

La religión de Mahoma ha hecho en la India numerosos prosélitos. Más de cincuenta millones de hombres, es decir, la quinta parte de los habitantes de la península, siguen hoy la ley del

re. Inferiores generalmente á los de Agra y de Delhi, los monumentos de Lahore son de gran interés porque demuestran cómo en monumentos construídos en la misma época y bajo una misma dominación son muy profundas las influencias de las razas. Las persas son las que dominan en Lahore, no sólo en la decoración de los palacios y mezquitas, sino también en las casas, al extremo de que el viajero que fuese transportado allí en globo podría creerse en una ciudad persa. Los monumentos más interesantes de Lahore son la mezquita de Vizir Khan, la mezquita de Orengezb y el mausoleo de Jehangir, algunos de los cuales hemos reproducido en las páginas anteriores.



BUDDNATH (Nepal). - Vista del gran templo
(Altura aproximada, 42 metros. - Diámetro aproximada, 90 metros)

Corán, y todos los días aumentan este número nuevas conversiones.

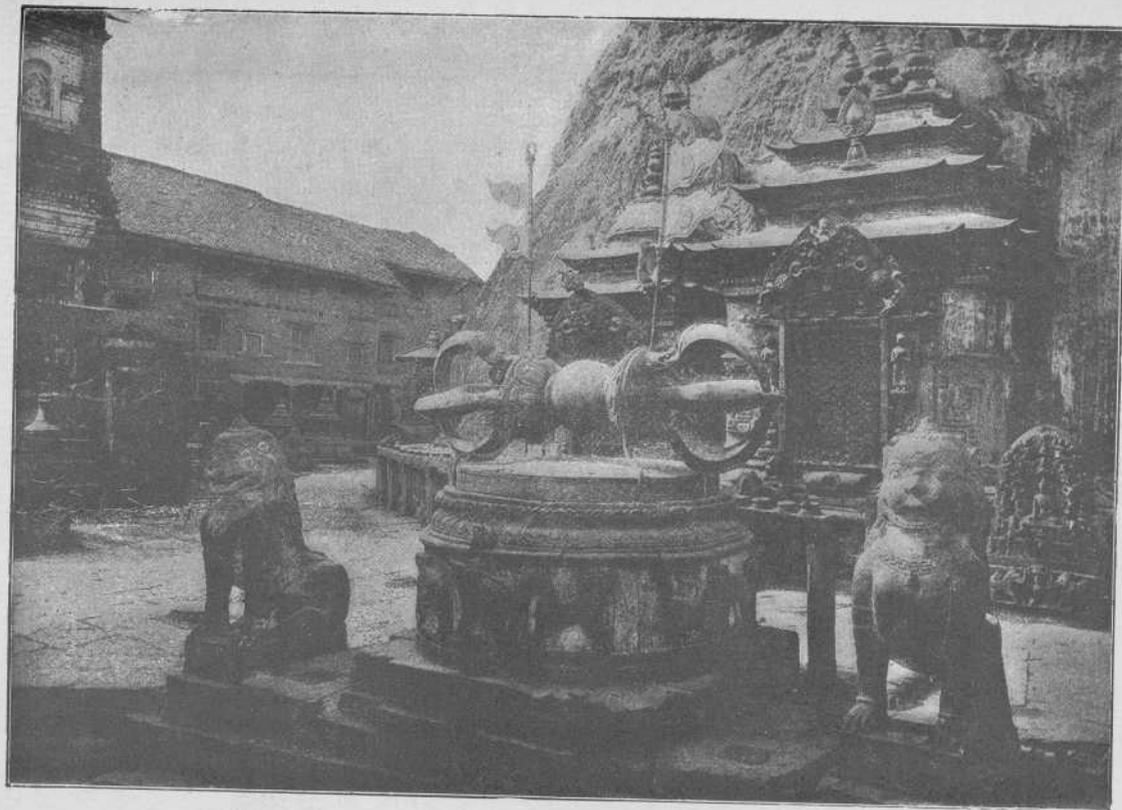
Nada más fácil para un indio que adoptar una religión nueva, siempre de ordinario conservando la antigua. Está por su naturaleza dispuesto á creerlo todo. Generalmente, cuando acepta nuevos dioses, no significa con ello que abandone los antiguos; aumenta sencillamente su panteón y se conforma tanto con los mandatos de una divinidad, tanto con los de otra, según esto le resulta cómodo para su profesión, ó su género de vida ó simplemente le parece de oportunidad.

A medida que se avanza en la escala de las clases sociales, resaltan más las diferencias. Hay en la India, entre los espíritus un poco cultivados, verdaderos musulmanes y verdaderos bracmanes; pero en el pueblo los dos cultos se confunden á veces completamente. Mahoma y los santos musulmanes son dioses con el mismo título que los otros dioses indos. Las ceremonias se prestan mutuamente los ritos y á veces reúnen á los partidarios de las diversas creencias.

Los bohorahs del Guzerat, musulmanes de la secta chiita, que no descienden de familias mahometanas, sino de antiguos indos convertidos, no siguen sino de muy lejos los preceptos de Mahoma y sus ceremonias se parecen mucho á ciertas fiestas indas.

Los sunnitas, que son en mayor número y que se consideran como los verdaderos fieles, desdeñan á los chiitas. El antagonismo es más vivo entre las dos sectas musulmanas que entre ellas y los indos. Estas sectas cuentan, por otra parte, con gran número de subdivisiones ó subsectas.

Una de las principales razones que hicieron triunfar rápidamente el islamismo en la India, es la de que proclama la igualdad de todos los hombres. La ambición, el deseo de sacudir un yugo pesado, hicieron acoger con júbilo la ley del Profeta á millones de criaturas humanas. Pero la religión enseñada por Mahoma era demasiado sencilla para un pueblo acostumbrado á adorar innumerables dioses. Todas las tentativas que se han



SAMBUNATH (Nepal). - Construcciones diversas alrededor del tope

hecho para convertir á los indos en monoteístas han sido infructuosas, no han conseguido otra cosa que agregar un dios más á todos los que adoraban ya. Muchos indos musulmanes rinden á Mahoma los honores divinos; su adoración se extiende hasta su yerno Alí; en las clases bajas son igualmente deificados numerosos santos y se confunden con las antiguas divinidades del panteón brahmánico.

Ante una confusión tal de creencias, que condena las almas ignorantes á la más ciega superstición y á veces hasta al simple fetichismo, se han levantado muchas veces reformadores proponiéndose por fin la depuración de los dogmas generales y su unión definitiva en un monoteísmo elevado.

Tal fué Kabir en el siglo xv, que atacando á la vez el Corán y los *Vedas*, intentó sustituirlos por una enseñanza única completamente espiritual. Tal fué Nanak, el fundador de la secta de los sikhs. Tal Ram Mohum Roy, que practicó una especie de religión ecléctica sacada del cristianismo, del islamismo y del brahmanismo. Tal fué el emperador Akbar, que, según toda apariencia, muy escéptico él mismo, no soñó menos en la fusión religiosa de los pueblos que gobernó.

Todos estos reformadores agruparon á su alrededor más ó menos discípulos, pero su triunfo fué siempre limitado y no lograron en suma sino aumentar el número casi infinito de las religiones de la India.

El islamismo tal como se practica en la península ha tomado ese carácter flotante y variable que el indo imprime fatalmente á todas sus creencias religiosas. No ha establecido tampoco, en las regiones en que predomina, esa igualdad de todos los hombres que lo hizo acoger desde luego con tanta ansiedad. Los musulmanes de la India reconocen generalmente las castas, si no en teoría, por lo menos en la práctica.

El islamismo de la India ha tomado del budismo tanto como del brahmanismo. El culto de las reliquias, tan caro á los budistas, se practica por todos los musulmanes. Conservan pelos de la barba del Profeta, como los budistas los tienen de Zakyá Mu-

ni. Ciertas huellas son veneradas por los fieles de las tres religiones, que ven en ellas, según su creencia, la señal del pie de Brahma, de Buda ó de Mahoma.

En resumen, el islamismo ha sufrido la influencia de las antiguas religiones de la India mucho más que las ha influenciado. Se conserva muy extendido, sobre todo en la cuenca del Ganges y en el Guzerat; pero cuenta también numerosos adeptos en el Dekkán. En este último país, entre las poblaciones dravidianas, está casi desconocido y se distingue apenas del brahmanismo.

Pero en casi todas las ciudades de la península, la mezquita silenciosa y desnuda se abre al lado de la pagoda recargada de ídolos. A medida que la civilización avanza, que los espíritus se esclarecen, el islamismo gana discípulos. El suavizamiento del fanatismo de las castas, la idea de un Dios único, que realiza progresos hasta sobre esa tierra llena de prodigiosas supersticiones, inclinan más y más las almas ante la grandeza sencilla y majestuosa de Alah. La conquista de la India por la religión de Mahoma no ha terminado. Continúa con un trabajo sordo y lento que de ningún modo ha detenido la pujante dominación de la Inglaterra cristiana.

9.º — INFLUENCIA DE LA RELIGIÓN SOBRE LA MORAL ENTRE LOS INDOS

En nuestro artículo consagrado á la constitución mental de los indos hemos indicado ya cómo entre ellos separa la religión de la moral un verdadero abismo.

Debemos de nuevo insistir sobre este punto, difícil de comprender para nuestros espíritus occidentales. Entre nosotros, en efecto, y desde hace siglos, la moral, es decir, la regla de nuestra conducta en general, y sobre todo en nuestras relaciones con nuestros semejantes, se deriva directamente de la religión. Está con ella tan estrechamente ligada, que comenzamos apenas á imaginarla independiente del principio religioso.

Para el indio la independenciam entre la religión y la moral es

tan completa como puede serlo. Se ha dicho de él con razón que era el más religioso de todos los pueblos. Desde el punto de vista de las ideas europeas, podría decirse, con no menos razón, que es quizá el menos moral.

Agradar á los dioses y hacérselos favorables es el fin que persigue el indio en sus más ínfimas acciones, y jamás cesa este fin de ofrecerse á sus ojos. Le produciría, empero, la mayor sorpresa si se intentase persuadirle de que los dioses se interesan en lo más mínimo en la honradez de sus relaciones con sus semejantes, en la castidad de su vida, en la formalidad de su palabra y de su conducta, y que esos seres todopoderosos tienen la menor intención de irritarse si roba el bien de su vecino ó si practica el infanticidio.

Ciertamente su venganza podrá castigarle severamente si olvida decir sus plegarias, si no lee los libros santos, si se ausenta de las ceremonias religiosas, si da muerte á una vaca, si no cumple las purificaciones requeridas, si no se lava las manos antes de comer, por ejemplo, ó la boca después de su cena.

Véanse las faltas que excitan la cólera de los dioses. Los ritos prodigiosamente minuciosos y numerosos que acompañan los menores actos de la vida del indio han sido instituídos para honrar á las potencias celestes, para desviar su cólera ó atraer su bendición. Esos ritos emanan directamente de la voluntad divina, lo mismo que para los cristianos los mandamientos de Moisés; pero entre estos últimos hay seis que son mandamientos morales.

«Honra á tu padre y á tu madre, no mates, no hurtes, no cometas adulterio» nos ha sido tan frecuentemente repetido en nombre de Dios, que pronunciar los mismos preceptos en nombre de la humanidad sola parece casi una blasfemia á ciertas conciencias europeas. Entre los indios, los dioses no mandan nada semejante. Reclaman sacrificios, peregrinaciones, penitencias, plegarias, el cumplimiento de mil ritos exteriores á cada instante practicados, y no se inquietan por nada más. Lo demás es cosa de los hombres; es el lado material, utilitario y práctico de



PATÁN (Nepal). — Gran templo de piedra frontero al palacio real

la vida, que está muy por debajo de las preocupaciones divinas.

Por otra parte, ¿cómo pensar que la estricta moralidad de una vida pueda ser agradable á dioses que dan los primeros el ejemplo de la inmoralidad? Se ha hecho burla de Júpiter griego libertino, de Mercurio ladrón y de Venus adúltera. Estas divinidades tampoco eran muy exigentes en cuanto á la moralidad de sus adoradores. Entre los griegos también la moral estaba separada de la religión. Los dioses indos no tienen más escrúpulos ni más castidad que los habitantes del Olimpo helénico.

Dos órdenes de deberes dominan absolutamente la existencia del indo: las prescripciones religiosas propiamente dichas, es decir, los actos de adoración, y las purificaciones, que entran también en los deberes religiosos, aunque tienen un origen distinto. Creó los primeros la necesidad de atraerse dioses formidables que pueden desencadenar las tempestades, las sequías, las epidemias; los segundos tienen por origen la obligación de purificarse de todo contacto accidental con individuos de castas inferiores.

La observancia de esas dos prescripciones fundamentales, hacerse los dioses propicios por actos de adoración y asegurar la pureza de su casta, constituye casi todas las leyes morales del indo. Las que contienen las leyes de Manu se refieren de una manera ó de otra á esos dos órdenes de necesidades. Todas las demás obligaciones morales, que entre los occidentales se derivan de la religión, no tienen, por lo contrario, en la India ninguna relación con ella.

No hay más que fijarse en las leyes de Manu: se verá que la infracción de ritos pueriles en apariencia constituye para el indo un espantoso crimen, purgado sólo por tormentos y con frecuencia hasta por la muerte; mientras que robos y homicidios pueden ser expiados por las penitencias más ligeras.

A excepción del adulterio, que turba tan profundamente la constitución de las familias, y por consecuencia la de la raza, todos los pecados de la carne tienen poca importancia para los indos. Los cultos voluptuosos que practican les conducen más

bien á la licencia, y el amor no es criminal sino cuando se pone en un ser de casta inferior.

La culpabilidad por muerte depende del rango de la persona en que se ha cometido. Si la víctima es una vaca ó es un bracmán, el crimen es grave; resulta falta en todo otro caso. Ciertas muertes, tales como el infanticidio de las hijas, no son ni siquiera faltas.

No solamente es débil la moralidad general del indio, la poca que posee está reservada todavía á los hombres dos veces nacidos. El sudra no tiene otro deber que el de la obediencia absoluta.

«Todos los pecados que debe evitar un sudra, dice el obispo Héber, son: matar una vaca, ofender á un bracmán ú olvidar uno de los numerosos ritos frívolos por los cuales se supone que se gana la voluntad de los dioses.»

Esta mezquina moral, que varía de una casta á otra y agrava ó disminuye el pecado según el rango del hombre que lo comete, y el de la víctima contra quien es cometido, no es comparable con la importancia de una religión que absorbe el alma é invade los más insignificantes actos de la vida.

«El indio camina, se sienta, bebe, come, trabaja y duerme religiosamente.» Esta frase de un indio es rigurosamente exacta. Jamás se pone en viaje el indio, no comienza una comida, no encuen-



PATÁN (Nepal). - Columna de madera esculpida, de una casa particular

tra un amigo, no se entrega al sueño, sin invocar á los dioses. El corte de sus vestidos, el número y la forma de sus joyas, todo está ajustado á un sentimiento religioso. Su país es aquel del mundo en que hay más lugares religiosos.

El único gran elemento moral que ha penetrado la naturaleza del indo es el espíritu de caridad búdica. Este espíritu se ha deslizado hasta el rígido código inventado para el placer de los dioses fantásticos y crueles, y no para el verdadero bien de los hombres. Ha dulcificado, ha añadido preceptos de amor y de liberalidad á las duras y pesadas prescripciones. El período búdico fué el más moral de la historia de la India y su influencia bienhechora se hace sentir aún.

Las cualidades que posee el indo, tales como la dulzura, la fidelidad á sus amos, el amor de la familia, un admirable espíritu de tolerancia, obedecen á su carácter y son independientes de su moral. La mayor parte de esas cualidades son, por lo demás, del todo pasivas: sabe obedecer y nunca es mejor que cuando cede al yugo de un amo. Que, por lo contrario, mande, y se convierte en seguida en injusto, arrogante y tiránico. No hay ninguna de esas cualidades de la que pueda decirse que es el fruto de una moral apoyada sobre la base potente de la fe religiosa y fortificada por siglos de desenvolvimiento. La moral no ha nacido en modo alguno en la India, mientras que la religión ha ejercido allí en todò tiempo un prodigioso imperio.

El indo es, pues, un ser esencialmente religioso, pero no es de ningún modo un ser moral. Su natural fácil y dulce está habituado á rendirse á la fuerza de un clima que le arranca toda energía por una larga servidumbre. Si no tuviese más freno que su conciencia moral, sería quizá uno de los pueblos del globo más feroces y más peligrosos. Sólo su carácter ha podido convertirle en uno de los más inofensivos.

CAPITULO III

INSTITUCIONES, USOS Y COSTUMBRES

EL MUNICIPIO Y LA PROPIEDAD. — LA FAMILIA. — LAS CASTAS. — EL DERECHO Y LAS COSTUMBRES. — EL AGRICULTOR Y EL OBRERO. — VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DE LOS INDO.

I.º — EL MUNICIPIO Y LA PROPIEDAD

El municipio, desde la más remota época á que pueda hacerse remontar la historia de la India, aparece como un grupo político organizado, completo por sí mismo y por encima del cual sólo está el Estado.

A decir verdad, el municipio es la verdadera patria del indo. Responde para él á todas las necesidades sociales, ofreciéndole á la vez el gobierno paternal que le protege, el juez que hace triunfar su derecho, el sacerdote que dirige su alma, el médico que cura su cuerpo, el poeta y la bayadera que encantan su espíritu y sus ojos, y los conciudadanos que se agrupan á su alrededor como una familia de que fuera hijo.

¿Qué podría el indo pedir más á la gran patria ficticia que se ha intentado con harta frecuencia crear para él? Nada espera de ella, no la reconoce. Todo lo que de ella sabe es que la ha debido siempre un pesado tributo. Cualquiera que sea el conquistador que haya formado violentamente esa patria por la fuerza de las armas, ese conquistador, indígena, musulmán ó cristiano, se ha mostrado igualmente duro para el cobro del impuesto, y puesto que el aldeano debe siempre obedecer y pagar, poco le importa á quién.

Así las revoluciones, las guerras han pasado, los imperios se han formado y han perecido sin que el ciudadano indo se haya inquietado lo más mínimo. No habiéndole sus dueños su-

cesivos pedido sino dinero, y no habiéndole tocado á sus costumbres seculares, se ha conservado tal como era hace tres mil años. El municipio indio nos presenta aún hoy la imagen de la sociedad aria primitiva, y podríamos agregar, además, que de toda sociedad en sus comienzos.

Por municipio, en la India, es preciso no entender solamente un grupo de casas, sino también las tierras que las rodean y que son la propiedad de sus habitantes.

Esta propiedad es con frecuencia común. La comunidad de las tierras precedió por todas partes en el mundo á la propiedad individual; pero mientras todas las sociedades evolucionaron de la primera á la segunda forma, la sociedad india se ha conservado fiel al tipo primitivo, y por un contraste singular con los otros pueblos, tiende hoy aún á convertir todos los días la propiedad individual en común.

Que un individuo, por méritos absolutamente personales, llegue á la riqueza, la comunidad de que ha salido encontrará natural reclamar la partición de sus ganancias. Se han sostenido en la India curiosos pleitos sobre esta cuestión, y los jueces ingleses han conseguido á duras penas algunas veces conservar al que se había enriquecido los beneficios de su trabajo. Ha sido preciso para ello que la comunidad no haya en nada contribuído al enriquecimiento ni por la educación que hubiere al enriquecido proporcionado. En los casos en que el individuo se debía menos á sí mismo que á los cuidados de que había sido objeto, nada ha podido impedir la vuelta de sus bienes á la comunidad.

Cuando nace un niño en la India, el solo hecho de su existencia le da derecho á una parte de los bienes de sus padres. Se creará que por este sistema se establece la propiedad personal. Nada menos exacto. La partición no se realiza jamás de hecho. Cuando el niño llega á hombre y puede reclamar su parte, no lo sueña siquiera: se contenta con su parte de renta, y así es como la propiedad individual tiende constantemente, como dejamos dicho, á volver á la comunidad.



BHATGAÓN (Nepal). — Fachada del palacio real

Esta comunidad de bienes es doble, según se la considere con relación á la familia ó al municipio.

La comunidad municipal tiene su origen en la familia. El municipio no es sino la familia extendida. En varios casos esta definición es rigurosa en el sentido de que todos los habitantes de una aldea descienden de un mismo tronco; forman, pues, un verdadero clan. Algunas veces tres ó cuatro familias constituyen el núcleo, más ó menos abierto á los extranjeros. Muy frecuentemente el lazo familiar es puramente ficticio, pero no por eso menos reconocido é invocado.

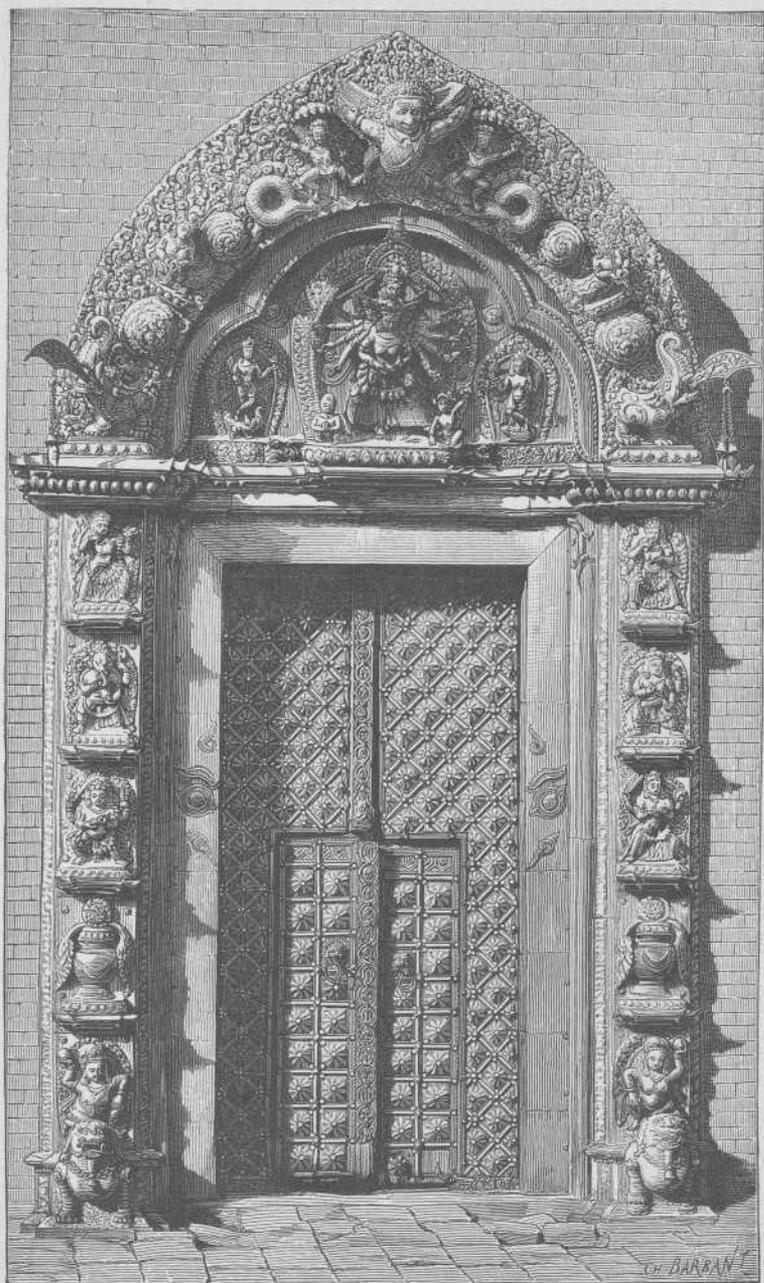
Cualquiera que sea, el grupo se divide en familias distintas, que tiene cada una su casa diferente y cultiva su lote de tierra distinto. Los bienes muebles, tales como las bestias, instrumentos de labor, etc., poseídos por una familia, lo mismo que la parte de esa familia en las rentas de la comunidad, pertenecen en común á los miembros de la familia, padre, madre é hijos. Esto constituye la comunidad en la familia.

Por otra parte, todas las tierras dependientes del municipio pertenecen en común á los habitantes que las cultivan en conjunto y se reparten las rentas. Esto constituye la comunidad en la sociedad.

Cuando termina la recolección, las gavillas se reparten en diferentes montones. Uno de los mayores representa la renta del Estado. Puesto este montón aparte, el deber del indo hacia lo que podría llamarse su patria está cumplido. No le debe nada más.

Satisfecho el Estado con la parte del león, se retribuye á los funcionarios del municipio. Se hace un gran montón para el jefe, otro para el bracman, uno menor para el inspector de tierras, para el encargado de repartir las aguas, para el barbero, para el alfarero, el carpintero, el herrero, el lavadero, el zapatero, el astrólogo, el médico, el poeta y la bayadera.

Todos estos funcionarios y otros más aún — pues son tanto más numerosos cuanto más vasto y más rico es el municipio — mantiene la comunidad. Cada uno según sus funciones, perte-



BHAKTGAÓN (Nepal). – Puerta de oro del palacio del rey
(Todas las esculturas son de bronce cincelado y dorado)

nece á una casta diferente y se guardaría bien de casarse ó de comer con otro de otra casta. Pero estas barreras, por rígidas que sean, no crean ni rivalidad ni hostilidad entre los ciudadanos. En el fondo, como se creen más ó menos descendientes de un mismo tronco, se sienten hermanos. Un espíritu de igualdad sincera reina entre ellos, y los mismos que desempeñan los empleos reputados viles encuentran, en razón de los servicios que prestan, una especie de consideración entre sus conciudadanos.

Cuando los funcionarios han recibido sus partes respectivas de la recolección, se divide lo que queda entre todas las familias. Lo que toca á cada una no es gran cosa. El aldeano, el *ryot* indo, vive devorado por los impuestos. ¡Feliz, cuando los ha pagado todos, si le queda lo bastante para alimentar á su familia y comprar la simiente necesaria para obtener la cosecha próxima! En Bengala una familia se estima dichosa cuando sus rentas llegan al equivalente de veinticinco á treinta céntimos por día.

Allí donde el sistema comunal funciona regularmente, el campesino tiene seguro el auxilio de sus conciudadanos en caso de apuro y no padece hambre sino cuando el hambre es general.

Cada aldea está gobernada por un jefe elegido, asistido por un consejo que era al principio de cinco miembros, como lo indica su nombre de *panchayat*, y que es ahora en general algo más numeroso; está administrado por los primeros funcionarios que hemos citado.

Esta organización secular estaba arraigada profundamente en las costumbres para que la voluntad de un soberano pudiese cambiarla. Todos los conquistadores que han sometido sucesivamente la India han respetado la organización municipal y le han dejado al municipio su autonomía. Tenían en ello un interés evidente. Lo importante para el jefe del Estado era asegurar la percepción regular y provechosa del impuesto, y las comunidades municipales, responsables por cada uno de sus miembros, le

ayudaban mucho mejor que no hubiera podido hacerlo ningún otro sistema.

Falta mucho, sin embargo, para que todos los municipios de la India ofrezcan la organización regular que hemos descrito. Encierra la India demasiadas razas diferentes para que una institución cualquiera pueda mantenerse sin variación sobre la



KATMANDU (Nepal). - Vista de un templo de ladrillos y madera esculpida

inmensa superficie de la península. De hecho, se encuentran todas las formas conocidas de la propiedad, desde la comunidad absoluta de bienes hasta la propiedad individual no menos absoluta.

Como son las diferentes maneras de percibir el impuesto las que marcan las distintas formas de la propiedad en la India, indicaremos someramente las cinco maneras como se lo percibe por el gobierno inglés en las diversas divisiones del imperio.

Los ingleses han adoptado el principio musulmán que quiere que todas las tierras pertenezcan al soberano y que la renta

pagada por el pueblo sea, no un impuesto, sino una renta, tal como la que los colonos pagan á los propietarios.

En Bengala están repartidas todas las tierras entre cierto número de grandes propietarios ó *zemindars*, especie de arrendatarios generales que las alquilan á los campesinos y son responsables del impuesto ante al Estado.

En Audh, el sistema es poco más ó menos el mismo, con la diferencia de que en Bengala el gobierno interviene entre los *zemindars* y los terratenientes y salva á éstos de una opresión exagerada, mientras que en Audh están á merced de los grandes propietarios.

Esta diferencia y las que veremos en las otras provincias obedecen á que el gobierno británico ha dejado poco más ó menos las cosas en el estado en que las encontró después de los trastornos que siguieron á la caída del imperio mogol. Los *zemindars* eran aventureros afortunados que, á la sombra de guerras y revoluciones, se habían adjudicado dominios independientes.

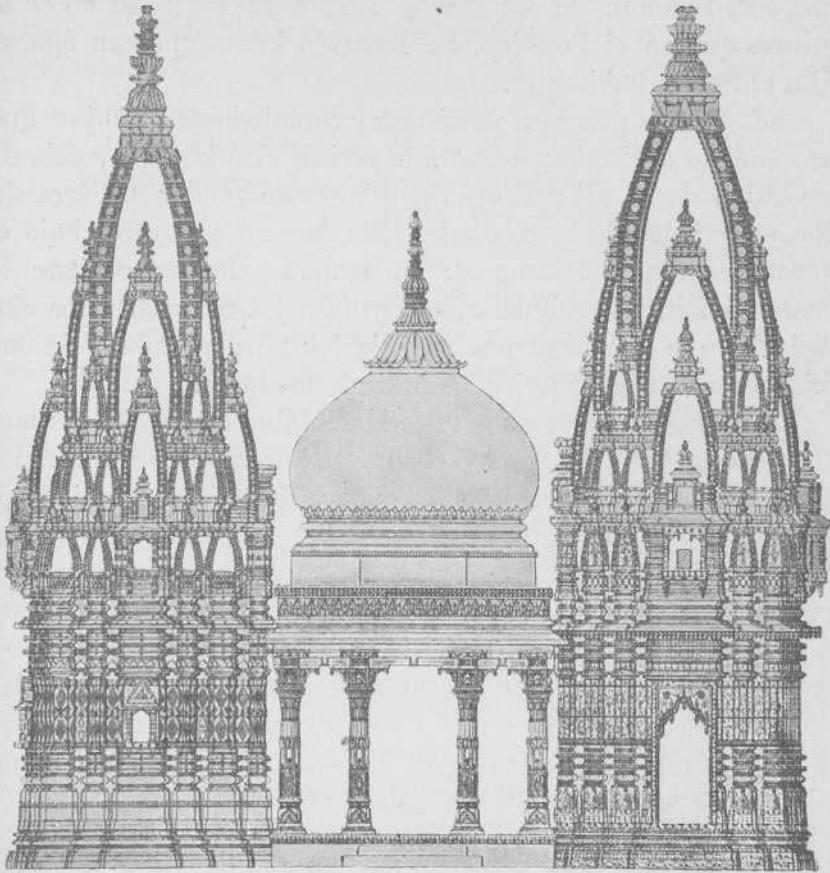
Reconociéndoles la propiedad hereditaria de las tierras de que se habían apoderado, creyó Inglaterra organizar una especie de aristocracia territorial obediente á su autoridad y deseosa de mejorar el suelo. El resultado probó que este cálculo era erróneo. En ninguna parte el labrador vive más oprimido, más miserable, más despreocupado de la prosperidad agrícola que en Bengala y Audh, donde trabaja, no para él, sino para amos despiadados, orgullosos y holgazanes.

Muy distinta es la situación en el Pundjab. Florece allí en toda su sencillez patriarcal el régimen de las comunidades municipales. El gobierno inglés recibe directamente el impuesto de cada jefe de aldea, y los campesinos libres y amos de sus tierras, felices y activos, hacen producir á sus campos todo lo que un suelo esmeradamente cultivado puede proporcionar.

En las provincias del Oeste y del centro existen, ya colonos hereditarios que reciben la renta de los labradores y pagan el impuesto al Estado y se benefician con la diferencia de estas

dos rentas, ya grandes y pequeños propietarios que pagan directamente el impuesto.

En el Dekkán cada uno paga directamente al Estado una



BENARÉS. — Fachada del templo de Vishveshwur, según un dibujo de Prinseps (1)

(Escala, 8 milímetros por metro)

renta que es revisada y tasada de nuevo al final de cierto número de años.

(1) Benarés, por excelencia la ciudad sagrada de la India, es al mismo tiempo una de las más antiguas, pues estaba floreciente cuando Buda predicó en ella por vez primera su doctrina cinco siglos antes de nuestra era. A pesar de su

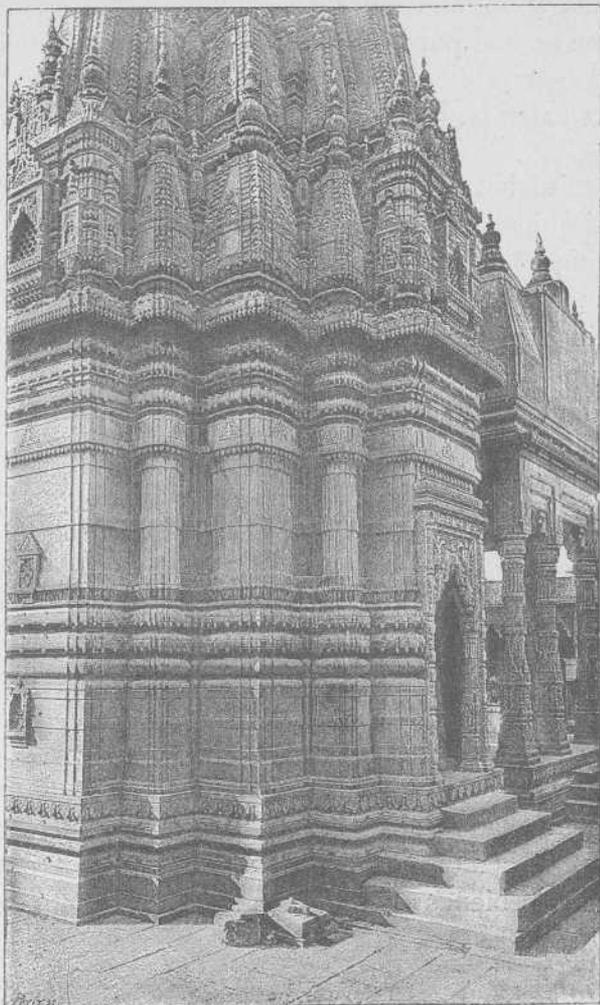
Aunque el Dekkán sea infinitamente menos rico y menos fértil que el Indostán, acaso es esta parte de la India donde el pueblo es más feliz. Existe allí el municipio con su autonomía y la propiedad común de las tierras, pero esta propiedad no es la misma que en el Pundjab. Se reparten los campos en épocas fijas entre los habitantes.

Cada familia posee en particular y completamente su lote que se aumenta ó disminuye según la actividad ó la negligencia de los trabajadores. El padre de familia puede vender su tierra sin consentimiento de la comunidad, lo que no es posible bajo el verdadero régimen comunal. Únicamente el reparto viene de cuando en cuando á igualar las fortunas y á recordar á los ciudadanos que son, al menos en principio, los miembros de una misma familia y solidarios los unos de los otros.

En suma, lo que causa la miseria del labrador indio no es tanto la enormidad del impuesto cuanto los intermediarios colocados con demasiada frecuencia entre ellos y el gobierno, verdaderos azotes del pueblo. En todas partes donde el labrador se encuentra en directa relación con el Estado, ya como individuo, ya como comunidad, es casi siempre activo, prospera y está contento á pesar de su pobreza.

Es un espectáculo verdaderamente agradable el que se ofrece á los ojos del viajero cuando atraviesa una aldea del Pundjab y hasta las ásperas llanuras del Dekkán. Los numerosos templos, los árboles sagrados, los altares esparcidos á lo largo de las calles atestiguan la piedad de ese pueblo supersticioso y sencillo; la modesta casa comunal, un techo únicamente sostenido por pilares, habla de los hábitos de libertad en la obediencia, practicados desde hace tres mil años; y en las calles estrechas, de casas de fachada de madera delicadamente esculpida, una santidad, Benarés no posee un solo monumento antiguo, siendo los menos modernos los que se remontan al período musulmán. Los monumentos de Benarés son de una arquitectura moderna sin carácter especial y no presentan otro interés que el aspecto pintoresco ofrecido por su conjunto. Sus templos más importantes son el de la diosa Durga, uno de los nombres de Kali, esposa de Siva, y el de Vishveshwur, que representamos en el presente grabado.

población inofensiva y dulce, de aire sumiso y alegre, vestida ligeramente, pero llena de joyas, se aglomera y se agita con al-



BENARÉS. — Templo de Durga (1)

guna importunidad, pero sin intención hostil, alrededor del extranjero.

(1) Los europeos designan el templo de la diosa Durga, uno de los nombres de Kali, esposa de Siva, con el nombre de templo de los Monos, á causa

Bien distinto sería el cuadro en la pobre y oprimida provincia de Orissa ó hasta en el rico valle del Ganges, donde el pueblo reclama y obtiene del suelo, el más generoso del mundo, tesoros que no son para él.

2.º — LA FAMILIA. CONDICIÓN DE LAS MUJERES EN LA INDIA

La organización de la familia es la primera cosa que debe estudiarse si quiere conocerse la sociedad inda.

La familia es el tipo y la base de la comunidad, y el Estado, según hemos visto, no es sino una aglomeración de comunidades, sin ningún grupo intermediario.

La comunidad perfecta es un clan ó familia asociada.

En la familia asociada nadie posee nada en propiedad. Los bienes muebles ó inmuebles son de propiedad común, de la que ninguna parte puede ser enajenada sin el consentimiento de todos. El padre de familia administra la fortuna y ejerce una autoridad moral absoluta. A su muerte le sucede su hijo mayor, sin que haya partición de bienes. Todos se someten á él como se sometían á su padre. Al fin de algunas generaciones la familia resulta un verdadero clan, del que es siempre jefe el hijo mayor de la rama más antigua.

Es raro, sin embargo, que no surja ninguna causa de división ó de disgregación cuando la familia comienza á extenderse. Hemos desarrollado este tema cuando nos hemos ocupado del clan rajpute, y hemos con relación á la propiedad indicado el caso en que los bienes del padre se dividen á su muerte entre sus hijos.

del número considerable de estos animales que en él se encuentra, ó por lo menos que en él se encontraba, pues llegaron á importunarles tanto, que tomaron recientemente el partido de deportarlos al otro lado del río. De este templo son especialmente notables por su belleza las columnas esculpidas que sustentan el pórtico y que serían verdadero ornamento de los más suntuosos palacios de Europa. El templo está construído totalmente de piedra y enteramente pintado de ocre rojo. Las puertas están en parte revestidas de bronce cincelado. Data de mediados del siglo penúltimo.

Este caso se presenta bastante frecuentemente hoy, y la sociedad inda denota una tendencia, muy débil aún, á aumentar la importancia del individuo y á disminuir la del grupo familiar.

Recordadas estas generalidades, nos ocuparemos exclusivamente en este párrafo de la familia propiamente dicha, es decir, del padre, de la madre y de los hijos.

La autoridad del padre de familia es absoluta en la India como en otro tiempo en Roma. Si no llega hasta el ejercicio del derecho de vida y muerte, es sencillamente por la dulzura del carácter del indo. La mujer considera á su marido como su amo y como el representante de los dioses sobre la tierra. Llega á tal punto ese respeto, que no pronuncia siquiera su nombre. Cuando es recién casada, reemplaza este nombre por una reticencia ó por una perífrasis; cuando es madre, designa á su marido diciendo: «el padre.....» y añade el nombre de su primer hijo.

A pesar de la autoridad despótica del esposo, y aunque este marido no sea jamás por la mujer escogido, pero le sea prometido desde la más corta edad, el lazo conyugal no tiene para ella nada de pesado. Los esposos indos están tiernamente unidos el uno al otro, y si el marido por una especie de decoro obligatorio afecta en público tratar á su mujer con indiferencia vecina al menosprecio, es generalmente dulce con ella en la intimidad y sufre hasta fácilmente su influencia, y raramente llega el caso de que la pegue ó la maltrate.

La mujer inda es muy ignorante y la opinión general es que debe conservarse ignorante bajo pena de deshonorarse. Instruirse es para ella imitar descaradamente á los hombres y ostentarse como una cortesana. Los esfuerzos hechos por los dueños actuales de la India para atraer la mujer á las escuelas encontraron la resistencia más obstinada.

A los niños se les promete desde la cuna y á las niñas se las casa á los doce ó trece años. La mujer inda no tiene existencia posible fuera del matrimonio. Apenas venida al mundo, escogen sus padres para ella al que será dueño de sus destinos. Crece

para pertenecerle, y sea él horroroso, injusto y brutal, prefiere ella aún pertenecerle á perderle ó dejar de casarse.

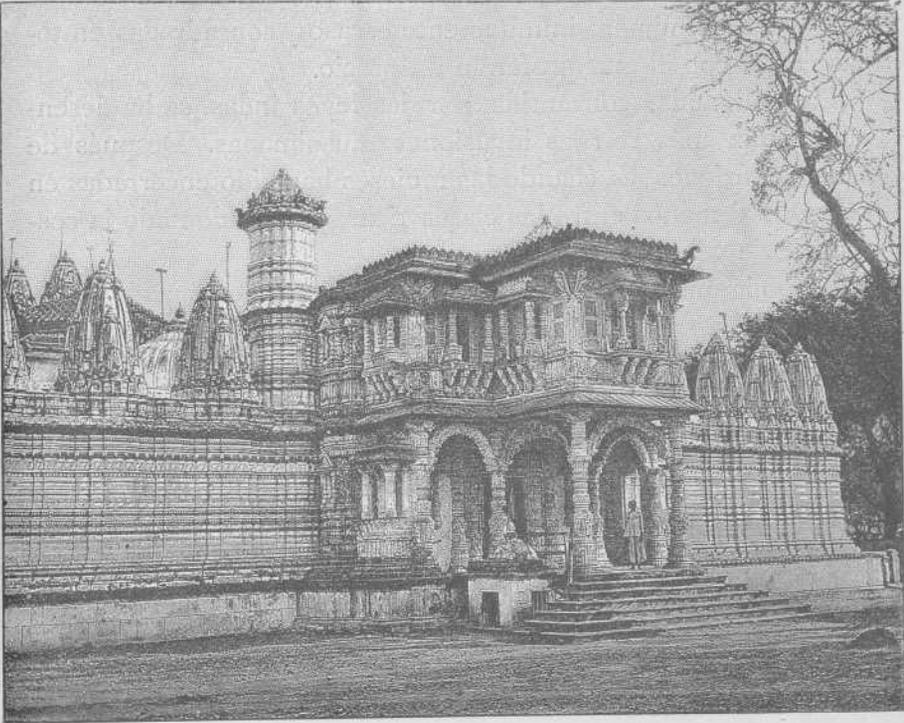
La mujer soltera, y sobre todo la viuda, son dos especies de seres que la sociedad inda rechaza de su seno. Por viuda se entiende hasta la doncella que ha perdido á su prometido desde los primeros años de su vida. Una tal desgracia es irreparable. La abandonada ocupa un lugar más ínfimo que los parias.

«La muerte del indio, dice M. Malabari, es un golpe terrible para su mujer; no puede levantarse más. La viuda inda lleva un duelo que dura toda su vida. No se la trata como á un ser humano. Su mirada produce mal de ojo y mancha cuanto toca. Despreciada, abandonada, no encuentra en la vida sino un peso. No le queda más recurso que abandonarse á impuras costumbres ó arrastrar hasta el fin una vida miserable y solitaria. Hablo aquí de la joven viuda; la que tiene el consuelo de poseer hijos no está tan á merced de los prejuicios de casta.»

Se comprende ahora en qué amarga fuente ha bebido la mujer inda esa abnegación conyugal que produce nuestra admiración y que, fortificada de siglo en siglo, se ha convertido en un sentimiento innato. Las mismas razones explican en parte, si no el establecimiento, al menos la perpetuación de esa costumbre del *sutti* que obliga á las viudas á quemarse sobre el cuerpo de su marido. Entre las felicidades gloriosas que la viuda heroica debe disfrutar en otra vida cerca de su esposo y la abominable miseria en que ha de arrastrar sus días conservándose sobre la tierra, la elección no era dudosa para criaturas ardientes y crédulas, cuyo entusiasmo se excitaba ante las lágrimas, los aplausos, las plegarias y los cantos sagrados que resonaban á su alrededor y saludaban su muerte sublime.

Cuando el gobierno inglés prohibió la práctica del *sutti*, la principal resistencia á esta interdicción procedió de las mujeres que durante largo tiempo procuraron aún sacrificarse, burlando toda vigilancia. Ellas son las que han impedido la abolición de esta costumbre en el Nepal á pesar de la voluntad del todopoderoso ministro Yang Bahadur.

Creencias arraigadas desde hace siglos en almas ignorantes y sencillas y la perspectiva de una vida absolutamente miserable y deshonrosa bastan á explicar ese fanatismo. Sólo la fe religiosa es capaz de realizar esos milagros. No es menos profunda



AHMEDABAD. — Templo de Huttesing

esa fe entre las mujeres indas que entre los mártires que creían encontrar á Dios más allá de las llamas de la hoguera.

Difícil es decir á qué época se remonta la costumbre del *sutti*. No se hallan huellas de ella en Manu y aún menos en los *Vedas*, aunque los sacerdotes la hayan más tarde apoyado en un precepto de los himnos sagrados, falsamente interpretado por ellos. El *sutti* no es muy antiguo y anterior á la era cristiana. Se le ve mencionado por primera vez por los griegos trescientos años antes de Jesucristo.

La costumbre del *sutti* ha desaparecido hoy de la India, exceptuado el Nepal; pero es verdaderamente difícil decir que las mujeres hayan con ello salido ganando. La situación de las viudas, como decimos más arriba, es absolutamente miserable. Las que, desafiando la opinión pública, han logrado casarse de nuevo son en número infinitamente escaso y son miradas en todas partes con el más profundo desprecio.

La poligamia, consentida por las leyes indas, se ha desenvuelto aún más con las invasiones musulmanas. Después de estas invasiones es cuando las mujeres han sido encerradas en *zenanas*, al menos entre las clases ricas, y han adoptado la costumbre de velarse en público.

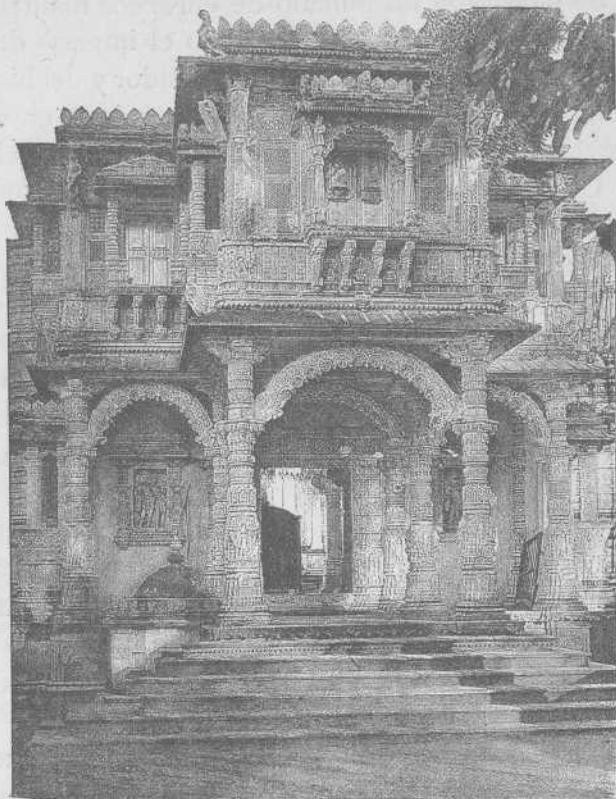
La poligamia, que para las gentes opulentas es una elegancia y un lujo, apenas si se practica entre las pobres sin otro fin que la pereza y la avaricia. Las gentes de las clases bajas no tienen frecuentemente sino una mujer. Cuando tienen varias, es para hacerlas trabajar y ganar la vida de la familia. Las que aceptan esta condición pertenecen generalmente á castas inferiores y se sienten aún muy dichosas de la dignidad relativa de que las ha revestido el matrimonio.

Uno de los resultados de la poligamia es el de designar de ordinario los hijos por el nombre de su madre á fin de distinguirlos. Esta costumbre, que pertenece igualmente á los pueblos poliandrios, era bastante general en la India antigua.

La mujer no desempeña papel alguno y no tiene ninguna importancia sino cuando es madre. Su situación es entonces respetada hasta en el caso de hallarse viuda. El respeto y el amor de sus hijos no tiene límite. Si envejece, se ve rodeada por generaciones de hijos y de nietos sobre los que ejerce dulcemente una autoridad incontestable.

Para comprender bien la vida de familia en la India es preciso no olvidar que jamás se circunscribe á los miembros que componen efectivamente la familia. Reune en un lazo indisoluble todos sus antepasados y todos sus descendientes; todos están presentes siquiera en pensamiento á cada ceremonia íntima; se

les dedica brindis en todas las comidas de fiesta. En medio de las explosiones de alegría, los convidados se detienen para sentir flotar á su alrededor el alma de los antiguos arios y para desear una feliz existencia á todos los seres desconocidos que



AHMEDABAD. — Pórtico del templo de Huttesing

les deberán á ellos mismos la luz, continuando la larga cadena de sus ideas y de sus sentimientos á través del tiempo infinito.

3.º — EL RÉGIMEN DE CASTAS

El régimen de castas es la piedra angular de todas las instituciones sociales de la India desde hace más de dos mil años. Tiene ese régimen tal importancia y es esa importancia de

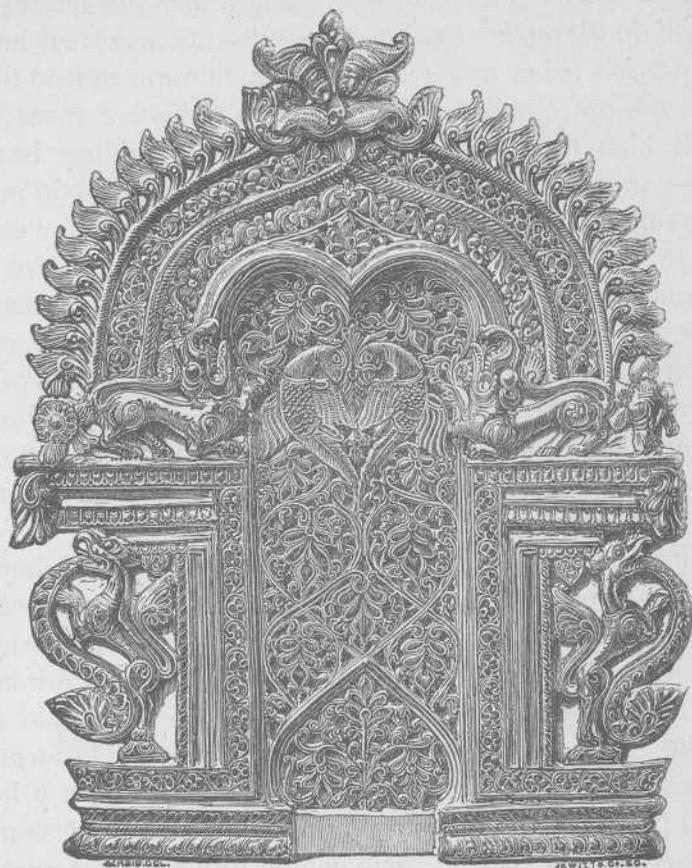
tal modo desconocida generalmente, sea en Europa, sea en nuestras colonias de la India gobernadas por europeos, que no será inútil explicar brevemente sus orígenes, su desenvolvimiento y sus consecuencias. El régimen uno de cuyos resultados es el de permitir á un puñado de europeos mantener cerca de trescientos millones de hombres bajo el imperio de una ley rígida, merece toda la atención del observador y del historiador.

El régimen de castas tiene sin duda su origen en el conocimiento revelado por la observación de las leyes fatales de la herencia. Cuando los conquistadores de piel blanca, que calificamos de arios, penetraron en la India, hallaron, aparte de otros invasores de origen turanio, poblaciones negras casi salvajes, á las que sometieron. Los conquistadores eran tribus semipastoriles, semisedentarias, sometidas á jefes cuya autoridad no estaba contrabalanceada sino por la influencia todopoderosa de los sacerdotes encargados de asegurar la protección de los dioses. Sus ocupaciones los dividieron naturalmente en tres clases, la de los bracmanes ó sacerdotes, kchatryas ó guerreros, vaisyas, labradores ó artesanos. Esta última forma da quizá para los invasores anteriores á los arios de que hablamos más arriba.

Corresponden, como se ve, esas divisiones á nuestras tres antiguas castas: clero, nobleza y tercer Estado. Después de estos elegidos se encontraba la población aborígen, los sudras, formando las tres cuartas partes de la población total.

La experiencia reveló pronto los inconvenientes que podían resultar de la mezcla de la raza superior con las razas inferiores, y todas las prescripciones religiosas tendieron entonces á evitarla. «Toda comarca en que nacen hombres de razas mezcladas, dice el antiguo legislador de los indos, el sabio Manu, es pronto destruída, así como los que la habitan.» La sentencia es dura, pero es imposible desconocer su exactitud. Todos los pueblos superiores que se han mezclado con una raza muy inferior han sido pronto degradados ó absorbidos por ella. Los españoles en América, los portugueses en las Indias son pruebas de los tristes resultados que pueden producir tales mezclas. Los

descendientes de los bravos aventureros portugueses que en otro tiempo conquistaron una parte de la India, no ejercen hoy allí otro empleo que el de domésticos y el nombre de su raza se ha convertido en un término de menosprecio.



Urna de plata repujada. (Madura.)

Penetrado de la importancia de esta verdad antropológica, el código de Manu, que es la ley de la India desde hace tantos siglos y, como todos los códigos, el resultado de largas experiencias anteriores, no olvida nada para asegurar la pureza de sangre. Señala penas severas contra toda mezcla de las castas superio-

res entre sí y sobre todo con la de los sudras. Emplea las amenazas más terribles para tener á raya á estos últimos.

Pero las necesidades naturales debían en el transcurso de los siglos triunfar contra estas formidables prohibiciones. Por inferior que sea su casta, tiene siempre la mujer sus encantos. A despecho de Manu fueron, pues, los cruzamientos frecuentes, y no es preciso haber recorrido la India durante mucho tiempo para reconocer que las poblaciones de todas las razas están hoy allí bien mezcladas. El número de individuos bastante blancos para poder sostener que su sangre es del todo pura es infinitamente reducido. La palabra casta, tomada en su sentido primitivo, no puede ser hoy sinónima de color como otro tiempo en sánscrito, y si la casta no tuviera para invocar otras razones que las etnológicas precedentemente indicadas, carecería de razón para subsistir. De hecho han desaparecido las primitivas divisiones de castas desde hace mucho tiempo. Han sido reemplazadas por divisiones nuevas cuyo origen es otro que la diferencia de razas, salvo para los bracmanes, que forman aún la población menos mezclada.

En las razones nuevas que han perpetuado el régimen de castas, las leyes de la herencia han continuado desempeñando papel fundamental. Para el indo las aptitudes son fatalmente hereditarias, y fatalmente también los hijos deben seguir la profesión del padre. Universalmente admitido el principio de la herencia de las profesiones, ha resultado de ella la formación de castas tan numerosas como las profesiones mismas y hoy se cuentan por millares las castas en la India. Cada profesión nueva tiene por consecuencia inmediata la formación de una casta nueva. El europeo que va á habitar las Indias observa en seguida lo múltiples que son las castas, viendo el número de individuos diferentes que está obligado á emplear para hacerse servir.

A las dos precedentes causas de la formación de las castas, el origen etnológico, muy débil hoy, y la profesión, muy potente aún, vienen á agregarse las funciones políticas y la heterogeneidad de las creencias religiosas.

Las castas engendradas por las funciones políticas pueden en rigor clasificarse en la categoría de las castas profesionales, pero las producidas por la diversidad de creencias religiosas no se relacionan con ninguna de las causas precedentes. En teoría, es decir, á juzgar por la lectura de los libros, la India entera estaría dividida en dos ó tres grandes religiones solamente. Pero en



Jarro cincelado y dorado. (Cachemira.)

realidad esas religiones se cuentan por millares. Dioses nuevos considerados como simples encarnaciones de antiguos dioses nacen y mueren cada día, y sus sectarios forman en seguida una casta nueva, tan rígida en sus exclusiones como pueden serlo las otras castas.

Dos signos fundamentales señalan la conformidad de las castas y separan de todas las demás los individuos que las pertenecen. El primero es que el individuo de una misma casta no

puede comer sino entre sus iguales; el segundo es que no pueden sino entre sí casarse.

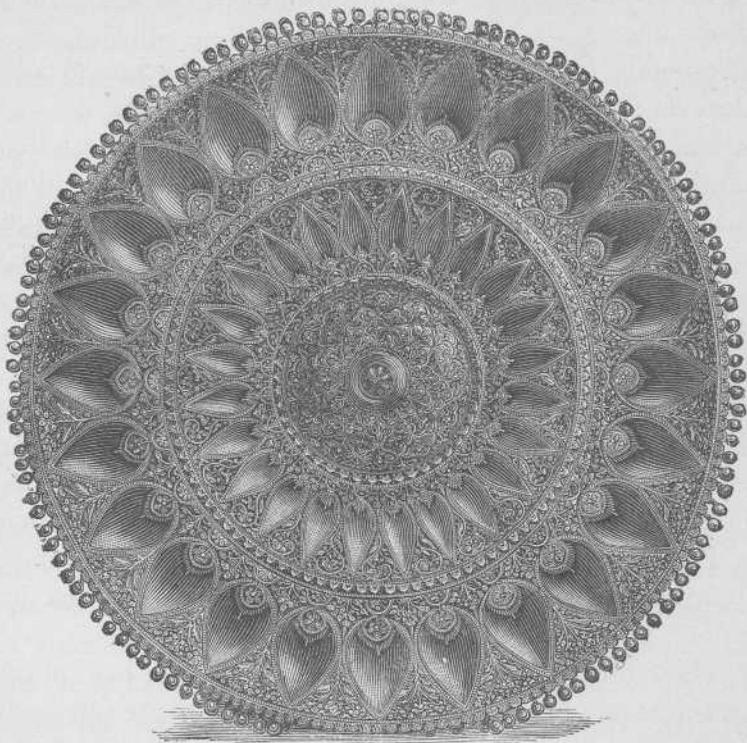
Estas dos prescripciones son del todo fundamentales, y la primera no lo es menos que la segunda. Podréis encontrar por centenares en la India bracmanes empleados en correos, en caminos de hierro, á veinticinco francos de sueldo al mes, ó hasta ejerciendo la profesión de mendigos. Pero ese funcionario tan humilde, ese miserable mendigo preferiría perder la vida á sentarse á la mesa de un virrey de las Indias; y el más poderoso rajá, si es de una casta inferior — pues es posible ser rey y pertenecer á una casta inferior, el rajá de Gwalior es un ejemplo, — descenderá con frecuencia de su elefante para saludarle.

La cualidad de bracmán es hereditaria como lo es un título de nobleza en Europa, y no es de ningún modo sinónima de sacerdote como se cree ordinariamente, porque es en esta casta en la que se reclutan los sacerdotes. Se nace bracmán como se nace duque. Ese título, que ha perdido hoy mucho de su valor, era antes tan elevado que el ejercicio de la realeza no era suficiente para permitir aspirar á la mano de la hija de un bracmán. En el drama de Sacuntala, compuesto por Kalidasa hacia el siglo v de nuestra era, cuando Duchanta, rey de Hastinapura, encuentra á Sacuntala, se pregunta con inquietud si no será de casta bracmánica, porque entonces no podría casarla.

Las reglas que mantienen las castas no tienen bajo el régimen inglés ninguna sanción oficial; pero no es precisa sanción para leyes tan sólidamente arraigadas por la tradición en las almas. Se han convertido ya en sentimientos inconscientes que forman parte de la herencia aportada al nacer y contra los cuales es el hombre impotente para luchar. El indo prefiere morir antes que violar las leyes de su casta.

Uno de los grandes obstáculos del gobierno de las Indias cuando proyectaba el envío de tropas indianas al Sudán en la época de la derrota de Gordon, fué el de proveer á cada regimiento de las provisiones y del material necesarios para que los individuos de cada casta pudieran preparar separadamente sus

alimentos y no comer sino entre sí. Estaba yo entonces en las Indias, y la lectura de los periódicos demostraba cuán grande era esta preocupación. Una negligencia sobre este punto fundamental habría podido tener las más graves consecuencias. Un olvido de esa clase fué, si no la causa, al menos el mo-



Bandeja de oro. (Mysore.)

tivo determinante de aquella revolución de los cipayos que por poco cuesta á Inglaterra su inmenso imperio.

Causas diversas, que sería prolijo indicar aquí, pueden hacer perder su casta á un individuo. Pero una de las más graves es el hecho de aceptar alimentos, aunque sea un vaso de agua, de un individuo de otra casta.

Nada puede ser más terrible para el indio que la pérdida de

su casta. No supone mayor desgracia la excomunión del hombre de la Edad media ó la deshonra por una condena infamante del europeo moderno. Perder su casta es perderlo todo de un golpe, parientes, relaciones y fortuna. Todos vuelven la espalda al excomulgado y se rehusa toda relación con él. Entra entonces en la categoría de las gentes fuera de casta que no pueden dedicarse sino á los más bajos oficios.

Indaguemos ahora cuáles son las consecuencias sociales y políticas de un régimen tan sólidamente constituido.

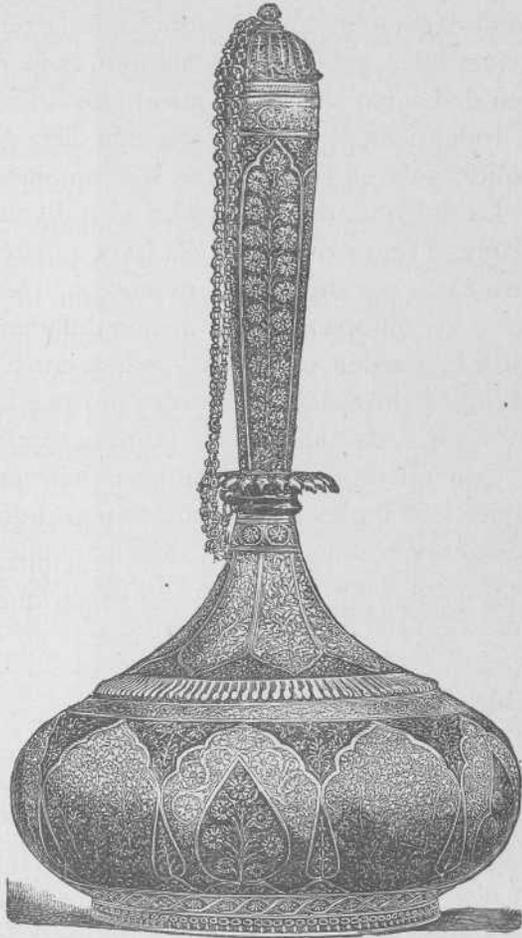
La única unidad social para el indio es la casta. Fuera de ella el mundo no existe para él. Está separado de los individuos de otra casta por un abismo mucho más profundo que el que separa los europeos de las nacionalidades más diferentes. Estos últimos pueden en efecto casarse entre sí, mientras que los individuos de castas diferentes no pueden hacerlo. Resulta de esto que cada aldea posee tantos grupos como castas.

Con tal régimen la unión común contra un amo es imposible. Los ingleses lo han comprendido bien y han prevenido para el porvenir toda revolución militar, formando siempre los regimientos de individuos de diversas castas, lo que no hacían antes. La rivalidad entre gentes de castas distintas es suficiente para que toda tentativa de conspiración en común sea imposible.

Esta constitución de la casta en la India nos da la explicación de ese fenómeno tan extraño para un europeo, que ofrece el espectáculo de 300 millones de hombres obedeciendo sin murmurar á 60.000 extranjeros á quienes detestan. El régimen de castas es, en efecto, lo que ha impedido siempre á los indios tener intereses comunes, reunirse con un común fin y por consecuencia formar una nación. Si se une á la diversidad de castas la diversidad de razas que habitan ese vasto imperio, se comprenderá que la única tarea de un conquistador es mantener cuidadosamente las rivalidades que las dividen y neutralizar unas con otras sus fuerzas particulares. ¿Qué interés común podrían tener en realidad poblaciones tan diferentes? ¿Y qué les importa la dominación de un

amo, si ese amo respeta cuidadosamente sus instituciones fundamentales? La sola patria del indo es su casta. Jamás ha tenido otra. Su país no es uno para él y jamás ha soñado la unidad. Así, conociendo los ingleses que la institución, la casta, es la base más sólida de su poderío, la conservan cuidadosamente en lugar de tender á socavarla por todos los medios posibles, como nosotros hacemos en los restos de nuestras posesiones, en Pondichery por ejemplo. Al principio de mi viaje por la India, cuando no había aprendido aún á razonar con las ideas del indo, intenté un día explicar á un indígena inteligente, de casta inferior, lo que es una república y las ventajas que podría alcanzar con vivir en un país en que todos los hombres son iguales y en el que el hijo de un artesano puede aspirar á los más altos puestos.

El discípulo de Siva reflexionó un instante; después, sacudiendo desdeñosamente la cabeza, dedujo sólo de mi explicación la consecuencia de que se debía ser bien desgraciado al habitar un país en que no hubiera sino individuos sin casta, y por conse-



Botella de metal esmaltado. (Pundjab.)

cuencia en que no hubiese aristócratas. Es muy difícil para un francés llegar á concebir que instituciones que él encuentra excelentes porque están adaptadas á sus necesidades, parezcan detestables á pueblos á cuyas necesidades no se conforman en absoluto. Respirar en el aire es seguramente una cosa excelente para el hombre; pero sería difícil probar á los peces que sea también excelente para ellos.

El régimen de castas tiene tal pujanza en las Indias, está de tal modo establecido por la unión de la tradición y la costumbre, que se ha impuesto á todos los conquistadores. Los musulmanes lo han admitido más ó menos en la práctica, aunque los principios fundamentales de su religión lo condenan. Los ingleses mismos lo han adoptado y de modo mucho más absoluto de lo que podrían suponer los que no han visitado la India. Sin duda no está el principio escrito en sus códigos; pero su sociedad forma en realidad una casta tan rigurosamente formada como las castas más cerradas de la India. Lo mismo que los individuos de las otras castas, no comen ni se casan sino entre ellos. Está ya muy lejos el tiempo en que funcionarios ingleses se casaban con mujeres indígenas. El europeo que contrae una unión con una inda, cosa infinitamente rara, es desterrado de la sociedad inglesa y todas las puertas se cierran ante él. Un simple soldado se creería deshonrado concertando tal matrimonio. «¿Permitiríais á uno de vuestros hombres casarse con una mujer inda?, pregunté un día á un coronel inglés con el cual comía en Benarés. — No podría sin duda impedirlo, me respondió, puesto que la ley no lo prohíbe; pero dudo que uno de mis soldados tenga jamás la idea de pedirme semejante permiso.»

Esta separación completa de los nuevos conquistadores del pueblo conquistado es reciente, y hace medio siglo, es decir, antes de que las comunicaciones con Europa se hubiesen hecho fáciles, los casamientos entre los dos pueblos no eran raros. La consecuencia de tales uniones ha sido la formación de una población anglo-inda, llamada eurasiática, que tiene todos los defectos de los indos sin tener ninguna de las cualidades de los

ingleses, raza sin tradición, sin pasado, sin moral y profundamente menospreciada por los pueblos de que ha surgido. Sin puesto en la sociedad, causa á los actuales dueños de la India las más graves inquietudes.

Los peligros de esas uniones, que habían comprendido muy bien en otro tiempo los arios y que fueron sin duda el origen del régimen de castas, acabaron también los ingleses por comprenderlos claramente. Engendrando siempre las mismas necesidades iguales efectos, debieron adoptar, sin escribirlo en su código, esa separación absoluta entre el pueblo conquistador y el pueblo conquistado, que parece una necesidad antropológica fatal cuando las razas que se ponen en contacto son demasiado desiguales. Abrióse así entre los dos pueblos un abismo que los ingleses procuran por todos los medios posibles hacer infranqueable. En todas las ciudades de la India, la ciudad europea, el cantón, como dicen, está siempre situado á gran distancia de la ciudad indígena y sólo excepcionalmente se ve á un europeo circular por la última. Hasta en los caminos de hierro está completamente establecida la separación entre los europeos y los indígenas. Vagones para *ladys* y *gentlemen* de un lado, vagones



Jarrón de cobre cincelado de Benarés
(Colección del autor)

para hombres y mujeres indígenas de otro, como lo indica la inscripción colocada sobre cada uno de ellos. En uno de los ángulos de la estación, fondas y retretes para *ladys* y *gentlemen*; al otro extremo, bien lejos, fondas y retretes para indígenas. Sin duda ningún reglamento prohíbe á un rico indígena montar en un compartimiento de primera clase de europeos; pero se arriesga pocas veces á hacerlo, y cuando lo hace la acogida es tal que se apresura generalmente á descender en la primera estación. Los oficiales, sobre todo, son intratables en este punto. Son, sin embargo, los hombres más corteses que he visto; pero nada es más chocante que el contraste de su cortesía cuando hablan á un europeo, con el tono duro y altanero que adoptan para dirigirse á un indígena, cualquiera que sea su rango. Tienen siempre los indígenas los mismos derechos que los ingleses de solicitar los más altos empleos, y algunos llegan á ellos, sobre todo en la magistratura; pero no tienen jamás con los segundos sino relaciones oficiales. La sociedad europea les está absolutamente cerrada.

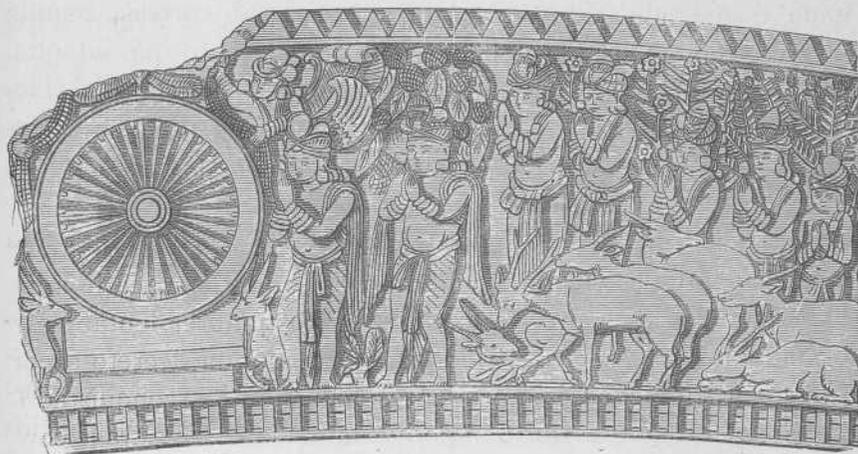
Sobre todo en cuanto á los desgraciados eurasiáticos, producto del cruzamiento del europeo con el indio, son severos los prejuicios de casta. Hay en París algunos banqueros ó comerciantes portugueses mestizos de sangre india, recibidos en los salones y á los que en la India un inglés, fuera de las grandes ciudades semieuropeas, no permitiría jamás que se sentase ante él, ni sobre todo que comiese en su misma mesa.

No tengo por qué indagar aquí lo que tenga de justo ó de injusto tal organización. Se está seguro de no equivocarse cuando uno se limita sencillamente á exponer hechos que se han observado. Se está siempre seguro de formar juicios superficiales ó erróneos cuando se quiere apreciar desde un punto de vista puramente teórico instituciones veinte veces seculares. Han sobrevivido á todas las revoluciones y es preciso que su fuerza sea mucha para que uno de los pueblos más civilizados del mundo, al mismo tiempo que las condena en sus libros, se haya visto reducido en la práctica á adoptarlas sin reservas. Uno de

los mayores provechos de los viajes es que nos enseñan que los pueblos no escogen sus instituciones, pero aceptan fatalmente las que las necesidades de razas y de medios les imponen. Independientes de la elección de los hombres, son siempre más poderosas que su voluntad.

4.º — EL DERECHO Y LAS COSTUMBRES

La India, desde el punto de vista del derecho como desde tantos otros, se ha detenido en una fase primitiva de civilización.



Bajo relieve de la puerta occidental del tope de Sanchi

Los preceptos de sus libros religiosos, interpretados y modificados poco á poco por sus sacerdotes, y las costumbres locales constituyen aún sus principales leyes. Jamás ninguno de los soberanos á que ha sido la India sometida, ha intentado sustituirlas con un nuevo código. Los más déspotas como los más benévolos han mostrado igual indiferencia respecto á las reglas á que se sometían sus súbditos en sus relaciones de los unos con los otros y no se han preocupado absolutamente más que de una cosa: del pago exacto del impuesto.

Recibir de lo alto una ley uniforme y someterse á ella en el mismo grado, sin consideración de jerarquía, de fortuna ó de co-

marca, constituye para los ciudadanos de un mismo país el último grado de la centralización y representa la última palabra de la organización política moderna en nuestras sociedades occidentales.

La confección por el Estado de leyes iguales para todos es un principio recientísimo. Si se remonta hasta el imperio romano en cuanto á su teoría, acaba apenas de nacer en cuanto á su práctica. La revolución francesa se produjo en parte para aplicarlo; y si lo vemos florecer en extremo en nuestro país, si hemos llegado á creer no sólo que legislar es una atribución del Estado, sino aún que es la principal, no hemos de ir muy lejos para ver que no sucede lo mismo en todas partes.

En Inglaterra, en Alemania, la costumbre local subsiste aún; en Rusia conserva gran importancia y cada vez la vemos más fuerte á medida que nos alejamos de los principales focos de civilización.

Fundada sobre condiciones de existencia especiales, sobre creencias antiguas y profundamente arraigadas, sobre la infinita diversidad de los grupos humanos, la costumbre, lentamente formada, no puede ser destruída en un día por un decreto ó por un voto. Bien ciegos é imprudentes han sido los conquistadores y los reformadores que han podido imaginarse siquiera lo contrario. Levantadas sobre la arena, sus instituciones se han derrumbado al primer soplo.

Pero esta especie de ceguera es una enfermedad mental esencialmente moderna. Los potentes dominadores de otro tiempo no fueron apenas por ella atacados. Si la centralización absoluta es tan difícil para Estados relativamente reducidos, con poca diferencia sometidos en toda su extensión á las mismas condiciones de existencia y habitados por una raza casi homogénea, ¿qué no habrá sido para imperios tan extensos como el de los romanos ó el de los mogoles? ¿Cuál no habrá sido sobre todo en la India, donde tantas razas, tantas religiones, tantos climas, tantas influencias diversas subsisten juntas?

Los ingleses, esos conquistadores que más se parecen á los

romanos entre todos los pueblos modernos, han adoptado en Oriente una política á la cual se verán quizás forzados á llegar en Occidente para una parte importante de su imperio. Han dejado en vigor las antiguas costumbres locales. Han comprendido esta verdad — tan bien comprendida por la mayor parte de los soberanos de Oriente, — que lo que los siglos han establecido no se transforma sino con los siglos, y que la anar-



Bajos relieves de la puerta septentrional del tope de Sanchi

quía y la ruina caen sobre el país víctima de los utopistas y de los legisladores.

El pago regular del impuesto, he aquí todo lo que exige el gobierno británico á ejemplo de los Grandes Mogoles mismos, soberanos absolutos si los hubo. Aparte de la organización fiscal, Inglaterra deja á la India sus leyes, es decir, sus costumbres religiosas comentadas por los bracmanes, y los tribunales europeos, aparte de ciertos casos de interés general regulados por un código especial, no tienen apenas otra misión que aplicarlas.

Preciso es confesar que esa ocupación no es precisamente fácil para los juriconsultos ingleses. Los códigos indos son tan complejos y tan confusos como las doctrinas religiosas de que se derivan. Varían de una provincia á otra y hasta de una á otra

aldea. La India ha vivido, en efecto, en la organización patriarcal. En cada pequeña comunidad la autoridad legislativa pertenece al *panchayat*, asamblea elegida, tipo y cuna de las asambleas parlamentarias que desde el Senado romano hasta nuestros Parlamentos se encuentra en todas las sociedades de origen ario.

Pero mientras que nuestros Parlamentos hacen leyes, el *panchayat* se limita á hacer respetar las lentamente elaboradas por la religión y por los usos. Vemos en la India la institución en su principio: allí es tal todavía como la fundaron los padres de familia védicos cuando se reunían para velar por el buen orden y el bienestar de la aldea. Ha progresado luego, pero sus etapas son fáciles de señalar á través de la historia. El *panchayat* ario no haría una ley por siglo. Una cámara de diputados fabrica frecuentemente varias por día.

No entraremos en el detalle de las penas destinadas á reprimir los crímenes y delitos. La muerte para el homicida, la prisión para el robo son bastante rigurosamente aplicadas por el gobierno inglés. Cuando el caso es grave, se ven forzados los jueces á ir más allá de la opinión pública, frecuentemente menos severa que ellos. Hemos visto, tratando de la moralidad en el indo, que á veces un pecadillo es más vituperable para él que un acto de fraude ó de violencia. Así las penas que consideramos como infamantes no entrañan ningún deshonor en la India. Un hombre que sale de la prisión es tan considerado como antes, y sus compatriotas llegan á considerarle más bien como una víctima si su condena emana muy directamente de la jurisprudencia de los vencedores.

A excepción de lo que concierne á los crímenes para los cuales precisa ser severo si se quiere mantener el orden, las costumbres indas rigen hoy como han regido desde hace varios siglos. Las más interesantes son las relativas á la herencia y á la propiedad; son también éstas las más embrolladas y las más variables de una provincia á otra. Indicaremos sólo las más generales relativas á las sucesiones.

Hacer testamento es un acto absolutamente desconocido para el indo, y que no tendría después de su muerte ninguna significación ni ninguna autoridad para los sobrevivientes. La propiedad, ya lo hemos visto, es raramente individual. Pertenece, por lo menos, á la familia si no á toda la aldea. Un hombre no tiene el derecho de disponer á voluntad de sus bienes durante su vida. ¿Cómo, pues, tendrá ese derecho para después de su muerte?

No siendo en realidad el padre sino el administrador de los bienes de sus hijos, cuando él cierra los ojos, la propiedad común no sufre ninguna transferencia. Queda en poder de todos como antes. Si los hijos prefieren dividírsela, cada uno toma su parte para fundar una nueva familia. Si queda indivisa, el hijo mayor se convierte en el administrador. Ocupa entonces el lugar del padre muerto, sin tener más derechos que él.

Cuando tiene lugar la partición es siempre entre los hijos varones, pues la mujer en la India no tiene derecho á poseer sino los regalos que le hacen sus parientes y amigos con ocasión del matrimonio. El marido no tiene ningún derecho sobre esta dote y no puede alienarla sin el consentimiento de la mujer.

Cuando muere un hombre sin hijos varones, su mujer hereda sus bienes, pero sólo vitaliciamente.

Carecería de interés entrar aquí en los detalles de la red complicada y variable de la legislación inda. Fundada únicamente



Bajo relieve de la puerta occidental del tope de Sanchi

sobre la costumbre, ocasiona las más grandes dificultades á los magistrados encargados de aplicarla, dificultades que se aumentan aún cuando se encuentran en oposición intereses de individuos pertenecientes á provincias diversas. Habiendo los medios de comunicación rápida hecho desaparecer las barreras en otro tiempo casi infranqueables que existían entre las provincias, ha sido necesario intentar establecer un código uniforme para todas las cuestiones de interés general. Esta obra, de una dificultad extrema, ha sido terminada muy recientemente.

5.º — EL AGRICULTOR

Hemos demostrado en nuestro capítulo *Los Medios*, que la India es, ante todo, una comarca agrícola.

La mayoría del pueblo indo se compone, pues, de labradores, es decir, de pobres gentes que viven con los pocos céntimos diarios que pueden librar del fisco, y del usurero, más opresor aún que el fisco, y que no tienen medio de llegar jamás á la riqueza ni siquiera á la comodidad.

Acrece aún la pobreza por la inquietante rapidez con que el indo se multiplica cuando no está absolutamente sumido en la extrema miseria. En menos de un siglo ha visto la India más que doblarse su población. Un pueblo que se multiplica con tal rapidez sin tener, como el habitante de los Estados Unidos, vastos territorios que cultivar, puede muy difícilmente llegar á situación cómoda, y si llega por un concurso de circunstancias excepcionales, no sabrá evidentemente conservarla. De la India, sobre todo, es de donde puede decirse que la población crece con mucha más rapidez que los medios de subsistencia.

Afortunadamente para el indo, sus necesidades son tan escasas que no creo que sea más desgraciado que el hombre de las capas europeas correspondientes. Jamás he oído á un indo iletrado quejarse de su suerte. Es evidente que si tuviese solamente la cuarta parte de las necesidades de un europeo, la vida le sería imposible. Cuando los ingleses, gracias á la educación de

que hablaremos más adelante, hayan logrado inculcarle sus necesidades, la vida será tan intolerable para el indio como lo sería para un hombre del Occidente á quien se limitasen los recursos á treinta ó cuarenta céntimos por día.

Una barraca de paja para resguardarse, dos piezas de tela para rodearse la cabeza y las caderas, algunos puñados de arroz



Bajo relieve de Amravati, existente en el Museo de Madras

por día, he aquí lo bastante para que el indio, el más apático de los hombres, esté completamente contento y no envidie á nadie.

Sólo durante las épocas de hambre su pobreza le hace sufrir cruelmente. Por poco que aumente el precio del grano, el trabajador muere de hambre. Su imprevisión natural empeora su situación. Vive al día, y no concebiría el guardar lo que podría economizar en los momentos de abundancia. Todo lo que le sobra lo invierte en la compra de collares ó brazaletes ó en las comidas de boda.

Así ha sido en todos los tiempos y bajo todos los conquistadores. Sería, pues, verdaderamente injusto acusar de este esta-

do de cosas á los amos de la India cualesquiera que ellos fueran. Las leyes naturales que han condenado á los indos á multiplicarse con una rapidez de que no hay otro ejemplo en el mundo y á cultivar siempre para otros un suelo incomparablemente rico sobre el que mueren frecuentemente de hambre, esas leyes están por encima del poderío y de la voluntad de los dominadores mismos y no hay recriminaciones que puedan prevalecer contra ellas.

El papel de los vencedores se limita, cuando son ilustrados y generosos, á dulcificar un tanto esas leyes fatales para los vencidos. Desde este punto de vista el gobierno británico lo ha hecho mejor que sus predecesores. La situación del pueblo indio es ciertamente más tranquila y más feliz hoy que lo ha sido jamás.

6.º — EL OBRERO INDO

Gracias á la antigua organización de las aldeas y de las corporaciones, el obrero indio desempeña en la sociedad un papel completamente distinto que el obrero europeo en Occidente. Sea en la aldea, sea en su corporación en la ciudad, tiene su plaza hereditaria ocupada por sus antepasados desde hace siglos. La desapiadada lucha por la existencia de los pueblos occidentales, el duro trabajo de la fábrica, la falta de trabajo, todas las miserias de nuestra civilización le son desconocidas. No es jamás un nómada, como el obrero de nuestras ciudades, careciendo con frecuencia de hogar y de familia y convirtiéndose por consecuencia en un enemigo temible para la sociedad que lo emplea. El obrero indio gana muy excepcionalmente más de cincuenta céntimos; pero como no tiene todas las necesidades artificiales de los pueblos civilizados, esa escasa cantidad le basta. El obrero europeo gana generalmente diez veces más; pero siendo sus necesidades incomparablemente más numerosas, se encuentra frecuentemente miserable.

La educación del obrero indio no se forma ni en el taller, ni en

la escuela, ni en los libros. Los oficios constituyen profesiones hereditarias transmitidas de padre á hijo desde los tiempos más remotos. En cada una de esas pequeñas repúblicas, llamadas aldeas (*municipios*) que forman el elemento fundamental de la sociedad inda, se fabrica todo lo que es necesario, no sólo para las necesidades ordinarias de la vida, sino aun para las necesidades de lujo. No hay aldea que no tenga su alfarero, herrero, su cincelador de cobre, su joyero, practicando de padres á hijos su oficio desde Manu.

En las grandes ciudades, en que los obreros de cada profesión son numerosos, forman corporaciones. Cada industria, escultores de marfil, perfumistas, armeros, pintores, cristaleros, alfareros, etc., constituye una pequeña sociedad que tiene su jefe igualmente hereditario.

El viajero que recorre las ciudades y las aldeas de la India y visita algunas tiendas portátiles de obreros queda siempre admirado, de una parte, por la sorprendente habilidad de sus

obreros, y de otra, por el pequeño número de instrumentos que emplean para ejecutar un trabajo cualquiera. Pocos obreros europeos tienen una habilidad superior á la suya. Dudo que pueda encontrarse muchos capaces de ejecutar un trabajo cualquiera con tan pocos útiles. Tal habilidad es el resultado de largas acumulaciones hereditarias, que evidentemente ninguna educación podría reemplazar. Gracias á las máquinas, un obrero europeo puede hacer más de prisa y mejor que un indio los objetos que se fabrican mecánicamente. Pero creo haberme



León simbólico (*chakra*), procedente del tope de Amravati

mostrado muy indulgente en el primero asegurando precedentemente que la capacidad media de los obreros de los dos pueblos es igual, sobre todo si se considera que la especialización del trabajo, que aminora mucho el valor intelectual del obrero europeo, es completamente desconocida del obrero indo.

7.º — VIDA PÚBLICA Y PRIVADA DE LOS INDOS

En nuestros capítulos consagrados al estudio de las razas hemos hablado de los usos y costumbres especiales de las diversas poblaciones que habitan la India. Nos falta dedicar en este párrafo algunas palabras á las comunes á la gran mayoría del pueblo indo.

La vida pública de los indos en las recepciones, en las fiestas religiosas, en las revistas, en las procesiones, es tan fastuosa, elegante y espléndida que mil relatos entusiastas han intentado pintarla á nuestras imaginaciones occidentales. Su vida privada es, por lo contrario, extremadamente sencilla.

Con poca diferencia la alimentación, los hábitos y el alojamiento de los ricos son los mismos que los de los pobres. La comida de unos y de otros se compone de vegetales, aceite ó manteca clarificada, especias y de agua clara. Unos y otros comen con los dedos y puestos de cuclillas en el suelo. La sola diferencia está en la riqueza ó la sencillez del tapiz, de la estera ó del pedazo de tela sobre que están sentados. Toda la vajilla consiste en platos de hojas de plátano; y hasta en este punto el lujo se encuentra entre las clases inferiores, quienes únicamente se sirven de platos de barro ó de metal. La razón está en que un hombre de casta teme sobre todo comer en un cacharro que haya servido á un sudra ó á un paria, y por consecuencia, usa sólo hojas de árbol, destruídas en cuanto se ha servido de ellas. Las gentes de las clases bajas, que no tienen los mismos escrúpulos, se contentan con lavar cuidadosamente sus utensilios.

Los muebles no diferencian más la casa de un comerciante

opulento de la cabaña de un labrador; faltan en la una como en la otra. La elegancia de un interior consiste únicamente en la ornamentación de los muros, á veces esculpidos é incrustados, en la riqueza de las cortinas de seda que sirven de *portieres*, de



Bajo relieve del tope de Amravati que representa á personajes nagas
ante una copa sagrada y junto á un símbolo de adoración

alfombras extendidas sobre el suelo y de cojines sobre los cuales se ponen en cuclillas ó se reclinan.

Las habitaciones más elevadas y más espaciaosas, los jardines que las rodean, el agua que murmura al caer en las pilas, los vestidos más suntuosos, las alhajas más recargadas y más ricas, he aquí las principales ventajas exteriores con que la fortuna embellece la vida privada. En cuanto á la frugalidad de las comidas es universal, y las prácticas religiosas observadas en

todo instante del día, en todas las clases de la sociedad, hacen casi uniforme la vida de los habitantes de la India, cualquiera que sea su condición.

Esas prácticas consisten en abluciones y en plegarias hechas y dichas por la mañana, al mediodía, por la tarde y sobre todo antes de comer ó inmediatamente después.

El indio no empieza su trabajo, no detiene á un amigo, no intenta dormir sin invocar á los dioses. Para no olvidar ninguna de sus numerosas oraciones, se sirve de un rosario como los musulmanes y los católicos. Frecuentemente se contenta con pronunciar los nombres diversos de sus divinidades.

Es más fácil describir la vida pública del indio que dar detalles sobre su existencia íntima, pues es muy celoso del secreto de su hogar y no deja apenas al extranjero penetrar en él, aunque es extremadamente hospitalario y sumamente afable y cortés.

Las mujeres de su familia no se dejan ver del visitante y el dueño de la casa se ofendería gravemente si uno se atreviese solamente á hablar de ellas.

Cuando se visitan entre ellos, son evidentemente los indios más familiares; pero no dejan de observar las leyes de la etiqueta más rigurosa. Todo está reglamentado según la diferencia de las categorías, sobre todo el lugar de cada uno en la sala de recepción. Si está presente un rajá ó un príncipe real, se sienta bajo un dosel colocado al fondo del lado contrario á la puerta; se escalonan los demás á lo largo de la habitación; los menos distinguidos son los más próximos á la entrada. Todo el mundo se pone en el suelo en cuclillas sobre alfombras ó sobre cojines.

En una visita es siempre el visitado quien da á los extraños la señal de la despedida. Lo hace por medio de una fórmula convencional, preguntando, por ejemplo, si tendrá pronto el placer de volver á ver á sus visitantes, ó bien ofreciéndoles betel ó agua de rosas.

Los indios del Norte de la India están generalmente vestidos

á la musulmana; pero los del centro y los del Sur han conservado el traje tradicional, que consiste en un trozo de tela que les envuelve las caderas y otro que les rodea la cabeza. En las mujeres la tela que rodea las piernas y que llaman *sari* es más amplia y



Bajo relieve de Amravati que representa á Sudyata en la fiesta de la escudilla de oro

á veces da la vuelta por encima de la cabeza y sirve para taparles la cara; llevan también una chaquetilla corta que deja al descubierto la cintura. No usan zapatos, sino babuchas de punta encorvada, de que no se sirven sino en el exterior y dejan á la entrada de las habitaciones. En casa llevan siempre los pies desnudos.

El aspecto de las aldeas indas es animado y alegre. La mayor parte de las casas tienen un solo piso. Sus muros son de troncos de bambú, como en Bengala; de tierra con los techos de tejas, como en el Indostán propiamente dicho, ó con techos en forma de terraza, como en el Dekkán. Casi á cada paso se levantan pequeñas pagodas y en medio de la aldea se eleva la casa de la villa ó del común, donde se reúne el *panchayat*. Esta casa no es de ordinario sino un techo sostenido sobre columnas ó una plaza resguardada del sol por hermosos árboles. Se reserva aparte un barrio para los parias. Se evita cuidadosamente su contacto; pero no obstante, no se los maltrata. Su suerte es á poca diferencia la de los mendigos en Europa.

En las grandes ciudades de la India, las calles son estrechas y están siempre concurridas; una muchedumbre confusa circula por ellas constantemente; las gentes ricas las recorren en palanquines seguidos de mozos que deben relevarse. Las tiendas están por completo abiertas sobre la calle; los compradores no entran en ellas, pero escogen y pasan delante de los mostradores. El lugar más animado de la ciudad es el bazar donde se hallan todos los comerciantes. Las pagodas están también siempre llenas por la muchedumbre, así como el acceso á las fuentes de las abluciones.

Todo lugar de culto tiene su estanque sagrado, donde los hombres, las mujeres, los niños van á todas horas del día á hacer sus abluciones en un agua que frecuentemente está muy sucia.

En las ciudades situadas á lo largo del Ganges, el agua sagrada es la del mismo río. Se descende por medio de escaleras siempre muy altas á causa de los cambios de nivel del río; estas escaleras se llaman *ghats*. Durante las grandes fiestas religiosas se cubren de peregrinos, y durante la noche resplandecen en ellas maravillosas iluminaciones. Ningún espectáculo más hermoso que la imponente superficie del Ganges reflejando las luces de todos colores encendidas sobre sus márgenes á lo largo de las terrazas de los palacios y de las gradas de las esca-

leras. Algunas brillan en lo alto de mástiles elevadísimos como para rivalizar con las estrellas.

Entienden muy bien los indos este género de decoración. Sus fiestas son siempre muy hermosas por la animación de las muchedumbres que en ellas se reúnen y por la pompa que despliegan. Hay fiestas locales propias de una ciudad, de una casta, de una secta en particular; pero hay también grandes fiestas generales donde se confunden todos los cultos.

Tales son las ferias y las peregrinaciones religiosas que tie-



Bajo relieve. Cara interior de una pilastra de Amravati

nen el privilegio de reunir en un mismo lugar la mayor concurrencia popular. Estas son, por otra parte, ceremonias casi inseparables. Los comerciantes siguen á los peregrinos y aumentan su número; además no se abre ninguna feria sin comenzar por ceremonias en honor de los dioses.

Los niños indos, generalmente inteligentes y bellos, crecen en plena libertad. Los de las clases pobres corren completamente desnudos por las calles y los campos. Los de las ricas reciben alguna instrucción de los bracmanes agregados á la casa de los padres como preceptores. Pocos van á la escuela, á pesar de los esfuerzos del gobierno inglés. A los diez ó doce años se casan.

Las mujeres viven, como hemos visto, en una dependencia completa. Cuando salen con su marido á la calle, le siguen á

algunos pasos de distancia. Si viajan con él en camino de hierro, no van sino en tercera clase, mientras que el marido va de ordinario en segunda. No comen sino después de él y le sirven durante su comida.

Los indos bracmánicos queman sus muertos, á excepción de los niños, que generalmente entierran hasta la edad de seis ó siete años.

La hoguera está preparada en un hoyo poco profundo; está formada de leña menuda, que para los ricos es de madera de sándalo y de boñigas de vaca desecadas, materia considerada en la India como un combustible sagrado. El cuerpo y todo el montículo son recubiertos de una delgada capa de tierra de greda húmeda, y antes de cerrarlo, se prende fuego á la hoguera. La combustión se realiza en cinco ó seis horas. Al día siguiente los parientes recogen los huesos calcinados para arrojarlos al mar ó al río.

Los indos, tan expresivos para el dolor, lo son igualmente para la alegría. Su natural es alegre. Gustan de las reuniones, los juegos y los placeres disfrutados en común. Sobrios habitualmente, dan en ciertas ocasiones las comidas más suntuosas. La principal fiesta de familia es para ellos la de boda. Nada se economiza en esta fiesta. Los más pobres se arruinan y se llenan de deudas para reunir á sus vecinos en el festín tradicional.

Para los ricos todas las ceremonias van acompañadas de carcerías sobre elefantes y de danzas de bayaderas. Las comitivas de caza de los señores de la India constituyen con sus elefantes ricamente cubiertos, los caballos brillantemente enjaezados y sus cuadrillas de servidores vestidos vistosamente, uno de los más hermosos espectáculos, no sólo para un aficionado á los *sports*, sino también para un artista.

En cuanto á las bayaderas, forman parte de todas las ceremonias religiosas y civiles de los indos. Las pobres niñas, poco graciosas y muy mal vestidas, que por una corta suma vienen á bailar ante los extranjeros en los hoteles de las grandes ciudades ó hasta las casas de los particulares ricos, no pueden dar al

européo idea de esas criaturas encantadoras envueltas en ligeras gasas y cubiertas de centelleantes joyas, cuya pantomima misteriosa y ondulante se desarrolla en el fondo de una pagoda del Sur de la India y cuya principal función es bailar delante de los dioses.

Los grandes señores indos son muy hospitalarios, y cuando reciben algún personaje recomendado, la acogida que le dispensan es de príncipe. No podría terminar mejor este rápido bosquejo de algunos usos de la India que haciendo, á título de



Bajo relieve de la cara interior de una pilastra de Amravati

ejemplo de las costumbres de los soberanos indígenas, el relato de mi recepción en la corte de Bhopal.

Este pequeño Estado estaba entonces gobernado por una reina. Anunciada mi llegada, me envió uno de los coches de su corte y una escolta de caballeros, que me condujo á uno de sus palacios. Fuí allí recibido por numerosos servidores cargados de canastillos de frutas y de flores y precedidos por un ministro encargado de representar á la reina ante el extranjero.

Apenas había entrado, un oficial del palacio se aproximó á mí.

«La reina, dijo, me envía á saludar al señor extranjero y á preguntarle qué desea.»

Habiendo el «señor extranjero» expresado prosaicamente su deseo de comer, fué dada una señal; levantóse un tapiz y observé en la sala inmediata una mesa servida á la europea, con candelabros, cristalería, vajilla de plata, y rodeada de criados vestidos de telas tornasoladas, de pie é inmóviles como estatuas de bronce envueltas en seda.

Apenas me había sentado, oí resonar fuera un campanileo. Era, como me lo explicaron, que la reina se acostaba. Pero la graciosa majestad no se durmió sin hacerme preguntar de nuevo si deseaba algo.

Pedí una escolta para dirigirme á Sanchi al día siguiente. A la mañana elefantes y jinetes me esperaban delante de la puerta, y por la tarde, cuando llegué á Sanchi, encontré una tienda de campaña dispuesta para mí, con camas cubiertas de telas de seda y todas las delicadas atenciones de la hospitalidad oriental.

Una acogida igualmente cortés me fué dispensada por el rey de Chatterpor, quien en Khajurao, en pleno desierto, hizo levantar para mí una tienda donde encontré todos los refinamientos del lujo europeo. A mi vuelta de esta antigua ciudad, hoy desierta, el regente del reino vino, escoltado por los ministros y por los principales señores de la corte, á saludarme á algunas leguas de la capital. A decir verdad, esta hospitalidad resulta casi molesta cuando los rajás llegan hasta hacer disparar el cañón en el momento en que el viajero europeo entra en su capital. No obstante, si uno gusta de la pompa y el fausto del Asia, las brillantes escoltas en marcha y la multitud de vestidos lujosos en una luz incomparable, se presta á todos los honores que le dedican tan amables huéspedes y se les guarda siempre un recuerdo de reconocimiento.

Por otra parte, en esos suntuosos espectáculos no es todo exclusivamente placer de los ojos y de la imaginación. El crítico y el historiador hallan en ellos tarea lo mismo que el artista.

Penetrando en Hyderabad, por ejemplo, sobre el lomo de un elefante, y viendo desplegarse en torno las escoltas militares del Nizam brillantemente vestidas, se tiene ante los ojos la imagen exacta de una gran capital del tiempo del apogeo musulmán.

Hyderabad, la capital de los Estados del Nizam, es de todas las ciudades de la India una de las que han conservado mejor la fisonomía de los pasados siglos y los esplendores maravillosos de las antiguas cortes orientales. Corresponde con poca

diferencia á nuestro período feudal, aunque el feudalismo propiamente dicho no haya jamás existido en Oriente. Pero se siente uno transportado al período de los Armagnacs y de los Bourguignons, cuando se ve á los vasallos del Nizam poseer en propiedad ejércitos independientes acampados en la capital misma del soberano.

CAPÍTULO IV

GOBIERNO ACTUAL DE LA INDIA

PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS DE LA ADMINISTRACIÓN INGLESA Y RESULTADOS OBTENIDOS

I.º — LA ADMINISTRACIÓN INGLESA

Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el estado actual de los pueblos latinos, preciso es reconocer como verdad incontestable que no saben administrar ni conservar sus colonias. Todas las que poseían en otro tiempo han pasado sucesivamente en dos siglos á manos de pueblos extranjeros. Las que han logrado fundar recientemente no constituyen para ellos sino motivos de inquietud y de ruinosos gastos. Vegetan esas colonias miserablemente en un estado constante de anarquía. España, que poseía en otro tiempo el más vasto imperio colonial, imperio tan grande que el sol no se ponía jamás en sus dominios, ha perdido recientemente los últimos vestigios de sus inmensas posesiones, y esta pérdida ha sido, en realidad, un bien para ella.

Al lado de la situación miserable de todas las colonias latinas aparece la prosperidad brillante de todas las colonias inglesas. Ante resultados tan contrarios, en presencia de esos fracasos constantes de un lado y esos triunfos no menos constantes del otro, adivina fácilmente el observador que unos y otros deben ser consecuencia de la aplicación de principios muy diferentes. Lo son mucho, en efecto; pero no es oportuno que yo vuelva ahora sobre un asunto que he tenido ocasión de examinar insistentemente en otra parte (1). Me limitaré, pues, á enunciar breve-

(1) Las ideas que he tenido ocasión de exponer sobre la colonización han sido notablemente desenvueltas por M. L. de Saussure en su reciente obra

mente los principios fundamentales de la colonización latina y de la colonización inglesa.

Imbuídos de teorías de uniformidad, de sencillez y de igualdad; persuadidos de que son los depositarios de verdades absolutas destinadas á esparcirse por el mundo, los latinos aplican rigurosamente á los pueblos de Oriente sus instituciones, sus le-



Bajo relieve del tope de Bharhut

yes y sus costumbres. Constituye esto lo que se ha llamado el principio de asimilación. Sabidos son sus resultados.

Mucho más versados en el conocimiento de la psicología de los pueblos, guía á los ingleses un principio completamente contrario. Rechazan enérgicamente toda idea de asimilación y dejan cuidadosamente á los pueblos conquistados, sus instituciones, sus usos y sus costumbres. No se mezclan jamás con ellos

Psychologie de la colonisation. El autor ha viajado durante mucho tiempo por Oriente, y gracias á su profundo conocimiento de muchas lenguas asiáticas ha sabido penetrar perfectamente en el pensamiento de los pueblos orientales. Su libro merece ser leído por todas las personas interesadas en las cuestiones coloniales.

é intervienen lo menos posible en sus negocios y en los detalles de su administración. Si puede juzgarse un sistema por los resultados que produce, la superioridad del sistema inglés aparecerá evidente.

Esto no es evidentemente sino una indicación general muy sumaria. En sus detalles el sistema inglés varía de una colonia á otra. Entre ciertas colonias, como la Australia, que gozan de una independencia casi completa y en donde el poderío inglés es casi nominal, y aquellas que tienen como la India gobernadores cuyo poder es poco menos que absoluto, hay lugar para todos los régimenes. El inglés no conoce principios generales é invariables tan caros á los latinos. Varía sus métodos de gobierno según los pueblos que gobierna, con esa tendencia constante que se deriva del principio, que he dejado expuesto, de hacer sentir lo menos posible la acción del gobierno central y no tocar jamás las instituciones y las costumbres de los pueblos extranjeros.

Nos limitaremos á estudiar aquí el sistema de gobierno aplicado á la India. Procuraremos diseñar en sus principales rasgos la notable organización que permite á un millar de funcionarios apoyados por un reducido ejército europeo, apenas superior en número al que los franceses sostienen en Argelia para contener tres millones de musulmanes, gobernar doscientos ochenta y siete millones de hombres, es decir, el mayor imperio del mundo después de China.

No es cosa fácil deducir las reglas generales que han seguido los ingleses en la fundación de su imperio colonial de la India y de las colonias análogas. Forman parte de ellas esas reglas de conducta que los pueblos, como los individuos, practican, pero no proclaman. Esas son, no obstante, las únicas interesantes. Después de un atento estudio de la administración inglesa en la India y de su historia creo que pueden formularse esas reglas del modo siguiente:

- 1.º La conquista comercial de una colonia debe preceder á su conquista militar. Sólo los comerciantes pueden probar por

el éxito de sus operaciones si conviene seriamente apoderarse de un país.

2.º El país á conquistar debe ser subyugado con el dinero y los soldados del pueblo invadido; los europeos sólo deben constituir un Estado mayor director muy reducido. Este principio fundamental ha sido rigurosamente aplicado en la India. Interviniendo sin cesar en las querellas de los príncipes indígenas y utilizando sus soldados ha llegado Inglaterra á apoderarse de la península sin gasto para la metrópoli y con pérdidas de personal absolutamente insignificantes.

3.º Mientras la colonia no se haga, como la América y la Australia, bastante fuerte para sacudir más ó menos el yugo de la metrópoli, debe ser considerada como una propiedad que es preciso explotar en provecho de esa metrópoli.

4.º El único medio de explotar cómodamente esta propiedad, sin suscitar revueltas de los explotados, consiste en no atentar á sus instituciones, sus costumbres ni sus creencias. Se los dejará, pues, su administración y sus magistrados, poniendo á estos últimos bajo la inmediata inspección de un Estado mayor europeo poco numeroso. Los dos fines fundamentales que este Estado mayor debe constantemente esforzarse en perseguir son el mantenimiento de la paz y el cobro de los im-



Estatua de Buda, del templo de Cachemira, existente en el museo de Peshaver

puestos. El título de colectores con el que son designados en la India los más elevados funcionarios de la administración ingleses, les recuerda claramente la más esencial de sus atribuciones.

5.º Una experiencia repetidamente secular y de la que han proporcionado vivos ejemplos los portugueses en las Indias y los españoles en América y que ha probado que todo cruzamiento en una colonia entre pueblo superior y pueblo inferior da pronto por resultado inevitable el relajamiento moral é intelectual del vencedor y la próxima pérdida para él de su colonia, hace necesario que se mantenga de una manera absoluta la separación entre conquistadores y conquistados. No es preciso residir mucho tiempo en la India para comprobar con qué rigor observan los ingleses este principio.

Entre los principios que acabamos de enunciar, aquel según el cual la colonia debe ser considerada como una propiedad de que hace falta sacar el mayor provecho posible, es evidentemente de aplicación á veces difícil. El límite en que comienza el abuso que hace al vencido la dominación intolerable y provoca su levantamiento, es difícil de señalar y por consecuencia fácil de rebasar. A pesar de su notable sentido práctico, los ingleses han estado en peligro de perder la India por haberlo rebasado.

Hasta la revuelta de los cipayos, hace cuarenta años, el gobierno de la India explotó pura y simplemente á doscientos millones de hombres por medio de una compañía de comerciantes defendida por partidas de mercenarios, explotación que no aprovechaba entonces sino al corto número de individuos enviados para administrar el país, pues los accionistas de esa compañía no hicieron jamás brillantes negocios. El fin de cada empleado, desde el más humilde al más elevado, era enriquecerse rápidamente. El parlamento inglés hubo más de una vez de ocuparse de las escandalosas fortunas de los gobernadores. La opresión era general; no se ejecutaban trabajos públicos de ninguna clase. Calles, estanques, canales, etc., estaban completamente abandonados (1).

(1) «En la mayor parte de la India, escribe sir John Strachey, no eran posi-

La sangrienta revuelta de los cipayos, que estuvo á punto de hacer perder la India á Inglaterra, le probó los peligros de tal gobierno; y así que terminó la represión fué modificado de una manera radical. A consecuencia de una decisión real dictada en 1858 bajo el título de «Acta para un mejor gobierno de la India,» se retiró el gobierno de la península á la compañía de comerciantes y se atribuyó directamente á la reina. Se creó una secretaría de Estado para la India y se la agregó un consejo de miembros que hubieran residido á lo menos diez años en la India. Fué el país dividido en cierto número de provincias dirigidas por gobernadores puestos bajo las órdenes de un virrey asistido de un consejo de ministros nombrados por la corona y de un consejo legislativo nombrado por él. Hoy está la península dividida, no en tres presidencias como se dice generalmente, sino en ocho provincias (Bengala, Provincias del Noroeste, Pundjab, Provincias centrales, Madras, Bombay, Assam y Birmania). Las más importantes de estas provincias tienen al frente funcionarios independientes que no reciben órdenes del virrey sino en materia de guerra y de hacienda. Los gobernadores de las provincias de Bombay y de Madras dependen también directamente de la corona sin pasar por el virrey; cada una tiene su consejo legislativo y sus ministros.



Naga-Raja, fragmento escultórico hallado en Mahavelipore.



Escultura del templo subterráneo de Orangabad

bles los viajes, sino con extremas dificultades, durante la estación seca, y durante tres ó cuatro meses del año el comercio quedaba suspendido casi por todas partes, salvo en los parajes en que podían utilizarse los ríos. La junta de

Cada provincia está dividida en distritos que tienen al frente un oficial ejecutivo, «magistrado colector» ó «diputado comisario.» Según el grado de civilización de cada región, los poderes administrativos y judiciales están reunidos en la misma mano ó separados. Hoy las dos funciones son en casi todas partes distintas.

Uno de los antiguos gobernadores de la India, Sir John Strachey, ha resumido perfectamente los principios generales del gobierno de la península en las siguientes líneas:

«En cada distrito de la India británica tiene el gobierno un representante que concentra en sus manos toda la autoridad ejecutiva. Este agente, en las provincias del Noroeste, en Bengala, en Madras y en Bombay, se llama el magistrado colector. En Pundjab, en Udh, en Birmania y en las demás *non regulation provinces*, lleva el título de *Deputy-commissioner*. El término *District-Officer* frecuentemente empleado se aplica en los dos casos.

»Goza en todo de una gran independencia local y de una extensa iniciativa personal. Como lo indica su calificación de *collector and magistrate*, sus funciones principales son dobles. Es un agente fiscal encargado de la percepción de la contribución territorial y otras; es también un juez en materia administrativa y criminal, en primera instancia y en apelación.

»Cada distrito está dividido, para la comodidad del trabajo, en cierto número de subdivisiones que corresponden de ordinario á un estado de cosas que existía antes de nosotros. Cada *revenue-subdivision* está colocada bajo la dirección de un agente indígena de alta posición, llamado Thesilar en las provincias del Norte y Membatdar en la India meridional.

»Dadas las condiciones de extrema diversidad que se encuen-

Directores, casi hasta su último día, rehusó dar cabida en su programa político á la ejecución de trabajos públicos y de reconocer su necesidad, y al final de su cometido la Compañía consideraba la construcción de una vía ó de un canal poco más ó menos como una guerra, es decir, como un mal inevitable que es preciso sufrir, como una empresa que no se comienza sino cuando no se puede aplazar para mañana, pero que jamás debe renovarse si se puede.»

tran en la India, era imposible aplicarle un sistema de administración uniforme. En vez de ir á buscar á otros países moldes inadecuados para cada provincia, abstracción hecha de algunas innovaciones bastante desgraciadas, hemos conservado las antiguas instituciones locales como base de nuestra organización. El valor y las cualidades de la administración dependen mucho más del gobierno de la provincia misma que de las lejanas autoridades de Londres ó de Calcuta. La inmensa mayoría de las poblaciones se da apenas cuenta de la existencia del virrey y de su gobierno.

»Hoy el gobierno de la India interviene muy poco en la administración provincial, y se da invariablemente el caso de que los virreyes más hábiles y más eminentes son los que menos se mezclan en ella, reconociendo que los gobiernos provinciales poseen naturalmente de las necesidades locales y de las condiciones particulares de un territorio un conocimiento mucho más profundo que el que pueda pretender haber adquirido el gobierno lejano de Calcuta.

»La función principal del gobierno metropolitano no consiste en dirigir los detalles de la administración, sino en examinar con esmero los detalles ya puestos en práctica por los gobiernos de la India, en indicar los principios, en dar instrucciones generales que tengan por fin guiar la conducta de esos gobiernos y en conceder ó negar su sanción á las medidas políticas importantes que deben ser á su aprobación sometidas.»

Cada distrito de la India, grande al menos como un departamento francés, comprende ordinariamente un millón de hombres. Todos los funcionarios encargados de la administración pertenecen al *civil service*, que comprende para la India entera



Escultura de Orenabad, que representa á un guru, maestro ó persona venerable.

poco menos de un millar de empleados. Con este reducido estado mayor se gobierna la India.

Formado con gran escrupulosidad, constituye seguramente ese estado mayor el más notable conjunto de funcionarios que posee nación alguna. He estado en relaciones con muchos de ellos y siempre me han admirado, no solamente su inteligencia y la solidez de sus conocimientos, sino sobre todo su carácter, su sentido práctico y su juicio. Administran la India de una manera sabia, hábil y honrada.

El gobierno inglés paga muy caro á sus empleados en la India; pero es con ellos muy exigente. Eran antes nombrados por elección y se veían entonces familias que de padres á hijos se sucedían en la administración de las provincias de la India. Hoy los nombramientos se hacen por concurso. Así se evita ciertos abusos; pero como hace observar muy justamente sir Richard Temple, el carácter y la energía indispensables en tales empleos no pueden apenas apreciarse por medio de exámenes.

El examen de entrada se hace en Inglaterra; pero hecho, el gobierno inglés no toma parte alguna en los ascensos ni en la distribución de funcionarios, que se hace exclusivamente por las autoridades de la India. Están casi completamente sustraídos á la influencia de las vicisitudes políticas de la metrópoli.

La admisión en este cuerpo escogido no es, por otra parte, fácil. Después de los exámenes que deben probar una instrucción bastante variada y el conocimiento perfecto del indostano — la administración inglesa no admite que se pueda gobernar un pueblo sin conocer su lengua, — el candidato sufre una especie de noviciado destinado á probar sus aptitudes morales. Entra en seguida en el *civil service* con sueldos de nueve mil á diez y siete mil francos, según la clase de servicios para que es reconocido apto. Cuatro años más tarde los sueldos varían de veintidós mil á treinta mil francos. Después de ocho años de servicio, es decir, hacia la edad de treinta años, el empleado del servicio civil que ha demostrado capacidad suficiente puede esperar un sueldo de cincuenta mil francos, que le permite esperar

más tarde empleos de cien mil francos y aun más. En toda la época de su carrera, la adquisición de una lengua nueva, principalmente la del árabe, del persa ó del sánscrito, le vale una indemnización.

A los veintidós años de funciones, es decir, hacia los cuarenta años, el funcionario del *civil service* tiene derecho á volver á Inglaterra con un retiro anual de quince mil á veinticinco mil francos (1).

Bajo este Estado mayor se encuentran varios centenares de miles de agentes indos subalternos poco retribuidos, pues sus sueldos pasan raramente de cincuenta francos por mes, suma elevada, por otra parte, para un indígena. Con ellos es sobre todo con los que la masa inda ha de entenderse. Conociendo sus necesidades, sus ideas, sus instituciones, varias según cada provincia, son perfectamente aptos para desempeñar su puesto. Cada provincia, cada distrito es así administrado según sus antiguos usos.



Efigie de Dhyana, espíritu de la meditación, existente en el templo de Dharasinva.

Se ve la sencillez y la perfección del mecanismo. Mientras otros pueblos envían á sus posesiones de ultramar verdaderas colonias de funcionarios de todas clases, que ignoran absolutamente la lengua, las ideas, los usos, las costumbres de su patria

(1) Los sueldos de los oficiales son mucho menos elevados que los de los empleados del *civil service*. Siendo el ascenso muy rápido, el número de los candidatos es perfectamente suficiente para las necesidades del ejército. Aunque relativamente mínimos, esos sueldos son no obstante muy superiores á los de Europa. Un simple sargento tiene mil quinientos francos; un teniente, seis mil francos; un capitán, veinte mil francos; un comandante, treinta mil francos. El sueldo de los coroneles es variable; puede esperar pasar de cien mil francos si el titular llena al mismo tiempo las funciones de comisario ó de residente. Tal era, por ejemplo, el caso del coronel que prestaba servicio de comisario en el Rajputana cuando visité esta parte de la India.

accidental, y no pueden naturalmente sino amontonar torpezas y ofender á cada paso los sentimientos de las gentes que los rodean, el gobierno inglés se sirve, para administrar el país, de funcionarios, de magistrados locales del país mismo, y está así perfectamente seguro de respetar sus leyes y sus costumbres. Bastante espléndidamente pagados los agentes superiores que los vigilan para ser incorruptibles, puede ser exigente con sus elegidos y exigir de ellos que consagren á su tarea toda su inteligencia. Empleados del *civil service* permanecen á veces veinte años en la misma provincia y llegan así á conocerla á fondo.

Puede censurarse un sistema que consiste en dejar á las poblaciones conquistadas sus instituciones y sus costumbres si se tiene por principio que el papel de los pueblos superiores debe consistir en imponer, á su despecho, á los pueblos inferiores lo que llamamos los beneficios de la civilización. Estoy convencidísimo de la completa falsedad de tal principio. Lo que me parece en todo caso fuera de discusión es que es detestable en la práctica para conservar una colonia. Hemos creído obrar acertadamente otorgando á los restos de nuestras colonias en la India y en otras partes nuestras instituciones republicanas: igualdad, sufragio universal, derecho de elegir senadores y diputados, etc. Los que admiran nuestro lamentable sistema de colonización no deben sentir que hayamos perdido la India bajo Luis XV; pues aplicando á la inmensa península nuestros grandes principios, la habríamos no sólo perdido rápidamente, sino además hecho caer en la más sangrienta anarquía.

Es muy chocante para el viajero que llega á Pondichery, después de haber visitado la India, comparar las pocas atenciones de los indos hacia los europeos en esta posesión francesa, con el respeto profundo de los mismos indos por los mismos europeos en cuanto se penetra en el territorio sometido á Inglaterra. Creemos ser muy hábiles dando á esas poblaciones, que están aún en plena Edad media, las instituciones adelantadas de los pueblos modernos. Deducen ellos que les tenemos miedo, y nosotros perdemos á sus ojos todo prestigio.

Conservemos nuestras ideas de igualdad, si no podemos vivir sin ellas; pero renunciemos absolutamente á fundar colonias mientras persistamos en conservarlas (1).

Las estadísticas oficiales permiten fácilmente juzgar de los resultados obtenidos por la administración que dirige los destinos de la India desde hace cuarenta años.

Son en verdad maravillosos, y tanto más cuanto la India, como dice con razón M. Harmand, «no cuesta cinco céntimos, tal como suena, al Reino Unido. La India paga hasta los gastos del ministerio de la India, hasta los fusiles y las bayonetas de los soldados ingleses que tiene allí de guarnición, y hasta los gastos de las campañas en que su ejército indígena toma parte fuera de los límites de la India.»

La población directamente sometida á la administración inglesa se eleva á doscientos veintiún millones de habitantes; la de los indígenas nativos que dependen más ó menos de Inglaterra tiene sesenta y seis millones: total, doscientos ochenta y siete millones. De estos doscientos ochenta y siete millones de hombres, quinientos mil apenas son producto de los cruzamientos de indos y de europeos, cruzamientos que se remontan, por lo demás, la mayor parte á una época en que las relaciones entre ingleses é indígenas eran mucho más íntimas que hoy. Ahora son infinitamente raras.

(1) «Lo de dar el derecho de sufragio y á más la elegibilidad á los indígenas, escribe M. J. Harmand, es á los ojos de los ingleses de la India algo tan asombroso que la mayor parte de los á que yo he hablado sobre este asunto no podían determinarse á creerme, temiendo alguna mistificación francesa cuando les afirmaba que los indos de Pondichery y de Chandernagor eligen un senador y un diputado. Era preciso enseñarles las pruebas.»



Sri, esposa de Vishnu, según una imagen hallada en Indore

El ejército europeo es de setenta y cuatro mil hombres solamente; está completado por un ejército indo compuesto de ciento cuarenta y cinco mil hombres, de los que todos los oficiales superiores son europeos.

Los impuestos pagados por los habitantes de la India se elevan á dos mil cuatrocientos cincuenta millones, de los que seiscientos veinticinco millones proceden del impuesto sobre las tierras; ciento setenta y seis millones por el opio, doscientos veinte millones por la sal, quinientos cuarenta y dos por los caminos de hierro, ciento diez y ocho por el timbre, ciento cuarenta y dos por las bebidas, etc. (1).

El ejército cuesta aproximadamente seiscientos treinta millones. La deuda pública es de seis mil millones, de los que un millar de millones representa los gastos hechos para la represión de la revolución de los cipayos, y quinientos cuarenta millones los de la última guerra del Afghanistan.

Los grandes trabajos públicos se componen principalmente de caminos de hierro, de carreteras y de canales. Posee la India cincuenta y cinco mil kilómetros de caminos de hierro, doscientos doce mil kilómetros de carreteras, etc.

En la época del gobierno de la Compañía la India no poseía sino trozos de caminos jamás reparados. Hoy la red de sus caminos de hierro, como acabamos de decir, es de cincuenta y cinco mil kilómetros, es decir, mucho más extensa que la de

(1) Es interesante comparar los impuestos actuales de la India con los pagados en otro tiempo bajo los soberanos indígenas. Según diversas informaciones, oscilaban para la tierra — que constituye la principal fuente de existencia de la población — alrededor del 50 por 100 del producto del suelo. Este impuesto varía actualmente según las provincias, pero es generalmente inferior al 10 por 100 de la renta. Es preciso añadir, sin embargo, que los impuestos de creación moderna elevan esta proporción; pero es seguro que no la doblan. Puede, pues, admitirse como muy exacta la aserción siguiente de Strachey:

«No ha habido jamás en la India, por lejos que nos remontemos, ningún gobierno que haya tomado una parte más escasa de los productos del suelo como el nuestro, y esto es cierto, refiérase á cualquiera provincia de la India, bajo todos los gobiernos precedentes, lo mismo que bajo los gobiernos indígenas que se han perpetuado hasta nuestros días.»

Francia, que sólo tiene cuarenta y un mil kilómetros. En razón á la necesidad en que se hallaba de construir líneas de interés sobre todo estratégico, el gobierno se ha visto obligado á conceder á sus constructores garantías de interés en lugar de abandonar exclusivamente su creación á la iniciativa privada, según es costumbre en todos los países anglo-sajones.

El movimiento comercial de la península es en la actualidad aproximadamente de tres mil millones. Las exportaciones representan dos mil seiscientos sesenta y cinco millones, y las importaciones mil seiscientos cincuenta y siete millones. Desde hace años la India exporta mucho más que importa. Este excedente representa en su mayor parte el dinero que la India debe dar á Inglaterra por su administración, su ejército, el interés del capital empleado en caminos de hierro, etc. Puede considerarse esta suma como una especie de tributo, y seguramente, desde el punto de vista económico, este desangre inevitable es desastroso para el país.

Los principales objetos de exportación son el algodón (567 millones), el opio (231 millones), los granos (514 millones), los granos oleaginosos (291 millones), el cáñamo (288 millones), el te (165 millones).

Los principales artículos de importación son el algodón manufacturado (574 millones), los metales y las máquinas (210 millones), el azúcar (65 millones), etc. Los algodones vienen de Inglaterra porque las fábricas de la India están muy mal organizadas aún para resistir la concurrencia; comienzan, sin embargo, á fabricar y á exportar grandes cantidades de algodón manufacturado (172 millones) á China, á las costas orientales de Africa y á Arabia.

La China es con Inglaterra la gran cliente de la India; el comercio se hace sobre todo por el puerto de Hong-Kong.



Dibujo nepalés de representación simbólica

Las exportaciones se hacen casi exclusivamente por mar por medio de doce ó trece mil navíos que frecuentan los puertos de la India: el 85 por 100 del tonelaje total de todos los pabellones que frecuentan los puertos indianos son ingleses.

La descarnada enumeración de cifras que acabo de ofrecer no puede con toda evidencia enterar sino muy insuficientemente al lector del estado actual de la India. No repetiré bastante que constituye desde todos los puntos de vista una maravillosa escuela, un verdadero laboratorio de enseñanza que deberían ir á estudiar, no sólo los hombres de Estado, sino aun todas las personas que se ocupan en cosas relativas á la colonización ó á las expediciones coloniales. M. J. Harmand, que conoce muy bien la India, donde ha sido cónsul general, y la Indo-China, de que ha sido gobernador, ha insistido con mucha razón en una de sus publicaciones sobre el interés inmenso que tendría para nosotros los franceses ir á estudiar la India, no solamente para comprender las reglas del gobierno de los indígenas, cosa poco accesible á espíritus latinos, sino para aprovechar la experiencia caramente adquirida por los ingleses sobre una infinidad de cuestiones: construcción y explotación de caminos de hierro, construcción de cuarteles, hospitales, edificios civiles; higiene de las tropas, cultura, etc., etc. Por millones para nuestro presupuesto colonial podrían calcularse los resultados de tales observaciones. En materia de organización de expediciones coloniales, de mantenimiento de las tropas en los países cálidos, los ingleses han realizado inmensos progresos, como lo han probado sus expediciones á Abisinia, al Sudán, etc. Es muy probable que si hubiésemos organizado la expedición á Madagascar siguiendo las reglas de higiene que aplican ellos en todas partes, en lugar de perder cinco mil hombres por enfermedades, no hubiésemos perdido quinientos. Nuestra ignorancia de todo lo que se hace en el extranjero en materia de colonización y de expediciones coloniales es desgraciadamente completa.

No faltan seguramente dificultades á los actuales amos de la India, y sólo gracias á una vigilancia constante, á un estudio

perseverante, logran vencerlas. Entre esas dificultades es preciso colocar quizá en primera línea la elevación inesperada y rápida de la cifra de la población.

Si — lo que me parece muy dudoso — la prosperidad de un país puede siempre juzgarse por la rapidez con que su población au-



Monedas indas de época remota, encontradas en las ruinas de Behat

menta, podría decirse que la India es el país más próspero del mundo, pues su población crece más rápidamente que ninguna otra. La población inda, evaluada en cien millones en 1800, era de ciento cincuenta millones en 1841 y de doscientos veintiún millones (sin los territorios tributarios) en 1891. En cincuenta años solamente ha aumentado en sesenta y dos millones, y esto á pesar de las hambres y las epidemias que destruyen periódicamente

los hombres por millones. Tendrían en esta multiplicación motivo por qué felicitar a ciertos economistas si otros economistas no pretendieran demostrar que — fuera de los países donde hay aún vastos territorios por habitar, como América — sólo los pueblos pobres son los que poseen la facultad de multiplicarse como los conejos. Este aumento constante de la población es, lo repito, una de las más graves preocupaciones de los ingleses en la India. Uno de los últimos virreyes de la India, lord Dufferin, se ha expresado á este propósito de la manera siguiente:

«Si reflexionamos sobre el hecho de que en los países de Europa donde la población es más densa se cuentan sólo cuatrocientas ó quinientas personas por milla cuadrada, mientras que en ciertas localidades de la India se hallan setecientos ú ochocientos habitantes sobre la misma superficie, la realidad del peligro se nos aparecerá más evidente. Para tal estado de cosas sólo existen dos remedios: el desarrollo de las industrias manufactureras y la emigración. Pero no está en manos del gobierno aplicar estos remedios á voluntad.»

Aunque muy pobre, la población inda está generalmente bastante satisfecha de su suerte. Habita sobre todo en el campo. La mitad de las aldeas de la India no ofrecen apenas sino doscientos habitantes cada una. Las grandes aglomeraciones son raras en la península. No se cuentan ni cincuenta ciudades que tengan más de cincuenta mil habitantes.

La alimentación es casi exclusivamente vegetal. En las regiones — relativamente poco extensas — donde puede prosperar el arroz, la nutrición es únicamente de esta substancia. En la mayor parte de la India el mijo adicionado con diversas legumbres constituye el alimento fundamental. No hay apenas más que los musulmanes que comen alguna vez carne.

La agricultura constituye, pues, en realidad, el único recurso de los habitantes de la India, y por esto son tan temibles las hambres debidas á la sequía. En tiempo normal la tierra da frecuentemente dos cosechas en un año. Se alterna el mijo con el índigo, el maíz ú otra planta de rápida vegetación.

El régimen agrícola de la India es casi exclusivamente el régimen del pequeño cultivo. El país está dividido en millares de pequeños cortijos, cuya extensión no pasa apenas de cinco acres. Están en manos de pequeños propietarios ó de terratenientes.

Aparte de los doscientos veintiún millones de hombres directamente gobernados por Inglaterra, posee la India una población de sesenta y seis millones de individuos que pueblan los Estados indígenas gobernados por rajás semi-independientes, semi-sujetos para lo que concierne á sus relaciones políticas á la ins-



Monedas indas de los Gupta y de Surashtra

pección de Inglaterra. La extensión de sus territorios es mucho más importante que su población, pues que comprende los dos quintos de la península. El total de las rentas de esos Estados está calculado en cuatrocientos millones, sus ejércitos en trescientos cincuenta mil hombres y cuatro mil cañones.

Estos reinos indígenas son de extensiones diversas. Los hay entre ellos, tales como el del Nizam, grande como Italia, con una población de nueve millones de súbditos y treinta millones de renta; mientras que en el Kattywar se ven rajás soberanos de una sola aldea. Hay también provincias, como la de Berar, donde el título de rajá es sencillamente honorífico como los de duque ó de barón en Europa.

El poder de los soberanos de todos esos reinos es casi absoluto en lo que concierne á la administración de sus súbditos. No

está limitado sino por las convenciones hechas con Inglaterra, convenciones en virtud de las cuales les está prohibido declarar-se la guerra, enviarse embajadores y recibir á ningún europeo en su territorio sin autorización del gobierno británico. En las capitales de los más poderosos de entre ellos reside un agente inglés cuyas funciones son puramente diplomáticas y que no debe mezclarse sino excepcionalmente en la administración del Estado. Algunos de esos reinos pagan tributo á Inglaterra, otros no pagan nada. A excepción de uno ó dos, son, por otra parte, de formación reciente y están gobernados por dinastías que han comenzado á la caída del imperio mogol.

2.º — LA EDUCACIÓN INGLESA DE LA INDIA

Uno de los más curiosos temas de estudio que ofrece la India al observador; y sin embargo uno de los que hasta aquí han atraído menos la atención, lo constituye la acción producida sobre un pueblo inferior como el indo por una educación adaptada á las necesidades de un pueblo superior. No hay, creo, en la historia experiencia análoga intentada en tan gran escala. Los resultados son interesantísimos para todas las naciones que deseen fundar colonias y sobre todo conservarlas.

Representa hoy la India lo que sería la Edad media gobernada y educada por el mundo moderno, es decir, el contacto de dos sociedades de las que puede decirse que están separadas por abismos, ya que ni tienen los mismos sentimientos, ni las mismas ideas, ni las mismas necesidades, ni las mismas creencias. Ahora bien, es un principio demostrado en sociología como en historia natural, el de que el espíritu, como el cuerpo, no puede pasar de una forma elemental á una forma superior sin pasar por toda una serie de fases intermedias. Ocurre en la educación como en las instituciones: las que responden á las necesidades de un pueblo no pueden convenir más que á ese pueblo y no á otro.

Influenciados por los clamores de los misioneros protestantes

de Inglaterra y los discursos de los filántropos de gabinete, y necesitando absolutamente, además, para sus servicios públicos, de un gran número de empleados subalternos, los ingleses se decidieron á abrir en la India escuelas de tipo europeo destinadas á instruir á los indígenas. La instrucción es dada allí naturalmente por ingleses y conforme á los programas europeos.

Hace más de cuarenta años que se administra á grandes dosis á los indos esta educación, que ha dado origen á una cla-



Monedas indas de Apolodoto y de Menandro

se de hombres especialísima, la de los babus ó letrados, que se cuentan hoy por centenares de miles y que aumentan cada día.

El babu constituye un tipo perfectamente definido, que posee una fisonomía intelectual y moral muy particular. Puede estudiárselo como el representante de una especie de raza artificial que posee caracteres bien determinados. Su estudio demuestra hasta qué punto la instrucción, que los tiempos modernos han llegado á considerar como una panacea universal, puede producir efectos desastrosos cuando no está adaptada á los cerebros destinados á recibirla.

Desde el doble punto de vista intelectual y moral, el babu es un ser que no podría caracterizarse mejor que diciendo que ha

perdido toda brújula. Las palabras que le han acumulado en el cerebro representan para él ideas que le son demasiado extrañas para que pueda comprenderlas. Si se considera que una definición no tiene jamás el menor valor para aquel que no posee ya los gérmenes de la idea que debe hacer nacer ó ideas muy análogas, se comprenderá que el pobre babu esté respecto del mundo nuevo á que su educación artificial le ha transportado, exactamente como un ciego respecto de los colores que se le quisiese definir por medio de palabras. La incoherencia de sus ideas no es comparable sino á su incurable manía de hablar á tontas y á locas, sin descanso. Se dirigirá en un andén de camino de hierro al primer europeo llegado para preguntarle gravemente si prefiere Shakspeare á Ponson du Terrail, si la reina de Inglaterra caza el tigre, cuánto gana anualmente un sabio europeo y qué profesión piensa su interlocutor dar á sus hijos.

Nada más chocante que la incoherencia de las ideas de un babu. Vishnu, Siva, Júpiter, la Biblia, el príncipe de Gales, los héroes de Grecia y Roma, las antiguas repúblicas, las monarquías modernas danzan en su cabeza una zarabanda infernal. Cree que la reina de Inglaterra, su primer ministro y el príncipe de Gales forman una trinidad semejante á la trinidad india de Brahma, Vishnu y Siva. El babu se explica todas sus nociones nuevas según las ideas hereditarias de su raza, las únicas á que puede atenerse y, sin embargo, las únicas que desprecia profundamente en la fatuidad en que su educación inglesa le ha sumido.

Véase lo que sobre este punto dice un autor inglés, tan sabio como prudente, el profesor Monier Williams:

«No me he sentido favorablemente impresionado por los resultados de nuestra educación aplicada á los indos. He encontrado muy pocas gentes instruídas, muchas á medio instruir y un gran número mal instruídas y mal equilibradas. Ellos (los babus) han podido leer mucho; pero cuando por casualidad piensan, es siempre incoherentemente. Son en general grandes charlatanes. Puede decirse que están atacados por una en-

fermedad que consiste en la necesidad de evacuar sin cesar un flujo de palabras. Hablan y obran como seres enteramente irresponsables. Olvidan su lengua, desprecian su propia literatura, su filosofía, su religión, sin adquirir por esto ninguna de las cualidades de los europeos. Lejos de tenernos ningún reconocimiento por lo que por ellos hemos hecho, lo vuelven contra nosotros y se vengan así del rebajamiento moral que nuestra educación ha producido en su carácter.»

«Son en su mayor parte, escribe sir John Strachey, gentes de escasa instrucción y que, sabiendo bien nuestra lengua, han aprendido á charlar sobre todos los lugares comunes de la política inglesa y se deleitan con su propia elocuencia, persuadidos de que obedecen á sentimientos parecidos á los que han leído en Burke y en Macaulay.»

«Es manifiesta, escribe por su parte nuestro antiguo cónsul en Calcuta J. Harmand, que la mayor parte de los ingleses de la India reconocen hoy que han equivocado completamente el camino en materia de instrucción occidental; los más experimentados maldicen la fatal manía que les ha puesto en esa vía, siguiendo al ilustre Macaulay, y que ha hecho mucho más mal aún á los indos que á los ingleses mismos, pues nuestro alimento intelectual es peligroso para cerebros como los de los asiáticos... Parece disociar, en algún modo, todas las bases de sus conocimientos y de sus sentimientos, arrancarles toda certidumbre moral y sumir sus almas vacilantes en la más profunda turbación.»

El rebajamiento de carácter producido en los babus por la educación europea no es, en efecto, menor que el desequilibrio absoluto de su inteligencia. Pero antes de describir este aspecto especial de su fisonomía, quiero citar sobre su estado intelectual el propio testimonio de uno de ellos, M. Malabari, que rebasa infinitamente, por otra parte, el nivel de sus colegas y del que el excelente librito sobre el Guzerat me ha proporcionado varios documentos. Véase cómo habla de sí mismo y de sus amigos, con los que había fundado un periódico. — El periodismo

es una de las manías del babu, y la prensa libre absolutamente la satisface inmoderadamente.

«Nuestra ignorancia no tenía más límites que nuestra arrogancia. Pero ¿no era glorioso poder criticar y poner en ridículo á los hombres más distinguidos del imperio? Un día, escribiendo sobre la batalla de Plewna, mi amigo P... me preguntó qué era la Puerta. Yo respondí que la Puerta era la principal esposa del sultán de los turcos. P... creía que era sólo el nombre europeo del jedive de Egipto. Nos ocurría frecuentemente pensar con este ingenio y nos mostrábamos cada día en nuestro periódico como un grupo de tontos vanidosos. Cuando al día siguiente descubríamos nuestro error, nos echábamos los unos á los otros la culpa.»

A esta confusión espantosa de las ideas se une en el babu otra, resultado de la educación europea, que es la de despojarle de todo brillo moral. Los sólidos fundamentos religiosos sobre que basaba su conducta han sido destruídos sin compensación. Ha perdido la fe de sus padres, sin haber por eso adoptado los principios de conducta del europeo. Su honradez se encuentra así estrictamente limitada á la observancia de los principios de moralidad vulgar que obliga á respetar el gendarme.

La administración inglesa se ve obligada á tomar las más minuciosas precauciones y á multiplicar hasta el infinito los medios de inspección para ponerse al abrigo de las depredaciones de esos babus. Nada menos seguro que el servicio de correos y el transporte de bagajes. Toda carta cuyo espesor pueda hacer suponer que contiene algunos papeles preciosos no encuentra probabilidades serias de llegar á su destino si no está anticipadamente certificada. He sufrido disgustos de todas clases para hacer atravesar la India á las cajas que contenían mis instrumentos. Muy pesadas estas cajas, creíanlas los babus empleados en las estaciones de caminos de hierro llenas de moneda y rompían invariablemente las cerraduras. Debí resolverme á encerrar todos mis aparatos en envolturas metálicas enteramente soldadas, introduciéndolas luego en cajas de madera. Continua-

ron forzando estas cajas; pero encontrando los babus la envoltura metálica sobre la cual había una inscripción indicadora de que contenía materias explosibles extraordinariamente peligrosas, se abstendían prudentemente de llevar más lejos sus investigaciones.

El babu es tan servil en cuanto á los ingleses, sus dueños, como insolente con los indos que han de entenderse con él. Los babus son los verdaderos administradores de la India, puesto que son los agentes de la administración inglesa. Pero esto no les basta, y su sueño es el gobierno efectivo de la India por los babus y en provecho de los babus.

Este es el fin constante de sus aspiraciones, y cada vez que se juntan tres ó cuatro constituye el tema inevitable de sus conversaciones. Se enardecen discutiendo y acaban por hablar todos á la vez y sin escucharse los unos á los otros. Si reina un momento el silencio es que los interlocutores han oído sobre la arena el paso de un gentleman europeo. Desde que éste aparece, la banda, aterrorizada, se dispersa en todas direcciones dando lastimeros y apagados quejidos. He experimentado más de una vez una profunda repulsión comparando la abyecta actitud que adopta el babu delante del europeo con la arrogancia que despliega respecto de los indos. No hay ignorancia, por completa que pueda ser, que no sea preferible á tal grado de insolencia y de bajeza.

Los ingleses, que conocen á los babus, los tratan con una sequedad y un rigor que escandalizan al principio mucho al viajero extranjero recién llegado. Su elocuencia enfrente de ellos se limita generalmente á enseñarles una vara y á servirse inmediatamente de ella cuando por excepción no basta la amenaza. Cuando se han pasado sólo algunos días en la India, se ve uno obligado á reconocer que ese es el único medio de inspirar algún respeto á esa clase degradada y de no estar expuesto á su desvergüenza. Es raro que un inglés permita á un babu subir á su mismo compartimiento. El sueño de los babus es, con todo, conseguirlo. Admirábame al principio esta severidad, y cuando veía

un pobre diablo aparecer tímidamente á la portezuela del vagón en que me encontraba, le animaba con gusto por medio de una plácida sonrisa. Tranquilizado por mi benevolencia, se instalaba y adoptaba en seguida aires de importancia. A fin de darme una alta idea de su situación social, extendía sus pies sobre las banquetas á la altura de su cabeza, encendía un enorme cigarro, escupía en el techo y sobre los cristales del coche, interrumpiéndose sólo para dirigirme las preguntas más ridículas, sobre mi situación social, mis recursos, mis gastos., etc., y acababa por hacer el departamento enteramente inhabitable. En una de las siguientes estaciones, si un inglés subía al departamento, el babu se estremecía y se mantenía quieto, sabiendo bien lo que le esperaba. El recién llegado, en efecto, no tardaba en cogerle por una oreja y ponerle fuera del vagón con un *Turn out* (¡largo de aquí!), que el indígena no se hacía repetir dos veces.

No es difícil hacerse obedecer de los babus, pues son nerviosos y miedosos como gatos, única semejanza, por lo demás, que tienen con esos elegantes animales. Han tenido poco menos que renunciar á servirse de ellos como fogoneros ó mecánicos y hasta como conductores de los trenes de viajeros. A la menor alarma saltaban de la locomotora y corrían á través de los campos. Si ocurre un accidente en una línea férrea, es seguro encontrar mucho tiempo después á los babus de las estaciones vecinas encaramados en los árboles, escondidos en hoyos ó puestos los unos sobre los otros en los retretes, lanzando al unísono gemidos desesperados.

Tales son los resultados de la educación europea aplicada á un pueblo demasiado joven para recibirla; y puede aún apreciarse su valor comparando los babus á los panditas, es decir, á los indígenas educados en escuelas exclusivamente indas. Son estos últimos hombres graves, instruídos, muy estimables, de los que muchos serían dignos de figurar en nuestras grandes asambleas europeas y cuya actitud, llena de dignidad, no tiene parecido con la actitud á la vez insolente y rastrera del miserable babu.

Despreciando y todo profundamente al babu, la administración inglesa se ve obligada á servirse de él, pues ningún europeo trabajaría por el mismo precio. Le soporta como un mal necesario, conociendo perfectamente que tiene en él un irreductible enemigo.

Es chocante ver hasta qué punto la educación europea transforma fácilmente en enemigos feroces de sus amos á indos inofensivos. Puede juzgarse del grado á que se eleva este odio por los innumerables artículos que publican los periodiquitos indígenas. Naturalmente, sospechoso el juicio de un extranjero sobre este punto é insuficientes las citas en que podría apoyar el precedente aserto sin la condición de ser extremadamente numerosas, prefiero citar al profesor Monier Williams, cuyos juicios sobre la India están reconocidos como muy exactos por sus compatriotas. Véase cómo se expresa sobre este punto en la tercera edición de su libro *Modern India*:

«Tengo el sentimiento de decir que mis viajes á la India me han probado que existe entre los ingleses y los indos un abismo que desde la insurrección de los cipayos se hace de día en día más infranqueable. En el Sur de la India este abismo es más profundo aún.»



Timur ó Tamerlán, según una miniatura de la Biblioteca Bodleyana, existente en el Museo Británico.

Hace notar el autor que los indos instruidos aplican á los europeos una expresión análoga á la de bárbaros; pero este término, añade, no basta á expresar el grado de odio que los letrados sienten hacia los amos de la India. «He observado, dice, que el desprecio por nosotros y nuestra civilización, á pesar de nuestros telégrafos y de nuestros caminos de hierro, es tan grande como el menosprecio de sus antepasados hacia los salvajes primitivos. Todos están persuadidos de que poseen sobre nosotros una gran superioridad moral, religiosa y hasta intelectual.»

Véase ahora cómo se expresa sobre este punto uno de los antiguos gobernadores de la India, sir Alfredo Lyall, en su libro *Estudios sobre las costumbres religiosas y sociales del Extremo-Oriente*:

«Lo que caracteriza la situación presente en la India es que diseminamos las ideas abstractas del derecho político y el germen de las instituciones representativas en el seno de un pueblo que durante siglos ha sido gobernado por amos irresponsables y en un país donde las libertades locales y los hábitos de autonomía han sido durante largo tiempo obliterados ó no han existido jamás. Al mismo tiempo sembramos al aire la educación moderna sobre un suelo en que la ciencia jamás ha pasado de lo que era en Europa en la Edad media.

»Es además evidente que los filósofos políticos, tales como los economistas franceses y los dos Mills en Inglaterra, han tenido demasiada fe en la educación, creyendo que obraba como sedativo en las horas de efervescencia social y de cambios rápidos, ó que impediría al pueblo emplear mal poderes y funciones políticas á que no está aún acostumbrado. Al contrario, la instrucción pública, aplicada ampliamente y con imprevisión, obra como un excitante violento sobre ciertas clases y disuelve rápidamente el antiguo orden social. No puede menos de producir efectos análogos en la India, donde el Estado proporciona la instrucción pública casi únicamente por la mediación de maestros extranjeros, cuya función es la de extender las últimas conclusiones de la ciencia y de la política en un pueblo cuyos hábi-

tos y cultura anterior no le han preparado de ningún modo á recibirlas, é introducir una educación estrictamente secular en un país donde, desde tiempo inmemorial, toda enseñanza tiene su base en la religión.»

No es sólo en la India donde el prejuicio que hace de la educación universitaria una panacea universal y un criterio del valor de los hombres ha sido funesto. No es Asia únicamente la que ha creado la perniciosa familia de los sin clase. Bajo otros nombres el babu florece también en Europa. En Occidente como en Oriente ha resultado el enemigo de la sociedad que lo ha creado, el adepto natural de las formas más peligrosas del socialismo y del anarquismo.

Pero no tengo por qué ocuparme aquí sino de la India y no quiero extenderme sobre un asunto de que largamente me he ocupado en otra obra (1).

Lo que contribuye á aumentar el peligro de la clase de los babus de la India es su pretensión, estimulada por muchos filántropos de Inglaterra, de ser admitidos á las más altas funciones del gobierno de la península por el hecho solo de que hayan sufrido exámenes. En este supuesto, esos exámenes, que no constituyen sino ejercicios de memoria, no pueden naturalmente versar sobre las cualidades de carácter de que los babus están totalmente desprovistos. «Cuando, dice acertadamente Strachey, consintamos en poner en sus manos las grandes funciones ejecutivas, será eso para nuestro imperio el principio del fin. Caería bien pronto la India en una sangrienta anarquía.»

Nada más cierto, y el mismo autor da la razón en el párrafo siguiente, donde demuestra muy bien que los concursos no son admisibles sino entre individuos de la misma raza, poseyendo esta raza ciertas cualidades hereditarias de carácter.

«Todos esos concursos, en lo que tienen de más importante, no son los mismos jóvenes ingleses quienes los sufren, sino sus antepasados quienes los sufren por ellos. Son sus ascendientes, tenemos el derecho de decirlo, quienes les han transmitido no

(1) *Psicología del socialismo*, segunda edición, 1899.

solamente su energía física, sino también su independencia y su solidez de juicio, su decisión de carácter, su hábito de pensar y el conjunto de esas cualidades que son indispensables para gobernar los hombres, para realizar los múltiples deberes de la vida civilizada, y que nos han conquistado nuestro imperio. Los ingleses comienzan la vida con un «fondo comercial» que no es el mismo que el de los indos.»

Son estas razones poco conformes seguramente con nuestras ideas modernas de igualdad. Basta que sean conformes á las leyes de la naturaleza. Contra tales leyes pesan en verdad bien poco los quiméricos sueños de los politicastos.

La expansión adquirida por la clase de los babus se debe sobre todo á uno de los últimos virreyes que han gobernado la India.

Cristiano convencido, figurándose que todos los hombres son hermanos y nacen iguales por los derechos como por la inteligencia, no habiendo por otra parte jamás comprendido á los orientales y razonando como habría podido hacerlo un latino, que prefiere perder una colonia á renunciar á un principio, este ex virrey favoreció especialmente á los babus, imaginándose que haría de ellos europeos. El peor enemigo de Inglaterra, puesto en el trono de la India, no habría proporcionado á la metrópoli un mayor perjuicio. Esos indos, instruidos de sus privilegios teóricos, llenan hoy la prensa indígena de ardientes ataques y de incesantes quejas. Que alcance Rusia á las fronteras de la India y consiga cualquier ventaja, y el babu se encargará de organizar en su favor un levantamiento de la población. Soliviantado contra el poder inglés, es el obscuro gusano que roe los pies del coloso.

Nos hemos extendido algo sobre los resultados de la educación inglesa de la India porque no hay en la historia ejemplo que pueda enseñar tan claramente el peligro de dar á un pueblo una educación mal adaptada á su constitución mental. La educación europea aplicada al indo ofrece por todo efecto la destrucción de los resultados de su larga cultura anterior y el de crearle

necesidades que no sentía, sin proporcionarle el medio de satisfacerlas, y por lo tanto el de hacerle del todo miserable, y más aún el de transformarle en enemigo implacable de los que le han dado esa funesta educación. El pobre babu sufre las consecuencias de su falsa situación y se queja amargamente. Los sucesos se encargarán sin duda de vengarle mejor que sus vanas palabras. El poder que ha creado el babu perecerá acaso por el babu.

3.º — EL PORVENIR MILITAR DE LA INDIA

El porvenir de la India no es sólo, como veremos pronto, el porvenir de la pujanza inglesa en la península. El problema es más vasto. Implica el estudio de las consecuencias de la lucha que se prepara ahora entre dos mundos separados por un abismo, el Occidente y el Oriente. Antes de entrar en esta cuestión en su generalidad, debemos decir algunas palabras del porvenir posible de la dominación inglesa en la India.

El lector al corriente del estado actual de la India debe estar bien persuadido de que el pueblo indo no tiene la menor probabilidad de pertenecerse jamás y que su destino es el de vivir siempre dominado por conquistadores extranjeros.

La India no puede tampoco formar una sola nación, como no podría formarla Europa. Los pueblos que la habitan pertenecen á razas muy distintas, hablan lenguas demasiado diferentes y tienen intereses demasiado contrarios para poder jamás reunir sus esfuerzos contra una dominación extranjera.

¿Continuará aún mucho tiempo bajo la dominación de sus actuales dueños? No parece muy probable. Rusia no cesa de avanzar hacia la India y va á encontrarse muy pronto á sus puertas. El paso de Kabul, ya franqueado por tantos conquistadores, lo será sin duda de nuevo.

La fuerza militar de Inglaterra en la India es seguramente muy respetable, puesto que gracias á los caminos de hierro puede reunir rápidamente todo su ejército en un solo punto; pero

este ejército no es sino de 75.000 hombres y no podría evidentemente resistir durante mucho tiempo á tropas europeas tres ó cuatro veces más numerosas. Lo que constituye en gran parte la fuerza actual de los ingleses en las Indias es que han sabido inspirar á sus vecinos los rusos un miedo muy grande que les ha hecho renunciar muchas veces á sus proyectos de invasión en circunstancias en que esos proyectos parecían de una realización relativamente fácil. Esa invasión no es por eso menos temible y constituye una de las más graves preocupaciones de Inglaterra. Se comprende, pues, fácilmente que esta última procure retardar la tempestad suscitando á Rusia todas las complicaciones posibles sobre diversos puntos del globo.

En la lucha que se empeñará fatalmente un día entre la oleada de los invasores eslavos y el escaso ejército que Inglaterra mantiene en las Indias, no habrá lugar á preocuparse de la intervención de las poblaciones indígenas. Todos los invasores extranjeros han sido por ellas sufridos con la más completa indiferencia. Saben que deben sufrir un amo y se preocupan poco de saber cuál será ese amo.

Sin embargo, en la futura guerra por la posesión de la India, el invasor — cualquiera que sea, por lo demás — puede contar seguro el apoyo de la numerosa clase de los babus. Este apoyo será, no hay que dudarlo, puramente moral; pero como será muy enérgico, permitirá al invasor aparecer como un libertador providencial é imponer su autoridad sin discusión. Instruidos por los babus, no dejarán las poblaciones de reconocer al nuevo conquistador como una evidente encarnación de Vishnu. Es dudoso que ganen mucho en el cambio; pero esta es, á mi juicio, una cuestión que jamás ha preocupado á conquistador alguno.

4.º — PORVENIR ECONÓMICO DE LA INDIA

La India y diversas comarcas del Asia han sido regularmente invadidas desde hace siglos por los pueblos del Occidente y metódicamente explotadas por ellos en virtud de esa inexorable ley

que ha regulado las relaciones de los pueblos desde el origen de la historia: la ley del más fuerte.

Y véase, no obstante que, á consecuencia de la evolución de las leyes económicas que transforman hoy el mundo, el Oriente va á convertirse á su vez en el invasor del Occidente y le amenaza con los trastornos más profundos.

La invasión será tanto más temible cuanto que no llevará consigo ni hombres ni cañones, es decir, nada de lo que se puede vencer, sino sólo fuerzas inaccesibles de las que no pueden vencerse.

Gracias, en efecto, á la evolución actual de la industria, las armas con que combatían antes los pueblos tienden de día en día á transformarse. Los hombres no luchan ya solamente con el cañón, luchan ahora sobre todo con sus productos industriales y agrícolas, y en una tal lucha la ventaja deja con mucho de estar de parte del Occidente.

Hemos examinado en otras obras las consecuencias de la lucha que se empeña en la actualidad entre el Oriente y el Occidente. No podemos estudiarla aquí sino en lo que concierne á la India.

Habiendo la rapidez de las comunicaciones creada por el vapor y la electricidad suprimido de hecho las distancias y puesto en contacto casi inmediato todos los pueblos de la tierra, los dos ríos en que se ha dividido la corriente del espíritu humano, el gran río oriental, tranquilo y profundo, de majestuosa lentitud, y el torrente occidental, de una rapidez impetuosa, van á cesar de seguir lechos diferentes. Sin duda entonces el equilibrio establecido entre las dos corrientes que se confunden se establecerá entre los dos mundos. Pero si se investiga cómo se realizará esa nivelación probable, se reconoce pronto que no será con ventaja para los pueblos del Occidente.

A juzgar por los signos precursores más numerosos cada día, la aproximación de los dos mundos bajo la influencia del vapor y la electricidad tendrá por primera consecuencia una igualación general del valor de los productos industriales y agrícolas, y por

tanto de los salarios en la superficie del globo. Naturalmente, el promedio será determinado por la tasa de la jornada de trabajo con que se contentan los pueblos que tengan menos necesidades y puedan por consecuencia producir lo más barato posible. Luego, en una tal concurrencia, los orientales, que constituyen la mayoría de los habitantes del globo y que son al mismo tiempo los más sobrios de todos los pueblos, resultarán fatalmente los reguladores de los salarios y serán por consecuencia los únicos á que beneficiará la aproximación. Es probable que sus salarios se eleven un poco; pero es cierto también que los de los europeos deberán bajar, no un poco, sino considerablemente (1).

No es preciso un ojo muy perspicaz para ver asomar en el horizonte los signos precursores de la lucha que pondrá frente á frente, no dos naciones, sino dos mundos, y cuyas consecuencias directas ó indirectas serán necesariamente gravísimas.

Ya los trigos de la India se venden en Europa á mejor precio que nuestros propios granos. Ya las cosechas obtenidas en esas llanuras sumen en la desesperación y la miseria á las familias de los labradores franceses. Ya la agricultura europea piensa, á despecho de las leyes impotentes de la protección, en renunciar á la lucha. Numerosos lotes de tierra, hasta en Inglaterra no encuentran colonos que quieran tomarlos ni por el precio del impuesto. ¿Qué sucederá en nuestro mundo occidental cuando á su vez sea la industria derrotada por pueblos que fabriquen tan bien como nosotros, gracias á nuestras propias máquinas y á precios veinte veces menores? El minero que se ha acostumbrado á ganar cinco ó seis francos diarios y que amenaza con quemar el edificio social cuando sólo gana tres ó cuatro, verá bien pronto á los industriales pedir á la China, entonces abierta, carbones extraídos por hombres que se creen ricos cuando su jornal diario llega á veinticinco ó treinta céntimos. El obrero que promueve huelgas para elevar su salario no encontrará más

(1) He desenvuelto en una reciente obra (*Psicología del socialismo*, segunda edición) la cuestión que sólo está tratada someramente en este párrafo.

dónde emplear sus brazos, porque esas mismas hullas alimentarán en el extremo Oriente fábricas provistas de todas nuestras máquinas, pobladas de hombres satisfechos con ganar un salario veinte veces menos elevado que el de los europeos y cuyos productos inundarán el mundo sin que pueda levantarse ante ellos obstáculo alguno. No existiendo entonces las distancias, los pre-



El emperador Akbar

cios de las primeras materias, como de los productos fabricados, se igualarán necesariamente sobre todos los géneros, como se igualarán todos los salarios.

Entre dos grupos de hombres, el uno como los orientales, cuyas necesidades están satisfechas con un salario diario de algunos céntimos, y el otro como los occidentales, cuyas necesidades se cubren apenas con una suma veinte veces mayor, la lucha no es posible y su consecuencia inevitable es que los segundos se-

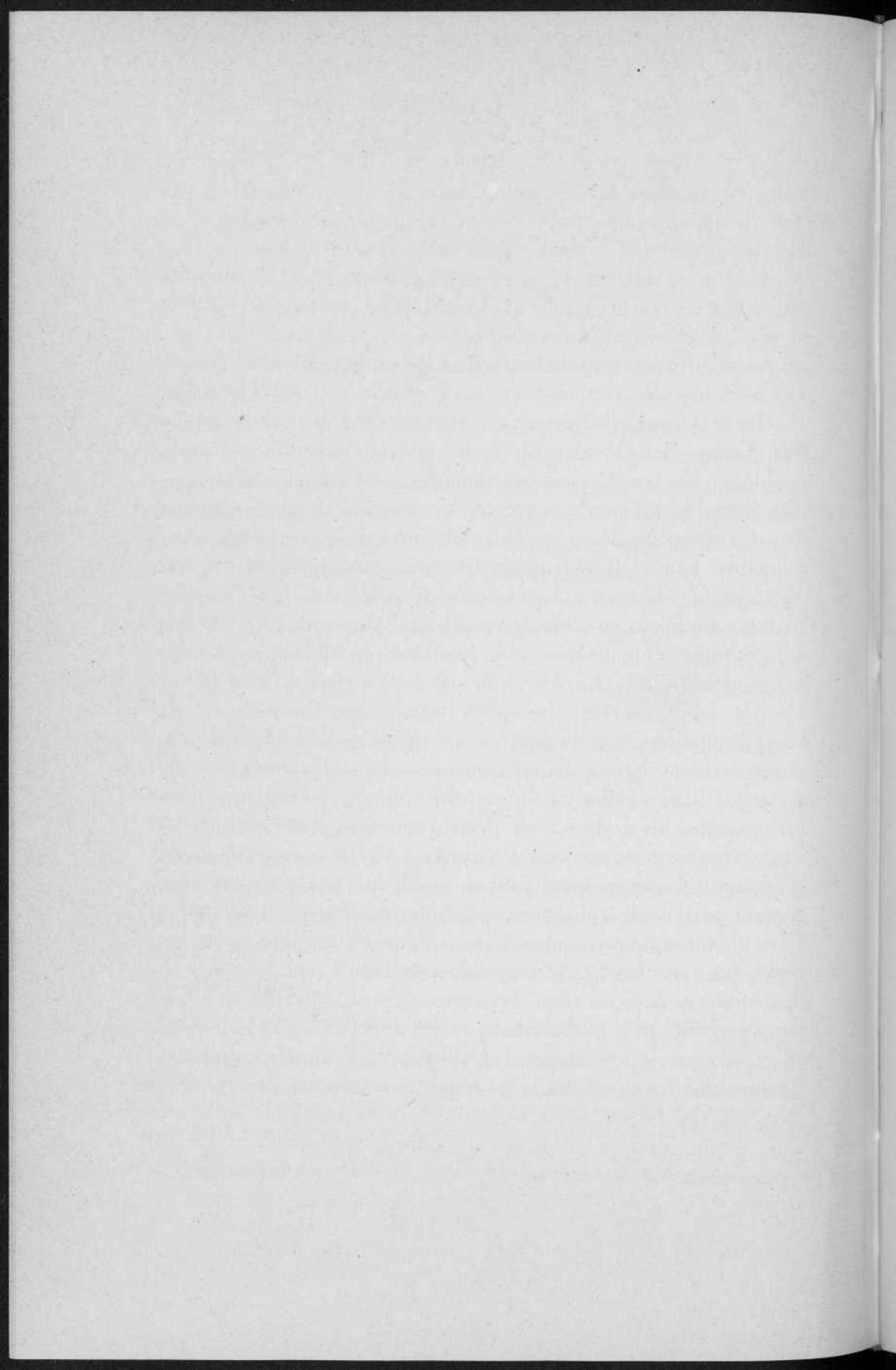
rán condenados un día á contentarse con los salarios miserables de los primeros.

Sin duda esta nivelación universal de que vemos hoy la aurora – nivelación que hace más fácil ese hecho, sobre el cual he insistido tantas veces ya en mis obras, de que el valor intelectual medio de los pueblos de Oriente no es de ningún modo inferior al de las capas correlativas de las poblaciones del Occidente, – sin duda, digo, esta nivelación no evitará que Europa conserve ese pequeño cuadro de hombres superiores que el Oriente no producirá. Pero ¿qué podrá ese grupo potente por el genio, débil por el número, delante de esas muchedumbres inmensas que decidirán entonces la suerte? El grupo escogido de los pensadores, de los artistas y de los sabios que poseía la Grecia, ¿la salvó en otro tiempo de la conquista romana?

No es seguramente el estado moral de Europa quien podrá hacerla triunfar en esta lucha futura en que sus destinos estarán en pleito. Como en la Roma de la decadencia, los sentimientos dominantes de las sociedades de nuestro viejo Occidente son hoy la necesidad de gozar y la de aparentar. Nuestra misma extrema cultura intelectual tiende á apartarnos del trabajo monótono, á hacernos eclécticos y variables, á despojarnos de la perseverancia, y engendrando el escepticismo universal, á gastar en nosotros los últimos resortes de la energía y de la voluntad. No es con esas, sino con otras cualidades con las que fueron fundados los grandes imperios y fueron conservados. El amor de la familia, la veneración de los antepasados, la solidez de las creencias, tan fuertes entre los orientales, se debilitan de día en día en Occidente. Esos sentimientos – cualquiera que sea su valor desde el punto de vista filosófico – son en definitiva la base más sólida de la cohesión de los pueblos. Son las palancas todopoderosas á que se han acogido los espíritus superiores que en ciertos momentos han asegurado en el mundo el triunfo de una raza. Cuando faltan tales sentimientos, las sociedades que sobre ellos reposaban se desmoronan pronto y no forman más que aglomeraciones de individuos divididos por sus intereses perso-

nales y careciendo de sentimientos comunes. Las viejas religiones que manejaban en otro tiempo la humanidad, en nombre de las cuales se fundaban y se gobernaban los imperios, esas religiones — quimeras sin duda, pero quimeras todopoderosas aún en Oriente — pierden cada día su prestigio en Occidente, y la ciencia no ha encontrado ideal nuevo que reemplace los dioses muertos. Vivimos hoy de la sombra de un pasado en el que no creemos, los ojos vueltos hacia un porvenir que no vemos aún.

¿Cuál será ese ideal futuro que servirá de base á las sociedades futuras del Occidente? Nadie podría decirlo hoy. Jamás problema tan temible, tan apremiante se ha ofrecido á las meditaciones de los pensadores. De su solución depende nuestra futura existencia. Esos pueblos del Oriente que durante tanto tiempo hemos desdeñado, no deberían ser considerados más como simples bárbaros. Los tesoros de ardor y de juventud que hemos dilapidado en audaces empresas, sobre todos los campos del pensamiento y de la acción, duermen aún en las grandes naciones del Oriente. No dormirán allí mucho tiempo. La hora va á sonar. El día se acerca en que nuestras expediciones, nuestras conquistas violentas, el ruido de nuestros descubrimientos y de nuestras ideas harán definitivamente salir á los orientales de su larga Edad media, y como en otro tiempo los bárbaros ante los romanos, los árabes ante el viejo mundo greco-latino se levantarán ante nosotros con el entusiasmo y la energía que nos abandonan, las esperanzas y las ilusiones que ya no tenemos. El mundo pertenecerá entonces, como perteneció en otro tiempo, á los pueblos que poseerán á la vez el ideal más fuerte y las necesidades más escasas. Nuestros descendientes tendrán que realizar una pesada tarea si quieren conservarse algún tiempo aún á la vanguardia de la humanidad y no hundirse demasiado de prisa en el abismo eterno adonde las leyes de la evolución conducen fatalmente á los hombres, á los imperios y á los dioses.



APÉNDICE (1)

LA VIDA DE BUDA SEGÚN LA REFIERE LA LEYENDA

El Bodisatva (Buda), dice el *Lalita Vistara*, vivía feliz en el amenísimo cielo de los bienaventurados, en su tienda divina, resplandeciente de indescriptibles magnificencias, donde innumerables habitantes del cielo le admiraban. Se hallaba sentado en su trono, cuando una voz sonora le mandó entrar en el seno materno para cumplir su última vida en la tierra. «Ha llegado el tiempo, no tardes,» dijo la voz. Entonces Buda, seguido de los hijos perfectos de los dioses, se dirigió al palacio de Dharmacaya (Plenitud de la ley) y todos se sentaron allí bajo sus correspondientes solios.

En esta asamblea, de la cual estaban excluidos los hijos de dioses de categoría inferior y las ninfas (*apsaras*), se oyó una voz que dijo: «Dentro de doce años entrará el Bodisatva en el seno materno.» Entonces los hijos de dioses, disfrazados de bracmanes, marcharon á la India y enseñaron que quien de esta manera puede entrar en el seno materno nace con las señales (que eran en número de treinta y dos) de gran hombre, y que le tocará vivir en su casa, ser rey y poseer siete tesoros, á saber: una rueda (la del dominio), un elefante, un corcel, una esposa perfecta, una joya (de oro, etc.), un buen administrador (ó ministro) y un

(1) Atento más especialmente M. Le Bon á reconstituir y á estudiar las civilizaciones de la sociedad inda, sólo ha dado en esta obra un brevísimo resumen de la vida del célebre reformador Buda. La importancia que tiene, ya desde el punto de vista legendario, ya desde el de la literatura de aquel país, nos ha inducido á agregar el presente APÉNDICE, para la redacción del cual hemos utilizado el extracto que del libro budista canónico *Lalita-Vistara* ha hecho el Dr. S. Lefmann, catedrático de la Universidad de Heidelberg, para su notabilísima *Historia de la India antigua*.
(N. de los E.)

buen general, ó bien renunciará á todo esto, abandonará su casa, se hará anacoreta, dejará todo deseo material y las pasiones, y será dueño supremo, maestro de los dioses y de los hombres.

Mientras los supuestos bracmanes así profetizaban, los pratieca-budas (los que guardan la sabiduría y perfección alcanzada y no la comunican á los demás, los budas egoístas) recibieron de Radyagirha y Varanasi orden de salir del territorio de Buda, y uno tras otro desaparecieron de la tierra.

El Bodisatva meditó sobre el tiempo fijado para su nacimiento, y el país, la comarca y la familia en que había de venir al mundo, á fin de decidirse respecto de la vida que debía escoger, ó de rey ó de anacoreta; y después de considerarlo todo, comprendió que la que más le convenía era la vida de maestro, y entonces pudo contestar á los hijos de los dioses, los cuales desde largo tiempo, y siempre en vano, buscaban una familia sin tacha en la que pudiese nacer. Les dijo las sesenta y cuatro señales que la familia ó tribu había de tener y las treinta y dos que había de tener la mujer en cuyo seno el Bodisatva había de empezar su última existencia terrenal, y entonces, meditando un poco, conocieron la intención del santo.

La tribu ó familia que reunía las condiciones exigidas resultó ser la de sakia, tribu próspera, agradable y numerosa, siendo su rey Sudhodana, de prosapia paterna y materna purísima y él mismo varón sin tacha, de noble índole, dechado de todas las virtudes corporales, intelectuales y morales, y al mismo tiempo ni demasiado viejo ni demasiado joven. Su esposa se llamaba Maya y era hija de Supra-Buda, príncipe sakia. Era mujer encantadora, respirando toda ella juventud y dotada de gran belleza. No había tenido todavía ni hijo ni hija, tenía todas las cualidades de una virgen divina, y ningún defecto de su sexo; á las singulares ventajas corporales se unían en ella las cualidades incomparables y las virtudes de su alma; en una palabra, era, como se dice, una joya de mujer, semejante á Maya cuyo nombre llevaba, y por lo mismo no podía encontrarse otra tan digna como ella de ser madre de Bodisatva.

Entretanto se iba acercando el tiempo de bajar á la tierra, y entonces el bodisatva reunió á toda la comunidad de bienaventurados en su magnífica tienda para darles desde lo alto de su radiante trono su enseñanza, la cual oyeron los hijos de dioses y las ninfas, sentados alrededor, ocupando diferentes alturas, de modo que la reunión parecía una majestuosa cúpula. Anuncióles el santo su próxima partida y consoló y animó á sus afligidos oyentes y les dijo: «Amados míos: iré al *Jambudvīpa* (1); porque después de mi vida de bodisatva sería impropio no alcanzar el conocimiento supremo.»

Todos lloraban, y abrazando los pies del maestro dijeron en sus lamentos que el cielo perdería su brillo y ellos quedarían huérfanos. Entonces les dijo él señalando al bodisatva Matreya: «Este ocupará mi lugar,» y quitándose tiara y diadema las ciñó á Matreya y le dijo: «Después de mí serás llamado tú, noble varón, al conocimiento supremo.»

Después se discutió la cuestión de la forma bajo la cual el bodisatva había de penetrar en el seno materno, y al cabo de multitud de proposiciones, se decidió que lo hiciese bajo la forma de un elefante de nobilísimo aspecto, lustroso y con adornos de oro, con la boca abierta, es decir, con la trompa levantada, como aparición majestuosa, pues así lo dicen los *Vedas*, y que después de abandonar esta forma recibiría las treinta y dos señales (de los grandes hombres).

Entretanto el bodisatva, en vista de su próximo nacimiento, hizo ocho milagros en el palacio y los jardines del rey Sudhodana.

La esposa del rey salió del baño, se perfumó, se puso preciosas ajorcas y un vestido vaporoso, y radiante de alegría entró rodeada de sus damas en la sala de fiestas, donde se sentó en un magnífico trono á la derecha de su esposo, al cual dijo con encantadora sonrisa, con dulcísimas palabras y ademán modesto: «Salve, ¡oh rey!; préstame oído y concédeme una merced.» Seguidamente le pidió permiso para cumplir un voto piadoso en lo

(1) Según los Puranas, la parte central del mundo.

alto de su castillo, haciendo en medio de sus compañeras y amigas vida retirada y ascética. Declaró haber conservado su pureza y no haber faltado á ella ni con actos, ni con palabras, ni con el pensamiento; que había cumplido los diez ejercicios piadosos, y finalmente suplicó al rey que viviese durante el propio tiempo austeramente, absteniéndose de todos los goces materiales; que diera libertad á los presos, comida y vestido al pobre; que fuese para todo su pueblo un padre cariñoso; que hiciera cesar durante el tiempo de la vida retirada todas las discordias y luchas y que reinase en todas partes la felicidad y satisfacción.

Al rey gustó la súplica de su esposa y le concedió lo que pedía. Hizo adornar magníficamente los miradores del castillo con flores, palmeras y banderolas, y mandó arreglar lechos suntuosos; y cuando la reina se trasladó allí entre músicas y cantos, apostó miles de hombres armados en un vasto círculo para que guardasen la regia morada, donde quiso que Maya estuviese como una virgen divina en los jardines de Indra.

Entretanto se reunieron los moradores de las serenas regiones celestes, de los mundos de placer y corporales, para acompañar al bodisatva en su descenso á la tierra. Las vírgenes divinas que reinan en el mundo celeste de los placeres tuvieron vivísimo deseo de ver á la hermosa Maya, y vestidas de resplandor y de aromas salieron de la región de los inmortales y llegaron al país de Capila, donde estaba en medio de preciosos jardines el magnífico castillo de los cisnes, morada del rey Sudhodana y de Dartarashtra. Allí contemplaron desde su altura en los aires á la reina, echada sobre precioso lecho y rodeada de ninfas que con las manos levantadas en señal de saludo se la mostraban una á la otra con admiración no exenta de un tanto de envidia. Vió la reina á las vírgenes celestes y éstas hicieron llover sobre ella flores del cielo, con lo cual regresaron al cielo, de donde habían venido (1).

(1) Capila ó Capilvastu, residencia del rey Sudhodana, es el nombre de una ciudad que fué destruída y abandonada en época remota, pero sus ruinas fueron vistas todavía en los siglos v y vii por peregrinos chinos fidedignos.

Cuando hubo llegado el tiempo fijado por las voces celestes, todos aquellos seres celestiales, los cuatro grandes gobernantes del mundo, Indra y los demás, se trasladaron con grandes multitudes de ninfas cerca del bodisatva, prontos á acompañarle en su bajada á la tierra al son de músicas divinas. Entonces el bodisatva bajó de su trono, á la vista de todos los dioses y espíritus, y rodeado de millares de millares de moradores celestes emprendió su marcha. Súbitamente emanó de su cuerpo un resplandor tan fuerte, que atravesó todos los mundos y penetró hasta en aquellos espacios intermedios cuyos habitantes están rodeados de tinieblas. Todo el universo se conmovió, crujiendo en sus cimientos más profundos; pero en los aires resonaban al propio tiempo voces alegres y suaves; y mientras el bodisatva bajaba á la tierra y penetraba en el seno materno en medio del júbilo de todos los dioses, del coro de músicas celestes y de los cantos alegres de las ninfas, no hubo en ninguna parte ni desorden, ni discordia, ni odio, ni penas, ni dolor.

Había pasado la estación fría, reinaba la primavera; la tierra estaba cubierta de verdor; los árboles ostentaban su hermoso follaje y sus flores cuando el bodisatva vió desde su altura á la que había de ser su madre y bajó en forma de un hermoso elefante blanco y joven para introducirse en el seno materno (1).

Estaba la reina Maya entonces dormida y vió en sueños un elefante, más hermoso que ninguno de los que había visto, fuerte y majestuoso. Una sensación dulcísima conmovió todo su ser y la hizo despertar. Al momento se levantó, se puso su magnífico ropaje y se dirigió con sus doncellas al inmediato bosquecillo de Açoca, desde donde envió un mensajero al rey suplicándole que fuese á verla.

El rey recibió gozoso la noticia, y con gran séquito, del cual formaban parte hombres versados en las escrituras sagradas, se dirigió al bosquecillo de Açoca, á cuya entrada se detuvo dominado por un estremecimiento piadoso, hasta que voces de dio-

(1) El descenso y la llegada del bodisatva están representados en el bajo relieve de Amravati que hemos publicado en el tomo primero, pág. 227.

ses invisibles le animaron á penetrar en el sagrado recinto, donde encontró á Maya rodeada de sus doncellas. Contóle la reina su sueño; el rey llamó á los bracmanes impuestos en los *Vedas*, y estos sabios, después de enterarse, dijeron: «Alegría inmensa, magna, y no desgracia, aguarda á la familia real;» y dirigiéndose á la reina continuaron: «Y tú, ¡oh reina!, parirás un hijo que nacerá con todas las señales de ser señor del mundo; mas si prefiriese abandonar su casa, si renunciara á su trono y á todos los placeres terrenales, y poseído de amor á la humanidad eligiere la vida religiosa, será un buda, un maestro del triple mundo, que confortará á todos con precioso licor celestial.»

Así se explicaron los sabios bracmanes; el rey, lleno de gozo, los colmó de regalos y en todos los puntos principales de su capital, en las plazas y puertas de Capila mandó distribuir á los pobres ropas y alimentos. Dispuso la construcción de una morada de extraordinaria belleza y magnificencia y que igualara á las moradas celestes, para que Maya esperara allí su alumbramiento.

Entonces no hubo en ninguna parte ni pena ni dolor; todo el mundo vivió feliz como en los jardines de Indra.

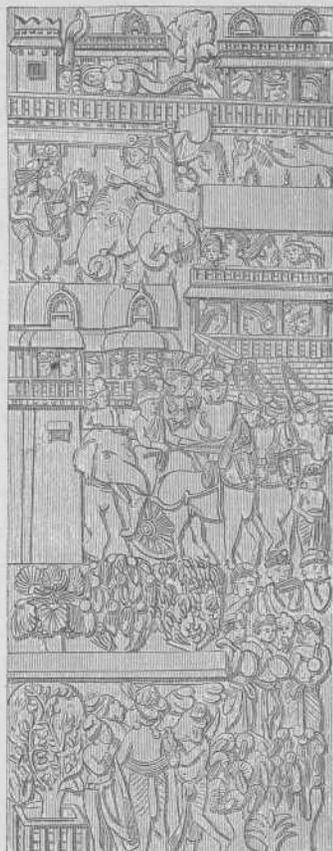
Al cabo de diez meses, gran número de milagros que ocurrieron en el palacio y en los jardines del rey Sudhodana anunciaron el cercano nacimiento del bodisatva. Al sentir la reina la aproximación del parto suplicó al rey, en el primer tercio de la noche, que le cumpliera un deseo que tiempo hacía tenía, á saber: una excursión á los bosquecillos de recreo, porque la primavera, estación de delicias para las mujeres, había revestido toda la naturaleza de sus galas, sus flores, el zumbido de las abejas y el canto de los pajarillos.

El rey hizo poner sus jaeces á los elefantes y caballos y adornar el noble ganado y los carros con aparejos de oro, campanillas y telas preciosas; mandó también adornar los árboles á lo largo del camino con cintas y gallardetes de brillantes colores; suplicó á las mujeres de palacio que se pusieran sus mejores galas y mandó que otras llevaran los instrumentos de música,

flautas, címbalos y arpas, para dar más realce á la excursión. La reina debía ir en un carruaje sola, y cuando subió á él fué saludada por las músicas y las campanillas, á lo cual se agregaron los cánticos que las mujeres de los dioses entonaron desde lo alto y el gorjeo de los pájaros. Flores celestes llovieron sobre Maya, la tierra tembló y se oyó una voz que dijo: «Hoy nacerá el mejor de los seres en el bosquecillo de Lumbini (de los goces).»

Púsose la comitiva en camino, escoltada por mucha gente armada y ricamente ataviada. Los cuatro guardas del mundo acompañaron el carro de la reina, precedido por los brahmanes. Los malos huyeron, y todos los dioses y millares de seres divinos saludaron en todas partes levantando los brazos en actitud devota. El rey, al ver aquello, comprendió que tantos honores tributados por Brahma, Indra y los demás moradores del cielo sólo podían dirigirse á un dios señor de dioses.

Así llegó la expedición al bosque sagrado, que ostentaba todas sus galas. Bajó Maya de su carro y paseando llegó al pie de un bananero majestuoso cargado de flores y fruta, y que bajó respetuoso sus ramas ante la reina. Entonces, rodeada la reina de ninfas que le ofrecían sus servicios y que la animaban y entonaban alabanzas en honor del hijo que había de nacer, dirigió gozosa su mirada al cielo, extendió el brazo derecho, que en aquel momento pareció un relámpago deslumbrador, y en el acto salió de su costado



Partida para el bosque de Lumbini, bajo relieve del tope de Sanchi

derecho el hijo que había llevado en su seno diez meses enteros, y que nació sin mancha y limpio como no nace nadie.

Indra, el príncipe de los dioses, y Brahma, el señor de los mundos, estaban allí respetuosos con un paño magnífico y resplandeciente en las manos, para envolver al recién nacido; pero éste se escapó de las manos de los dioses y se puso de pie en tierra. En el punto donde puso primero el pie nació al instante un magnífico loto. Al propio tiempo cayeron sobre el recién nacido dos chorros de agua, fresco el uno y caliente el otro, enviados ambos por el rey y la reina de las serpientes, y llovieron sobre él flores y perfumes celestes, mientras sobre su cabeza aparecieron un blanquísimo y deslumbrante quitasol y dos resplandecientes abanicos. Entonces el bodisatva, de pie sobre su loto, miró triunfante á su alrededor, como quien conoce su poder soberano, y dando siete pasos, que hicieron salir de la tierra otras tantas flores de loto, exclamó con voz sonora como la de Brahma: «Yo soy el más encumbrado y el mejor del mundo. Este es mi último nacimiento.» Manos divinas le pusieron los distintivos de su divinidad, continuaron lloviendo flores y perfumes, tembló la tierra, el cielo resplandeció de vivísima luz que penetró hasta en los abismos del infierno, y todas las criaturas se llenaron de gozo.

Así nació el bodisatva, cuyo feliz suceso corrió á participar al rey un mensajero seguido de otro y otro. Participóse también á Sudhodana el nacimiento simultáneo de otros hijos é hijas en la familia Sakia, de Jandaca, el hijo de la esclava, el del noble corcel Cantaca y otros sucesos maravillosos. El rey fué á ver al más excelso de sus hijos, á quien llamó Sarvartasida, y celebró el fausto suceso con un gran convite.

Siete días permaneció toda la expedición en el bosque de Lumbini en continuas fiestas y se repartieron abundantemente víveres y regalos. Al séptimo día de haber nacido el hijo, murió la madre, que pasó al cielo de Indra, pues dicen que era regla antigua que la madre de un bodisatva pasara á mejor vida á los siete días de haber dado á luz al hijo, porque así se le ahorraba

la pena, que le destrozaría el corazón, de ver á su hijo adoptar la vida de peregrino al entrar en la plenitud de la edad viril.

El bodisatva fué llevado á la ciudad de Capila, lo que dió lugar á nuevas y pomposas fiestas. En la solemne entrada tomaron parte muchos miles de doncellas, unas con aguas odoríficas, otras con guirnaldas y coronas de flores, otras con abanicos de palma, de plumas de pavo real, etc., y entre las doncellas humanas las había también divinas. Todas las casas se abrieron al recién llegado, al cual, sin embargo, su padre dió una morada magnífica y nombró aya suya á su tía materna Gautami y para auxilio de ésta á un gran número de niñeras jóvenes.

Entretanto el rey con sus sakias pensaba en el porvenir del príncipe, dudando si éste se decidiría por el trono y cetro de señor de reinos é imperios, ó por el báculo y las alforjas del peregrino mendicante.

Vivía á la sazón en una choza solitaria al pie del Himalaya un anciano richi ó poeta religioso, llamado Asita, ó sea el Negro. Este, de varias señales milagrosas y de los gritos alegres de «¡Buda!,» que habían proferido los dioses que cerca de él habían pasado, dedujo que debía de haber nacido un salvador del mundo, y con su vista profética supo luego que aquel salvador era el hijo del rey Sudhodana. Conmovidísimo, elevóse en el aire con su sobrino y discípulo, y trasladándose en un vuelo al palacio real de Capila, se hizo anunciar al rey. Sudhodana, al saber que un richi deseaba verle, accedió al instante, y Asita, después de saludar al rey y haber tomado asiento, declaró que le había conducido allí únicamente el deseo de ver al hijo incomparable que había nacido con las treinta y dos señales de gran varón.

«Está bien, dijo el rey; pero es menester que aguardéis un poco, porque ahora el niño duerme;» á lo cual replicó el richi: «Suelen dormir poco los grandes varones, y no tendré que aguardar mucho.» En efecto, al instante mismo entró un criado con la noticia de que el hijo del rey había despertado.

Cuando Asita vió en brazos del rey al niño, radiante de her-

mosura y resplandeciente como el oro y la luna, y observó la señal de *sacra* en las plantas de sus pies, levantóse respetuosamente de su asiento, plegó las manos y se inclinó; después abrazó al niño, y observando en él las señales del dominio del mundo, le pronosticó, como entendido en los libros *Vedas*, lo mismo que habían declarado ya los bracmanes. Apenas hubo concluido, rompió á llorar. El rey, espantado y temiendo que alguna terrible desgracia amenazara á su hijo, preguntó al anciano por qué lloraba, y le suplicó que no le ocultase nada, fuese bueno ó malo; pero Asita le tranquilizó y dijo: «No lloro por tu hijo, ni veo desgracia alguna en su porvenir; lloro por mí, que viejo y caduco como soy, no podré ver el día en que tu hijo dará al mundo su ley, que será su salvación; porque has de saber, ¡oh rey!, que el príncipe sidarta no se inclinará á los goces materiales y será ciertamente Buda.»

Al oír esto el monarca, levantóse lleno de gozo y se inclinó ante su hijo, tan venerado por el anciano richi, y por los mismos dioses, y el richi, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «Tan pronto como oigas que Buda ha aparecido y que hace mover la rueda de la ley, correrás á su lado para quedarte en su compañía y lograrás tu salvación (1).» Dicho esto, volvió á inclinarse con las manos plegadas ante el niño, dió las vueltas en su rededor y, dirigiéndose al rey, dijo: «Grande es tu dicha, ¡oh rey!, de tener un hijo que un día confortará todo el mundo, á los dio-

(1). El *Lalita-Vistara* llama al sobrino Naradata, pero otra tradición le llama Nalaca, y no dice que fuese con su tío al palacio del rey, sino que Asita fué por él á casa de su madre, hermana del asceta, y para tener un pariente entre los adeptos de Buda le cortó el cabello, le puso desde luego el hábito monástico y le hizo tomar la escudilla del mendigo. A su tiempo, cuando Buda predicó, fué Nalaca á escucharle y seguirle, y á los siete meses dejó esta vida. Entonces había muerto ya su tío y también habían muerto los ocho bracmanes que habían explicado el sueño de Maya y asistieron después á la ceremonia de dar el nombre al hijo del rey Sudhodana, á excepción del más joven, llamado Caundiña, que con cuatro hijos de estos bracmanes formó el grupo de los cinco venerables que fueron los primeros adeptos de Buda. Cuenta también la leyenda del *Lalita-Vistara*, que visitó igualmente al rey una comitiva de dioses para ver, saludar y ensalzar á su hijo, destinado á ser Buda.

ses y á los hombres, con su ley.» Con esto se despidió, y colmado con muestras de veneración y de la munificencia del rey, regresó como había venido á su morada solitaria en la selva.

Al cabo de cierto tiempo, los notables y ancianos sakias, de ambos sexos, hicieron presente al rey que convenía llevar á su hijo al templo de los dioses; á lo cual el rey accedió y dió luego orden á la anciana aya Gautami de que le ataviara convenientemente. Cuando la anciana cumplió la orden, el príncipe le preguntó el motivo; y al saberlo, dijo riendo á su ama: «¿Dónde, tía, hay un dios más excelso que yo, para que me lleven á él?» Mas cuando entró con todo su brillante acompañamiento en el templo, cayeron de sus pedestales las imágenes de los dioses Siva, Vishnu, Indra y demás, lo cual produjo un entusiasmo inmenso, que fué acompañado, como de costumbre, de temblor de tierra, lluvia de flores, música celeste, etc., despertando en miles de hijos de dioses la idea de la iluminación espiritual suprema.

Al cabo de otro espacio de tiempo, Udayana, sacerdote de palacio, dijo al rey que había llegado el tiempo de adornar solemnemente de joyas al príncipe. El rey accedió y mandó hacer las joyas; pero cuando se verificó la ceremonia y fueron puestas al príncipe, sucedió, con admiración de todos los presentes, que las alhajas, antes de tocar su cuerpo, perdieron todo su brillo, y la anciana aya lo explicó diciendo que toda la pompa material no pasaba de ser una mera alucinación y que palidecía ante el resplandor y brillo del bodisatva.

Cuando el príncipe fué un poco mayor, entró en la escuela para aprender las letras, ceremonia que se celebró con las solemnidades y manifestaciones de costumbre, mencionadas ya en las ocasiones anteriores. Miles de jóvenes, el rey con todos los sakias, los dioses y los semidioses acompañaron al príncipe; ni faltaron carros con sabrosas viandas, dulces y danzas de ninfas. Pero al entrar el príncipe en la escuela, el maestro Visvamita cayó desmayado al suelo. Corrió á levantarle un hijo de dioses llamado Subhanga, el cual dijo que nada tenía que

buscar en la escuela el que conocía todas las ciencias y artes, y únicamente podía servir allí de guía y salvación á la juventud, Cuando el rey y todos los acompañantes se hubieron retirado, el príncipe sacó su precioso recado de escribir y preguntó al maestro qué escritura de las sesenta y cuatro que le nombró una por una quería enseñarle, á cuya pregunta el maestro confesó humildemente que tenía en su escuela un discípulo sin par. El bodisatva, á cada letra del alfabeto recitado por los alumnos, agregó una sentencia profunda, que en el fondo era el objeto para el cual se había dejado llevar allí, según dice la leyenda.

Un día de primavera salió el príncipe con Jandas y otros jóvenes al campo, y después de mirar cómo trabajaban los labradores, se separó de sus compañeros y finalmente se sentó á la sombra de un copudo acerolo, donde después le encontraron entregado á profundas meditaciones. Pasaron por allí en alas del viento cinco richis cuyo vuelo del Sur al Norte hasta entonces nada ni nadie había podido detener, ni montañas, ni selvas, ni espíritus, ni dioses; pero al llegar cerca de donde estaba el príncipe se vieron detenidos por una fuerza superior. Una divinidad selvícola les explicó la causa, á saber, la presencia de un ser superior, y entonces saludaron y mostraron su respeto al bodisatva, cumplido lo cual pudieron continuar su vuelo. Entretanto se fué acercando el sol á su ocaso; pero á pesar de haber cambiado todas las sombras de dirección, continuó la del acerolo envolviendo al príncipe, á quien andaban buscando su tío y el rey. Estos al fin supieron que había salido con otros jóvenes al campo, y allí le encontraron todavía meditabundo debajo del árbol. Al verle el padre rodeado de luz, como alumbrado por mil soles, y sin embargo á la sombra, se prosternó ante su hijo, el cual volvió de su éxtasis y regresó con su padre á su morada.

Estos sucesos mantuvieron vivo el recuerdo de las profecías de Asita y de los bracmanes. Cuando el príncipe llegó á la adolescencia (según algunas versiones contaba diez y nueve años), los sakias ancianos, reunidos en la sala del consejo, aconsejaron

al rey que dispusiera el casamiento de su hijo, con la esperanza de que de esta manera renunciaría á la vida de peregrino mendicante y, sucediendo á su tiempo á su padre en el trono, mantendría el respeto de que gozaban los sakias entre sus vecinos. El rey convino en ello y dijo que sólo faltaba encontrar una esposa digna de su hijo. Todos los sakias presentes, en número de quinientos, se apresuraron cada uno á ofrecer una hija suya para novia; pero el rey observó que lo mejor era consultar al príncipe. Este pidió para decidirse un plazo de siete días, al cabo de los cuales se declaró conforme con el proyecto para no faltar á la costumbre corriente, si bien conocía que todos los placeres sensuales eran vanos y peligrosos, y sólo exigió que la esposa que se le diese reuniera las condiciones que enumeró.

Entonces el rey dió á su sacerdote de palacio el encargo de buscar la novia, recorriendo todas las familias. Encontróla el purohita en la hija de Dandapani, príncipe sakia. La joven, que era una verdadera joya de su sexo, se declaró dispuesta á ser esposa del príncipe. Cuando el sacerdote hubo participado al rey el resultado de su misión, dijo el rey que, atendidos los escrúpulos del príncipe, convenía dejarle la elección, á cuyo fin pensaba hacer construir una multitud de joyas que haría repartir por su hijo á las doncellas, en cuya ocasión se vería cuál de ellas le gustaba más. Así se hizo; siete días después se reunieron todas las pretendientes en la gran sala del consejo y el hijo del rey dió á cada una su regalo. Todas lo recibieron, una tras otra, sin levantar la vista, y se retiraron, hasta quedar la última, llamada Gopa, la hija del príncipe sakia Dandapani, que se había mantenido aparte en medio de sus esclavas, pero que entonces se adelantó y dijo con cariñosa sonrisa al príncipe: «¿Qué te he hecho yo para que me desprecies?» Respondió el príncipe: «No te desprecio, pero llegas algo tarde;» y diciendo esto, habiéndose ya acabado los regalos, quitóse su preciosa sortija del dedo y la presentó á Gopa, que volvió á preguntar: «¿Merezco yo este regalo?» á lo cual aquél contestó: «Mereces todas mis joyas.» Gopa replicó: «No hemos de quitar las jo-

yas al príncipe, lo que debemos hacer es engalanarle;» y dicho esto, se retiró. Los que habían presenciado ocultos esta escena dieron cuenta al rey diciéndole: «El príncipe ha mirado con placer á Gopa, hija de Dandapani, y ambos han hablado un rato.» En vista de esto, envió el rey á solicitar del sakia Dandapani la mano de su hija para su hijo; pero Dandapani contestó: «En nuestra familia es costumbre dar nuestras hijas sólo á maridos impuestos en las artes; el príncipe ha sido educado con mucho mimo; ignora el manejo de las armas y el arte de la guerra, ¿cómo puedo darle mi hija?»

Esta censura había sido dirigida ya otra vez al rey en una ocasión en que se quejaba de los príncipes sakias, que por el mismo motivo no querían hacer la corte al príncipe Sidarta. El príncipe, viendo á su padre pensativo y triste, le preguntó la causa, y al saberla le dijo: «¿Quién hay en esta ciudad capaz de competir conmigo? — ¿Y tú, preguntó el rey sorprendido, podrías salir bien de las pruebas? — Reune, contestó el hijo, á los más capaces.» El rey hizo anunciar un gran torneo que había de verificarse al cabo de una semana y en el cual el vencedor obtendría como premio la mano de la hija de Dandapani.

El día fijado se presentaron en el sitio designado, en las afueras de la ciudad, quinientos príncipes y gran multitud del pueblo para presenciar las luchas.

Se empezó por las artes escolares; en la escritura venció el príncipe, siendo juez el maestro Visvamitra, y en el cálculo se mostró Sidarta superior no solamente á sus competidores, sino también al maestro y al juez Arxuna. Las pruebas que dió de su inmenso saber excitaron los aplausos entusiastas de la multitud, oyéndose al propio tiempo en el aire cantos de alabanzas de los dioses. Vinieron después los ejercicios varoniles, corridas, saltos, natación, la lucha á brazo partido con uno ó más adversarios, y finalmente el tiro con el arco, en el cual el príncipe dió pruebas de una fuerza sin igual y de una habilidad maravillosa, porque manejó con admirable facilidad el formidable arco de su abuelo Sinhahanu, y en todo dejó muy atrás á los mejores adalides sa-

kias, por manera que á cada ejercicio excitó una gritería frenética. Dandapani le dió solemnemente á su hija Gopa por esposa, la cual fué aceptada por nuera por el rey Sudhodana, que en su entusiasmo envió su elefante á recibir á su hijo victorioso.

Se encontró con el elefante, á la puerta de la ciudad, un primo de Sidarta, llamado Devadata, el cual poseído de envidia por haber sido vencido, cogió con la mano izquierda la trompa y dió con la derecha tan formidable golpe al animal, que le tendió en el suelo. En esto llegó allí otro primo, llamado Nanda, que vituperó esta acción y apartó del paso al animal. Llegó entonces el hijo del rey, y enterado de lo sucedido, vituperó también á Devadata, elogió á



El hijo de Sudhodana regresando victorioso del torneo, bajo relieve de la puerta septentrional del tope de Sanchi.

Nanda, y alargando la pierna fuera de su carro, arrojó de un puntapié el pesadísimo cuerpo del elefante por encima de los siete baluartes y fosos que formaban el recinto de la ciudad, diciendo que el cuerpo muerto podría apestar la población. El hoyo que formó el cuerpo muerto en su caída se llama todavía, dice la leyenda, *hastigarta* (tumba del elefante).

En su día fué llevada Gopa, ricamente ataviada y acompañada de sus doncellas, llenas de júbilo, á la morada del príncipe, el cual desde entonces vivió entre ellas y en medio de placeres, de las danzas y juegos de miles de mujeres brillantemente ataviadas, como Indra con su Casi, en continuas diversiones (1).

(1) La traslación de Gopa á la morada del príncipe está representada en el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la pág. 237 del tomo primero.

Así pasaron años; el bodisatva parecía haber olvidado en el torbellino de los goces materiales su misión, bien que los dioses no cesaban de recordársela. En los cantos y músicas de sus mujeres el príncipe creía oír sus pasadas meditaciones sobre las miserias de esta tierra, sus votos y su misión de salvador y libertador del mundo, porque, como dice la leyenda: «El esclavo no puede ser libertador, ni puede servir de guía el ciego; sólo el varón libre puede libertar, y sólo el que tiene la vista clara puede enseñar á otros el camino que deben seguir.»

También el rey estaba atormentado por pensamientos análogos; en sueños veía á su hijo caminando en traje de monje mendicante, y cuando despertaba asustado, enviaba á saber si su hijo continuaba en su palacio.

A fin de hacerle la vida más atractiva, mandó construir para él tres nuevos palacios, uno de verano, otro para la estación de las lluvias y otro de invierno, adornados todos convenientemente para hacer la permanencia en ellos lo más amena posible, sin faltar nunca los coros de mujeres con música y danzas, pero rodeando también cada palacio de centenares de guardas armados.

Un día, sin embargo, el príncipe manifestó el deseo de hacer una excursión á los jardines de recreo, á cuya noticia se apresuró el rey á mandar arreglar y adornar los caminos y los mismos jardines, cuidando de alejar y hacer desaparecer cuanto podía impresionar desagradablemente. Al séptimo día se verificó la salida del príncipe con grandísima pompa y brillante séquito. Salíó la expedición por la puerta oriental de la ciudad, y á poca distancia, por disposición de los dioses, atravesó el camino un anciano caduco, mísero y tembloroso, apoyado en su báculo. El príncipe preguntó á su auriga qué enfermedad padecía aquel hombre, y el auriga le contestó que aquel viejo no padecía nada de particular, sino que pagaba el tributo á la vejez inexorable, como lo pagaba todo el mundo y como lo tendrían que pagar su padre y él mismo si no morían antes. Esto dejó pensativo al príncipe y le quitó el gusto de la excursión, por cuya razón

mandó volver atrás y dejar la salida para otro día, después de haber meditado sobre la vejez y sus achaques.

Al cabo de algún tiempo se verificó la nueva salida, esta vez por la puerta del Sur; pero encontraron á un enfermo, y el guía del carro hubo de explicar al príncipe cómo todos los hombres estaban sujetos á enfermedades. Esto impresionó también al príncipe tan desagradablemente que mandó suspender la excursión y volver atrás para meditar primero sobre lo que había visto y oído.

Dispúsose la excursión por tercera vez, y al salir por la puerta occidental se encontró con un entierro con sus lamentaciones, plañideras y demostraciones de dolor. El guía del carro volvió á explicar al príncipe la significación de todo, y el príncipe, con la imaginación llena de ideas de vejez, decrepitud, enfermedad y muerte, perdió otra vez la gana de seguir adelante y mandó volver á palacio, porque quería meditar sobre la manera de liberar á la humanidad de tales aflicciones.

Dispuesta la expedición por cuarta vez, salió por la puerta del Norte. Al poco rato la comitiva encontró á un monje mendicante que con dignidad tranquila y expresión alegre y contenta seguía su camino. El príncipe, después de oír la explicación de su auriga, se mostró complacido porque sabía que los sabios ensalzaban la vida piadosa del peregrino, tan provechosa para él mismo como para los demás y que daba por resultado el contento en esta vida y después dulcísima inmortalidad. Así verificada la expedición, regresó muy satisfecho á la ciudad.

El rey Sudhodana supo todo lo sucedido, y viendo que la profecía de Asita amenazaba cumplirse, aumentó sus disposiciones para evitar la evasión de su hijo, haciendo vigilar día y noche todas las salidas del castillo, rodeado de un cordón de hombres armados, y encargando á las mujeres que hiciesen los mayores esfuerzos para cautivar al príncipe con sus juegos, danzas y demás diversiones, sin interrumpirlas ni un instante.

Aquella noche turbaron á Gopa, que dormía al lado de su esposo, pesados sueños; vió en todas partes destrucción; ella mis-

ma estaba mutilada y desfigurada; sus joyas rotas y esparcidas, su lecho destrozado; el sol y la luna se desprendían del cielo y caían; las montañas se abrían y eran devoradas por las llamas; se desencadenaban tempestades; todo era lucha y destrucción hasta en el fondo del mar. Por fin se despertó llena de angustia y contó á su esposo su ensueño. Sidarta la calmó diciéndole que las personas buenas tenían estos sueños, que significaban el aniquilamiento de lo que es mentido y malo y el triunfo de lo que es verdad y bueno. «Tú misma, le dijo su esposo, verás el anonadamiento del enemigo protervo y de sus lazos, y tendrás una parte principal en la salvación y gloria. Alégrate, pues; no temas y duerme tranquila, porque tus ensueños son augurios felices.»

Sidarta, con todo, estaba decidido á ejecutar su intento, pero no sin avisar á su padre, á cuyo fin aquella noche, cuando todos dormían, pasó al palacio del rey. Al llegar allí, irradió de su cuerpo tanta luz, que el rey llamó á su camarero y le preguntó si había salido ya el sol, á lo cual le contestó el criado que no era sino media noche, pero que el edificio y los árboles estaban inundados de una luz suavísima, agradable y sin sombras, como si el espíritu bueno hubiese llegado al palacio. Entonces vió el rey delante de sí á su hijo, que le comunicó su intento, y el rey, sin poder moverse, tuvo que dar su consentimiento. Quiso, sin embargo, hacer una última tentativa; dijo al príncipe, con lágrimas en los ojos, que si quisiera renunciar á su propósito, le daría cuanto pidiese; á lo cual repuso el hijo que renunciaría si su padre, el rey, le pudiera conceder cuatro cosas, á saber: juventud y belleza permanentes, salud y vida, abundancia y fortuna, y librarle de enfermedades, de la caducidad, de la muerte y de todo infortunio. «Si no puedes, añadió, concederme todo esto, concédeme siquiera que cuando haya salido de esta vida, no haya de volver á nacer y pasar por otra.» El rey tuvo que confesar con el corazón afligido que nada de esto podía conceder, y se limitó á deseársle buen éxito en su propósito de ser el salvador del mundo. Con esto se despidieron y el hijo regresó á su palacio,

donde nadie había notado su ausencia ni nadie advirtió su llegada.

Entretanto continuaban los sakias guardando todas las salidas del castillo y de la ciudad, porque cuando el rey les había dicho que el príncipe se marcharía, habían contestado: «Vigilaremos: ¿qué hará él solo contra todos nosotros?» Habían colocado centinelas en todas las puertas y en el interior de la ciudad en las plazas y mercados; los jefes hacían la ronda para asegurarse de la vigilancia; la vieja Gautami por su parte había recomendado á las mujeres que estuviesen siempre alerta y no perdieran al príncipe de vista; que continuasen ostentando sus mejores galas, ejecutando juegos y danzas durante toda la noche, porque marchándose el príncipe la casa real quedaría desierta y desaparecería toda su magnificencia.

En la sala de las mujeres ardían todavía las lámparas cuando el príncipe entró, pero la luz que despedían era débil y estaba próxima á apagarse; las mujeres dormían: aquí grupos de bailarinas rendidas de cansancio; allí las músicas, unas abrazadas á sus instrumentos, otras echadas encima de sus laúdes y címbalos; más allá algunas con la boca abierta, cayéndoles la baba sobre los pechos; otras roncando, otras dormidas, pero con los ojos entreabiertos; otras rechinando los dientes, algunas apenas cubiertas con su ropaje, muchas enteramente descubiertas. El príncipe echó una mirada sobre los grupos, que despertaron en él la idea de un campo de cadáveres. «¡Qué miseria!, se dijo; ¿á quién puede gustar este espectáculo? El hombre esclavo de la sensualidad anda en tinieblas y extraviado, se halla cogido en una red de la cual no puede salir.» Estas reflexiones excitaron la compasión en Sidarta; salió al mirador, y dirigiendo su mirada al cielo, levantó las manos á todos los budas (quiere decir, según Beal, al espíritu universal ó á la inteligencia del universo) y vió á Indra rodeado de multitud de dioses y envuelto en flores y perfumes; vió á los cuatro custodios del mundo con todos los genios, sol y luna y todo el mundo celeste rutilante de luz; pero comprendiendo que era hora de marchar, llamó á su

fiel criado Yandaca y le mandó llevar su caballo enjaezado. En vano trató el criado de disuadirle de su propósito recordándole todos los goces y magnificencias que iba á abandonar; Sidarta se mostró inflexible y desafió todos los peligros que el criado le mostraba, así como había resistido á todos los alicientes materiales.

Por la voluntad de los dioses durmió toda la ciudad como todos los habitantes y los guardas del castillo y palacio, y Yandaca, que retardó cuanto pudo la ejecución de la orden de su amo, esperando que alguien se despertara y le ayudase á detener al príncipe, perdió la esperanza. «Ya ha llegado el tiempo, le dijo Sidarta; anda y tráeme mi caballo Cantaca;» y cuando el criado le preguntó qué tiempo había llegado, le contestó su amo: «Ha llegado el tiempo, Yandaca, de alcanzar la iluminación suprema, la *bodhi*, que no conoce ni la caducidad ni la muerte, cosa que anhelo conseguir desde hace mucho tiempo para ser el salvador de todas las criaturas.»

Viendo el criado que todas las reflexiones eran inútiles y que los dioses protegían la partida del príncipe, obedeció llorando; enjaezó y ensilló al noble animal y lo presentó á su amo, diciendo: «Aquí tienes tu soberbio y noble caballo; anda y realiza tu propósito; cúmplase tu deseo piadoso y que tus adversarios se aparten de ti. Llega á ser el salvador del mundo y trae á todos la bienaventuranza celeste.» El príncipe acarició el caballo, y diciéndole: «Muéstrate valiente, Cantaca,» montó. Tembló la tierra y una lluvia de flores cayó del cielo.

Los dioses guiaron el caballo; Indra y Brahma fueron delante para indicar el camino con su resplandor celestial, y el criado seguía agarrado á la cola del caballo. La puerta de la ciudad se les abrió por sí sola y sin ruido; sólo el genio protector de la capital cantó lamentaciones por la marcha de Sidarta, con el cual se iba también la magnificencia de Capila. Entonces detúvose el príncipe un instante, y echando una última mirada á la ciudad dormida, dijo: «Cuando vuelva estarán todos despiertos;» y dicho esto, continuó su marcha volando al través de los territorios

de los sakias, collas, mallas y maineyas, mientras se oía en el aire el canto de las ninfas.

Al romper el día hallábase Sidarta á seis yoyanas de la ciudad de Capila, y entonces se apeó, se despidió de los dioses que le acompañaban, quitóse sus joyas y las entregó con el caballo á Yandaca para que los llevara á la capital. El criado cumplió llorando la orden, y, según la leyenda, se llama aquel sitio todavía hoy «la vuelta de Yandaca.»

Habiendo quedado solo el bodisatva, cortóse con su sable la cabellera y la arrojó al aire; pero Indra la cogió y la llevó á su cielo, y dice la leyenda que en aquel sitio se celebra todavía hoy una fiesta en memoria de este suceso milagroso. También le pareció impropio de su nuevo género de vida su finísimo traje; pero no descubría medio alguno de hacerse con un sayal pardusco de monje. Entonces pasó por allí súbitamente un dios disfrazado de cazador, que trocó gustoso su traje burdo por el precioso vestido del príncipe y lo llevó gozoso al cielo, donde todavía es venerado hoy, dice la leyenda.

En el mundo de los dioses, desde la región más baja hasta la más elevada, fué grande la alegría cuando sus moradores vieron al príncipe Sidarta vestido de monje; pues decían que sin duda ninguna alcanzaría la iluminación suprema y libraría del mal al mundo y á las criaturas.

Los habitantes de Capila, muy lejos de sospechar que el



Partida de Sidarta, bajo relieve de una pilastra de Amravati

príncipe se hubiese marchado, se despertaron por la mañana contentos y alegres; pero cuando Gopa despertó y no encontró al esposo á su lado, dió un grito de dolor y de espanto y cayó sin sentido. Los lamentos de todas las mujeres, que en vano buscaban al príncipe por todo el palacio, llegaron hasta los aposentos más retirados del rey, el cual también cayó desmayado cuando supo que su hijo había desaparecido. Cuando hubo vuelto en sí, envió en todas direcciones mensajeros con orden de no regresar hasta haber visto al príncipe. Los que salieron por la puerta de la Buena Suerte, por donde había pasado el príncipe, encontraron á Yandaca que regresaba á la ciudad afligido yendo al lado del caballo de su amo, y contó á los enviados en busca del príncipe cómo había pasado todo, añadiendo que todos sus esfuerzos serían inútiles y que no lograrían hacer volver atrás al príncipe. A la vista de Yandaca y del caballo corrió la noticia de que el príncipe había regresado; pero su esposa Gopa no se hizo ilusiones, porque demasiado conocía la firmeza de voluntad de su esposo, y así dejó libre curso á su dolor, sin que los consuelos de Gautami lograsen apaciguarlo.

El rey Sudhodana sintió renovarse también su dolor á la vista de Yandaca y del caballo. El criado le refirió cómo había pasado todo, y cómo había procurado en vano despertar á la gente de palacio antes de obedecer al príncipe, al cual ayudaron los dioses, que amortiguaron el ruido de los cascos del caballo para que nadie despertara, amén de otros milagros. Finalmente dijo que el príncipe le había dado el encargo de tranquilizar á toda la familia y le había asegurado una acogida favorable.

A Gopa, que llorando abrazó el caballo de su esposo por el cuello, consoló el criado del mejor modo que pudo; le dijo que las personas buenas no debían afligirse por la marcha del príncipe, que regresaría en su día en toda la gloria de su obra de salvación y entonces la esposa participaría de su gloria; después, para consolarla más, le refirió los milagros que los seres celestes habían hecho para ayudar al príncipe y muchas otras cosas.

La preciosa armadura del príncipe fué regalada á tres parien-

tes suyos; pero como éstos no pudieron usarla porque no les venía al cuerpo, y sólo servía para entristecerles más, Gautami la echó en un estanque, que según la leyenda se llama desde entonces «el estanque de las joyas.»

Entretanto el príncipe en su hábito de monje siguió tranquilamente su camino. Llegó á la ermita del bracmán Safi, que le recibió hospitalariamente; después se dirigió á la de Padma, y sucesivamente á la del sabio bracmán Raivata, y de allí á la morada de Rashaca, hijo de Dattrimadandica, siendo muy bien recibido de todos. Después llegó á una gran ciudad llamada Vaisali, donde vivía á la sazón Arada, que gozaba como maestro de gran fama. Enseñaba la pobreza y el dominio de los impulsos sensuales, y tenía trescientos discípulos. Así éstos como su maestro quedaron admirados al ver la hermosa figura del bodisatva, el cual pronto comprendió sus explicaciones y se mostró á la altura del maestro. Este le invitó á enseñar juntamente con él á los discípulos y le llamó otro Gautama. Mas el bodisatva comprendió luego que la doctrina de Arada no conducía á la salvación que tanto anhelaba, y por lo mismo salió de Vaisali y entró en el territorio de Maghada. Al recorrer como monje mendicante la capital Radyagriha, cuantos le vieron creyeron que el mismo Brahma ó Indra, ú otro dios, había llegado allí para pedir limosna: tan imponente era su aspecto. La gente no se cansaba de mirarle, y pronto llegó la noticia de su llegada á oídos del rey Bimbisara. Habiendo el rey visto al monje extranjero desde una ventana de su palacio, mandó que le siguieran, y cuando le dijeron que había ido á acomodarse al pie del peñasco de Pandava, marchó con gran séquito tras él para saludar al nuevo é imponente anacoreta. Llegado que hubo al sitio, se apeó del caballo, é inclinándose respetuosamente saludó al bodisatva, el cual con dignidad y calma devolvió el saludo como correspondía con las palabras: «¡Viva el rey muchos años!» En el curso de la conversación ofreció el rey al monje, si quería dejar la soledad del bosque y vivir alegremente en su compañía, todos los goces y diversiones de la vida, haciendas y tesoros, y finalmente hasta

la posesión y el gobierno de su reino; pero el bodisatva no aceptó nada y dijo: «Todos los placeres sensuales son, ¡oh rey!, como el viento y las nubes, vanos, insubstanciales y efímeros; se anhela disfrutar de ellos, pero una vez logrados no dan satisfacción; son como el agua salada, que en lugar de apagar la sed, la aumenta.» Añadió que esto lo habían reconocido en todos tiempos las personas inteligentes, y que él había tenido todos los placeres y goces, mujeres jóvenes, todo en abundancia, y lo había dejado todo y renunciado á un trono. Preguntado por su familia, dijo que era sakia é hijo del rey Sudhodana, á quien había abandonado para vivir dedicado únicamente á las prácticas de la virtud. Entonces no le instó más el rey Bimbisara; y habiendo obtenido del bodisatva la promesa de volver á visitar su reino después de haber alcanzado el conocimiento supremo, le saludó respetuosamente y volvió á su capital.

Enseñaba entonces en su capital Radyagriha Rudraca, hijo de Rama, con tanto éxito, que siempre estaba rodeado de setecientos discípulos. Sidarta no quiso marcharse sin haber oído á este sabio tan afamado; y habiéndole encontrado, le preguntó quién había sido su maestro, á lo cual Rudraca le respondió que todo lo que sabía lo había aprendido por sí mismo. Preguntóle Sidarta qué era lo que enseñaba, y el maestro le contestó que enseñaba lo inconsciente, pero no lo ignoto. Asentó Sidarta plaza de discípulo y pronto comprendió todo el arte del maestro y su falta completa de valor, memoria, profundidad y conocimiento. Rudraca tuvo que confesar á su nuevo discípulo que no sabía más, y al mismo tiempo le graduó de maestro y le invitó á explicar como tal á su lado; pero el bodisatva declaró en plena clase que sabía ya bastante, y se trasladó á otra parte, marchándose con él otros cinco discípulos, porque observaron que habiendo comprendido Sidarta en tan corto tiempo todo lo que alcanzaba Rudraca, era seguro que Sidarta llegaría á ser un gran maestro.

Continuó, pues, su camino por el territorio de los maghadas y llegó con sus nuevos adeptos á Gaya, donde fueron invitados á una fiesta. Concluída ésta, se retiró á una montaña inmediata,

llamada «Cabeza de Gaya,» donde se entregó á sus meditaciones sobre la vida de los bracmanes y monjes que con todas sus mortificaciones y penitencias eran siempre más ó menos esclavos de la sensualidad, la cual les impedía llegar á un conocimiento superior. Después de haber permanecido algún tiempo en la Cabeza de Gaya, continuó su marcha y llegó á Uruvilva, donde vivía un jefe de ejército. Allí las aguas claras y las amenas orillas del río Nairanshana convidaban á la meditación y á una permanencia prolongada, y allí el bodisatva, después de haber conocido á muchos ascetas de opiniones y doctrinas las más diversas, con variadísimas prácticas de devoción exterior, resolvió dedicarse á la vida ascética y dar ejemplo de una separación completa de la vida material y sensual.

Entregado, pues, á no interrumpidas meditaciones, se sometió á las mortificaciones más duras. Pasaba días enteros sentado con las piernas cruzadas, ayunando y aguantando la respiración, hasta que un sudor frío cubría su cuerpo, y á los que le veían les pareció muerto ó por lo menos á punto de expirar; y según la leyenda, hijos de cielo anunciaron á Maya, la difunta madre del príncipe, el próximo fin de su hijo. Por tanto Maya, acompañada de ninfas, se dirigió á media noche á orillas del Nairanshana, y al ver á su hijo exclamó, en medio de grandes lamentaciones y sollozos: «¿Es decir, que la profecía de Asita ha resultado falsa, y tú, hijo mío, has de morir en solitaria selva sin haber alcanzado la iluminación espiritual suprema?» Al oír esto el bodisatva preguntó quién se lamentaba tanto, y le contestó Maya: «Es tu madre, que te llevó cual diamante en su seno y te parió en el bosque de Lumbini.» Entonces la consoló su hijo, diciéndole que antes de morir sin haber alcanzado el saber supremo, la cumbre del Meru flotaría sobre las aguas, se haría pedazos la tierra y se desprenderían del cielo la luna y las estrellas. Estas palabras consolaron á Maya, que al volverse alegre con sus ninfas al cielo, hizo caer sobre su hijo una lluvia de flores de mandara.

El bodisatva continuó sus mortificaciones. Quiso dar al mundo una prueba del poder del espíritu. Llegó á no comer más que

un solo grano de cebada ó de arroz en todo el día, después redujo el alimento diario á un granito de sésamo, y finalmente se abstuvo hasta de esta cantidad ínfima; se expuso á los ardores del sol, al frío, al viento, á la tempestad, en fin, á todas las penalidades; perdió todos los jugos y fuerzas y el lustre de su cutis, y desaparecieron todas las señales principales y secundarias de su belleza excepcional, hasta parecer su cuerpo un melón seco y arrugado. Había llegado á no ser ni sombra de lo que había sido, y la gente de la comarca le llamó el monje Gautama negro ó moreno, y con otros nombres por el estilo. Las leyendas dicen que no pasó día sin que su padre se informara del estado de su hijo por medio de mensajeros que envió sin interrupción á adquirir noticias.

Así pasaron seis años. El bodisatva había resistido con voluntad firme las pruebas ascéticas más duras; había mortificado su cuerpo y penetrado con su espíritu en las últimas profundidades de la meditación; había resistido á las tentaciones del espíritu protervo, siempre en acecho para hacerle abandonar su propósito, y le había dicho: «Hasta á ti te venceré, espíritu maligno;» y el espíritu maligno había tenido que retirarse, avergonzado de su impotencia.

El bodisatva había resistido pruebas sobrehumanas, pero también se había convencido de que el camino seguido hasta entonces no conducía á la sabiduría suprema, ni á la iluminación completa del espíritu. Comprendió que por este camino no se llegaba á vencer las miserias de la vida, repetidas con su nacer, envejecer y morir; que un cuerpo exhausto no puede combatir, y habiendo rechazado el auxilio que los dioses, según la leyenda, le ofrecieron, tomó la resolución de volver á alimentarse. Al ver esto, los cinco discípulos que con él estaban creyeron que su maestro se había cansado de su vida y de su misión, y desesperando de él se trasladaron á Richipatana, al bosque de las gacelas del lado de Benarés.

No parecía sino que diez doncellas de las familias principales de la aldea inmediata habían esperado el día en que el austero

anacoreta cambiara de plan, para proveerle de viandas confortantes, y éste las aceptó y no tardó en recobrar su buen aspecto anterior, por manera que poco á poco le volvieron á llamar los habitantes del país, como antes, «el monje guapo y buen mozo.»

Entre las diez doncellas había una llamada Sudyata, hija del jefe de la aldea. Esta joven, en cumplimiento de un voto, había llevado de comer diariamente durante seis años á unos cuantos bracmanes; y así le ocurrió el deseo de que el bodisatva aceptara de sus manos una comida, y después de haberla comido lograra el monje su ardiente anhelo de alcanzar la iluminación suprema del espíritu.

Aquel día también un hijo del cielo llevó al bodisatva ropas nuevas, como las llevan los monjes; y una vez aceptadas, se las puso y se dirigió por la mañana á la aldea.

Aquella mañana era la del primer día de la luna llena del mes de Vaisaca; la joven Sudyata se había levantado muy temprano, porque una inspiración divina le había dicho que aquel día llegaría el santo varón al cual deseaba hacer su regalo anual y que la ayudaría á lograr el cumplimiento del objeto de su voto. Por esto había hecho levantar también temprano á su criada Utara.

Sacaron de la leche de mil vacas la mejor nata; de ésta otra vez la flor, y así sucesivamente siete veces, y la última la cocieron con arroz escogido y miel en un puchero nuevo sobre un hogar nuevo. Al hervir observaron augurios favorables. Cuando el manjar estuvo cocido, añadieron especias aromáticas; Sudyata adornó la fuente con flores y envió á la criada en busca del brahmán que el cielo debía enviar. A cuantas partes la criada dirigió sus pasos, se encontró siempre con el monje conocido por *el buen mozo*, y al noticiarlo á su ama, dijo ésta: «Pues ve á invitarle, ya que para él hemos aderezado este manjar.» Cumplió la criada el recado, y el bodisatva aceptó la invitación sin hacerse rogar. Cuando entró en la casa, lo encontró todo engalanado, inclusa al ama; sentóse en el asiento preparado; Sudyata

le presentó el manjar en una gran escudilla de oro; tomola el invitado y la comió, pero pensando sin cesar en su deseada iluminación espiritual tan anhelada, que sentía interiormente había de tener aquel mismo día. Al tomar el manjar, no llevando su olla de mendigo, dijo á Sudyata: «Hermana mía, ¿qué se ha de hacer después con esta preciosa escudilla? — Es tuya,» dijo la joven; y cuando él le observó que para él no servía (atendido su voto de pobreza), le contestó Sudyata: «Haz con ella lo que quieras, pues yo no daré en adelante á nadie manjar de voto sin dar también la escudilla.»

El bodisatva se retiró con la fuente de arroz con leche y miel, y llegado que hubo á orillas del Nairanshana, siendo todavía temprano, puso la fuente en un sitio conveniente, se desnudó y tomó un baño para refrescar su cuerpo. Los dioses, dice la leyenda, habían echado flores y perfumes en el agua clara del río, á fin de tomar después algo de ella y guardarlo como reliquia.

Después de haberse bañado salió el bodisatva del río con el auxilio del espíritu de un árbol, que le alargó la mano; se sentó en la orilla, donde la ninfa del río le había preparado un asiento primoroso, y se puso á comer con tranquilidad. Cuando hubo concluido de comer, arrojó la fuente de oro al río. Sagara, el rey de las serpientes, se apoderó de ella en el instante en que Indra, bajo la forma de Garuda, trataba de cogerla. Indra, no habiendo llegado á tiempo, tomó su forma verdadera y suplicó á Sagara que se la cediese, á lo cual accedió Sagara después de repetidos ruegos. Indra la llevó muy gozoso á su cielo, donde los hijos de dioses instituyeron una fiesta, la de la escudilla de oro, con su procesión, fiesta que se celebra todavía hoy (1).

El bodisatva se levantó de su asiento, y habiendo recuperado todo su vigor y hermosura de antes, marchó, valiente como un león joven, en dirección del árbol de la ciencia.

La marcha del bodisatva desde el río Nairanshana al árbol de la ciencia fué, según cuenta la leyenda, una fiesta para la na-

(1) Esta fiesta está representada en el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la pág. 259.

turalidad entera y para el mundo de los dioses. El suelo por donde pasó el futuro salvador parecía una alfombra de flores; los árboles y arbustos de las orillas del camino ostentaban flores y frutas; innumerables aves de toda clase y hermosísimo plumaje se balanceaban en las ramas, mezclando sus cantos sonoros con los de las ninfas celestes, porque los dioses y los espíritus buenos de todos los reinos celestes habían acudido, por indicación del gran Brahma, para ofrecer sus respetos, loas y ofrendas al bodisatva en su camino al trono del conocimiento; diez y seis hijos del cielo, encargados de la custodia de este trono habían adornado todos los alrededores hasta una yoyana de distancia con séptuples galas de palmas, oro y perlas; la magnificencia de aquella comarca eclipsaba la de las moradas de los dioses y espíritus. De la misma manera las cuatro divinidades del árbol de la ciencia adornaron este árbol desde su raíz hasta su copa con guirnaldas y coronas de flores. Al mismo tiempo la aureola de luz que salía del bodisatva iluminaba con sus rayos rutilantes todo el ámbito de la tierra y penetraba hasta las regiones celestes más elevadas y hasta los abismos más profundos del infierno. Los deseos de los que sufrían amarguras quedaron satisfechos; las penas, los dolores y tormentos se calmaron; los odios y contiendas desaparecieron, y en todas partes reinaron la unión, el amor, la confianza, la benevolencia y el contento.

Hasta las moradas de las serpientes penetró la luz que emanaba del bodisatva; Cálica, en cuyo palacio infernal no penetra ningún rayo ni de sol ni de luna, se acordó de sucesos análogos ocurridos tiempo hacía, y al salir para ver lo que pasaba, vió al bodisatva dirigirse al trono del conocimiento. Entonces llamó á todos los suyos para que acudieran á saludar al salvador, y á su voz acudieron su esposa, llamada Suvarna-Prabhasa (Resplandor de oro), todas las mujeres é hijas nagas con guirnaldas, banderolas y perfumes para obsequiar al futuro buda y cantar sus alabanzas.

En el camino y en medio de las loas de los dioses y espíritus

se encontró el bodisatva con una divinidad llamada Svasti (felicidad, salud), bajo la forma de un segador que llevaba una carga de hierba recién segada. «Dame un poco de esa hierba, dijo el bodisatva al hombre, porque lo necesito para alcanzar hoy la iluminación, el conocimiento supremo.» El hombre, contento y satisfecho de contribuir á que un nuevo buda alcanzara su objeto, le dió ocho manojos; pero el bodisatva le dijo, al tomarlos, que no eran las hierbas, sino el continuo anhelo y esfuerzo los que conducían al conocimiento más sublime. «Este conocimiento, dijo, no se da, sino que se adquiere.» Añadió que cuando oyese que él había adquirido el supremo saber, acudiese para oír la ley ó, como se dice, á probar la preciosa *amrita* (inmortalidad).

Pasó adelante el bodisatva y se aproximó brioso como un león y con paso lento al árbol de la ciencia, en torno del cual dió siete vueltas de izquierda á derecha, y después se detuvo del lado de Oriente. Allí extendió sus hierbas en el suelo con las puntas dirigidas hacia el árbol. En el acto levantóse en el mismo sitio un trono al cual cubrieron aquellas hierbas á manera de una alfombra tejida como de mano de artista. Sentóse el bodisatva en este trono con las piernas cruzadas y la cara dirigida á Oriente; todos los dioses fijaron la vista en él, y oyeron con júbilo y veneración estas palabras que el bodisatva pronunció con voz firme: «No abandonaré este asiento sin haber alcanzado el conocimiento supremo, aunque hubiesen de secarse y desaparecer la piel, la carne, los huesos y todo mi cuerpo.»

Entonces tembló la tierra en sus cimientos y el horizonte quedó alumbrado en todo el rededor con vivísima luz.

Faltaba al bodisatva librar un último combate, porque ocupando el trono al pie del árbol de la ciencia había declarado la guerra á Mara, el tentador, el señor del mundo de la sensualidad y de la concupiscencia; y antes de haber vencido á este enemigo, al cual prestaban homenaje los hombres y los dioses, no podía recibir la dignidad suprema de buda. Para esto envió el bodisatva un rayo de luz que alumbró y conmovió las moradas de Mara,

envueltas en tinieblas. Mara oyó las voces que, en medio de esta luz, cantaban himnos en loor del bodisatva por haberse acercado al árbol de la ciencia y que le suplicaban que concluyera su obra de salvación, haciendo participar á todos del conocimiento supremo; que salvara á los demás como se había salvado á sí mismo, y que alumbrara y despoblara las sendas del mal. Al propio tiempo pronosticaban á Mara su completa derrota. Mara oyó estas voces al despertar de pesados ensueños, y aterrado llamó á los jefes de su hueste, á sus hijos y criados y les dijo: «Los aires resuenan hoy de alabanzas y loas en honor del sakia cuyo cuerpo adornan las señales más preciosas. Después de seis años de pruebas durísimas, se ha acercado al árbol del conocimiento, y si este bodisatva alcanza la iluminación sublime, despertará é iluminará á centenares de millares de seres y despoblará mis moradas. Por esto hagámosle la guerra, y si me profesáis afecto, reunid pronto un ejército. Los budas egoístas y los *arhantes* (santones), aunque el mundo estuviese lleno de ellos, ninguna merma causan á mi poderío; pero si ese vástago de *Shina* llega á triunfar y á dictar la ley, me causará un daño incalculable.»

Sartavaha, hijo de Mara, aconsejó en vano que desistiera de semejante lucha, porque los augurios y avisos de ensueños eran funestos, y luchar y ser vencido era un deshonor. Aunque su padre Mara decía que al verle el bodisatva á él y á su séquito se arrojaría á sus pies, semejante creencia nacía tan sólo del orgullo y de la pasión y no de la reflexión prudente. «Un héroe como este bodisatva, dijo, equivale á todo un ejército malo, que ante él quedaría anonadado, como todos los gusanos que lucen de noche pierden su brillo ante la luz del día. Todas las reflexiones de Sartavaha fueron inútiles; su padre reunió un ejército tan numeroso y horrible como jamás se había visto otro, formado de gigantes, vestiglos, apariciones nocturnas, espantajos y monstruos en forma humana y de animales de una y muchas cabezas, de multitud de piernas y brazos, con caras disformes; bocas abiertas, lenguas sangrientas y colgantes, dientes y colmillos terribles, ojos inquietos, manos sin dedos, cuerpos informes salpicados de

sangre de serpientes y de dragones, simples esqueletos, teniendo por armas pesados sables, cuchillos, lanzas, venablos, hachas, picas, arcos, hondas, mazas y hasta troncos de árboles, peñascos, vómitos de fuego y de veneno; en fin, era un ejército de demonios enfurecidos, aullando y haciendo un estrépito aterrador como la tempestad y el rugido de las olas embravecidas del mar. Este ejército cubría el país en rededor del árbol de la ciencia hasta ochenta yoyanas de distancia, y obscurecía la luz del día como masas de nubes negras. A su presencia se desencadenaron tempestades, desgajáronse árboles y peñascos, relámpagos deslumbradores atravesaron el aire, truenos espantosos conmovieron la atmósfera, aguaceros torrenciales amenazaron anegar el mundo; pero nada de esto tocó al árbol de la ciencia, ni conmovió el espíritu del bodisatva, sentado al pie del árbol, absorto en sus meditaciones y no viendo en toda aquella lucha y en los elementos desencadenados más que una ilusión de los sentidos. «Podrá todo esto aterrar á los que están debajo del árbol de la ignorancia, pero no al hijo de la raza sakia que sabe distinguir lo falso y aparente de lo verdadero y positivo.»

Mara volvió á reunir su consejo de guerra. Entre los llamados estaban mil hijos de Mara, que se declararon unos conformes con la opinión de Sartavaha y los otros con la de su padre; y después de hablar en pro y en contra de la guerra, sacando á relucir los oradores partidarios del combate su poderío, fuerza y seguridad de triunfo, y haciendo notar los otros la sublimidad del bodisatva y la imposibilidad de triunfar de él aunque se le atacara con fuerzas mucho mayores, decidióse Mara por la guerra y ordenó el ataque. proyectiles de toda clase, entre ellos hasta peñascos, volaron contra el bodisatva; pero al aproximarse á él se transformaban en flores, y las llamas y venenos que la hueste enemiga vomitaba sobre él formaron una aureola radiante sobre su cabeza.

Mara corría de una parte á otra, retrocediendo ante su contrario cuando se le presentaba como blandiendo una espada, y avanzando de nuevo cuando advertía su engaño. Volvieron á

llover proyectiles, cadenas, lazos, peñascos, bolas de hierro sobre el bodisatva, pero quedaron en el aire transformados en coronas y guirnaldas de flores que adornaban el árbol de la ciencia.

Entonces el espíritu protervo acudió á la astucia y dijo á su enemigo: «Ve, príncipe, y disfruta de tu dignidad real. Ya que tantos méritos tienes, ¿á qué necesitas agregar á ellos la salvación (de las criaturas)?» A esto le contestó el bodisatva con voz y en términos enérgicos y claros: «Un sacrificio único te ha valido, ¡oh genio del mal!, el dominio sobre el mundo de la sensualidad, mientras yo los he hecho innumerables y grandes por amor de los seres.» Entonces, pidiéndole Mara testimonios de esta aserción y de la vida virtuosa y perfecta del bodisatva, tembló el suelo; salió de su seno radiante y con brillante séquito la diosa de la tierra y se oyó la voz que decía: «Nosotros, ¡oh grande hombre!, somos testigos,» y dicho esto, cesó la aparición. Entonces huyeron las bandas de Mara como chacales cuando oyen el rugido del león; pero aquél detuvo á los fugitivos y dijo: «Un ser como éste no es vencido fácilmente.»

Mara, para hacer el último esfuerzo, habló con sus hijas, las ninfas seductoras, excitándolas á poner en juego todas sus artes, que habían vencido á tantos santos austeros y los habían precipitado de su altura. En efecto, todas volvieron á presentarse ante el bodisatva, las unas ligeramente vestidas y haciéndose las vergonzosas, otras desnudas; éstas lánguidas y melancólicas, pero ardientes; aquéllas retozonas, bromeando, riendo, bailando y jugando, todas ostentando á su modo sus atractivos corporales. Para atraer al bódísatva á sus redes, cantaron estrofas amorosas en elogio de la primavera, de la juventud, que conviene aprovechar, de las perfecciones divinas de sus cuerpos, del deseo y del deleite; mas el bodisatva las miró y oyó sin conmoverse y les habló con suavidad y dulzura, pero sin apasionarse, haciéndoles ver la vanidad y falsedad de los placeres sensuales, la tontería y temeridad de los que corrían tras ellos y la inutilidad de sus esfuerzos para seducirle á él. «Aunque el mundo, les dijo, estuviera poblado exclusivamente de seres como vosotras y yo viviera entre

ellos siglos y eras, jamás se turbaría mi serenidad, ni se desesperaría en mí pasión alguna, y mi genio triunfante conservaría su claridad celestial.»

Las ninfas no se desanimaron; apasionadas, encendidas, despechadas y orgullosas del poder de su belleza, se aproximaron una y otra vez al santo, bailando, jugando, cantando y alabando la firmeza y el triunfo del hombre á quien esperaban atraer todavía á sus redes, donde no el trabajo ingrato de maestro, sino el amor, le recompensaría de sus sacrificios y trabajo en los brazos de jóvenes más hermosas y perfectas que las que pudieran tener los hombres y aun los dioses. El bodisatva continuó invencible y les repitió con calma imperturbable el motivo por qué había renunciado para siempre al amor de mujeres y á todos los placeres materiales; de suerte que por fin las hijas de Mara se convencieron de la completa inutilidad de sus esfuerzos; su ardor amoroso se trocó en despecho y veneración, entonaron cánticos é himnos en loor del santo, deseándole el cumplimiento de su deseo de salvar al mundo como se había salvado á sí mismo; le saludaron, dieron vueltas en derredor de su persona de izquierda á derecha y se volvieron cerca de su padre para comunicarle el mal éxito de su tentativa, diciendo que aquel maestro de los dioses y de los hombres era invencible y que antes oscilaría el monte Meru sobre su base, se secaría el Océano y la luna se desprendería del cielo que aquel hombre se dejara caer en poder de mujer.

Mara quedó consternado, y apenas quiso creer que los atractivos de sus hijas hubiesen sido impotentes para seducir á su adversario.

Entretanto se oyeron alrededor del bodisatva voces de mujeres divinas que ensalzaban y glorificaban al santo y otras que imprecaban al espíritu maligno; pero éste, sin hacer caso, volvió á excitar á sus bandas infernales gritando: «Aniquilad á ese enemigo nuestro, que quiere emanciparse y librar á los demás de mi dominio;» á lo cual el bodisatva contestó con calma y valor: «Ni tú ni los tuyos me quitaréis de este trono del conocimiento.»

y añadió que los dioses y los hombres, y hasta el mundo de los goces y el cielo de Kâma, dios del amor, estaban sujetos á él, por lo cual le ordenaba que se retirase de allí. Mara le replicó que si el bodisatva era el rey del mundo de Kâma, él, Mara, le daba la ley; y después de varias réplicas y contrarréplicas, el espíritu protervo volvió á excitar á sus bandas á un nuevo ataque más furioso que los anteriores, pero sin inmutar al santo, que estaba convencido de que aunque el triple mundo estuviese poblado de demonios, no podrían tocarle ni á un solo cabello. Como una tempestad horrible arremetió al bodisatva la hueste proterva rugiendo, aullando y atronando el aire con sus penetrantes gritos de guerra y amenazas, mezclados de voces que decían con sorna, afectando compasión: «¡Estás perdido, hijito; hoy acabamos contigo, aunque admirado y ensalzado por los dioses y los hombres!» Y cepas, troncos, peñascos, bolas de fuego, llamas y serpientes venenosas volvieron á atravesar el aire, hendiendo árboles y montañas; nubes de flechas, picas, sables, hachas y cuchillos obscurecían la atmósfera, y entretanto el bodisatva, el ser purísimo, continuaba sentado en su trono tranquilo é imperturbable, viendo trocarse en flores todos los proyectiles. Sus virtudes perfectas, sus intenciones buenas, su caridad dadivosa, su perseverancia y valor, su sabiduría profunda, dábanle aquella tranquilidad. Por fin el bodisatva golpeó con su mano la tierra y del interior salió una voz atronadora que se fué transmitiendo por los espacios y que dijo: «¡A ellos! ¡Aniquila á esas turbas negras!» Al oír esta voz se aterrorizó el protervo espíritu y emprendió la fuga, que fué la señal de la desbandada de todos los suyos, infantes, jinetes y carros; el terror se apoderó de la hueste infernal; como fieras espantadas huyeron todos los espíritus de las tinieblas, arremolinándose y destrozándose unos á otros, y su jefe, el autor de todo el mal, se quedó solo, abandonado, presa de crueles remordimientos, avergonzado, despechado y envejecido en un instante. Entonces oyó la voz del espíritu del árbol de la ciencia que le dijo: «Anda, márchate aprisa; vergüenza, maldición y desprecio al que persigue al justo.» Al propio tiempo oyó las exclamacio-

nes de júbilo de los dioses y seres celestes que glorificaban al bodisatva, vencedor de Namuchi, el protervo espíritu, y de su hueste. Estas exclamaciones se repitieron como el eco por los espacios hasta el último cielo, y en una lluvia de flores y guirnaldas anunciaron al vencedor su triunfo y el logro de la iluminación espiritual suprema (1).

Mara quedó derrotado; el bodisatva, sentado en su trono adornado con banderolas y bajo un magnífico quitasol, estaba entregado á la contemplación serena y gozó absorto de la iluminación espiritual, que súbitamente inundó su inteligencia como un foco resplandeciente de luz. Ahogando toda idea sensual, obtuvo un criterio despejado, y desechando todo escrúpulo y duda, concentró su espíritu y se despertaron y aclararon su memoria y su conciencia, ilimitadas y libres de toda pasión. Así pasó los cuatro grados de la meditación profunda, concentrada y santa.

Había pasado el primer tercio de la noche, y el bodisatva había adquirido vista divina, pues vió la índole y conducta de los seres todos; vió la falsedad y maldad de los unos y la virtud y rectitud de los otros, sus opiniones, palabras y actos; vió cómo los malos corrían á su perdición para volver á nacer convertidos en seres infernales, y cómo los buenos morían para renacer á otra vida entre dioses y en regiones celestes.

Pasó el segundo tercio de la noche y el bodisatva vió claramente sus vidas anteriores y las de otros; los nombres que en ellas llevaron, la casta y familia á que pertenecieron, la época y el lugar en que vivieron y todo lo que pasaron; en fin, su vista se fué aclarando y ensanchando juntamente con su saber é inteligencia.

Acabó finalmente la tercera y última vigilia, y con el nuevo día cayó el último velo que todavía cubría la vista mental del bodisatva. Este comprendió toda la vida de las criaturas, todo

(1) En el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la página 261 están representados el consejo de guerra de Mara, éste y sus hijas sentadas sobre el elefante y la huída de los espíritus protervos.

el mal, su triste suerte, sus nacimientos, sus existencias, su vejez y caducidad y sus muertes. Vió claramente que teniendo que renacer se había de padecer, envejecer y morir; vió que la causa del renacer á nuevas existencias es la necesidad del desarrollo, de la formación y perfección de los seres, y la causa de esta necesidad es el error que toma al mundo aparente por verdadero. El error es el primer eslabón de la cadena de alucinaciones que los seres tienden á sacudir, y sus esfuerzos en este sentido les conducen á nuevas existencias ó vidas con sus penalidades, enfermedades, vejez y muerte.

Cuando el bodisatva hubo comprendido el eslabonamiento de las causas y lo hubo desarrollado en su mente, conoció que destruyendo la causa primera, el error, quedarían suprimidas todas las consecuencias; entonces la verdad podría reemplazar al error, y la verdad es el conocimiento de los males inseparables de toda existencia, de la sensualidad, miseria ó ceno de la vida, y de las alucinaciones ó ideas falsas. La verdad es la ciencia de todos los males, de su origen, de su aniquilamiento y del camino que á este aniquilamiento conduce.

Con este conocimiento quedó súbita y completamente iluminado el bodisatva; había alcanzado la ciencia suprema y con ella su emancipación de todas las miserias; había llegado á ser otro Buda. Los dioses y los hijos del cielo llegaron de todos lados con flores esperando el momento de hacerlas caer sobre el buda completo. Entonces se levantó éste, según dice la leyenda, á la altura de siete palmeras y exclamó:

«Cegado está el camino (de las penalidades terrenales); la bruma (de la obcecación) se ha disipado; el ceno (las pasiones carnales) ha perdido su influencia; el mal ha quedado detenido y ha cesado la pena.»

Al concluir la voz llovieron tantas flores del cielo que cubrieron el suelo hasta un pie de altura.

El bodisatva había alcanzado la iluminación sublime y con ella la dignidad de Buda. Entonces se conmovió la tierra seis veces, como se había conmovido en el día de su nacimiento, y en

todo el ámbito del universo reinaron la paz, la tranquilidad y la bienaventuranza. «Por mí, pudo decir el nuevo Buda, se han acabado los renacimientos, la vejez, la muerte y la pena,» y perfectamente consciente de este triunfo, permaneció meditabundo é inmóvil la primera semana en su trono. Allí se le presentaron los moradores del mundo de Kama, numerosas turbas de apsaras ó ninfas celestes para presentarle sus homenajes y glorificarle en sus himnos como dios de los dioses y señor supremo. «Mara y su poderío han quedado vencidos, cantaron; ahora podremos saborear el manjar de la inmortalidad.» Acudieron también los hijos divinos de las regiones celestes purísimas, de la luz resplandeciente y del mundo bramánico, para rendir sus homenajes al triunfador perfecto y glorificarle, cada clase á su manera, con himnos solemnes de alegría, y cuando un grupo concluía sus cantos se retiraba á un lado, mostrando veneración y respeto, para dejar sitio á otro grupo.

Siete días estuvo Buda, como se ha dicho, inmóvil en su trono con las piernas cruzadas y la mirada fija, gozándose en la iluminación de los grados sucesivos de la meditación por que había pasado; y á un hijo divino que le preguntó lo que meditaba, contestó: «Gozo.» Como un rey cuando toma posesión de su trono, ó cuando acaba de vencer á sus enemigos, estaba Buda, el vencedor de Mara y de la miseria de las criaturas, sentado en su trono. Después se levantó y se volvió á sentar, para quedar otra semana en su trono precioso. En esta semana recorrió con el pensamiento el universo, que comprende los tres mil millones de mundos; en la tercera semana fijóse su mirada únicamente en el trono al pie del árbol de la ciencia, y durante la cuarta semana recorrió la tierra, desde el mar oriental al occidental, siempre acompañado de los himnos de los seres divinos y de una lluvia de flores y perfumes.

Por aquel tiempo acercósele otra vez el tenaz Mara para aconsejarle que fuese á gozar el descanso eterno, ya que había conseguido lo que tanto había deseado; pero Buda contestó al tentador que no iría á gozar el descanso eterno hasta que hubie-

ra suficiente número de monjes mendicantes iluminados, fieles adeptos de su ley y aptos para enseñarla y defenderla contra sus adversarios; hasta que el Buda, su ley y su iglesia estuvieran sólidamente cimentados en el mundo; hasta que hubiera innumerables bodisatvas encaminándose hacia la iluminación suprema, y hasta que se hallaran establecidas las cuatro congregaciones iluminadas y fieles.

Al oír esto Mara, se retiró cabizbajo y disgustado y se sentó en un sitio retirado, donde se entretuvo en trazar con su bastón figuras en la arena. Así le encontraron sus hijas, Rati, Arati y Trishna, que enteradas del motivo de la aflicción de su padre, le consolaron y le dijeron: «Somos mujeres y te traeremos á ese hombre aherrojado por la pasión.» Su padre trató inútilmente de disuadirlas de su empresa, diciéndoles que aquel hombre venerable y perfecto se había librado para siempre de las pasiones y de su poder; las temerarias fueron y probaron sus artes de seducción, pero Buda no hizo caso de ellas y no tardaron en verse transformadas en viejas apergaminadas.

Desesperadas volvieron á su padre, el cual las aconsejó que acudieran á la misericordia de Buda. Hiciéronlo así, y Buda escuchó sus súplicas y les restituyó á su estado anterior, diciendo: «Los que reconocen su culpa y se enmiendan, pueden vivir en adelante según la ley verdadera.»

Buda pasó la quinta semana en la morada de Mucilinda, rey



Glorificación de Buda, como maestro de los dioses y de los hombres, bajo relieve de Amravati.

de serpientes; y habiendo estallado una gran tempestad, Mucilinda se rodeó con su cuerpo de serpiente al cuerpo de Buda y le cubrió con su hinchado cuello para protegerle contra el temporal, y lo mismo hicieron otros reyes de serpientes que acudieron del Este, Sur, Oeste y Norte. Cuando al cabo de algunas semanas hubo cesado la tempestad, desarrollaron los jefes de las serpientes sus cuerpos y regresaron á sus moradas, después de haber cumplido los saludos más respetuosos, inclinando su cabeza y dando tres vueltas alrededor de Buda.

Buda pasó la sexta semana al pie de un árbol, á orillas del Nairanshana. Allí vivían muchos maestros con sus discípulos, ascetas y otros anacoretas, que acudieron para preguntarle por su salud y cómo había pasado la tempestad. Entonces formuló Buda esta sentencia: «Este mundo arde en sensualidad, y á pesar de su temor ante el peligro que corre, sigue el impulso de su vida material.»

Pasó la séptima semana al pie del árbol de la salvación, llamado *tarayana*. Entonces sucedió que dos hermanos comerciantes, Trapusha y Balica, pasaron por aquella comarca en su viaje al Norte de la India, de donde eran originarios, con su caravana formada de quinientos carros cargados de riquísimas mercancías y gran número de hombres. Habían salvado en su larga expedición con toda felicidad muchos y grandes peligros y obstáculos, cuando al llegar cerca del árbol de la salvación se vieron detenidos, hundiéndose las ruedas de sus carros en el suelo y ellos sin poder hacer andar al ganado. Espantados los dos hermanos, enviaron jinetes en todas direcciones para descubrir la causa de la alarma del ganado, pero nada descubrieron; sólo oyeron la voz de una diosa de la selva que les dijo: «Nada temáis;» y pasando adelante vieron al Buda en su hábito de monje mendicante, y habiendo llegado la hora de comer, comprendieron que era necesario dar su parte al monje, pues en el instante de divisarle oyeron una voz divina que decía: «Es el Buda venido para la salvación del mundo, y si queréis alcanzar la bienaventuranza, dadle de comer cariñosamente.» No estando

preparados, tomaron lo que tenían, miel, torta de pan y azúcar de caña, y haciendo los saludos más respetuosos, ofrecieronlo al monje, suplicándole que se dignara aceptar su ofrenda.

No había tomado el Buda ningún alimento, ni comida ni bebida, desde el plato de arroz con leche y miel que le había preparado Sudyata, y desde aquel día había desaparecido también su olla de barro de monje mendicante. Los cuatro guardas del mundo observaron esta falta y ofrecieron al santo varón fuentes de oro, que este último no aceptó, por ser impropias de un cramana, é igualmente rechazó otras fuentes ó escudillas preciosas, como eran las de lapislázuli, de zafiro, etc., que le presentaron los dioses. Finalmente le llevaron cada uno una, hecha de piedra común, que aceptó, y para no lastimar á ninguno de los cuatro dioses dadores, unió las cuatro escudillas de piedra en una sola, de la que se sirvió en adelante. En esto había llegado la hora de ordeñar la vacas de la caravana, y los dueños ofrecieron la flor de la leche al iluminado perfecto, el cual admitió bondadosamente la ofrenda y dió á los dos comerciantes su bendición en estos términos:

«Feliz sea vuestro viaje, feliz vuestro regreso; que encontréis felices á los vuestros y que ellos os vuelvan á ver felices también; que Indra, Yaxa y Cubera, siempre favorables á los que se muestran dignos de su protección, os den siempre suerte y, al fin, la salud eterna.»

Al bendecir á los dos hermanos, anuncióles que en otra vida futura llegarían á un alto grado de iluminación. Esta fué la primera predicción y promesa de Buda. Los dos hermanos comerciantes y todos los compañeros de viaje se hicieron adeptos de Buda y fueron los primeros hermanos laicos de la comunidad budista.

Buda volvió á sentarse al pie del árbol de la salvación y meditó sobre su doctrina, diciéndose á sí mismo: «Esta mi doctrina es profunda, complicada é inaccesible á las inteligencias comunes; por tanto, no quiero enseñarla y prefiero continuar en mi silencio.» Mas el gran Brahma, el señor de los tres millares de

miles de mundos, había determinado otra cosa, y haciendo resonar su voz por todos los cielos, dijo: «El mundo acabará y se hundirá, porque el que ha alcanzado la perfección no quiere enseñar mi ley.» Entonces acudieron grandes masas de dioses superiores y con ellos marchó Brahma adonde estaba Buda y le suplicó que enseñara su ley, la ley de Buda, y éste, sin salir de su silencio, le significó que cumpliría su deseo. Volviendo, sin embargo, á encontrar nuevas dificultades para cumplirlo, se le acercó Sacra, á excitación del gran Brahma, con las multitudes de dioses de las regiones media é inferior, y le suplicó respetuosamente que se levantara y que comunicase al mundo, obcecado y sumido en las tinieblas, la luz de su iluminación. Buda continuó en su silencio, y volviendo á suplicarle el gran Brahma, dijo: «Profunda, complicada, difícil, incomprendible é inaccesible á las inteligencias comunes es mi ley, y si la enseñase no sería comprendida, lo que para mí sería doloroso, y por esto quiero continuar en mi silencio.» Con esta contestación se retiraron los dioses tristes y afligidos.

Por tres veces se resistió Buda á satisfacer el deseo de los dioses y á proclamar su ley; pero un día, al dirigir su mirada iluminada sobre el pueblo de Maghada y pensando en su obcecación, error y falta de criterio, distinguió tres clases de inteligencias y se dijo: «Una parte de esta gente quedaría esclava del error aunque enseñara yo mi ley; otra parte, que anda por buen camino, me comprendería naturalmente; pero la tercera parte, ó sean aquellos que oscilan entre los dos extremos, nunca podrían seguir mi ley si no la enseñara, y si la enseñara hay la posibilidad de que me entendiesen.» La compasión que esta clase le inspiró determinó entonces á Buda á proclamar su ley, y así lo participó al gran Brahma, que había vuelto á sus súplicas y á excitar su compasión, diciéndole: «Pues bien: ábranse las puertas de la salvación á los que quieran escuchar; los de Maghada conocerán mi ley si me prestan oído sin falsedad y confiando en mí.»

Al oír esto Brahma se retiró muy gozoso, y pronto resonaron todos los cielos de júbilo, y lluvias de flores y perfumes cayeron

sobre Buda, que empezó á proclamar su ley, como veremos, en el bosque de las gacelas en Varanasi.

Reflexionando sobre las personas á quienes comunicaría primero su doctrina, pensó en los dos maestros Rudraca, el hijo de Rama, y Arada Calapa, en cuyas escuelas había estado; pero pronto vió con su vista espiritual, y los dioses se lo confirmaron, que los dos habían muerto, el primero hacía siete días y el segundo sólo tres. Los dos, á haber vivido, habrían aceptado, en su opinión, su doctrina sin repugnancia; pero habiendo muerto ya, sólo quedaba á Buda el sentimiento de que habían dejado esta vida sin haber conocido la nueva ley. Quedaban aquellos cinco compañeros suyos que le habían abandonado al ver que había renunciado á sus mortificaciones y se habían dirigido al bosque de las gacelas en el país de los casis, y allí se decidió á pasar para proclamar su doctrina. Dejó, pues, su trono al pie del árbol de la ciencia, atravesó el país de Maghada y se dirigió al de Casi.

En el camino, antes de llegar á Gaya, encontró á un monje mendicante llamado Ayivica, que le dijo: «¡Cuán claras, puras y serenas están tus facultades, Gautama, y cuán hermosos son tu color y aspecto! Redonda y lustrosa como la luna de otoño es tu cara. ¿A qué escuela perteneces, Gautama?» A esto contestó Buda: «No tengo maestro, ni hay quien se me parezca; yo soy el único iluminado que ha alcanzado la perfección y la tranquilidad de espíritu. — Pues bien, le replicó el otro, á mí bien me reconocerás la categoría de *arhant*, de maestro venerable. — Yo soy *arhant*, soy el maestro supremo y no tengo rival ni entre los dioses, ni entre los asuras y gandharvas,» le contestó Buda; y el otro dijo: «Entonces me reconocerás el título de *shina*, vencedor,» á lo cual respondió Buda: «Vencedores se llaman aquellos que como yo han vencido todos los defectos; yo he vencido el mal, y así soy yo el vencedor.» Preguntó Ayivica á Buda adónde iba, y éste le dijo que iba á Varanasi, á la ciudad de los casis. «Quiero, añadió, con una luz incomparable iluminar aquel mundo obcecado; tocaré el tambor de la salud del alma y daré á la

rueda de la ley un impulso que nunca ha tenido.» A esto contestó el otro: «Cúmplase tu deseo, Gautama,» y dicho esto tomó la dirección del Sur, mientras Buda siguió su camino en dirección Noroeste.

En todas partes por donde pasó Buda fué recibido con amor y cariño; en Gaya le obsequió Sudarsana, rey de serpientes, y en Rohitavastu, Uruvilvacalpa, Anala, en fin, en todas partes fué recibido y aprovisionado abundantemente en todas las casas. Al llegar á orillas del Ganges estaba crecido el río, y al entrar en la barca le pidió el barquero el precio del pasaje. «No tengo dinero,» le dijo Buda; y diciendo así, elevóse en el aire y pasó volando á la otra orilla. El barquero quedó consternado y sintió haber negado el pasaje gratuito evidentemente á un santo. Cuando el rey Bimbisara supo lo sucedido, mandó que en lo sucesivo fuesen trasladados gratis á la otra orilla todos los monjes ambulantes.

Así llegó Buda á Varanasi; recorrió esta gran ciudad en su hábito monástico y con su olla de limosnas, y habiendo recogido abundante alimento, comió y se dirigió á Richipatana, el bosque de gacelas, en busca de sus cinco compañeros de otro tiempo, que al verle venir desde lejos concertaron la manera de recibirle, diciendo: «Ahí viene aquel Gautama, aquel goloso que no supo continuar sus abstinencias; si entonces no supo llegar á la sabiduría sublime, menos habrá llegado ahora, que está harto. No saldremos á recibirle, ni nos levantaremos de nuestros asientos, ni le quitaremos la capa ni la olla, ni le ofreceremos de comer y beber ni taburete; que se siente donde pueda.» Así dijeron, y sólo Aynata-Caundiña no tomó parte en la conversación; mas á medida que se aproximaba Buda, los cinco se iban inquietando en sus asientos, hasta que á semejanza de un pájaro encerrado en la jaula, que no está bien en ninguna parte, se levantaron todos cinco sin saber cómo y fueron á recibir al santo perfecto; uno le quitó respetuosamente la capa y la olla, otro le preparó un asiento, un tercero le puso un taburete, el cuarto corrió á presentarle agua para lavarse los pies, y todos juntos le dieron la bienvenida, invitándole á tomar asiento. Aceptó el santo perfec-

to, los cinco compañeros se sentaron cerca de él y se entabló la conversación, por cierto cariñosa. Todos le hablaron como lo había hecho Ayivica, alabando su aspecto hermoso y su inteligencia clara. «Quizás, dijo uno, habéis tenido una revelación sobrehumana. — No me tratéis como igual, dijo Buda, porque me ha sido revelado el camino de la inmortalidad; soy Buda, el que todo lo ve y todo lo sabe, el que no tiene mancha y el que ha mostrado la tranquilidad anhelada. Dueño de la verdad, os la comunicaré: venid y escuchad. Enseñados por mí quedaréis purificados, y habiendo penetrado la verdad, habréis adquirido la sabiduría verdadera. Entonces ya no habrá necesidad de nuevas vidas, entonces conoceremos claramente la vida que exige Brahma, y obrando conforme á su ley no tendremos ya que pasar por nuevas vidas.»

Para probar á sus antiguos compañeros la verdad de cuanto decía, les repitió cuanto habían pensado y concertado cuando le habían visto llegar, y entonces acabaron todas sus dudas y quedaron convencidos. Arrepentidos y humildes, arrojáronse á los pies del santo y le reconocieron por maestro, llenos de amor, de confianza y de veneración, y Buda reconoció que había encontrado el lugar á propósito para empezar la propagación de su doctrina. Salió de él una claridad como la que al realizarse su nacimiento penetró en los abismos más profundos del infierno; la tierra se conmovió, y como entonces, quedaron calmadas todas las penas, discordias y calamidades, y reinaron en su lugar en todas partes la paz, la concordia, la alegría y la satisfacción. Se oyeron voces que desde el seno del resplandor glorificaban al que había llegado á la perfección y había venido á enseñar su ley. Innumerales dioses de todos los cielos, los cuatro dioses custodios del mundo, Indra y Brahma, todos acudieron, se inclinaron ante Buda, celebrando su caridad y compasión, y le suplicaron que predicara su doctrina para libertar este mísero mundo. En las alturas apareció una rueda de oro y de piedras preciosas, y el dios que tenía esta rueda, la de la nueva ley, excitó á Buda á cumplir su promesa.

Buda pasó en silencio el primer tercio de la noche; amenizó la segunda vigilia con agradable plática, y en la tercera predicó á los cinco nobles oyentes su doctrina.

Caundiña fué, según la tradición, el primero que comprendió las verdades, y al conocerlo Buda, exclamó gozoso: «¡*Ajnata!*,» que quiere decir: «¡Has comprendido!,» de donde quedó á este discípulo por sobrenombre *Ajnata*. Los compañeros siguieron su ejemplo; todos suplicaron al santo que les admitiera como discípulos y así lo hizo Buda, diciendo á cada uno: «Acércate, bhixu (monje mendicante, que ha hecho voto de pobreza y de renuncia al mundo), buena enseñanza es esta ley; observa una conducta santa y vencerás todas las penas.»

Así quedó constituida la primera comunidad budista, compuesta de Buda y de sus cinco discípulos. Una noche, hallándose Buda paseando á orillas del Asi ó Varanasi, que desemboca cerca de Benarés en el Ganges, oyó desde la otra orilla á un joven de familia noble, llamado Yasas, que había huído de la casa paterna para buscar su salvación y que gritaba: «¡Sramana (anacoreta), yo padezco, yo padezco!,» y el santo le contestó: «Ven acá, monje; aquí no hay ni padecimientos ni peligro.» Obedeció el joven, encontró el consuelo que buscaba y comprendió la nueva verdad. Al poco tiempo llegó también su padre, el cual había encontrado las huellas de su hijo, que había dejado en la otra orilla sus zapatos bordados de oro; oyó el sermón de Buda y al día siguiente convirtiéndose á la nueva ley con su esposa y la de su hijo, y fueron los primeros miembros legos de la comunidad, pues el hijo, Yasas, entro como séptimo discípulo en la orden monástica. La comunidad se compuso, pues, desde entonces del maestro y de nueve miembros entre monjes y legos (el padre de Yasas y las dos mujeres), á los cuales se agregaron luego en calidad de monjes cuatro amigos de Yasas, cuyos nombres, Sin mancha (*Vimala*), Brazo hermoso (*Subahu*), Ganancia completa (*Purnayit*) y señor de vacadas (*Gavampati*), parecen legendarios, pero indican la riqueza y posición elevada de los nuevos adeptos, que á su vez fueron seguidos por otros cin-

cuenta jóvenes, hijos de las familias más notables de Benarés. Todos escucharon las explicaciones del bondadoso santo y adelantaron rápidamente en el camino de la santidad, de suerte que la comunidad santa contó pronto sesenta miembros. Toda la comunidad pasó la estación lluviosa en Benarés ó en sus inmediaciones aprendiendo y enseñando á otros la nueva ley, como solían hacer otras comunidades monásticas, viviendo como ellas de las limosnas que les daban los particulares piadosos del país, que también, cuando era menester, les daban alojamiento. Más adelante, varios príncipes y otros protectores, ricos y piadosos, regalaron á Buda ó á sus discípulos notables, terrenos y edificios para pasar en ellos la estación lluviosa. Estos edificios se fueron engrandeciendo; algunos llegaron á ser conventos monumentales con magníficas arcadas, agregándose á muchos de ellos pagodas ó templos suntuosos, jardines y otras obras en que rivalizan la naturaleza y el arte y que sorprenden al espectador.

Pasada la estación lluviosa, el maestro reunió á todos sus discípulos y los envió á predicar por todo el mundo la doctrina de salvación.

Por aquel tiempo volvió á acercarse al Perfecto el espíritu de la muerte; pero al decirle Buda: «En mí se ha extinguido todo deseo; estás vencido, Mara,» se vió vencido el espíritu protervo y desapareció triste y derrotado.

El Perfecto, al trasladarse de Benarés á Uruvilva, lugar que había escogido para enseñar la ley, descansó apartado del camino en un bosque, donde una comitiva de jóvenes distinguidos que iban en busca de una mujer, le preguntaron respetuosamente si la había visto por allí, á lo cual él les contestó: «Vais en busca de una mujer de placer; ¿no sería mejor que os buscarais á vosotros mismos?» Y cuando los así interrogados confesaron avergonzados que lo último sería mejor, les hizo sentar y les predicó su doctrina de la verdad, y los jóvenes en número de treinta se convirtieron y fueron individuos de su comunidad. Después de esto siguió Buda su camino y llegó á Uruvilva, donde estaban los tres hermanos Casiapa, llamados, según su

ermita, Uruvilva, Nadi y Gaya-Casiapa. Eran descendientes de una antigua familia de sacerdotes; rendían culto á Agni y eran ascetas que llevaban trenzas, teniendo el mayor quinientos discípulos y adeptos, y los otros dos juntos otros tantos. A éstos se acercó Buda, tratando de convertirles con sus milagros para demostrarles su poder superior, pasando entre ellos una noche en su morada. En ella reinaba un dragón que escupía veneno y fuego, pero al cual el Perfecto venció y encerró en su caja de limosnas, dentro de la cual le enseñó á la mañana siguiente á los asombrados hermanos. Otra vez lluvias torrenciales fuera de tiempo inundaron todo el bosque donde estaba el Perfecto, y dirigiéndose los hermanos ansiosos al sitio que solía ocupar, le encontraron sentado en seco, mientras las lluvias y las aguas pasaban por encima de aquel sitio. Al verles pasó el santo por los aires adonde estaban ellos, diciendo uno de los Casiapa: «En verdad este sramana tiene gran poder, sólo que no me iguala á mí en santidad» y lo repitió á todos los milagros que el santo hizo á millares. El santo se propuso humillar su vanidad y le dijo: «No eres santo, Casiapa, has errado el camino de la santidad,» y esta palabra hizo lo que no habían podido lograr todos los milagros: Casiapa-Uruvilva se prosternó delante de él y le suplicó que le admitiese entre sus discípulos; sus adeptos siguieron su ejemplo; cortáronse sus trenzas y barbas y las arrojaron al río con todos los utensilios de los sacrificios de Agni, siendo recibidos y consagrados discípulos de Buda. Cuando los otros dos hermanos de Casiapa supieron lo sucedido, acudieron también con sus adeptos é ingresaron en la comunidad de Buda. Este pasó con los mil nuevos adeptos á la colina de Gaya, donde predicó á los reunidos.

Después pasó con sus mil monjes de un punto á otro hasta el bosque de bambúes de Radyagriha, precedido por su fama, que puso en movimiento toda la ciudad residencia del rey Bimbisara. El Perfecto había prometido ir á visitarle, de manera que sabiendo el rey la proximidad de Buda, salió á recibirle con una inmensa multitud, para ver y oír al «maestro de los dioses

y de los hombres,» al cual saludó respetuosamente. Después de haber predicado á la multitud, y de habersele presentado muchos miles, declarándose hermanos legos de la comunidad santa, el rey se dirigió al Perfecto, diciendo: «Mis deseos, señor, quedan cumplidos; ha visitado mi imperio el Buda perfecto; he oído y comprendido su doctrina. Me ha sucedido lo que á una casa derribada que se vuelve á levantar, lo que á un objeto oculto que queda manifiesto, lo que á un extraviado que vuelve á encontrar su camino; y así como la luz dispersa las tinieblas, del mismo modo ha disipado mi incertidumbre el sermón en el cual el bienaventurado ha presentado su doctrina de varias maneras; me refugio, pues, ¡oh señor!, en el bienaventurado, en la ley y en la comunidad de sus discípulos, y pertenezca yo desde ahora, para toda mi vida, al bienaventurado, como aquellos que se han refugiado en él.» Dicho esto, convidó al Buda á comer con él con toda su comunidad de discípulos al día siguiente, á lo cual el Perfecto accedió, pasando al día siguiente á la ciudad y al palacio del rey. Según la leyenda, le abrió camino al través de la multitud Sakra, el rey de los dioses, disfrazado de joven bracmán. Cuando hubieron comido, el rey mandó llevar una copa de oro con agua y dijo que deseaba dar á la comunidad budista un sitio tranquilo y agradable no lejos de su capital y que por lo mismo le quería regalar á perpetuidad el bosque de bambúes y su jardín real. En señal de donación echó agua de la copa en la mano que le alargó el Buda en prueba de que aceptaba el regalo, y después de haber entretenido al rey con otras explicaciones de su doctrina, se dirigió muy contento con su comunidad al bosque de bambúes, donde dijo á los monjes: «Os permito aceptar la donación.»

De esta manera adquirió la joven comunidad budista un domicilio fijo y propio en el país, á la par que un fuerte apoyo en la persona del rey, lo que fomentó extraordinariamente su fama y crecimiento, así como su seguridad contra los ataques exteriores.

Por aquel tiempo llegó á la misma capital una partida de ascetas ambulantes, hasta el número de doscientos cincuenta, con-

ducidos por un jefe llamado Sanyaja. Había entre ellos dos amigos llamados Sariputra y Maudgalyayana, llamados también por otro nombre Upatishya y Colita, que se habían prometido uno al otro que el primero que descubriera por dónde podrían alcanzar la inmortalidad ó la salvación lo avisaría á su compañero; y habiendo visto Sariputra un día al Asvayita recorriendo la capital y recogiendo limosnas, le chocó el aspecto y actitud de aquel venerable, se decidió á seguirle, y, finalmente, le dijo: «Amigo, tienes el aspecto tan sereno y contento, que te suplico me digas por quién has renunciado al mundo, quién es el maestro cuya doctrina sigues;» y habiéndole contestado el interpelado que su maestro era el Sakia, continuó el otro suplicándole que le comunicase la doctrina de aquel maestro. El Asvayita le contestó que hacía poco que había entrado en la comunidad, y que sólo podía explicar lo principal de la doctrina; pero cuando el asceta ambulante la oyó, reconoció la verdad de la vanidad y que todo lo que nace ha de perecer, y dijo al otro: «Con esto habéis alcanzado lo que ha quedado oculto durante incontados siglos, á saber, un estado que acaba con todas las penas.»

Cuando volvió al lado de su amigo le contó lo que había sabido, y ambos decidieron ponerse bajo la dirección y protección del Perfecto, y con ellos los doscientos cincuenta adeptos suyos, que lo eran principalmente de Sanyaja. Este se dice que trató en vano de disuadir á sus discípulos de su propósito, y hasta ofreció á los dos amigos citados parte en la jefatura de su escuela; y viendo que su ofrecimiento no era aceptado, murió repentinamente de pena y de disgusto. Aquellos dos amigos fueron discípulos modelos de Buda y con el tiempo maestros y columnas célebres de la comunidad budista.

También se refiere que por aquel tiempo fueron á buscar á Buda una multitud de jóvenes distinguidos de Magadha para llevar bajo su dirección una vida santa, lo que excitó la envidia de otros maestros, y que también los habitantes del país empezaron á manifestar sus temores por la gran masa de discípulos que acudieron al santo, diciendo que si aquello continuaba, deja-

ría á todos los padres sin hijos y á las mujeres sin maridos, y produciría la extinción de las familias. Esto oyeron los monjes en todas partes y lo dijeron á su maestro, el cual les contestó que el alboroto á lo más duraría ocho días, y que cuando ellos lo oyesen, contestaran que los perfectos enseñaban á los hombres la verdadera doctrina y que no podría criticarse á los sabios si llevaban al hombre á la verdad. El pueblo lo comprendió, y efectivamente, á los ocho días había cesado el alboroto.

La leyenda refiere muchas otras conversiones, sobre todo de personas notables que en aquel primer período se agregaron á la comunidad budista, como sucedió con Narada ó Nalada, sobrino del célebre poeta y cantor de himnos Asita, que después se hizo célebre bajo el nombre de su familia Catyayana, siendo conocido también por el Gran Catyayana. Más célebre fué todavía Casiapa, llamado también el Grande, que entró igualmente en la comunidad budista cuando Buda se hallaba en Radyagriha. Las vidas de ambos están adornadas con milagros por la tradición.

En este primer período activo de predicación y de propaganda del Buda, algo antes según la tradición meridional y algo después según la del Norte, tuvo efecto su visita á su ciudad patria Capila, cuyo rey Sudohana, habiendo tenido noticia de la estancia de su hijo en el bosque de bambúes de Radyagriha, había enviado mensajeros uno tras otro para invitarle á que le fuese á ver; pero todos los mensajeros se habían convertido é ingresado en la comunidad budista y no habían vuelto. Entonces el rey, en su creciente deseo de ver á su hijo, envió á otro hombre de confianza con cartas para el hijo, haciéndole dar su palabra sagrada de volver con la respuesta aunque se convirtiera al budismo. Este nuevo mensajero, que se llamaba Udayin ó Calodayin, cumplió su palabra, y volando, es decir, atravesando los aires, llevó al rey la contestación del hijo, el cual consentía en hacer á su padre una visita, pero suplicaba á su padre que le dejase vivir, no en la ciudad, sino fuera con sus discípulos en una vihara ó establecimiento monástico. Entonces fué cuando el rey hizo construir el convento.

En el día de la luna llena de enero el mensajero Calodayin suplicó á Buda que aprovechara aquella época del año para emprender el viaje, á lo cual accedió Buda y se puso en camino con dos mil monjes mendicantes andando cada día una yoyana, siendo sesenta yoyanas la distancia total entre Radyagriha y Capila. Calodayin, pasando por los aires, informó al rey diariamente de los progresos del viaje y volvió llevando al Buda su comida de la mesa de su padre. Al aproximarse á la ciudad salieron á recibirle los sakias jóvenes y viejos, que arrojando flores y quemando incienso, le condujeron con los suyos al jardín ó bosque de recreo preparado al efecto.

La leyenda hermosa la relación con gran cantidad de pormenores, diciendo cómo el Buda obligó á los orgullosos sakias á inclinarse delante de él; cómo al día siguiente, con gran asombro del pueblo y no menor del rey, entró en la ciudad y fué de casa en casa con su olla, para pedir su comida de limosna, y cómo después explicó al rey que ser sucesor de Buda, renunciar á los bienes de este mundo y abrazar la pobreza voluntaria y otras cosas, valía más que ser descendiente de reyes y de príncipes. Más adelante, y á invitación de su padre, aceptó los homenajes de los cortesanos y de las mujeres, que todas acudieron á saludarle, excepto su esposa, la madre de Rahula, á quien él mismo fué á ver para consolarla y fortificarla en su fidelidad y resignación.

Hablábase entonces fijado un día para proclamar solemnemente sucesor en el trono á Nanda, hermano menor ó hermanastro de Buda, casarle con su novia y establecer su casa. Pero aquel día muy temprano llegó el Buda y al marcharse dió á Nanda su olla de mendicante para que se la tuviera un momento en la mano y Nanda se la llevó hasta la vihara ó convento. La novia, viéndolo, quedó consternada, y mucho más cuando supo que Nanda había ingresado también en la orden budista.

Buda hizo entrar igualmente en la orden á su propio hijo Rahula, de seis años de edad. Había sido enviado por su madre, que le había dicho: «Aquel monje que resplandeciente cual otro

Brahma va acompañado de veinte mil adeptos, es tu padre; ve, pues, y pídele tu herencia paterna.» El niño obedeció y no se apartó del lado de Buda, suplicándole sin cesar que le diera su herencia. Al penetrar así los dos en el bosquecillo del convento, pensó el Buda: «Mejor que todos los bienes precederos es aquel bien que se me reveló al pie del bodhi, ó árbol de la ciencia, y debo comunicarle á mi hijo.» Llamó á Sariputra y le dijo: «¡Ea!, haz entrar á Rahula en la comunidad de la orden.» El rey se apesadumbró mucho de la admisión de su nieto en la comunidad y no lo ocultó á su hijo, el cual le prometió no admitir en adelante á ningún muchacho ó adolescente sin el permiso de sus padres. Buda, no obstante, consiguió propagar también su doctrina y atraer adeptos á su comunidad en su familia y ciudad patria. Ganó la voluntad de su padre, doctrinándole muchas veces. Cuando salió de Cápila para regresar á Radyagriha, se detuvo en Anupia, ciudad de Malla, y se le presentaron otros parientes suyos, príncipes sakias notables, para ser admitidos en la comunidad, como Aniruda con su amigo Badrica y Devadata, que era á la vez primo y cuñado de Buda. También se le presentó Upali, el barbero de los príncipes sakias, que en lugar de regresar prefirió quedarse en la comunidad y fué ordenado antes que los príncipes, lo que obligó á éstos á inclinarse ante él y á renunciar á su orgullo de nobles. Sólo Devadata se mantuvo inflexible y se mostró en adelante contrario y hostil al maestro, porque se había lisonjeado con la esperanza de suceder al rey en el trono, y había seguido á los otros más á la fuerza que por su voluntad. Una conducta enteramente contraria á la del anterior observó Ananda, hijo de Amritodana, que también entró en la orden entonces. Era primo de Buda y tenía la misma edad que Rahula. Este se unió estrechamente á Buda, y llegó á ser su favorito é inseparable compañero, y con el tiempo uno de los adeptos y maestros más célebres del budismo.

El Buda, de regreso á Radyagriha, pasó la estación de las lluvias y también la siguiente en el bosque de bambúes, donde robusteció, amplificó y profundizó en el ánimo de sus discípulos

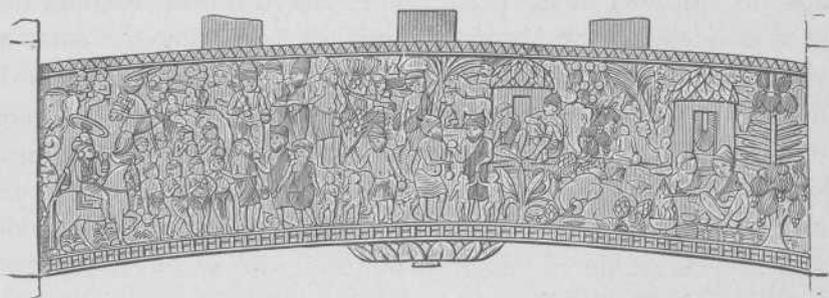
el conocimiento de su ley, y acompañado de varios de ellos hizo excursiones á las comarcas cercanas, predicando al pueblo su doctrina. En una de estas excursiones visitó, según todas las tradiciones, la ciudad de Sravasti, adonde había llegado un rico comerciante llamado Sudata y por otro nombre Anata-Pindada. Este comerciante, habiendo pasado por Radyagriha con muchos carros cargados de mercancías, había oído hablar á Buda, y conmovido de su doctrina había hecho valiosos regalos á la orden y obtenido del maestro la promesa de ir á visitarle á su ciudad, situada en el país de los cosalas. Allí adquirió el comerciante un jardín hermosísimo y vasto, por el cual, según dice la leyenda, pagó al propietario, que era Jetar, hijo del rey, tantas monedas de oro como eran menester para cubrir la superficie, dejándole además el edificio delantero. Allí construyó Sudata una vihara ó convento magnífico y perfectamente montado, según un modelo ó plano dado, interior y exteriormente. Cuando todo estuvo preparado, envió un mensajero al Buda para invitarle á ir.

La recepción fué pomposa, como la de un poderoso soberano. Abrían la marcha quinientos jóvenes conducidos por el hijo del donador. Seguíanles las dos hijas de Sudata con quinientas doncellas que llevaban banderas de colores. Tras ellas iba la esposa del donador con quinientas matronas que llevaban jarras llenas de agua perfumada, y tras éstas iba Sudata con quinientos hombres, vestidos, como todos los demás, con sus trajes de los días de fiesta. Al juntarse con el Buda, que iba precedido de una sección de discípulos legos y seguido de su comunidad de monjes, condujéronle al convento y jardín, los cuales, según la leyenda, al entrar el santo quedaron como él inundados de brillante luz. Entonces se dirigió el donador á Buda, saludándole respetuosamente, y echando agua de una copa de oro en las manos del maestro, dijo: «Con esto hago donación de este convento y bosque de Jetar á la orden de los bhixus con Buda por jefe, á él y á todos los suyos desde ahora para siempre.»

Entonces aceptó el Buda la donación, dió solemnemente las

gracias y bendijo al donador. Durante semanas se celebró la fiesta á que dieron lugar esta solemne donación y la estancia del Buda, presentándose también el rey Prasenayit, como los demás cosalas, para saludar al Perfecto y para reconocerle como el maestro supremo después de haber éste disipado todas las dudas.

Con esta donación se enlaza la tradición posterior, fundada en comunicaciones verbales del mismo Buda, pues todo lo que éste hizo, dispuso y ordenó, y lo que posteriormente dispusieron y ordenaron sus discípulos y los discípulos de éstos, se considera



Donación solemne de bienes, con la ceremonia de derramar agua en las manos de los que los reciben, bajo relieve del tope de Sanchi

como el legado sagrado é inspiración de Buda. Este, en el sexto año de su misión sagrada, se halló junto al lecho de su moribundo padre, el rey Sudodana, el cual, reconociendo lo temporal de todo lo existente, murió libre de los lazos terrenos. A su muerte fué admitida en la orden, á sus repetidas instancias, Prayapati-Gautami. La envidia de seis maestros herejes, al ver los progresos que hacía la doctrina budista en el pueblo, les indujo á proponer al rey de los cosalas, Prasenayit, después de haberse negado á ello el rey Bindusara de Magadha, que invitara al Buda á un certamen de virtud milagrosa. En aquel certamen los maestros herejes quedaron miserablemente vencidos, á pesar de lo cual no cesaron en sus calumnias; pero más que todo esto afligió á Buda una discordia entre sus propios discípulos, que le indujo á retirarse á la soledad. Lo que no logró con sus refle-

xiones y con el ejemplo de dos antiguos reyes enemigos, que olvidaron su enemistad trocando su odio mutuo en amor, lo consiguieron personas laicas de buena voluntad que hicieron que los monjes reconocieran su culpa y se restableció la concordia entre ellos.

Estos y otros muchos hechos, trabajos y conversiones, refiere la tradición de los primeros veinte años de la actividad del Buda, que al cabo de este tiempo nombró á Ananda, su primo y discípulo favorito, compañero y asistente permanente suyo. Poco más añaden las tradiciones del Sur respecto de los últimos años de vida del Buda; pero las del Norte hablan todavía del fin de la oposición que le hizo Devadata, diciendo que éste se hallaba dominado por un deseo insaciable de adquirir fama y riquezas, á cuyo fin se granjeó por medios mágicos la amistad del hijo de Bindusara, que le colmó de honores y de consideraciones. Con esto nació en el ánimo de Devadata el deseo de ponerse en lugar del Buda á la cabeza de su comunidad de monjes; pero desde el mismo instante perdió su fuerza mágica. Al saberlo el Buda dijo que los necios se hacían á sí mismos justicia, tomando ocasión de este suceso para exponer á sus discípulos las diferentes clases de maestros. A muchos monjes que le refirieron los grandes honores que Devadata recibía del hijo de Bindusara, dijo: «Así como el banano y el bambú mueren al producir fruta, así arruinan á Devadata y le pierden los honores y lucros.»

Algún tiempo después, hallándose el Buda predicando su doctrina en una numerosa asamblea, en la cual estaban también presentes el rey y su séquito, levantóse Devadata y, acercándose al maestro, dijo: «El señor se ve cargado de años y su vida se acerca á su término; que disfrute, pues, su dicha en tranquilidad y que me ceda la dirección de su comunidad.» A esto contestó el Buda: «No digas más, Devadata; ni á Sariputra ni á Maudgalyayana entregaré yo la dirección de la comunidad, ni mucho menos á ti, hombre tan perverso y vanidoso.» Al oír esta contestación, dada en presencia del rey y de su séquito, se

retiró despedido Devadata y desde entonces concibió la idea de perder al maestro. Este, por su parte, dió á sus discípulos en Radyagriha la orden de hacer saber públicamente que Devadata había cambiado y que sus discursos y actos no estaban ya de acuerdo ni con el Buda, ni con la ley, ni con la comunidad: noticia que fué recibida del público de diferente manera, según la opinión de cada cual.

Devadata indujo al príncipe, su protector, á matar á su padre y ponerse en el trono, prometiendo que él por su parte mataría al Buda y se pondría también en su lugar. El príncipe fué preso al penetrar con la espada ceñida en la estancia de su padre y confesó su objeto y que había sido incitado por Devadata, á lo cual contestó el rey: «Ya puedes sentarte en el trono en seguida,» é hizo coronar á su hijo. El primer acto del nuevo monarca fué apostar á un arquero para que matase á Buda, y á otros arqueros para apoderarse del asesino á fin de hacerle ajusticiar con otros más; pero éstos, lo mismo que el primero, depusieron sus armas mortíferas y confesaron arrepentidos su culpa. Entonces el mismo Devadata emprendió lo que no habían hecho los arqueros. Paseándose cierto día el Buda por la meseta del monte Buitre, subió Devadata á un pico más elevado, desde el cual arrojó un peñasco al maestro; mas el peñasco, al atravesar el aire, se hizo pedazos, uno de los cuales hirió un pie de Buda, haciéndole sangre. El maestro gritó entonces á Devadata: «Necio, te haces daño á ti mismo, porque verter la sangre de un tatagata (maestro) resulta fatal.» Los discípulos de Buda recibieron á su maestro en el convento con grandes muestras de dolor y le rodearon para protegerle de cualquier nuevo ataque; pero él los hizo apartar, diciéndoles: «Un tatagata no muere de muerte violenta, sino de muerte natural.»

Entonces probó Devadata otro medio. Indujo con grandes promesas al guarda de un elefante feroz, llamado Nalagiri, á que soltara el animal contra el Buda cuando éste pasase por la calle. En efecto, el animal se abalanzó con la trompa, las orejas y la cola levantadas contra el maestro, al cual sus discípulos instaron

espantados para que se retirase á todo correr; pero el Buda les mandó continuar tranquilamente su camino, mientras los habitantes de la ciudad, al ver lo que pasaba, subieron corriendo á las azoteas y miradores, unos dominados por el temor y otros llenos de fe en el poder del varón santo. Este al llegar cerca del elefante tocó con su mano derecha la frente del animal, el cual al momento quitó con su trompa el polvo de los pies del santo y se retiró humilde, retrocediendo, sin apartar la vista de Buda y arrojando tras sí el polvo que había quitado de los pies del santo, hasta volver á su establo y ocupar allí muy manso su puesto. Esto aumentó en el pueblo la fama del Buda y la veneración en que se le tenía, mientras disminuyó el prestigio de Devadata.

Entonces convino Devadata con sus partidarios en suscitar la discordia en la comunidad, y á este efecto se dirigió á Buda y pidióle cinco cosas que sabía que no le había de conceder: 1.^a, la obligación de vivir solo en el bosque; 2.^a, alimentarse sólo de lo que se recogía mendigando (no admitir invitaciones á comer); 3.^a, vestirse sólo de trapos recogidos; 4.^a, dormir al aire libre; 5.^a, abstinencia de pescado (y de consiguiente de carne). El Buda, después de haberle oído y de saber que había en el público diversas opiniones respecto de los cinco puntos, preguntó á Devadata si quería provocar un cisma entre sus adeptos; y habiendo sido contestado afirmativamente, añadió: «Mira, Devadata, ya has ido demasiado lejos; abandona tus propósitos, son funestos estos cismas.»

Al siguiente día de fiesta, Ananda, al recoger sus limosnas, encontró á Devadata, que le participó que desde aquel día estaba decidido á celebrar las fiestas sin el concurso del Buda y de su comunidad, lo cual el fiel discípulo comunicó á su maestro. En efecto, aquel mismo día subió Devadata á la cumbre del monte Buitre con quinientos discípulos de Vaisali, todos novicios en la ley, y á quienes se había atraído recomendándoles la observancia de los cinco puntos litigiosos y diciéndoles que, á pesar de esto, había quedado en buena inteligencia con el

maestro. Sabido esto por Buda, envió al monte á Sariputra y á Maudgalyayana, diciéndoles: «Id, ya que tenéis compasión de aquellos discípulos, antes que se pierdan del todo.» Al ver Devadata desde lejos á aquellos dos, llenóse de alegría y orgullo y los recibió con gran veneración y respeto, á pesar de las advertencias de su amigo Kocalika, que le dijo que no debía fiarse de ellos.

A la entrada de la noche, Devadata, rendido de fatiga de tanto predicar é instruir, suplicó á Sariputra que ocupase su lugar, ya que la reunión estaba en disposición de escucharle, mientras él se tendía á descansar. Sariputra accedió gustoso, y cuando Devadata se echó envuelto en su manta y se durmió, hizo con su amigo Maudgalyayana prodigios de elocuencia y de energía maravillosa, tanto que la reunión abrió los ojos y comprendió la verdad del nacer y perecer. Entonces dijo Sariputra: «Pues bien: vamos ahora en busca del maestro; el que ame á su ley, que me siga;» y así él y su compañero se llevaron al bosque de bambúes á los quinientos discípulos extraviados por Devadata. Entonces despertó Kocalika á Devadata diciéndole: «¿No te había dicho yo que no te fiases de aquellos dos, y que ellos nada bueno llevaban en la mente?» Devadata, al saber lo que acababa de pasar, experimentó tal disgusto, que arrojó sangre por la boca.

A aquella sazón reinaba en Magadha Ayatasutra, que tuvo preso á su padre y le quiso hacer morir de hambre; y sabiendo que la reina Vaidehi, su madre, proveía ocultamente á su esposo de alimentos, le prohibió el acceso al rey. A pesar de esto, el rey continuó viviendo por un milagro y paseando por su celda como antes; pero el hijo, degenerado y seducido por Devadata, le hizo cortar los pies.

Por entonces tuvo Ayatasutra un hijo, y habiendo salido al niño un amor maligno en los dedos, su padre le chupó el mal y calmó sus dolores, lo cual dió ocasión á su abuela para decir á Ayatasutra que lo mismo había hecho su padre con él cuando era niño. Esto ablandó el corazón del rey, el cual mandó poner á su padre en libertad, y el anciano Bimbisara pudo oír todavía

la algazara del pueblo que acudió para felicitarle. Esta alegría espantó tanto al anciano que, temiendo nuevos tormentos, expiró. El hijo, arrepentido de sus maldades, fué en busca de los maestros más afamados para que le consolaran y le devolvieran su pérdida tranquilidad. Visitó uno tras otro á seis maestros sin encontrar lo que buscaba, hasta que finalmente buscó refugio al lado del Buda, que se hallaba entonces en su bosque de bambúes cerca de Radyagriha. Desde entonces fué Ayatasutra adepto tan fiel de Buda como lo había sido su padre.

Hallándose Buda en el postrer año de su vida, en el monte Buitre, cerca de Radyagriha, el sacerdote doméstico de Ayatasutra le llevó aviso de que su amo el rey se proponía marchar con su ejército contra los vriyi. Al oír esto el Buda se volvió hacia Ananda, que se hallaba detrás de él, y le preguntó: «¿Sabes, Ananda, si los vriyi observan como se debe las reuniones de fiesta?» Ananda contestó afirmativamente, no sólo á esta pregunta, sino también á las otras de su maestro, dirigidas á saber si los vriyi vivían unidos y en concordia; si no abolían las costumbres buenas, ni introducían las malas; si conservaban los usos patrios; si prestaban obediencia y honraban á los viejos; si trataban á sus mujeres ó á las jóvenes con cariño; si conservaban en todas partes sus santuarios, sacrificios y ritos, y si socorrían como merecían á las personas venerables, tanto á las del país cuanto á las extranjeras. «Mientras los vriyi, dijo el Buda, continúen observando estos siete deberes que les encargué en otro tiempo en Vaisali en el templo de Sarandada, podrán medrar, pero nunca decaer.» Después de haber oído esto el sacerdote del rey, se dió por enterado, saludó á Buda y se retiró.

Seguidamente mandó el Buda á Ananda que llamara á los monjes que vivían en Radyagriha y en sus inmediaciones, y cuando estuvieron reunidos les habló de los siete deberes cuya observancia asegura la conservación de una comunidad y no la deja perecer; y además les recordó otras siete condiciones de buena conducta, y otras seis relativas á actos, palabras y pensamientos. En otra ocasión inmediata les habló de los frutos pre-

ciosos que daban la buena conducta, la meditación profunda y grave y el buen criterio, con todo lo cual se sostienen las cosas mutuamente.

Después de esto, marchó con Ananda á Ambalatica y predicó en la casa del rey. Desde allí se dirigió á Nalanda, donde tuvo reuniones con Sariputra, y después pasó á la aldea Pataligrama, donde los adeptos y los fieles laicos le invitaron á la casa del común. En aquella ocasión explicó las cinco ventajas que conseguían los que obraban bien y los cinco perjuicios que resultaban á los que obraban mal, á saber: que perdían sus bienes, su buena fama, la seguridad en su modo de presentarse, la tranquilidad en la hora de la muerte y la bienaventuranza después.

Dirigióse desde allí el maestro con Ananda y los demás acompañantes á la aldea de Cotigrama, donde predicó á los monjes del lugar las cuatro grandes verdades cuya comprensión quita el deseo de la existencia, y la causa de volver á existir ó de renacer. De Cotigrama marchó á los pueblos de Nadica, en cuya posada le preguntó su compañero sobre el destino de muchos monjes, personas laicas, hermanos y hermanas que habían muerto, á lo cual le contestó Buda que nada tenía de particular que las personas muriesen; y como era molesto ser preguntado siempre por el destino de cada persona fallecida, le daba á él y á todos sus discípulos el medio de contestarse ellos mismos presentándole un «espejo de la verdad:» diciendo que, conscientes de su fe en Buda, de su doctrina y de su comunidad, y teniendo los conocimientos y virtudes inseparables de esta conciencia, podían él y todos los discípulos decirse: «Para mí ya no hay infierno; ya no volveré á nacer á una vida miserable; estoy seguro de mi salvación.»

Así inculcó en el ánimo de sus discípulos la idea de la muerte y de su fin cuando con Ananda se dirigió á Vaisali. Allí se alojó en la hacienda de recreo de Amrapali, la hermosa guarda, donde no cesó de exhortar á sus discípulos á que estuviesen siempre atentos, mirando atrás y adelante, y no se dejasen sor-

prender en su fe. Llegó en soberbio carro y con brillante séquito Amrapali, saludó al bienaventurado y le invitó á comer al día siguiente, después de haber oído sus edificantes explicaciones. Luego llegaron con iguales propósitos los nobles príncipes Lihavi, con séquito no menos ostentoso y brillante, á los cuales aquella señora salió á recibir y les contó el resultado de la visita de Buda, á la cual no quiso renunciar á favor de los príncipes. Por su parte, el maestro les acogió como merecían, pero sin poder aceptar su invitación. Al día siguiente acudió temprano á la morada de la señora, que había preparado un succulento banquete, y que después de haber servido opíparamente á sus huéspedes y haber disfrutado de las explicaciones del maestro, hizo donación á la comunidad y al Buda, como jefe, de su finca de recreo.

Llegó la estación del retiro, ó sea la de las lluvias, la postrera que el Buda pasó en el mundo, y la pasó en la cercana aldea de Bailva, mientras hizo alojar á los monjes en Vaisali y en sus alrededores. Entonces fué cuando cayó gravemente enfermo, y sólo el deseo de despedirse de los suyos le dió fuerza para levantarse otra vez. «Ananda, dijo con intención para que lo oyesen todos, triste es pensar que la comunidad descansa sólo sobre mí; tengo ochenta años y apenas puedo arrastrar mi cuerpo gastado, y ya sería hora de que cada uno fuese su propia lumbrera y no hubiese de buscar el apoyo de otros; el que así lo hiciere, hará bien y alcanzará el premio.»

Después de esto se dirigió una mañana con Ananda al santuario de Capala, donde se sentó sobre una estera y manifestó á su discípulo el deseo humano de vivir largo tiempo en la tierra en los siguientes términos: «¡Qué sitio tan ameno es Vaisali, la Udyana y el santuario de Capala! ¡Oh Ananda!, el que ha pensado, el que ha perfeccionado, el que ha hecho esfuerzos y ha trabajado, y se ha elevado hasta las alturas de la fuerza milagrosa, y se ha hecho dueño de ella para aplicarla como medio de progreso espiritual y como base de elevación santa, debería desear continuar la misma existencia durante una era ó el resto

de una era; esto lo ha pensado también el Tatagata;» pero como Ananda no entendió que el maestro decía esto para que él le suplicara que continuase en este mundo, le dijo, al fin, que se sentara un poco más apartado de él, y el discípulo así lo hizo. Entonces, dice la tradición, se apareció Mara, el espíritu de la muerte, é intimó á Buda la orden de dejar este mundo, á lo cual el santo contestó: «Alégrate, protervo, pronto se extinguirá el Tatagata; de aquí á tres meses morirá.» Al decir esto se libró Buda del deseo de prolongar su vida, y en aquel mismo momento se oyeron truenos en las alturas y la tierra se conmovió.

Habiéndose acercado Ananda otra vez á su maestro, le explicó éste las causas de la conmoción de la naturaleza que había presenciado, á lo cual añadió otras muchas observaciones, la repetida intimación del espíritu protervo y la contestación que él había dado. Entonces se le abrieron los ojos á Ananda y empezó á suplicar á su maestro que continuara todavía en este mundo hasta el fin de la presente era, para bien de la humanidad, de los dioses y del mundo con todos sus seres. El maestro le contestó que ahora ya era tarde; que si lo hubiese dicho antes cuando se apareció Mara, habría podido lograrlo; porque ya había aprendido que era menester separarse de todo, de los seres, de los objetos más caros, pues que todo lo que nace ha de perecer. Él ya había renunciado á vivir más tiempo, y habiendo dicho que dentro de tres meses moriría, no faltaría á su palabra. Lo mismo dijo á los monjes de Vaisali, á quienes Ananda, cumpliendo la orden del maestro, había convocado á la gran sala del jardín. Les exhortó á conservar firmes las verdades de su doctrina, que les volvió á repetir en resumen, y les dijo: «Todo lo que ha nacido, todos los seres compuestos, envejecen y perecen. También se descompondrá dentro de poco el Tatagata, que morirá de aquí á tres meses; por eso vigilad, hermanos, y no os dejéis sorprender.»

Estando todavía Buda en la aldea de Bailva, Sariputra, su discípulo más distinguido, se le acercó para despedirse para siempre, y de allí, presintiendo su próximo fin, se dirigió á Na-

landa, su aldea natal, acompañado de algunos centenares de discípulos y adeptos. Allí convirtió á su anciana madre y poco después murió en la misma estancia en la cual había nacido. Su amigo y compañero Maudgalyayana murió á manos de asesinos enviados por otros sectarios envidiosos. Al saber el Buda estas noticias, celebró en presencia de toda la comunidad las cualidades sublimes de aquellos dos discípulos distinguidísimos y que tantas conversiones lograron. Muchos fueron los santuarios que después fueron erigidos en honor de los dos discípulos.

El Buda, al salir de Vaisali para dirigirse á Bhandagrama, echó una mirada de despedida á aquel lugar querido. Desde Bhandagrama visitó sucesivamente otra multitud de aldeas cuyos nombres cita la leyenda, y en el camino no cesó de enseñar á Ananda y á los demás que le acompañaban, hablándoles de las cuatro verdades ó principios, á saber: una conducta perfecta, meditación perfecta, comprensión perfecta y liberación perfecta, que todos reunidos satisfacen, hacen olvidar el deseo de existir y anulan la existencia. Así llegó sucesivamente á Bogagrama, y siguiendo en dirección Norte, á Pava y al jardín de bambúes de Cunda, el herrero ó calderero. Éste, habiendo escuchado el sermón de Buda, le invitó con sus discípulos á comer para el día siguiente, y les fué á buscar por la mañana, dándoles una opípara comida que durante la noche había preparado. Naturalmente sazonó la fiesta el ilustre maestro con sus conversaciones edificantes.

Esta comida fué la última del Buda, porque apenas volvió á estar en camino cuando se sintió presa de dolores violentos. Creyó entonces morir; pero se rehizo y se dirigió á Cusinara ó Cusinagara, la misma población probablemente que hoy se llama Casia, al Oeste del antiguo lecho del Chota-Gandak ó Hirañavati. La distancia de Vaisali hasta Casia se calcula por la tradición en unas 20 yoyanas, que vienen á componer 140 á 160 millas inglesas, en cuyo trayecto confirman la tradición del último viaje del Buda muchas ruinas de *estupas* y nombres de lugares.

No tardó el Buda en tenerse que echar rendido de fatiga, y Ananda extendió su manto para que el maestro se echara á descansar. El Buda entonces pidió agua para apagar su sed, y el discípulo fué á buscarla al inmediato arroyo, con gran repugnancia, pero obedeciendo, porque los carros y personas que habían atravesado la corriente habían enturbiado el agua de mala manera. Sin embargo, apenas hubo llenado Ananda la escudilla, apareció en ella el agua clara y cristalina y la llevó al maestro.

Sucedió entonces que un hombre de Cusinara, de casta inferior, que pasaba por allí, se detuvo entablado conversación con el Buda. Inmediatamente observó que el espíritu de Buda sobrepujaba muchísimo al del maestro que él había tenido y que se llamaba Arala Calama. Comprendió, pues, y se convirtió, y al despedirse del Buda le ofreció respetuosamente como presente dos vestimentas magníficas de brocado que mandó llevar por uno de sus criados.

Cuando se hubo marchado, puso Ananda estos vestidos á su maestro, y entonces resplandeció Buda tanto, que obscureció el lustre de los tejidos, lo cual el mismo Buda declaró que era señal de su próximo fin y dijo: «Esta noche, Ananda, hacia el tercer cuarto, ocurrirá la defunción perfecta del Tatagata en la proximidad de Cusinara, en medio de dos árboles de *sal* (*vatica robusta*).» Diciendo esto, dió orden de dirigirse al Cacutstah, de cuyas aguas bebió el Buda y en ellas se bañó. Llegado que hubo á la otra orilla, seguido siempre de muchos monjes, volvió á echarse fatigado y enfermo sobre el manto de un monje llamado también Cunda, y dirigiéndose á Ananda le dijo que nadie reprendiera á Cunda, el herrero, por el banquete que había dado al Tatagata, porque aquella comida y aquella invitación habían sido tan meritorias como cualquier otro acto meritorio dirigido al Buda hasta entonces.

Dicho esto, volvió á levantarse y llegó con su acompañamiento al bosque de *sal* cerca de Cusinara, en la otra orilla del Hirañavati, y allí mandó á sus discípulos arreglarle el lecho con la cabecera del lado Norte, y se echó sobre el lado derecho con las

piernas extendidas la una sobre la otra, conservando todos sus sentidos, y diciendo: «Estoy cansado, Ananda.» A pesar de no ser la época de la floración, hallábanse cubiertos de flores los dos árboles entre los cuales el Buda había mandado disponer su lecho; las flores de aquellos árboles caían sobre el cuerpo del maestro, mezclándose con ellas otra lluvia de flores de Mandarava y de polvo aromático de sándalo que en medio de cantos y músicas celestiales caían de las alturas en honor del moribundo Tatagata. Ananda, que en el momento de perder á su maestro comprendió cuánto le faltaba todavía para saber, se apartó para llorar; lo cual observado por Buda, le hizo llamar otra vez á su lado y le inculcó de nuevo la necesidad de separarse de lo más caro en virtud de la ley eterna del nacer y perecer. Después le dió seguridades consoladoras, y en voz alta ponderó todas las excelentes cualidades de aquel hermano y servidor modelo. Seguidamente suplicó Ananda á su maestro que no dejara de existir cerca de la pobre aldea de Cusinagara, sino que muriese cerca de una de las seis ciudades capitales Campa, Radyagriha, Sravasti, Saketa Causambi y Varanasi (Benarés), donde vivían brahmanes y propietarios ricos que podían hacer grandes honores á los restos mortales del maestro; á lo cual le contestó éste: «No digas eso, Ananda.» En efecto, aquella miserable aldea, como él la llamaba, había sido en otro tiempo, bajo el reinado de Maha Sudarsana, una ciudad populosa y floreciente, centro de alegrías y de dichas, llamada Cusavati. Después mandó al discípulo ir al citado pueblo y anunciar á los habitantes el próximo fin de Tatagata, para que no tuviesen después que lamentar el no haber asistido en sus últimos momentos al maestro muerto en su territorio. Ananda hizo lo que se le mandó, y la noticia consternó y afligió á los habitantes, á quienes encontró justamente reunidos y que sin diferencia de edad se dirigieron al bosque, donde Ananda presentó á todos por grupos al Buda para que le mostraran su veneración.

En las horas del primer cuarto de la noche llegó también al sitio un monje llamado Subhadra, que presintiendo la próxima

muerte del Tatagata, quiso antes librarse de un escrúpulo, que consistía en saber si Purana-Casiapa y otros grandes y famosos maestros que nombró habían comprendido á fondo, como ellos pretendían, la esencia de las cosas. El maestro le contestó que en ninguna parte puede encontrarse la verdadera santificación sino en el camino que conduce á la perfección completa. «Yo he renunciado al mundo, dijo, á los veintinueve años para buscar la salud, y cincuenta años hace que recorro los anchurosos espacios de la virtud y la verdad, fuera de los cuales no hay santificación ni salvación.» Estas palabras hicieron tanta impresión en Subhadra, que se declaró convencido, iluminado y decidido á buscar su salud en el Buda, en su doctrina y en su comunidad.

Entretanto había ido avanzando la noche, y habían pasado el primero y segundo cuarto cuando el Buda, dirigiéndose á Ananda, dijo: «Cuando yo falte, os servirán de maestro las verdades y reglas que he establecido.» Después, dirigiéndose á todos los discípulos, añadió: «Si cualquiera de vosotros conserva algunos escrúpulos tocante al Buda, á las verdades y al camino enseñados por él, que hable con entera libertad.» Ananda tomó la palabra y dijo que él creía que en toda la reunión no había un solo discípulo que conservara la menor duda ni escrúpulo tocante al Buda, á las verdades ni al camino de la perfección. El maestro contestó: «Has dicho bien, Ananda; el Tatagata sabe que dices la verdad; por esto llegaréis todos los que os encontráis aquí convertidos, á la salvación perfecta;» y añadió: «Mirad, monjes, os lo repito: todo ser compuesto está sujeto á perecer. Buscad sin cesar vuestra salvación.»

Estas fueron las últimas palabras del Buda, y después de haberlas dicho se entregó á profunda meditación, en la cual se elevó en éxtasis gradualmente hasta la conciencia bienaventurada del infinito, llegando al fin á la nirvana perfecta, en cuyo momento, según la leyenda, se conmovió la tierra, resonó en el cielo el estruendo de truenos, y Brahma, el señor de la tierra, se dejó oír en estos términos: «Todos los seres del mundo dejan sus cuerpos inestables como este maestro augusto, que jamás

tendrá su igual entre los hombres, tan sabio era y de inteligencia tan clara.»

Esto sucedió hacia el fin del tercer cuarto de la noche. Cuando por la mañana Ananda, cumpliendo la órdenes de Anurudha, avisó al pueblo de Cusinara el fallecimiento del Tatagata, hombres, mujeres y niños, se dirigieron junto al lecho de muerte, erigiendo sobre él tiendas y un dosel, adornándolo todo con flores y guirnaldas, y entonaron cantos y músicas fúnebres con las danzas acostumbradas, continuando estas solemnidades durante seis días. Al séptimo día ocho jefes de Malla, lujosamente ataviados, levantaron el cadáver del Perfecto y lo llevaron en procesión solemne entre músicas, cantos y danzas fúnebres á su ciudad, entrando por la puerta del Norte. Durante el tránsito llovieron de las alturas celestiales, cubriendo todo el camino, flores de Mandarava, y desde la ciudad la procesión fúnebre, pasando por la puerta del Este, se dirigió á un santuario de los Malla llamado Mucutabandhama, donde envolvieron el cadáver en chales preciosos y le metieron en un ataúd y éste otra vez en otro y en otros, y luego lo colocaron encima de una pira colosal; mas no fué posible hacerla prender fuego hasta que llegó Maha-Casiapa con su séquito de discípulos. Entonces, habiéndose inclinado respetuosamente ante los pies destapados del maestro difunto, encendióse la pira como si saliesen las llamas de dentro del cadáver, hasta que apagaron la hoguera chorros de agua perfumada. En seguida los Mallas de Cusinara recogieron los huesos del difunto y los llevaron á su sala de reunión, rodeando estas reliquias de arcos y lanzas formando enrejado, mientras el pueblo mostraba su veneración durante otros siete días otra vez con danzas, músicas, cantos, incienso y flores.

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

LIBRO QUINTO

LAS OBRAS DE LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

	Páginas
CAPÍTULO I — <i>La literatura y las lenguas de la India.</i> — 1.º Valor de las antiguas producciones de la India.	5
2.º Himnos y poesías religiosas.	8
3.º Grandes epopeyas indas	15
4.º Apólogos y proverbios. Cuentos y leyendas.	29
5.º Teatro indo.	32
6.º Obras literarias diversas.	36
7.º Las lenguas de la India.	37
- II — <i>Los monumentos de la India.</i>	43
1.º Clasificación de los monumentos de la India.	46
2.º Arquitectura de la India durante el período búdico.	54
3.º Arquitectura del período neobrahmánico.	66
4.º Arquitectura de la India meridional.	87
5.º Arquitectura indo-musulmana.	93
6.º Arquitectura indo-thibetana.	100
7.º Arquitectura inda moderna.	105
- ADICIONAL. — <i>Descripción de algunos de los monumentos importantes de la India.</i>	109
- III. — <i>Las ciencias y las artes.</i> — 1.º La ciencia inda.	137
2.º Las artes indas.	142

LIBRO SEXTO

CREENCIAS, INSTITUCIONES, USOS Y COSTUMBRES

CAPÍTULO I — <i>Constitución mental de los indos.</i>	157
1.º El destino	160
2.º El carácter.	162
3.º La vida, la vejez y la muerte.	163
4.º Móviles de las acciones humanas.	164
5.º Las mujeres.	167
6.º El saber y la ignorancia.	168
7.º La riqueza y la pobreza.	170
8.º De la conducta que se ha de seguir en las diversas circunstancias de la vida.	172
9.º La política.	179

	Páginas
10.º Origen de las diferencias que existen entre los preceptos de los libros indos y los de los libros europeos.	180
CAPÍTULO II. — <i>Las religiones actuales de la India.</i>	185
1.º La trinidad inda	186
2.º El sivaísmo.	188
3.º El vishnuísmo.	190
4.º Variedad infinita de las religiones de la India. Sus incesantes transformaciones.	195
5.º Formas exteriores de los cultos indos.	200
6.º El jainismo.	204
7.º Principios generales á todas las religiones de la India.	207
8.º El islamismo en la India.	208
9.º Influencia de la religión sobre la moral entre los indos.	213
— III. — <i>Instituciones, usos y costumbres.</i> — 1.º El municipio y la propiedad.	219
2.º La familia. Condición de las mujeres en la India.	230
3.º El régimen de castas.	235
4.º El derecho y las costumbres.	247
5.º El agricultor.	252
6.º El obrero indo.	254
7.º Vida pública y privada de los indos.	256
— IV. — <i>Gobierno actual de la India. Principios psicológicos de la administración inglesa y resultados obtenidos.</i> — 1.º La administración inglesa.	267
2.º La educación inglesa de la India.	284
3.º El porvenir militar de la India.	295
4.º Porvenir económico de la India.	296

APÉNDICE

La vida de Buda según la refiere la leyenda.	303
--	-----

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS

(Continuación)

III. - ARQUITECTURA DEL CENTRO DE LA INDIA

	Páginas
<i>Ellora.</i> Interior de un templo subterráneo.	7
<i>Ellora.</i> Templo monolítico de Kailasa.	13
<i>Ellora.</i> El Kailasa. (Vista tomada desde otro punto que la anterior).	17
<i>Ellora.</i> Figura de arte brahmánico, del techo de la gopura en el Kailasa.	23
<i>Ellora.</i> Interior del templo subterráneo de Dumar-Lena.	27
<i>Ellora.</i> Grupo de estatuas en el templo subterráneo de Dumar-Lena.	31
<i>Elefanta.</i> Columnas del interior del gran templo	33
<i>Elefanta.</i> Estatuas del interior del gran templo.	35
<i>Ambarnath.</i> Esculturas de una de las fachadas laterales del templo.	39

IV. - ARQUITECTURA DE LA INDIA MERIDIONAL

1. *Templos subterráneos del Sur de la India*

<i>Badami.</i> Antiguos templos en la cima de una colina.	45
<i>Badami.</i> Interior de un templo subterráneo.	47
<i>Badami.</i> Pilares y estatua gigantesca del interior del templo precedente.	49
<i>Badami.</i> Imagen de Sessa-Naga, de la cubierta del templo.	51
<i>Mahavellipore.</i> Templo monolítico.	55

2. *Arquitectura de las pagodas del Sur de la India*

<i>Tanjore.</i> Detalle de las esculturas del templo de Subramanya en el recinto de la pagoda.	59
<i>Chillambasán.</i> Columnata de entrada de un templo en el interior de la gran pagoda.	63
<i>Tripetty.</i> Columnatas á la entrada de la montaña sagrada.	65
<i>Vellore.</i> Pilar de la gran pagoda.	67
<i>Conjeveram.</i> Gopura de una pagoda.	71
<i>Bijanagar.</i> Interior del segundo patio de la gran pagoda de Siva.	75
<i>Bijanagar.</i> Templo de Vitoba. Detalles de pilares monolíticos.	77
<i>Madura.</i> Gran pagoda. Puerta del templo de la diosa Minakshi.	79
<i>Madura.</i> Gran pagoda. Detalles de las esculturas de una de las gopuras.	81
<i>Madura.</i> Vista de las gopuras tomadas desde el patio del estanque del loto de oro.	83
<i>Madura.</i> Vista en conjunto de una gopura de la pagoda.	85

<i>Madura</i> . Detalles de los pilares de una galería de la gran pagoda.	89
<i>Madura</i> . Gran pagoda. Pilar de la sala llamada Puthu Mantapam.	91
<i>Madura</i> . Interior del patio de Tirumal Najak.	95
<i>Sriringam</i> . Gran pagoda. Pilares del interior del templo.	97
<i>Sriringam</i> . Detalles de un pilar de la gran pagoda.	99
<i>Sriringam</i> . Plano de la gran pagoda.	101
<i>Kombakonum</i> . Templo de Rama. Pilares de la gran pagoda.	103
<i>Hullabid</i> . Detalles de las esculturas del gran templo.	105

V. - ARQUITECTURA INDO-MUSULMANA

1. *Arquitectura musulmana anterior al período mogol*

<i>Delhi</i> . Vista general de las ruinas de la mezquita de Kutab.	107
<i>Delhi</i> . Parte de la torre de Kutab.	111
<i>Delhi</i> . Arcadas de la mezquita de Kutab y columna de hierro del rey Dhava.	113
<i>Delhi</i> . Tumba de Altamsh en la mezquita de Kutab.	117
<i>Delhi</i> . Entrada del pabellón de Aladino.	119
<i>Ajmír</i> . Una de las arcadas de la gran mezquita.	123
<i>Bijapur</i> . Tumba de Ibrahim Rozah. Detalles de la columnata.	125
<i>Bijapur</i> . Detalles de ornamentación de la mezquita situada delante del mausoleo de Ibrahim Rozah.	127
<i>Bijapur</i> . El Mehturi Mahal.	131
<i>Bijapur</i> . Mausoleo del sultán Mahmud.	135
<i>Gor</i> . Detalles escultóricos de la mezquita de oro.	139
<i>Golconda</i> . Vista en conjunto de una parte de las tumbas reales.	141
<i>Golconda</i> . Vista en conjunto de un mausoleo real.	143
<i>Golconda</i> . Interior de una tumba real.	145
<i>Hyderabad</i> . El Char minar y la gran calle.	147

2. *Arquitectura del período mogol*

<i>Agra</i> . Fachada del palacio Rojo en el interior de la fortaleza.	149
<i>Agra</i> . Vista exterior de la fortaleza mogola.	151
<i>Agra</i> . Pabellón de mármol del palacio mogol en el interior de la fortaleza.	153
<i>Agra</i> . Patio de la mezquita. Perla en el interior de la fortaleza.	159
<i>Agra</i> . Mausoleo de Etmadula. Vista general.	161
<i>Agra</i> . El Taje. Vista general del monumento.	163
<i>Agra</i> . Pórtico del Taje Mahal.	165
<i>Agra</i> . El Taje. Tumba de la reina en el interior del monumento.	167
<i>Secundra</i> . Detalles de ornamentación de la puerta de entrada de los jardines en que se halla el mausoleo del emperador Akbar.	169
<i>Secundra</i> . Mausoleo del emperador Akbar. Vista general.	171
<i>Secundra</i> . Último piso del mausoleo del emperador Akbar.	175
<i>Futtehpore</i> . Patio interior de la gran mezquita.	177
<i>Futtehpore</i> . Palacio de la emperatriz.	179
<i>Futtehpore</i> . Vista general de Panchmahal.	181
<i>Futtehpore</i> . Vista general de las columnas del segundo piso del monumento anterior.	183
<i>Futtehpore</i> . Mausoleo del Sheik Selim Chisti.	187
<i>Futtehpore</i> . El Khas-Mahal.	189
<i>Futtehpore</i> . Pilar de granito, trono de Akbar, en la sala de audiencia del emperador.	191
<i>Delhi</i> . Entrada al palacio de los emperadores mogoles.	193

<i>Delhi.</i> Ventana de mármol esculpido y calado de una de las salas del palacio de los emperadores.	197
<i>Delhi.</i> Vista general de la gran mezquita.	199
<i>Lahore.</i> Vista de la mezquita de Orengezb y del mausoleo de Runjet Singh	203
<i>Lahore.</i> Mauseleo de Jehangir.	205
<i>Lahore.</i> Entrada de una galería del palacio de los Espejos.	207

VI. - ARQUITECTURA INDO-TIBETANA

<i>Buddánath.</i> Vista del gran templo.	209
<i>Sambunath.</i> Construcciones diversas alrededor del tope.	211
<i>Patán.</i> Gran templo de piedra frontero al palacio real.	215
<i>Patán.</i> Columna de madera esculpida, de una casa particular.	217
<i>Bhatgabn.</i> Fachada del palacio real.	221
<i>Bhatgabn.</i> Puerta de oro del palacio del rey.	223
<i>Katmandu.</i> Vista de un templo de ladrillos y madera esculpida.	225

VII. - ARQUITECTURA INDA MODERNA

<i>Benarés.</i> Fachada del templo de Vishveshwur.	227
<i>Benarés.</i> Templo de Durga.	229
<i>Ahmedabad.</i> Templo de Huttesing.	233
<i>Ahmedabad.</i> Pórtico del templo de Huttesing.	235

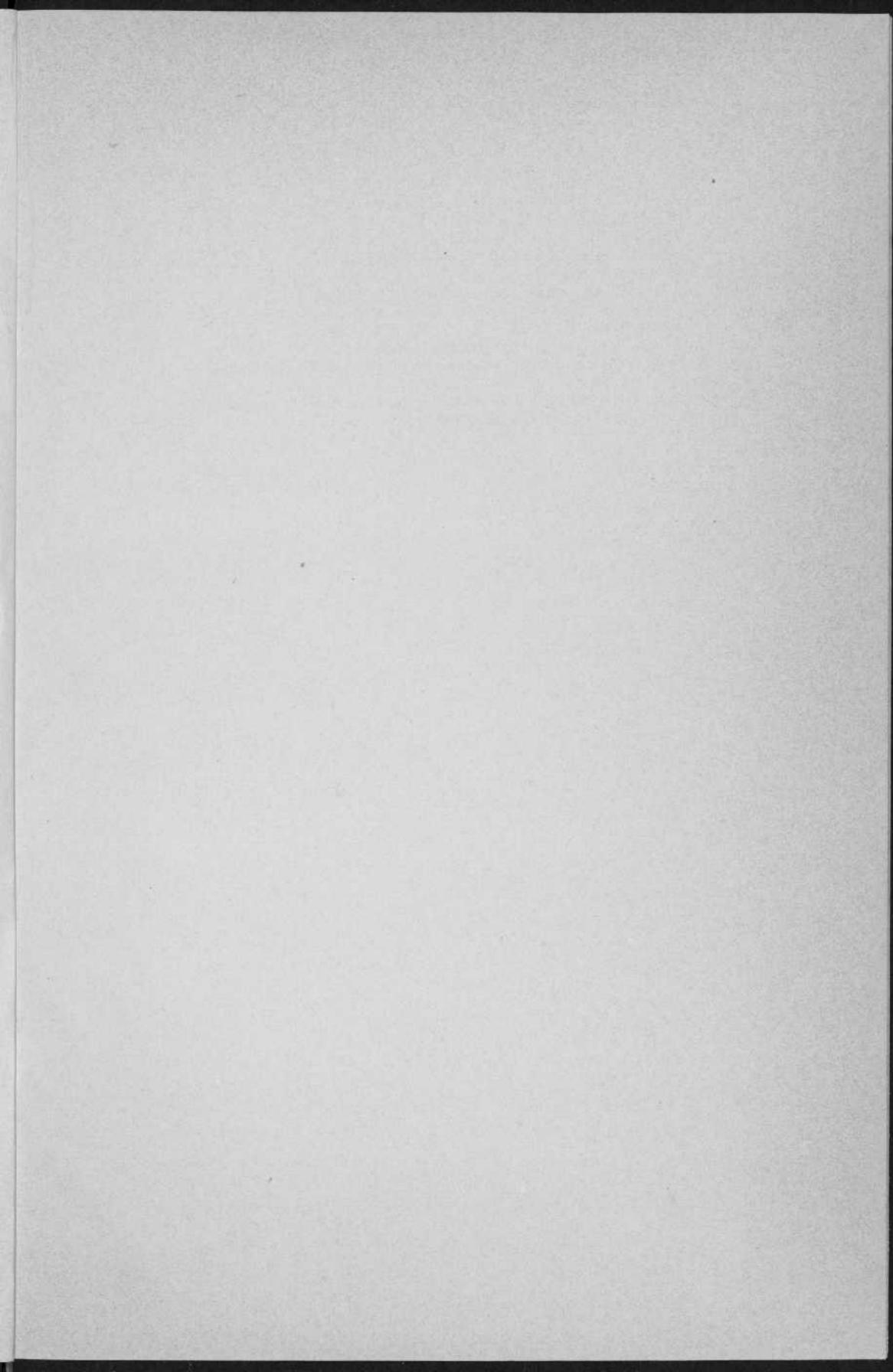
ARTES INDUSTRIALES

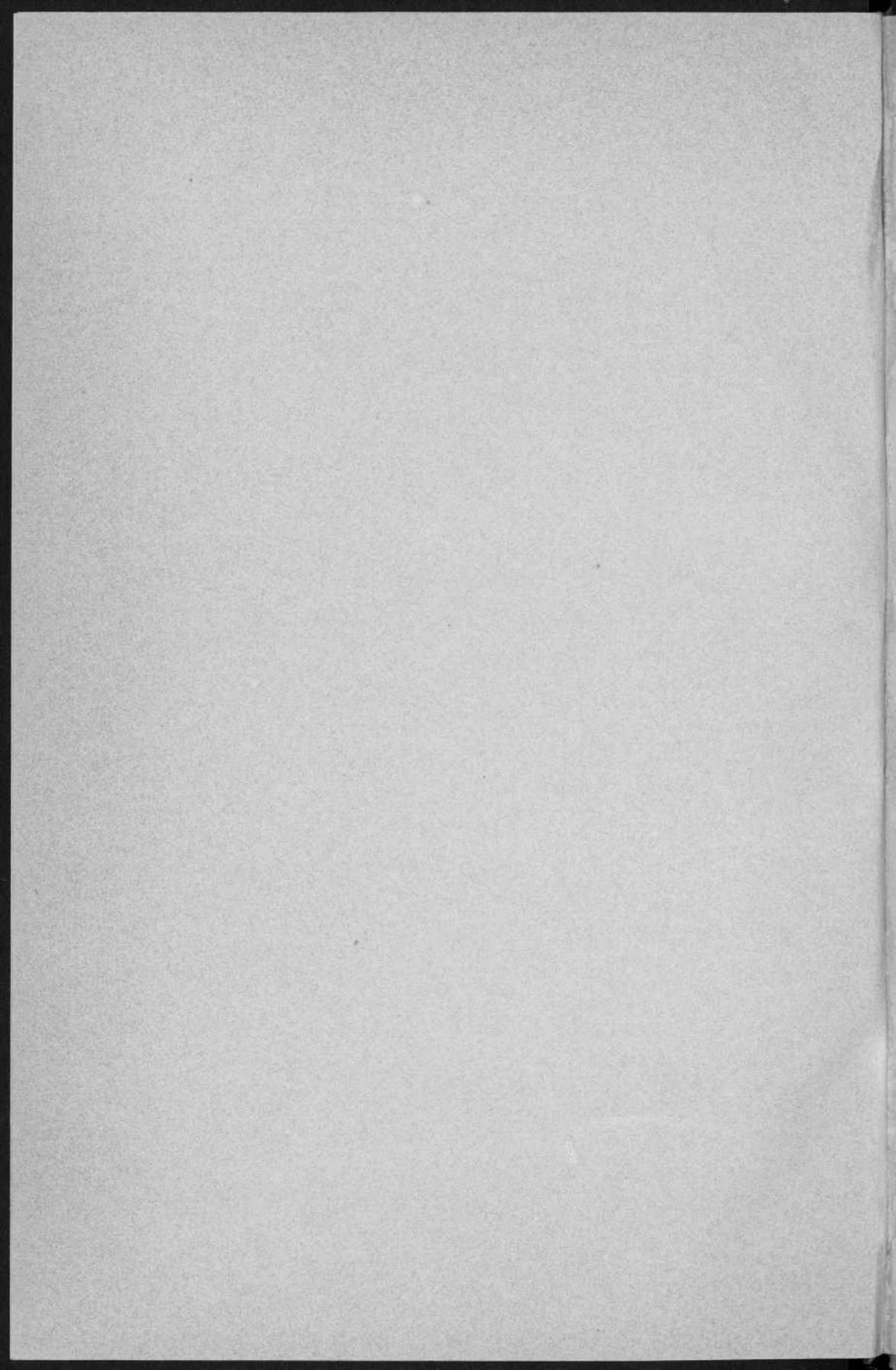
Urna de plata repujada. (Madura).	237
Jarro cincelado y dorado. (Cachemira).	239
Bandeja de oro. (Mysore).	241
Botella de metal esmaltado. (Pundjab).	243
Jarrón de cobre cincelado. (Benarés).	245

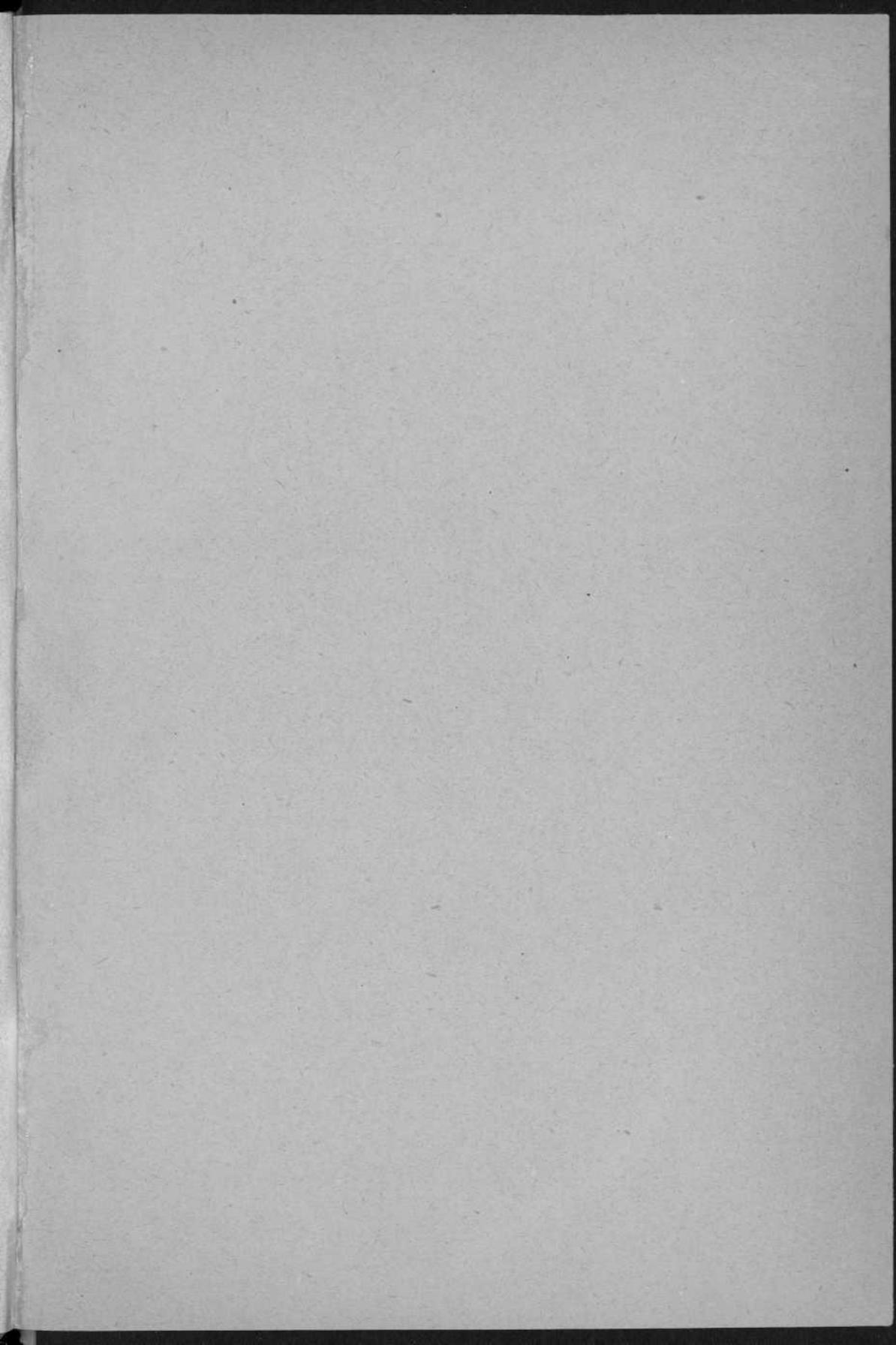
ESCULTURAS

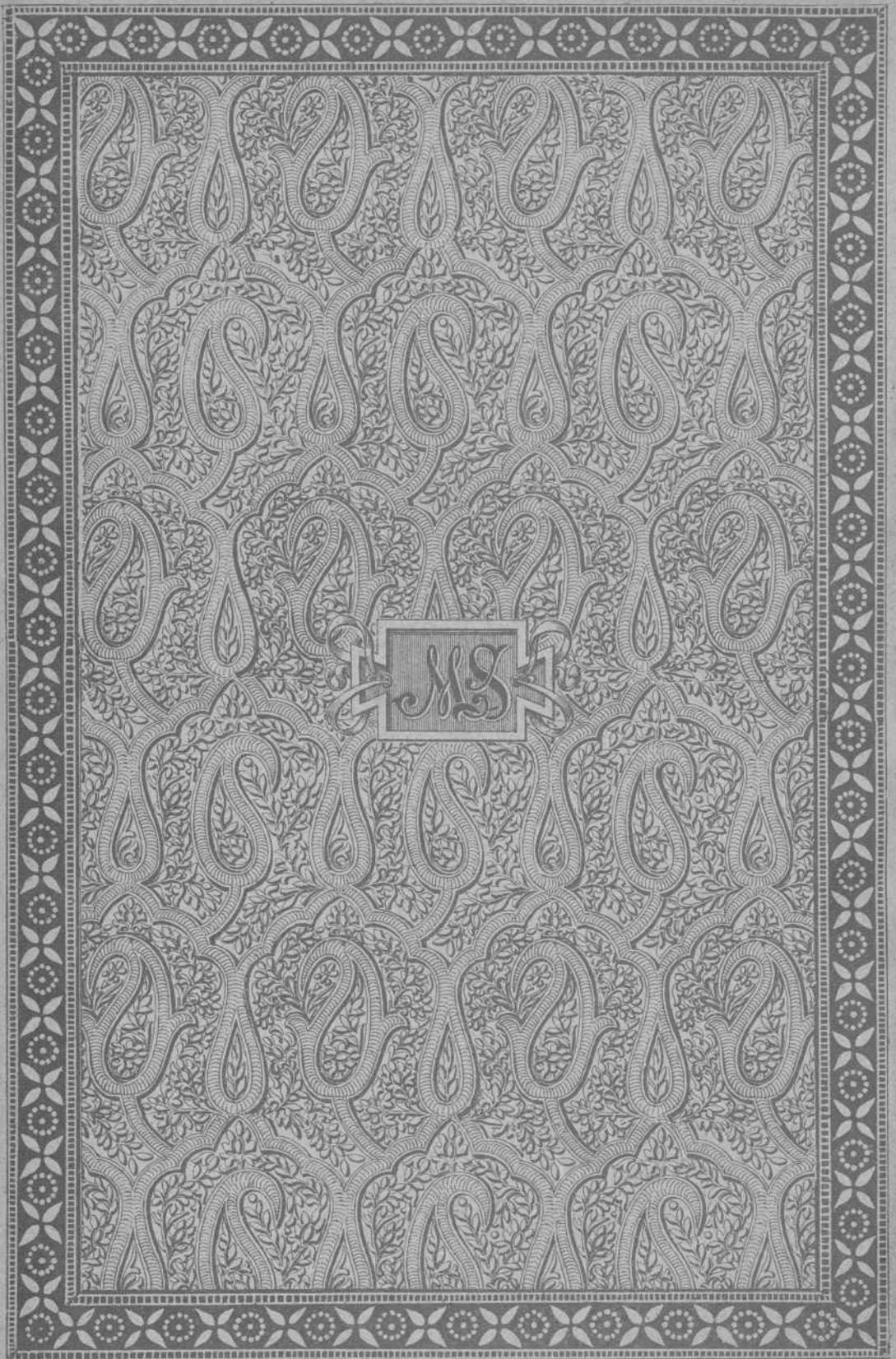
Bajo relieve de la puerta occidental del tope de Sanchi	247
Bajos relieves de la puerta septentrional del tope de Sanchi.	249
Bajo relieve de la puerta occidental del tope de Sanchi.	251
Bajo relieve de Amravati, existente en el museo de Madras.	253
León simbólico (chakra), procedente del tope de Amravati.	255
Bajo relieve del tope de Amravati que representa á personajes nagas ante una copa sagrada y junto á un símbolo de adoración.	257
Bajo relieve de Amravati que representa á Sudgata en la fiesta de la escudilla de oro.	259
Bajo relieve de la cara interior de una pilastra de Amravati.	261
Bajo relieve de la cara interior de una pilastra de Amravati.	263
Bajo relieve del tope de Bharhut.	267
Estatua de Buda, del templo de Cachemira.	269
Naga-Raja, fragmento escultórico hallado en Mahavellipore.	271
Escultura del templo subterráneo de Oregabad.	271
Escultura de Oregabad, que representa á un guru, maestro ó persona venerable.	273
Efigie de Dhyana, espíritu de la maldición, existente en el templo de Dharasinva.	275
Sri, esposa de Vishnu, según una imagen hallada en Indore.	277
Dibujo nepalés de representación simbólica.	279

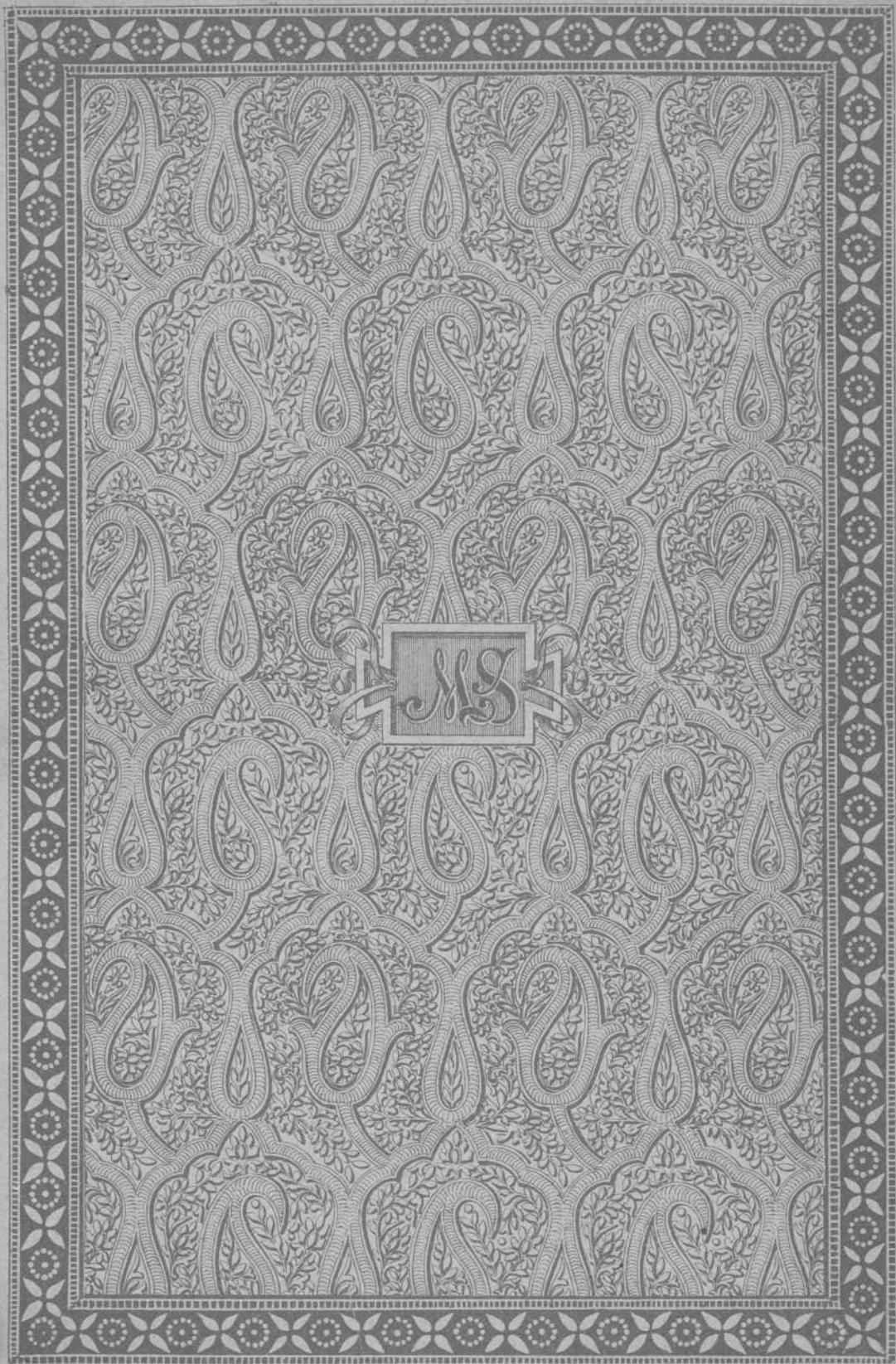
	Páginas
Monedas indas de época remota, encontradas en las ruinas de Behat.	281
Monedas indas de los Gupta y de Surashtra.	283
Monedas indas de Apolodoto y de Menandro.	285
Timur ó Tamerlán, según una miniatura de la Biblioteca Bodleyana.	291
El emperador Akbar.	299
Partida para el bosque de Lumbini, bajo relieve del tope de Sanchi.	309
El hijo de Sudhodana regresando victorioso del torneo, bajo relieve de la puerta septentrional del tope de Sanchi.	317
Partida de Sidarta, bajo relieve de una pilastra de Amravati.	323
Glorificación de Buda, como maestro de los dioses y de los hombres, bajo relieve de Amravati.	341
Donación solemne de bienes, con la ceremonia de derramar agua en las manos de los que los reciben, bajo relieve del tope de Sanchi.	357















HUSTAVO LE BON
—
LAS CIVILIZACIONES
DE LA
INDIA



EDICION ILUSTRADA
—
TOMO II



20326